DANIEL BALMACEDA

HISTORIAS DE LA BELLE ÉPOQUE ARGENTINA

SUDAMERICANA

DANIEL BALMACEDA

HISTORIAS DE LA BELLE ÉPOQUE ARGENTINA

SUDAMERICANA

A Silvia, Sofía y Pancho Balmaceda

INTRODUCCIÓN

Transcurren los alocados años 20 en París. El escritor Gil Pender pasea con una amiga, a quien le regala un par de aros y la besa en la calle. En ese instante aparece un elegante carruaje. Ambos suben sin dudarlo y el viaje los deposita en otra zona parisina, pero, más que nada, en un tiempo distinto: en la Belle Époque, el período que la amiga del escritor —Adriana— considera como el mejor de todos. Juntos entran al Moulin Rouge y comparten mesa con Toulouse-Lautrec, Paul Gauguin y Edgar Degas.

Muchos recordarán esta secuencia de la película de Woody Allen *Medianoche en París*, que narra los paseos por el tiempo de un autor del siglo XXI. El nudo de toda la trama comienza a desatarse cuando Adriana le pregunta a los grandes maestros cuál fue, para ellos, la mejor época del mundo. "¡El Renacimiento!", responden convencidos los artistas. Así, tenemos a un escritor contemporáneo que admira los locos años 20; a una mujer de los 20 que sueña con la Belle Époque y a tres artistas de ese período que eligen sin dudar el Renacimiento. En pocas palabras, para cada uno de los personajes todo tiempo pasado fue mejor. O, dicho de otra manera, todo tiempo actual siempre es peor.

Sobre gustos hay demasiado escrito. Y es así porque cada cual escribe según su gusto. A mí me encanta esta época —que los invito a recorrer— por lo que significó para el desarrollo de las sociedades. En este libro nos toca transitar la Belle Époque argentina, espléndidos años plagados de matices. En términos generales se conoce con este nombre al período comprendido entre 1871 y 1914, es decir, desde el final de la guerra franco-prusiana hasta la Primera Guerra Mundial.

Los rótulos en la historia no suelen ser contemporáneos con los hechos. En este caso, "Belle Époque" no se usó sino varios años después, cuando se evocaba con nostalgia la maravillosa pausa entre

dos cruentas guerras. Y si bien no debemos soslayar una larga docena de enfrentamientos que tuvieron lugar en la temporada que transitamos, debe admitirse que ninguno de los conflictos tuvo la magnitud de los dos que marcan los límites temporales de la época por la que transcurre este libro.

El ritmo lo marcó Europa o, más precisamente, la prosperidad europea, que luego se trasladó a muchos otros países del mundo. Trazando un paralelo, cuando terminaba la guerra franco-prusiana en mayo de 1871, la Argentina era gobernada por Sarmiento, Urquiza había sido asesinado en el año previo y en Buenos Aires comenzaban a disminuir los casos de fiebre amarilla, la peste más mortífera que afectó a la población en el siglo XIX. Ese será nuestro punto de partida.

El mundo vivió sus años dorados, optimistas, con clima festivo, lujoso refinamiento, el mejor estado de ánimo, bonanza, bienestar general, progreso y enorme confianza en el porvenir. Fue una época marcada por la producción y el consumo.

De todas maneras, durante los cuarenta años de matices no todos lo pasaron bien. La desigualdad social derivó en una notable brecha de clases. Y entre los grupos peor castigados por la realidad económica surgió el anarquismo, a través de cuyas líneas más exaltadas y violentas se llevaron adelante los atentados resonantes del período. De los tres presidentes atacados —Roca, Quintana y Figueroa Alcorta—, los últimos dos provinieron de anarquistas, mientras que Roca fue golpeado con una piedra por un joven con desequilibrio mental. Ninguno de los tres ataques llegó a consumarse y convertirse en magnicidio. En cambio, el que sufrió en 1909 el jefe de Policía Ramón L. Falcón le costó la vida a él y a su secretario. Otro atentado anarquista resonante fue la bomba lanzada a la platea del Teatro Colón en plena función, en 1910.

Queda claro que Belle Époque y tiempos de paz no son expresiones sinónimas. En todo caso, y a favor de las diferencias, se gestó la conciencia política y partidaria de la población que alzó las banderas del socialismo y del liberalismo. Fueron años en los que la mujer levantó la mano para tratar de ubicarse a la par del hombre en la política, las profesiones, los oficios, los deberes y los derechos.

La Belle Époque también se hizo presente en la arquitectura, con la

construcción de palacios y palacetes magníficos; en la música, cuando el tango se puso de pie; en la moda, con los sombreros gigantes de las damas, las galeras de los caballeros, los mostachos y las casas de alta costura; la gastronomía, con la aparición de los restaurantes, los chefs y los menús escritos en francés; la tecnología para mejorar la calidad de vida de las personas y los avances científicos, encaminados hacia el mismo fin. Llegó la electricidad, se estiró la noche y se alargaron los tiempos. Se instauró el ocio, se multiplicó la oferta del entretenimiento, nació el cine, aparecieron los parques para los paseos y las diversiones, se generalizaron los deportes (la autonomía que ofrecía el ciclismo fue determinante), los viajes y el turismo.

El mundo se achicó por la revolución del transporte y las comunicaciones. Los mensajes y las personas llegaban con mayor prontitud a sus destinos. No solo se consolidó el tren sino que aparecieron las mencionadas bicicletas, los automóviles, las motos, los ómnibus, los aviones, los grandes vapores y el tren subterráneo (el "subte").

La Argentina supo aprovechar el viento de cola de los bellos tiempos. En esos años floreció la inmigración como nunca antes ni después. También, y esto no es una buena noticia, los conventillos se abarrotaron. Por su parte, los diarios del 1900, de verdadero tamaño sábana, tenían un promedio de cuatro páginas de ofertas de trabajo. Esa era la pujante Argentina que quería presentarse en sociedad ante el mundo en 1910, durante el Centenario de la Revolución de Mayo. Lejos estaban de saber, nuestro país y el mundo, que se acercaba el final de los años dorados.

Para llevar adelante la tarea he acudido a periódicos, semanarios, revistas (que justamente llegaron a los kioscos en esos años; citamos *Caras y Caretas*, *PBT* y *El Hogar*, entre otras), memorias y diarios personales —se suman textos inéditos—, cartas y también algunos documentos, como la curiosa acta de matrimonio de Jorge Newbery.

Confío que será entretenido revisar las reglas de tránsito de 1905, la amenaza del cometa Halley y el fin del mundo en 1910, el fotógrafo ofendido de 1907, el caso cero de fiebre amarilla de 1890, las confusiones provocadas por los telegramas en clave, la inconfundible relevancia del rodete, el uso constante de los balcones, el problema

con el tango endiablado, el primer llamado telefónico, también el primero que se atendió y era “equivocado”, las fiestas, los bailes, los casamientos, los regalos a los novios, el caso del ciclista temerario, la llegada de los primeros aviones, el auge de los autos eléctricos en 1903 y el vuelco del coche presidencial en 1876.

No alcanzó un único capítulo para hablar de tantos apodos de aquellos tiempos. Ellas: Potota, Copeta, Bicha, Chichina, Peracha, Pepoca, Chichona, Chicha y Chochó. Ellos: Pirucho, Manucho, Manungo, Pichín, Elefantita y Cachongo. Y muchos más.

También he decidido preservar varios textos que, creo, no deben contaminarse con mi intervención. Aquí, un surtido de cortos ejemplos:

—Los autores del escándalo llegaron hasta alzar en alto a uno de los tres agentes de policía y lo arrojaron a la sala del teatro, haciéndolo rodar escaleras abajo.

—Una hora emplea el coiffeur en ondularme y yo media más en peinarme. ¡Una hora y media el peinado! Y esto para cada baile, y luego ¡una hora en vestirme!

—El doctor Paunero, de pie sobre el umbral de la casa Mázeres, guareciéndose al lado de una de sus vidrieras, disparó desde allí los cinco tiros de su revólver, mientras su contendiente, desde la calle, a muy corta distancia, le disparaba igual número de proyectiles.

—Y del otro lado: dos señoras Belaustegui, Bustamante (una viuda y otra solterona), otras dos Belaustegui solteronas, una Varela solterona, dos Beccar ídem, dos o tres de Alfaro, requete solteronas, otras Beccar, solteronas… Es inacabable esa lista tradicional de piadosas solteronas de San Isidro: y las de Pirán, etc. etc.

—Anoche hacía mis delicias de esta noche en que, estando todos en el baile, yo aquí, en una entera soledad y retiro, comenzaría una vida nueva en el nuevo año.

—La conmoción en la Casa de Gobierno es de imaginarse: el presidente Sarmiento, los ministros Avellaneda y Domínguez se precipitaron al despacho de Vélez, para ver si todavía estaba vivo.

Algunos pocos capítulos de otros libros que ya fueron publicados

también integran el conjunto. Para quienes resulten desconocidos, será una manera de interesarlos en otros de mis títulos. Aquellos que los conozcan encontrarán que tienen agregados nuevos datos.

Nuestro viaje, por lo tanto, transitará la Belle Époque de las exposiciones universales, del tango y el ballet, los cabarets, el Parque 3 de Febrero, las grandes tiendas, el café concert y aquellos cruceros que atravesaban el océano con una Primera Clase embelesada, una Segunda confiada y una Tercera esperanzada.

Esa misma época de conventillos, atentados, funerales apoteóticos, cortes y quebradas inmorales y un *Titanic* que pensaba dominar al océano, pero que se fue a pique con argentinos en su interior, porque, claro, nosotros no podíamos quedar afuera de semejante acontecimiento histórico. Una teoría sostiene que el personaje de DiCaprio podría haberse inspirado en el argentino Edgar Andrew. Sí, somos incorregibles.

El hundimiento del barco que "jamás podría hundirse" fue una señal de que todo concluye al fin. Las luces de la Belle Époque comenzaron a apagarse y a mediados de 1914 llegó una de las más oscuras noches de la historia universal.

Empezamos con Owen Wilson recorriendo las medianoches de París y terminamos con Leonardo DiCaprio aferrado a una madera del *Titanic*, intentando sobrevivir. No está mal como introducción para las próximas páginas, con tantas historias infrecuentes y "como de película".

FEROZ TORMENTA DE VERANO

Buenos Aires se vio sobresaltada por un estruendo que sacudió las casas e hizo estallar varios vidrios. Era el trueno que se anticipaba. Todo cambió en dieciocho minutos. El cielo celeste se pintó de gris y las calles se volvieron ríos. La infernal y sofocante mañana del 11 de enero de 1872 fue arrebatada a las 13:45 por un diluvio como hacía tiempo no se veía. Algunos recordaron el de marzo de 1870. Pero este parecía más bravo todavía.

Ciertas cuadras por las que cruzaban arroyos, principalmente un largo tramo de Piedad (la actual Viamonte) y sus aledañas, se inundaron sin dar tiempo a reaccionar. Quien andaba a la intemperie apuraba el paso en busca de refugio. También los tranvías eran un problema. Aún faltaban más de veinte años para que fueran eléctricos, por lo tanto, no era esa la dificultad. De acuerdo con la crónica del diario inglés *The Standard,* los guardas de la línea de los hermanos Lacroze resolvieron cerrar ambas puertas para evitar el ingreso del torrente de agua. Pronto advirtieron que esa medida aumentaba el peligro de que el coche volcara. Sería mejor dejar que el agua entrara por una puerta y saliera por la otra.

> *La emergencia fue temible y las jóvenes pasajeras fueron rescatadas de los asientos llenos de agua por el valiente heroísmo de los corredores de lana y los barraqueros que se dirigían a la Bolsa de Comercio.*

Cajas de basura y latas de kerosene navegaban los improvisados ríos caudalosos. A pesar de la gravedad, muchos disfrutaban del espectáculo luego de haber tenido que soportar temperaturas que sobrepasaron sin esfuerzo los 33º (todavía no existían registros de la sensación térmica). Quienes no lo disfrutaban eran los que tenían sus hogares en las cuadras más castigadas —Paraguay, Córdoba, Suipacha,

Artes (Pellegrini) y la mencionada Viamonte— y veían “sus mesas, sillas y pianos flotando en el salón principal”. Mención aparte para los habitantes de las calles Talcahuano y Parque (Lavalle), que tuvieron los registros más preocupantes por la subida del agua. “Las cataratas del Niágara difícilmente podrán superar al espumoso torrente que corría por la calle Paraguay” describió el periódico inglés, agregando que al llegar al Río de la Plata, en la zona de Catalinas, se formaba una cascada de agua que aprovecharon chicos y grandes para darse un baño refrescante, sin que les preocupara el estado en que les quedaba la ropa. La crónica es más específica. Dice que lo hicieron “niños, niñas y señores”, dando por sobreentendido aquello que en aquel momento no era necesario aclarar: las mujeres no podían participar de este alivio porque deformaría sus vestidos encorsetados y arruinaría sus sombreros. De la misma manera, un individuo con frac y galera tampoco se mezclaría con la chusma.

Más allá de los cuidados, el diluvio no hacía excepciones. Todos estaban pasados por agua. El baño terminó pronto ya que la fuerza del agua de la cascada creció tanto “que hasta los peones italianos debieron alejarse”.

Un tranvía quedó varado por media hora, con sus dos caballos imposibilitados de avanzar, en Suipacha y Viamonte, esquina donde el cauce del arroyo natural giraba hacia la cercana Paraguay. Más notable fue la situación en Esmeralda llegando a Corrientes. Allí se atascó un coche de la línea Ciudad de Buenos Aires (C.B.A.) y llegaron a acumularse detrás diez tranvías inevitablemente detenidos.

Las dificultades en tierra firme se complementaban con las fluviales. Una goleta cargada de pinos embistió la costa a la altura de la Recoleta. San Isidro también recibió el azote, pero mucho peor lo pasaron en Tigre, donde el fuerte viento arrancó los techos de la estación del ferrocarril para lanzarlos al río que, por otra parte, se asemejaba a un depósito de embarcaciones tumbadas. Esa misma tarde se rescataron los cuerpos de tres marineros que perecieron ahogados.

El inquietante escenario tuvo su punto final a las cuatro. Volvió la calma y reapareció el sol tímidamente. Sin embargo, no había sido un punto final sino uno seguido: alrededor de las 5:30 se inició una leve llovizna, falaz, embustera, que de inmediato se transformó en una

lluvia torrencial, volviendo a adueñarse de la ciudad.

De los testimonios vertidos durante el transcurso de los días posteriores surge el que un suscriptor envió a *The Standard* bajo el atrayente título: "Una tormenta en un vagón de tranvía". Desafortunadamente para nosotros, el editor se lamentaba de que "la descripción gráfica sea demasiado larga para nuestras columnas", aun habiendo aclarado que nunca había escuchado algo semejante. Atravesando el tiempo, la decepción y la curiosidad por aquel texto inédito nos invaden. Habrá que conformarse con las pocas líneas que rescató el periódico:

> *El huracán vino mientras un coche de la C.B.A. estaba capeando el cabo en la esquina de la calle Temple y cruzando los rápidos hasta Cerrito. Llegó el torrente embravecido y todos subieron al piso superior, los asientos, en cuya operación las damas hicieron gala de mucha agilidad y ofrecieron una ligera insinuación de sus pantorrillas.*
> *La consternación llegó a su punto máximo cuando un perro caniche voló de los brazos de un francés y se dirigió a la inundación.*
> *Finalmente, ocho caballos sacaron el coche y lo pusieron a salvo en la calle Cerrito.*
> *Nuestro corresponsal* [el autor del texto inédito] *por su propia cuenta, tomó el peligro con sorprendente frialdad, pues confiesa que, habiendo ayudado a las damas a sacar sus preciosos dedos de los pies fuera del agua, se retiró a la cubierta de los huracanes, es decir al techo y, encendiendo un cigarro, observó los frenéticos esfuerzos de los conductores y guardias mientras tarareaba una canción que entre otras cosas decía: "no soy muy aficionado al trabajo", "pero sí a las mujeres y el tabaco".*

Imaginamos que este último acto debe haberlo concretado en el lapso sin lluvia.

El temporal había empezado con furiosos truenos y los rayos también fueron protagonistas. Uno cayó en la azotea del Banco de Londres de la calle Reconquista. Pero el más feroz apuntó al sector de la Casa Rosada donde funcionaba el Ministerio del Interior. Así lo contó *La Prensa*:

El fuerte trueno que se sintió ayer en medio de la tormenta, a eso de la una tres cuartos, fue producido por un rayo que cayó en el aparato telegráfico del Ministerio del Interior.

Desde momentos antes de producirse la descarga el telegrafista había notado que los cables del telégrafo despedían chispas muy frecuentes y hacía notar este mismo fenómeno a un morenito portero del Ministerio.

El telegrafista se retiró enseguida, quedando el portero al lado de la baranda que rodea los aparatos. En ese instante, la descarga eléctrica se produjo convirtiendo en dos hilos de fuego los alambres del telégrafo. Uno de los aparatos saltó de la mesa. La oficina quedó como iluminada a gas durante algunos segundos.

Felizmente, el alambre que sirve de pararrayos para el aparato no estaba interrumpido, lo que evitó tal vez que el rayo no haya seguido hasta el piso bajo donde está el archivo. El portero se dio un gran susto, pero afortunadamente salió ileso.

En cambio, para *The Standard*, el gran sobreviviente no fue el portero morenito, sino el ministro del Interior, según nos lo cuenta la siguiente traducción:

El hombre que tuvo el más estrecho escape de todos fue el Dr. Vélez Sarsfield, quien estaba sentado en la Casa de Gobierno leyendo The Standard*, cuando el rayo chocó los cables telegráficos y sacudió el escritorio del ministro. La conmoción en la Casa de Gobierno es de imaginarse: el presidente Sarmiento, los ministros Avellaneda y Domínguez se precipitaron al despacho de Vélez, para ver si todavía estaba vivo. El edificio se estremeció con fuerza, pero nadie resultó herido.*

Con avalancha de basura, pasajeros atrapados en el tranvía, damas subidas a los asientos y algún caballero ocupando el techo para fumar; con pantorrillas al descubierto y un caniche que se fue nadando contra la corriente, con baños reparadores en las cascadas y pianos flotando en las salas; con un joven portero asustado, un presidente y dos ministros acudiendo presurosos al rescate de Vélez más algunas notas

tristes, la tormenta de verano del 11 de enero de 1872 dejó su huella en la historia.

JARDÍN CERVECERO

Durante la segunda mitad del siglo XIX las cervecerías comenzaron a expandirse por nuestro país como la espuma cuando rebasa el porrón. Crecían al ritmo de las oleadas migratorias. Eso sí: las dificultades para proveerse de hielo desalentaban la producción fabril y favorecían la preparación casera.

En ese contexto desembarcó en Buenos Aires Emilio Bieckert, gringo de ojos azules como tantos, con ambición de perpetuarse como pocos. Descendiente de una familia cervecera de Barr, en el alto Rhin, localidad cercana a Estrasburgo (Alsacia), abandonó la casa paterna a los dieciséis años sin ningún tipo de ayuda económica y con muchas ganas de trabajar como único capital.

Su deseo de progreso se puso de manifiesto al instante de levar anclas. Se desempeñó como mozo de a bordo el tiempo que duró su viaje en barco. Apenas puso un pie en la Buenos Aires convulsionada de 1855, ya que estaba enfrentada a la Confederación Argentina, se identificó ante las autoridades aduaneras como cervecero, oficio que de inmediato le abrió las puertas del establecimiento “Santa Rosa” dirigido por Juan Buehler. Emilio aprendía rápido y le llevó poco tiempo dar forma a lo que serían los años por venir. El 15 de febrero de 1860 comenzó a poner a prueba los conocimientos heredados para encarar el primer proyecto propio. La fábrica era modesta, pero eficiente. Dos hombres se dividían la faena: un peón y Emilio, ambos instalados en un patio, al fondo de una casa de la calle Piedad (hoy Bartolomé Mitre) y Azcuénaga, en el barrio de Balvanera. Para elaborar la primera malta empleó una tetera de cobre. Sólo contaba con dos pipas, imprescindibles para el proceso de fermentación del líquido que se iba desprendiendo de la maceración de la cebada. Su producto final era liviano, color oro, burbujeante.

Contrastaba mucho con las bebidas que venía consumiendo el

porteño: desde la llamada cerveza espesa y agria, hasta las sangrías (agua y vino, más azúcar que enmascaraba) y vinagradas (agua, vinagre y azúcar).

Un año más tarde se mudó a un local acorde con la demanda, en Salta y Rivadavia. En paralelo, se aventuraba a nuevos desafíos que iban a repercutir en la calidad de vida de todos: fue quien instaló la primera fábrica de hielo del país. Hasta entonces el hielo venía en barcos especiales, ¡desde los Estados Unidos!, y se almacenaba en el subsuelo del Teatro Colón, que por aquellas épocas estaba en Plaza de Mayo.

En 1866 compró a la familia Riglos un terreno de grandes dimensiones en Retiro. Pagó una fortuna: veinte mil libras esterlinas. Le vendió una fracción a José Manuel de Estrada y conservó un fragmento en una barranca, de una superficie algo mayor a una manzana y media. Se trataba de un triángulo formado por las calles Esmeralda, Juncal y Paseo de Julio (Libertador), enfrente de la actual estación Retiro. En el momento de la compra ya se había establecido el trazado del ferrocarril al norte.

Allí montó una fábrica modelo que se alzó como estandarte del progreso industrial de la época y donde funcionaban dos motores que mecanizaban las tareas. El conjunto comenzó a producir en 1869. En el mismo terreno edificó la gran casona familiar —rodeada de araucarias— y las casitas de los obreros.

El marcado declive de la barranca sobre la cual se encontraba le permitió, además, contar con dos enormes sótanos que contenían espacio para 160 barriles cada uno. Allí estacionaba la cerveza por días, semanas o meses.

Bieckert estaba al tanto de todas las innovaciones de la industria cervecera y cada cuatro años viajaba a Europa para recorrer las instalaciones de sus pares. La suya también era un polo de atracción para los visitantes, quienes la descubrían mucho antes de desembarcar por su gran chimenea, referente de los navegantes. Era habitual que Emilio llevara a sus conocidos —por ejemplo al ministro Vélez Sarsfield— de paseo al sector de embotellamiento y luego, escaleras abajo, a los sótanos donde solo la luz de la lámpara que portaba se abría paso en la oscuridad. Las barricas eran de roble alsaciano,

mientras que las botellas de vidrio se fabricaban en Buenos Aires y las de gres eran importadas de Port Dundas, en las afueras de Glasgow, Escocia. Los corchos llegaban desde Barcelona. Entre la fábrica —con entrada por Juncal— y las casas, se ocupó la mitad de la superficie. El resto fue convertido en un magnífico jardín cervecero, que se inauguró el domingo 30 de agosto de 1874. Contaba con espacio para cerca de mil personas que podían degustar todas las variedades de cervezas que ofrecía la firma. El propio empresario se encargó de que el jardín se poblara de pinos, palmeras y otros árboles. También construyó un recinto fresco para los días de verano, más una glorieta para conciertos que ejecutaba una banda musical los domingos y feriados. Tampoco faltaba un espacio para los más pequeños. La cervecería fue, por años, el paseo obligado de las familias.

Desde el elevado jardín, la vista permitía recorrer el puerto (en la zona de Retiro se agrupaban las embarcaciones) y la costa con arboleda de Palermo.

Fue en el transcurso de su proyecto que trajo trece jaulas con gorriones y los soltó en la aduana porque le reclamaban pagar una tasa de importación. Por ese motivo, los gorriones se adueñaron de la ciudad.

Cuando inauguró el jardín era un empresario de prestigio, con 38 vigorosos años. Todos los días se levantaba a las cuatro de la mañana y a las seis comenzaba la jornada fabril por espacio de doce horas. Fueron dos décadas de incesante trabajo en las que la empresa se nutrió de seiscientos empleados que producían un promedio de 42.000 litros por jornada. Al respecto, comentó *La Tribuna* en 1877:

> *Antes de trasponer los umbrales de la cervecería Bieckert creíamos que Buenos Aires estaba aún en la infancia industrial; después de salir de ella, llevamos el conocimiento de que si bien puede haber en otros países establecimientos del mismo género de mayor magnitud, no los hay ni mejor instalados, ni más bien dirigidos.*

Bieckert había logrado premios y el reconocimiento de su producto incluso en su añorada patria, ya que en Alemania la compararían con la Pilsen. Además, fue quien introdujo los caballos percherones para

tirar de los carros de cerveza. Y quien financió la construcción del exquisito Teatro Odeón de Buenos Aires.

Luego de treinta años de crecimiento cervecero, regresó a Francia y se radicó junto con su mujer Simone en Niza. La empresa quedó en manos de un directorio, entre quienes figuraba el futuro presidente Carlos Pellegrini.

Emilio Bieckert murió en 1913 a los 76 años, tras una reconfortante secuencia de éxitos comerciales y sueños cumplidos.

LA TRINIDAD DE PALERMO

Allá lejos, en febrero de 1852, se celebraba la caída de Rosas. Un poeta que jamás había estado cerca del gobernador depuesto fue hasta Palermo para conocer la casona que fuera su residencia. Tomó un carbón y escribió, en uno de los pilares de la casa, la siguiente estrofa:

Sobre la tumba de Nerón, un día,
amanecieron flores esparcidas
por manos al tirano agradecidas;
más si acueste lugar se abandonara,
ni la naturaleza le daría
una silvestre rosa que la ornara.

Su premonición parecía cumplirse. Durante un par de décadas dejó de ser lo que alguna vez fue. "Palermo cayó en ruinas —escribió cierta vez un editorialista de *La Nación*—, sus lagos y sus canales se secaron, la maleza invadió sus jardines y sus bosques caían segados por la mano del tiempo. El pueblo de Buenos Aires contemplaba con orgullo aquel melancólico espectáculo". El texto citado podría entenderse como una manifestación con aires de queja. Sin embargo era lo contrario: lo que el articulista deseaba significar, con cierta satisfacción, era que aquel escenario feliz para los rosistas se había convertido en un terreno inhóspito. Nosotros agregamos que eso ocurrió inevitablemente porque dejó de contar con miles de empleados dedicados al mantenimiento.

Sarmiento, conocedor del Hyde Park londinense y, sobre todo, usuario del Central Park neoyorquino, tomó el desafío como uno de los principales de su administración (gobernó entre 1868 y 1874). Deseaba convertir el Palermo de Rosas en el principal parque de Buenos Aires. A sugerencia de Vicente López y Planes —el mismísimo —, se lo denominó con la fecha emblemática: 3 de Febrero.

En 1871 el azote de la fiebre amarilla fortaleció la idea de un espacio verde, “un paseo higiénico”, como decían nuestros abuelos del 1800. El sanjuanino quería que la inauguración fuera uno de sus últimos actos de gobierno. Pero no se hizo a tiempo.

Demandó un año más de lo esperado y por fin el Parque 3 de Febrero, el pulmón verde de Palermo, iba a abrirse al público oficialmente durante la presidencia de Avellaneda. Contra viento, marea y también las críticas del periodismo.

El 11 de noviembre de 1875, ansiado día de los actos, el diario *La Nación* destacó en su columna editorial que se trataba de un espacio que reunía en trinidad al “tirano Rosas” (propietario al que le fueron confiscadas las tierras), al sucesor Urquiza (quien gobernó desde allí luego de vencer a don Juan Manuel el 3 de febrero de 1852) y a Sarmiento (el gestor del parque). Luego de realizar una comparación entre los Jardines de Babilonia, “capricho de un rey absoluto”, Versalles, “la obra de otro tirano” y Palermo, “el antojo de otro tirano”, el editorial fijó su posición contraria al proyecto. Para el diario mitrista, “las ruinas de Palermo eran el monumento del pueblo libre”. En cambio, “Palermo restaurado es el monumento de la vanidad humana”, que “pretende regalar al pueblo un paseo higiénico al mismo tiempo que lo despoja del gran monumento de la ruina de los tiranos en que se respiraba la atmósfera de la libertad”.

Tampoco el diario *La Prensa* aplaudía la creación del pulmón verde sarmientino.

> *Nadie puede dudar de que esta capital necesita embellecerse y mejorar higiénicamente. Pero a nadie que no tenga una cabeza perturbada se le puede ocurrir gastar muchos millones cuando el suelo sobre el que vivimos está envenenado, cuando el empedrado de las calles es insoportable, cuando la seguridad pública es nula, cuando no tenemos puertos y cuando en general esta pomposa capital carece absolutamente de edilidad* [es decir, no tiene ediles].

El proyecto de Sarmiento seguía siendo rechazado aún el mismo día de su inauguración. Para colmo, en las vísperas, un intercambio de cartas entre Avellaneda y Sarmiento contribuyó al malestar. El

sanjuanino le comunicó al presidente que, como parte de la celebración, debía plantar un árbol, y le pedía que eligiera el que considerara más adecuado. Tal vez Sarmiento esperaba que el mandatario dejara el asunto de la elección de la planta en sus manos. *La Nación* del 13 de noviembre de 1875 contó los hechos:

> *Avellaneda contestó la carta diciendo que elegía una planta de magnolia, pues el perfume de sus flores lo admiraba dulcemente, creyendo hallarse en el jardín de las Hespérides en medio de ninfas celestes y ondinas voluptuosas. Esta contestación alteró los nervios del ex presidente y en un momento lúcido escribió una nueva carta enviándola enseguida a Avellaneda.*

Le expresó que no consideraba buena la elección, ya que la magnolia era "una planta pequeña, sin arrogancia, de raquítica familia, cuya especie típica se encuentra en la India, abundando en las orillas del Ganges y que únicamente tiene un perfume agradable".

Vaticinó que no tendría larga vida. Por eso fue más allá y le sugirió que optara por un pino, "grande, arrogante, majestuoso". Ampliando la apología del conífero, Sarmiento sentenció:

> *Árbol que toca con su copa el cielo. Y llena el mundo de su suave aroma.*

Avellaneda no tomó a bien la sugerencia. Algo fastidiado, le escribió para recordarle que era el presidente de la Nación y podía elegir el árbol que se le antojara, para terminar enumerando otras propiedades de la magnolia. Con estos antecedentes concurrieron a la inauguración, el jueves 11 de noviembre, fiesta del patrono de la ciudad, San Martín de Tours.

El acto se inició a las 8:30 y su comienzo fue accidentado, debido al vuelco del coche presidencial, registrado por *La Prensa*:

> *Ayer al entrar el carruaje que conducía al doctor Avellaneda para la inauguración del Parque 3 de Febrero a la avenida Sarmiento, los caballos se asustaron de un pilar y cayó el carruaje volcándose en un acueducto lateral del camino.*

Hubo necesidad de media hora de trabajo para poner en pie el carruaje. El doctor Avellaneda, despavorido, creía en una revolución.

El número de asistentes estimados por el oficialismo difiere completamente del informado por los medios opositores. Mientras los primeros anunciaron que ese día recorrieron el Parque unas 35.000 personas, los diarios que rechazaban el proyecto rebajaron la participación a solo doscientos asistentes. Los dos se equivocaban, pero a su vez, ambos tenían parte de la razón. La crónica de *La Nación* expresó:

En el momento de la inauguración, es decir en todo el tiempo que duró la fiesta oficial, no hubo presentes doscientas personas, y de éstas, la casi totalidad, eran funcionarios y empleados nacionales y provinciales.
Más tarde, cuando el acto oficial había pasado completamente, cuando el banquete había concluido y dejó de correr el vino pagado por el tesoro público; cuando el entusiasmo de los que bebían se había moderado y ya no se escuchaban las alabanzas que mutuamente se dirigían los personajes presentes, bajo forma de discursos, varias familias de las que tienen por costumbre concurrir todos los días a Palermo comenzaron a llegar a aquel paraje.
La hermosa tarde convidaba a este paseo, que es sabido lo hacen diariamente numerosas personas.

Un punteo de textuales extraídos de *La Prensa*, define la posición del matutino:

—Como lo habíamos previsto, el fiasco fue completo.
—En el acto oficial de la inauguración habría a lo sumo cien hombres y tres familias.
—El carruaje del presidente se empantanó y fue menester que la escolta echase pie en tierra y, a fuerza de hombro y de codo, lo pusiesen en mejor terreno.

Y eso no es todo. El mencionado periódico publicó una detallada contabilidad con estimaciones curiosas. Calculó que la concurrencia

fue de casi doce mil visitantes, pero decretó que los genuinos eran solo 4350 porque el resto eran empleados públicos y sus familiares. Y que alrededor de 1500 de ellos no estaban interesados en el Parque, sino en visitar el Athletic Sport, en un terreno vecino. Por su parte, *El Nacional* (diario oficialista) habló de treinta mil asistentes.

Nuestra evaluación salomónica —poco estricta, lo admitimos— es que hubo poca gente a primera hora, comenzó a poblarse a media mañana y se llenó por la tarde, teniendo en cuenta que se iniciaba el último tramo de la primavera y que era feriado en Buenos Aires por el día del santo patrono. Ese número indeterminado de visitantes fue advertido acerca de las normas de conducta mediante un reglamento que señalaba:

> *Artículo 1º- Ninguna persona podrá cortar, romper o en alguna manera dañar las plantas, árboles, arbustos o césped, o algunos de los edificios, cercos u otras construcciones del "Parque 3 de Febrero", o cavar dentro de los límites de dicho Parque o de los caminos trazados en el mismo.*
>
> *Art. 2º- Ninguna persona podrá correr a caballo o en carruaje en las avenidas del dicho Parque a un paso más rápido que el galope natural del caballo, o a más de ocho millas* [13 km] *por hora los carruajes.*

El tercer artículo establecía la prohibición de que los carros de carga (el tránsito pesado de aquel tiempo) pudieran ingresar a las calles del parque, reservado para carruajes de paseo. De esta manera, no solo se protegían los caminos sino que se lograba un espacio aislado, distinto del resto de la ciudad. En el mismo sentido, se prohibía fijar carteles que no fueran aquellos que colocaban las autoridades del parque (Art. 5º) y se sancionaba a quien "marchara a pie o de otro modo sobre el pasto" (Art. 6º). Las multas para los descarriados eran altas. La alternativa frente al no pago eran ocho días de prisión.

Dejamos aparte dos artículos:

> *4º- No será permitido en dicho Parque proferir amenazas o injurias, ni usar lenguaje insultante o indecente, ni acto alguno que tienda a turbar la tranquilidad.*

8º- Toda persona ebria o que cometa desórdenes o actos impropios, o que causare algún daño o deterioro en dicho Parque, podrá ser expulsada de sus límites por la Policía o sus guardianes.

El Parque 3 de Febrero fue esencial para la recreación de los porteños. Luego se agregarían las exposiciones rurales, los jardines Botánico y Zoológico, los paseos en el lago, los conciertos de verano, el Rosedal, el Golf Club Argentino y mucho más. En alguna medida, la premonición del poeta (*mas si acueste lugar se abandonara, ni la naturaleza le daría una silvestre rosa que la ornara*) se concretó, porque ese espacio resurgió florido, limpio y accesible a partir de que volvió a tener jardineros y cuidadores.

En cambio, el vaticinio de Sarmiento no se cumplió. Avellaneda plantó una magnolia que atravesó las décadas y todavía se mantiene en pie, en las puertas del Parque Japonés. Pero nadie podrá decir que el editorialista de *La Nación* haya fallado en una sentencia que deseamos divulgar. El periodista —aquel que había dicho que Palermo reunía en trinidad a Rosas, Urquiza y Sarmiento— escribió en el último párrafo de su columna publicada el 11 de noviembre de 1875:

Al fin de la avenida que el inventor ha tenido la modestia de poner su propio nombre [se refiere a la avenida Sarmiento]*, se pondrán tal vez un día los bustos de Rosas, fundador de Palermo, de Sarmiento, su restaurador y quizá para escarnio de ambos la fecha de 3 de Febrero, que conmemorando la caída del primero recuerda la doble traición de Urquiza y de Sarmiento al inmoral principio de la libertad argentina.*

Efectivamente como lo predijo, en la avenida Sarmiento, a uno y otro lado de la avenida del Libertador, se encuentran el monumento al sanjuanino (desde 1900) y el de Rosas (1999). Quinientos metros más allá, siempre por Sarmiento hacia el río, se alza el monumento a Urquiza (1958). Son los tres puntos de un triángulo histórico. Son la trinidad de Palermo.

Texto adaptado del capítulo “El árbol de Avellaneda”, del libro *Historias insólitas de la historia argentina*, publicado por el autor en 2007.

CONSPIRACIÓN PIMENTERA

Unos tiros alertaron al jefe de Policía, Emilio Castro, de que los rumores de motín en la cárcel —dentro del Cabildo— eran fundados. Transcurrían las primeras horas de la tarde del 13 de agosto de 1859. Algunos presos se habían apoderado de bayonetas y cuchillos y atacaron a Castro cuando, al mando de un grupo de policías, concurrió a poner orden. La herida recibida en el hombro izquierdo lo obligó a delegar el mando, pero lo hizo una vez que el motín había sido sofocado. Fugaron dieciséis. Murieron dos guardiacárceles y tres presos. Según pudo establecerse, la queja generalizada apuntaba a las malas condiciones de la cárcel.

Diez años después de aquel episodio, Castro asumió como gobernador de la provincia de Buenos Aires. En su discurso de asunción, rescatado por el gran experto en penología J. Carlos García Basalo, anunció la construcción de una cárcel modelo.

El arquitecto Ernesto Bunge llevó adelante el proyecto y a fines de mayo de 1877 la Penitenciaría de Palermo, en el actual Parque Las Heras, estuvo lista para recibir a sus primeros huéspedes. *El Nacional* del 29 de mayo informó:

> *Desde ayer ha principiado la traslación de los presos de la cárcel pública a este gran edificio, el primero en su género de Sudamérica. Su capacidad es para setecientos y tantos presos, aislados todos completamente. Todo el edificio está terminado y pronto para recibir a los condenados; los vastos patios únicamente necesitan algunos arreglos de nivelación y adornos que en breve se ejecutarán. Las celdas se encuentran en buenas condiciones higiénicas, bien ventiladas, espaciosas, con mucha luz. Cada una está provista de una cama de lona tendida por medio de travesaños de fierro que se introducen en argollas elevadas en las paredes laterales.*

Además, tienen en cada celda una mesa, un banquillo, una taza y jarro de lata, y dos utensilios más del mismo metal; una cuchara de madera, una pequeña escoba y una caja de lata para recoger cotidianamente la basura de la celda.

En un ángulo del calabozo se encuentran dos estantes y tres perchas. La cama tiene una almohada con funda, dos sábanas y una frazada. La celda posee, además, un pico de gas [para iluminación] *y una campanilla destinada a llamar a los celadores.*

La puerta de cada celda, sumamente sólida, está munida de una pequeña abertura que permite que la mirada del celador se entere de lo que está haciendo el preso. Bien asegurada con dos fuertes pasadores y una gruesa cerradura, hace imposible cualquier tentativa de evasión por ese lado.

La Penitenciaría posee panadería, herrería, carpintería y lavadero. Estas oficinas, como también la cocina, funcionan a vapor.

Los presos, antes de ocupar sus celdas, son trasladados a la sala de aseo. Allí tomarán un baño general, los afeitarán y cortarán el pelo completamente; y enseguida, vestidos con el traje reglamentario [en un principio, blanco con rayas azules horizontales]*, son pesados y recién irán a ocupar el calabozo respectivo, previo un reconocimiento médico.*

Si estuviesen enfermos, pasarán a la enfermería situada en la misma Penitenciaría.

Estos requisitos se llenarán después de haber sido cumplidas las demás formalidades como anotación y numeración del preso en los libros de la alcaldía.

Veintidós penados que cumplían condenas de veinte años fueron trasladados desde la cárcel del Cabildo a la Penitenciaría de Palermo. Tenían un plan. Como los llevarían caminando en un trayecto de unas sesenta cuadras, probablemente custodiados por dos o cuatro hombres, prepararon sus armas, que consistían en manojos de pimienta. En algún lugar del trayecto, un grito estudiado sería la orden para que todos lanzaran la pimienta a los carceleros.

Sin embargo, al salir del Cabildo advirtieron que los esperaban carros tirados por caballos y grilletes. Por ese motivo, la conspiración pimentera fracasó.

UNA VOZ EN EL TELÉFONO

La expectativa era enorme el domingo 17 de enero de 1878. Esa noche, a las 8:20, Carlos Cayol llamaría por teléfono a Fernando Neumann* para hablarle, preguntarle, hacerlo cantar, aplaudir, silbar y anunciarle una novedad. De todo eso iba a tratar la primera llamada oficial en la Argentina. Hubo algunos ensayos previos en los que solo participaron los técnicos (que despertaron el interés del diario *La Prensa*). En cambio, este llamado marcaría un antes y un después en el mundo de las comunicaciones. Todo el mérito les corresponde a Cayol y Neumann.

Ambos especialistas habían trabajado en una versión local del teléfono presentado por Graham Bell —considerado el padre de la telefonía— dos años atrás. Para que quede bien claro: los dos aparatos eran caseros y de confección local. ¡Vamos Argentina, caramba! Un dato más. Según *La Prensa*, el teléfono tenía la forma y el tamaño de una copa de champán. Agregamos que Neumann se había especializado en la instalación de campanillas eléctricas.

Claro está que un llamado tan especial merecía un marco adecuado. Se había diseñado un programa con diez pasos a cumplir. Pero además, para que toda la acción fuera válida, se convocó a un jurado de notables que fiscalizaría la llamada, tanto del que la hacía como de quien la recibía. Por eso era importante cumplir con el plan que sigue.

Comenzaremos por mencionar los dos puntos escogidos para la prueba. Un aparato se colocó en el despacho del director del Telégrafo del Estado, que se encontraba en la actual calle Bartolomé Mitre (en aquel tiempo se llamaba Piedad) y San Martín. El otro, en la sede de *La Prensa*, ubicada en Moreno, entre Perú y Chacabuco. Los dos teléfonos estaban separados por cinco cuadras y media. Todo era tan novedoso y a la vez magnífico, que no solo cada punto recibió un nombre, sino que también tuvieron sus responsables. Porque no es que

iba a establecerse una simple comunicación entre Carlos y Fernando. ¡No, señor! Oficialmente, el "director de la Estación La Prensa" (Cayol) llamaría por teléfono al "director de la Estación Piedad" (Neumann).

Ya tenemos a los interlocutores y a los aparatos en sus respectivos lugares. Sumamos al jurado. En Estación La Prensa, Luis A. Huergo (el ingeniero Huergo) y los profesores de Física del Colegio Nacional, Emilio Rossetti y Bernardino Speluzzi. En la Estación Piedad, Guillermo White (el ingeniero White), el director del Telégrafo Lorenzo B. Trant, y el ingeniero telegráfico, Rodolfo Warner.

Ahora sí, es tiempo de conocer el programa. Porque está más que claro que con tanta formalidad esto no se resolvía con un "hola qué tal, saludos, chau". Veamos:

Llamada a las 8:20. Intercambios de saludos entre los jefes y los jurados, a uno y otro lado de la línea. Conversaciones entre caballeros del público presente. Todo, en el mismo llamado. Y, sin pausa, vendría el momento musical. Porque se había planteado en la edición de la víspera del diario protagonista: "La música no ha sido aún transmitida telefónicamente en Sudamérica". Era la oportunidad de hacerlo. Para tal fin se convocó al prestigioso cuarteto de cuerdas denominado Sociedad del Cuarteto, ejecutante de música de cámara. Y como esto no podía hacerse así nomás, ¡un jurado para supervisar los sonidos transmitidos por la orquesta! Alejandro Paz y Salustiano Saravia lo harían en *La Prensa*, mientras que Oscar Levy y Guillermo Mackern fiscalizarían del otro lado de la línea la ejecución de la alegre Canzonetta, opus 12, de Mendelssohn.

¿Algo más? ¡Sí! "Transmisión de sonidos aplausos y gritos". "Transmisión de silbidos". Y "transmisión del canto Lorelei, canción alemana, por el señor Neumann". En caso de que fallara la transmisión de la música de cámara, "se invitará a los profesores a ensayar la transmisión de piezas ejecutadas a un solo instrumento".

Hasta aquí, el plan. ¿Se cumplió? La página editorial de *La Prensa* informó el martes 19:

> *Tuvo lugar el domingo esta fiesta de carácter científico, con un entusiasmo y un éxito dignos de la maravilla del siglo. ¡Y qué agitaciones y qué zozobras han presidido este ensayo!*

A las cinco de la tarde debía ser probada la comunicación telegráfica entre las dos estaciones; y resultó que estaba interrumpida.
Inmensa labor reclamó la compostura. Eran las 8:10 minutos, las estaciones se llenaban de concurrentes y la interrupción rebelde no cedía. ¡Terribles angustias! Decir a la concurrencia "no hay ensayo" era cosa como para agitarse, a la verdad. A las 8:20 la comunicación estaba expedita, por fortuna, después de un trabajo asiduo desde las cinco de la tarde.

Las expectativas fueron superadas. Unos ciento cincuenta curiosos se presentaron en *La Prensa*, más otros sesenta en Piedad, deseosos de conocer el novedoso sistema. "En una sala especial fueron colocados los asientos para aquellos que investían representación de instituciones públicas y particulares. Para las demás personas que habían tenido la bondad de concurrir a dar solemnidad al acto, se les abrieron las puertas y aprovecharon todos los locales en que podían permanecer".

En el centro de la sala del diario se colocó una mesa donde se sentaron los jurados (el de la conversación y el de la música). El acto estaba retrasado por la reparación. Por supuesto: ¡no habíamos empezado a hablar y ya era necesario arreglar la línea! Poco antes de las 9 irrumpió el inventor Cayol, sacó de una caja el aparato y lo armó y desarmó en segundos. Parecía magia. La pieza fundamental quedó en la mesa principal, la de los fiscalizadores. Dieron las nueve. Silencio general. Cayol tomó el teléfono e hizo el llamado. Directo, sin la intervención de operadores. Su socio atendió en Piedad.

Entonces, Cayol dijo:

—Señor Neumann, director de la Estación Piedad.
—Presente, señor.
—La redacción de La Prensa *declara solemnemente abierta la primera conversación pública sostenida por medio del teléfono en la República Argentina. Sírvase participarlo a los concurrentes a la Estación Piedad.*
—Lo he comunicado ya.

A continuación comenzaron los saludos entre los ingenieros y profesores del jurado. Luego se procedió a la "numeración hablada".

Desde una estación se contaba hasta cincuenta y desde la otra se pasaban el teléfono diversos asistentes del público para escuchar. Luego se invirtieron los roles. Todos estaban maravillados. Llegó el turno de Cayetano Gaito, Enrique Bomon, Emilio Raigneri y Cayetano Ghignati. La Sociedad del Cuarteto interpretó la Canzonetta de Mendelssohn y un par de solos de violín. A pedido de los presentes, José Murature (hijo del destacado marino y pintor) cantó una estrofa y el coro ("Sean eternos los laureles…") del Himno Nacional Argentino. Recordemos que todo esto se dio en el único llamado.

No fue Neumann quien cantó la popular canción alemana Lorelei sino el encuadernador Teodoro Nettekoven, por lo que suponemos que el anuncio de la víspera se trató de un error por confusión de apellidos.

Finalizado el concierto, tomó el aparato el jurado de música Alejandro Paz y pidió hablar con uno de los integrantes del cuarteto. Se dio el siguiente diálogo:

—Señor Raigneri.

—Presente.

—Con este maravilloso invento sería grandioso poner en conocimiento nuestra Sociedad del Cuarteto con las que existen en Europa. De esta manera, oiríamos las nuevas producciones clásicas de los grandes maestros, escucharíamos sus magníficos conciertos y estaríamos al día para conocer los adelantos del arte.

—Sería verdaderamente grandioso y desespero de verlo.

Destacamos que cuando uno era nombrado por el interlocutor, respondía: "Presente". Después de todo esto, se transmitieron los aplausos, los silbidos y los gritos de vivas: ("¡Viva el señor Bell! ¡Viva! ¡Viva el señor Cayol! ¡Viva! ¡Viva el señor Neumann! ¡Viva!"). Para concluir, Cayol habló con su socio. Había algo muy importante que comunicar y estaba relacionado con una conmemoración. Faltaban ocho días para los imponentes festejos del 25 de febrero, fecha en que se cumpliría el centenario del nacimiento del general San Martín.

—Señor Neumann, director de la Estación Piedad.

—Presente, señor.

—Al declarar terminado este ensayo con el mayor éxito, la redacción de La Prensa *comunica a los concurrentes a esa estación el proyecto de asociar el teléfono a la celebración del centenario del general San Martín, colocando la línea entre la estatua de la plaza San Martín y el escenario del teatro en que se celebre la conferencia literaria.*

Al abrirse ésta, su presidente comunicará por el teléfono al jefe de la guardia de honor de la estatua, quien la hará formar, ejecutando el Himno Nacional y contestando para que el presidente de la conferencia haga pública en el teatro la respuesta.

—El proyecto ha sido aquí muy bien recibido.

Lamentablemente, no ha quedado registro de las palabras de despedida, antes de colgar tan extensa e histórica llamada.

Las crónicas del 25 de febrero no mencionan la comunicación programada entre el Teatro Colón (en su ubicación original, frente a la Plaza de Mayo), donde el general Mitre brindó la principal conferencia, y el monumento a San Martín en Retiro. Pero sí se estableció la primera larga distancia entre la estación ferroviaria del Parque (actual emplazamiento del Teatro Colón) y la ciudad de Mercedes (situada a 120 kilómetros). Bajo el título: "Ensayos telefónicos", *La Nación* brindó los pormenores. De allí extractamos algunos párrafos:

El señor Neumann saludó desde el Parque y su voz llegó instantáneamente a Mercedes en medio del más grande asombro. Siguióse un cambio de frases. Los vecinos de Mercedes supieron el entusiasmo que habían despertado las fiestas del Centenario y los regocijos públicos que en aquel mismo momento tenían lugar en Buenos Aires.

Causóles un efecto particular el saber que las bombas, músicas, cohetes y alegría bulliciosa de las fiestas impedían la fácil comunicación de la palabra.

Una vez más, hubo música de un lado para el otro. Los teléfonos habían cumplido su misión. Luego de aquellos ensayos públicos se

realizaron ventas a los primeros usuarios del servicio. Pero debe tenerse en cuenta que todavía no se habían implementado los conmutadores y las comunicaciones se hacían punto a punto, como en el telégrafo. Por lo tanto, aquellos clientes adelantados colocaban, por ejemplo, un teléfono en la casa y otro en el estudio u oficina. Su uso comercial fue de gran provecho. Sin embargo, y a pesar de los enormes esfuerzos de la dupla Cayol-Neumann, no terminó de afianzarse en ese momento. Sí lo haría tres años después, en 1881, con los conmutadores y los operadores, es decir, cuando se pudo llamar a más de un punto.

De todos modos, celebremos —si es posible, con una copa de champán— el empeño de aquella dupla de emprendedores, patriarcas de la telefonía argentina.

*Hemos optado por unificar el apellido que indistintamente figura como Neumann, Neuman y Newman. Preferimos el primero por ser el más empleado en las publicidades de la firma y porque así se lo menciona en los censos de la época.

ALAMBRES, VACAS Y CHICOS EN PALERMO

En 1874, los integrantes de la Sociedad Rural Argentina (SRA) —fundada en 1866— se plantearon la necesidad de organizar una exposición ganadera para estimular la competencia, acercar a los productores y permitir que los criadores pudieran detectar, a partir de la comparación, defectos y virtudes de sus animales. ¿Qué exposiciones se habían llevado a cabo hasta entonces? Dos organizadas en Palermo en 1858 y 1859, más una en Morón (1869) y otra en Córdoba (la Exposición Nacional de 1871). Llegaba el tiempo de que la Sociedad Rural presentara su propia muestra.

A comienzos de 1875, los ruralistas acudieron a uno de los fundadores de la institución, Leonardo Pereyra —casado con su prima Antonia Iraola— para que les cediera en préstamo un corralón de su propiedad, ubicado en Florida esquina Paraguay (era la manzana comprendida por las cuadras mencionadas más Córdoba y Maipú). El terreno ocupaba casi toda la extensión de la cuadra sobre Florida y unos cincuenta metros sobre Paraguay. El hacendado accedió a la solicitud de inmediato.

El sábado 11 de abril de 1875 se inauguró la primera exposición organizada por la Sociedad Rural Argentina, con 66 caballos, trece vacunos, 74 ovejas (fueron las más ponderadas), dieciséis cabras, once chanchos, quince perros, diecinueve grupos de aves y conejos, más alpacas y llamas. De los 91 expositores, seis presentaron productos agrícolas, mientras que el resto conformaba el espacio ganadero. La estrella de la muestra fue Niágara, el patriarca de los toros Hereford, que Leonardo Pereyra había traído de Europa en 1862.

La exposición fue un éxito: dieciocho mil personas la visitaron. Ayudó a lograrlo el tiempo apacible de esos días y el fácil acceso, cercano a las zonas de mayor densidad de Buenos Aires. Los óptimos

resultados convencieron a los ruralistas de que había que organizar muestras todos los años. Eso sí: con un sistema de seguridad más estricto, ya que en esas jornadas se había escapado un toro que pertenecía a Enrique Green. La bestia corrió enfurecida por la calle Florida rumbo a Retiro y al río. Jamás pudieron recuperarla.

En el discurso de cierre, el presidente de la SRA, José María Jurado, anunció que la próxima exposición se llevaría a cabo en terrenos del Parque 3 de Febrero, en Palermo. La buena noticia provenía del ofrecimiento que les había hecho Sarmiento, presidente de la comisión del parque. El sanjuanino determinó la ubicación que les cedería (y que se mantiene vigente).

El proyecto de llevar a Palermo la segunda muestra, la de 1876, debió cancelarse. Por más buena voluntad de los socios, la superficie, en la que solo había un rancho y el resto eran pajonales, necesitaba mejorarse con obras que demandarían varios meses. Por ese motivo, regresaron al corralón de la calle Florida, que esta vez tuvo baja convocatoria de expositores y puso en jaque la continuidad. Al año siguiente no se realizó. Se decidió saltear el año 77 con el fin de mejorar la organización y concentrar esfuerzos y economías.

Por fin, en enero de 1878 comenzaron los trabajos para la puesta en valor del terreno de Palermo. Los ruralistas le dieron vida al lugar, nivelando la tierra e incorporándole la pista central, una tribuna, pabellones, el portón principal, cañerías, desagües, baños, fuentes, una pajarera, la boletería, el gallinero, una sencilla confitería, los jardines —colocaron más de siete mil plantas— y oficinas.

El domingo 22 de septiembre abrió sus puertas la tercera Exposición y Feria de la SRA, la primera de las más de ciento treinta que se sucederían en Palermo. Una semana dedicada a exponer y otra para la feria, es decir, las ventas. De los detalles nos habla *La Prensa*:

> *Infinidad de banderas y gallardetes flotaban desde las altas cúpulas de los pabellones de la exposición y coronaban la verde copa de los árboles, distrayendo agradablemente la mirada. En todas las calles y avenidas se veían interminables filas dobles de carruajes, cada vez más numerosas, a términos de que, a las tres, había no menos de quinientos carruajes particulares en su mayor parte.*

Los trenes viajaban sin cesar entre la estación de la exposición y la ciudad, llevando de ésta grandes grupos de visitantes.
La exposición estaba materialmente inundada de asistentes que se calculan en cuatro mil personas que entraron pagando y mil convidados con tarjetas gratuitas.

El pasaje en tren desde el centro costaba cuatro pesos (ida y vuelta) y menores de 12 años, dos pesos. Salía desde un costado de la Casa Rosada y el viaje a la feria se completaba en tres paradas: Retiro, Recoleta y Palermo. La entrada a la exposición, cinco pesos.

En medio del gentío, las autoridades de la SRA recibieron, a las 14:30, al presidente Avellaneda, que concurrió con cuatro ministros. Destacamos de la comitiva a Julio Argentino Roca y Victorino de la Plaza, quienes más adelante ocuparían el sillón presidencial. Minutos después arribó Carlos Tejedor, el gobernador de la provincia de Buenos Aires.

Para el diario inglés *Buenos Aires Herald*, "la multitud era muy numerosa, incluida una buena proporción de damas, y el día de la inauguración fue, considerando todo, un éxito". Pero, también expresó:

Hay una carencia manifiesta de comodidades para los visitantes, especialmente para las damas, que no disponen de un baño, falencia que debe ser suplida de inmediato. El puesto de refrigerios es demasiado pequeño, las personas que hacen largas colas luchan para obtener un chop y terminan exhaustas cuando por fin obtienen los refrescos.

El discurso, a cargo de Avellaneda, se mantuvo dentro de los límites formales, salvo cuando aludió a Tejedor, quien lo miraba de reojo. Pero no fueron términos confrontativos, por lo tanto, no hacía falta la prevención del gobernador.

Completada la tarea de los oradores, se ejecutó el Himno Nacional y se abrieron "los pesebres para poner en circulación a la vista de todos los hermosísimos animales de raza". *La Nación* —que se refirió a la misma como la "gran fiesta del trabajo, de nuestra industria y de la contracción y el empeño de los productores para el mejoramiento de

los productos rurales"— también abundó en elogios:

> *Los adelantos que hace la Sociedad Rural año por año, desde que por primera vez puso en práctica las exposiciones, es notable y muestra el resultado benéfico que esta competencia y esta clase de fiestas despierta entre los expositores.*
> *La población de Buenos Aires no debe dejar de ocurrir* [concurrir] *al Parque 3 de Febrero donde se encuentra instalado el local de la Exposición, pues es digno de conocerse lo que allí se ofrece a la vista del público, y además se ha establecido el sistema de entrada de modo tal que todos, desde el acaudalado hasta el jornalero, puedan apreciar cuáles son las riquezas rurales que la provincia de Buenos Aires encierra y qué pueden obtener el trabajo, la inteligencia y la perseverancia.*

Fue una pena que lloviera el domingo de cierre, ya que se había organizado una vistosa parada militar. De todos modos, en Palermo, la Rural empezó con el pie derecho, ya que participaron 132 expositores, es decir, casi un 45% más que en la primera de la calle Florida. Se recaudaron 45.000 pesos, provenientes de nueve mil entradas vendidas a mayores. Además tuvo una novedad. Si bien los alambrados ya se comercializaban, en la muestra de 1878 se presentó uno especial: el de púa.

Un total de 313 cabezas de ganado asombraron al público. Sobre todo al que concurrió el jueves. Porque la Sociedad Rural comprendió la importancia de enseñarles el campo a los chicos de la ciudad, y el jueves 26 la entrada fue gratuita para todas las escuelas y el espacio de Palermo se vio invadido por cientos de pequeños visitantes. La saludable y bulliciosa costumbre persiste a través de los años.

Texto adaptado del capítulo "La fuga del toro", del libro *Historias insólitas de la historia argentina*, publicado por el autor en 2007.

APODOS: COPETA, PIRUCHA, PITUSA Y PETETA

Una de las características salientes de la Belle Époque argentina fue el empleo de apodos singulares, reservados para los círculos íntimos. En esos grupos, la sola mención del sobrenombre bastaba para que una persona fuera individualizada sin ninguna posibilidad de duda.

Así, puertas adentro, Susana Torres Arana de Castex era simplemente "Pototo". En tanto que Leonor Sofía Heurtley de la Riestra de González Moreno fue "Potota" y Margarita Luisa Altgelt Tornquist, "Tota". Por su parte, a las hijas de Julio Argentino Roca se las conoce con los apodos de "Copeta" (Elena), "Chichona" (Elisa), "Cocha" (Clara) y "Gringa" (Agustina).

Algunos más: María Teresa "Matesha" Bosch Alvear de Dodero. María de los Remedios "Manita" Unzué Gutiérrez Capdevila de Alvear Pacheco. María Luisa Victoria "Bicha" Tornquist, además de María Estanislada del Espíritu Santo "Bicha" Álvarez Obes de Gelly y María Luisa Mercedes Eugenia "Chichina" Demarchi Leloir de Gallardo.

La "Ch" estaba muy presente, como son los casos de China, Chicha, Chichi, Chita, Chía y Chochó. Eran los apodos de Emilia Marta Apolonia Bustillo Madero de Cané Beláustegui, Avelina Alcira Solveyra Tomkinson, María Teresa Guerrero Rodríguez Gaete de Llobet, Florinda Fernández Anchorena, Lucía Lainez Varela de Mujica y María Angélica Fernández Guerrico García, respectivamente.

Otra "China": Dalmira Marta Ortiz Basualdo Quesada de Vernet. Más "Chichinas": Juana María Catalina Bunge Cano de Piñeiro Sorondo y Julia Manuela Guido Nogueira.

Seguramente, habría más "Chinas" o "Chichinas". Pero no pertenecían a la misma familia, además de que los casos de repeticiones que hemos encontrado estaban separadas por un par de décadas. Tenemos a "Cotita" Cambaceres (Mariana Juana, nacida en

1867) y a “Cotita” Vierci Peña (María Cristina, de 1894). Y, por supuesto, cómo olvidar a María Elina Ivonne Lainez Peralta Alvear de Cahen d’Anvers —madre de Mónica, abuela de Sandra Mihanovich—, que para todos era “Chupeta”. También muy popular fue Concepción Natalia Unzué Gutiérrez Capdevila de Casares, la recordada “Cochonga” Unzué.

Si la “Ch” ha sido tan convocada, ¿qué podemos decir de la “P”? Allí tenemos a Pina, Pipina, Pichona, Pirincha, Pita, Pitita y Pitusa. Vamos a conocerlas: Josefina Joaquina “Pina” Pradère Castex de Moreno Bunge, Sara Isabel Josefina “Pipina” Diehl Ayerza de Moreno Hueyo, María Raquel “Pichona” Cárdenas de Guerrero O’Connor, Ana Eloísa “Pirincha” de Achával Lastra de Roca Schóo, Petrona Gregoria Cayetana “Pita” de Álzaga Piñeyro de Pirovano, Alcira Clotilde “Pitita” Toomey Etchegaray y María Mercedes “Pitusa” Laprida Villanueva.

La tanda de las “P” continúa con: Perla, Perlita, Peracha, Pepica, Pelusa y Peteta. Ellas fueron: María Carlota “Perla” Latorre Rodríguez Larreta, Fanny Mercedes del Corazón de Jesús “Perlita” Fernández Valdés Grigera, Dalmira del Corazón de Jesús “Peracha” Cantilo Ortiz Basualdo de Gallardo, Esther “Pepica” Lanusse Sundblad, María Hortensia “Pelusa” Palacios Avellaneda y María Juana Modesta “Peteta” Bellocchio Lousteau de Hollingsworth.

La letra se cierra con “Pampa” Alvear Videla Dorna de Gowland, “Popi” Fernández Villegas D’Abbondio, “Pola” Soler Anasagasti, “Polola” Chaplin Barroumeres y “Pocota” Amadeo Lastra.

¿Y los hombres? Ellos también recibían apodos, aunque había mucho de los habituales (Paco, Pepe, Negro, Chino, etc.). De todos modos, hubo algunos muy distintivos. Son conocidos los de “Manucho” Mujica Lainez (Manuel Bernabé Jacinto), “Macoco” Álzaga Unzué (Martín Máximo Pablo) y “Monaco” Estrada (Luis Bernardo del Corazón de Jesús), el marido de Victoria Ocampo.

Pueden resultar más habituales “Bambino” Penard Fernández, “Lalo” Diehl, “Tito” Saubidet, “Tito” Jiménez Lastra, “Toto” Bollini, “Kiko” Anchorena, el “Pollo” Elliot, “Lito” Uribelarrea y “Palito” Ramírez Machuca, todos de aquellos tiempos. Sumamos a los hermanos “Pichín” y “Tintín” Hunter Cano, “Carioca” Caride, “Chinchín” Monsegur, “Atoto” de los Ríos Usandivaras, “Canico” Carrasco,

“Pirucho” Rouillon Echesortu y “Gigetto” Castagnino.

También a “Tuco” Sáenz Valiente, “Tuco” Lanusse, “Dídimo” Pizarro (sus nombres: Manuel Demetrio de la Pasión), “Chungui” Bianchi di Carcano, “Mamín” Muniz Barreto, “Galleta” Abella del Cerro y los hermanos Benjamín Alberto y Ramón Eudoro Vargas Peña, apodados “Tolonto” y “Tolinto”.

Dejamos a los señores por un rato y nos reconcentramos en las chicas. A Lucía Donata Genara Eugenia Julia Arias Osorio de Rosendo Rocha le decían “Mamina”. Mientras que a María Teresa Rita Mónica Ventura Caleofú Martínez de Hoz, “Maria” (es decir, Mária). Y, aunque por unos años no vivió la Belle Époque, pero por el afecto que tengo por sus hijos, no quisiera dejar de nombrar a María Teresa Elvira Luisa Mercedes Coleta del Perpetuo Socorro Nougués Herrera Vegas de Uriburu, la encantadora “Matesita”.

En parte, la creación de apodos era consecuencia de la reiteración de nombres en una misma familia. Supongamos que hay un Balmaceda casado con una señora llamada Julia que tienen varios hijos, entre ellos seis o siete varones que sostienen el apellido. Y todos quieren que alguna de sus hijas mujeres se llame Julia, como homenaje a su madre.

Frente a seis o siete “Julias Balmaceda”, los apodos resolvían las confusiones. Luego estaban los que se relacionaban con situaciones familiares o derivaciones simpáticas. Fue el caso de la ya mencionada “Maria” con acento grave, hija de Luisa Madero y de Saturnino Andrés Ramón del Corazón de Jesús Martínez de Hoz, quien siendo niña solía decir que se llamaba “*Mária* Teresa *Mártinez* de Hoz”. Por lo tanto, se lo puso ella misma. En cuanto al Caleofú que formaba parte de su nombre, fue don Saturnino quien lo sumó y lo hizo porque había comprado un campo en esa localidad. “Maria” se casó con Jorge Jaime “Pillo” de la María y terminó siendo *Maria* de De la María.

Otro ejemplo es Germán Altgelt, a quien llamaban “Gérman”. Su hijo Carlos escribió acerca del nombre y el apodo:

> *Tal vez la costumbre nació con mi abuelo Cristian, quien quiso bautizarlo a papi Hermann, pero las autoridades no se lo permitieron ya que era un nombre de pila extranjero. Entonces lo bautizó Germán, pero lo llamaba Gérman que suena como Hermann en alemán.*

Con el tiempo, Gérman se transformó en Herr Manteca (señor manteca), un juego de palabras con su nombre —Gérman-teca— y apodo que papi se ganó ya que era más bien gordito. Y luego ese apodo se acortó a Mante, como me acuerdo que lo llamaba Tito García Calvo, uno de los amigos de papi de toda la vida.

Según vemos, los hijos de "Mante" Altgelt lo llamaban papi y Carlos contó que cierta vez, habiendo abandonado la infancia, un mayor le sugirió que dejara de llamarlo de esa manera. Es decir, Pichín, Chinchín, Chungui, Tolinto y Tolonto estaban bien. Papi, ¡no!

BANQUETES CON ESTILO FRANCÉS

La frontera entre los siglos XIX y XX experimentó el contraste de tres cocinas: la criolla, la de los conventillos —donde convergían las cocineras polacas, turcas, italianas, rusas, inglesas, criollas, españolas, armenias, francesas, alemanas y siriolibanesas— y, del otro lado del espectro social, los banquetes con sus platos refinados. Todos aportando a la identidad de la maravillosa gastronomía argentina.

Respecto de los banquetes, se recurría al menú clásico francés de doce pasos, que se distribuían de la siguiente manera:

1ro. Sopas y caldos.
2do. Aperitivos, preparaciones que se comían en uno o dos bocados (por ejemplo, ostras, vieiras, canapés).
3ro. Pescado.
4to. Plato fuerte de carne, acompañada de verduras saltadas y una salsa.
5to. Entrada caliente (por lo general, carnes cortadas con alguna guarnición).
6to. Entrada fría (carnes o aves moldeadas con gelatina, patés, terrinas).
7mo. Un helado frutal de agua combinado con una bebida alcohólica.
8vo. Plato principal de vegetales calientes (espárragos, alcauciles, espinacas).
9no. Plato de carne asada (vaca, faisán, ciervo, etc.) con acompañamiento.
10mo. Entremeses dulces, que podían ser fríos o calientes (pastelería, tartas, crepes).
11mo. Crema helada moldeada (lo que vulgarmente se denomina "cassata" en la Argentina).
12mo. Postres (flan, macedonia de frutas, mousse, etc.) y luego café y licores.

Según la ocasión, podían omitirse algunos pasos o intercambiarse, por ejemplo, empezar con los aperitivos y seguir con las sopas, o comer los asados primero y las legumbres después.

Los cocineros debían mantener la armonía y evitar repeticiones de todo tipo. Por ejemplo, si el caldo era de gallina, quedaba descartado el pollo en los restantes pasos. A un plato en el que se distinguía la salsa blanca o la mayonesa, no podía seguir otro que presentara una monocromía similar.

Estas incompatibilidades, advertidas por Harry Schraemli en *Historia de la gastronomía*, incluían también las formas de elaboración. Una sopa de crema eliminaba la posibilidad de una crema de leche como acompañamiento de alguno de los otros integrantes del menú y también una crema de chocolate para el postre. Unas empanaditas, que encajarían en el segundo paso, el de los aperitivos calientes, dejaba fuera de carrera un milhojas para el postre.

Asimismo, dos frituras consecutivas, al igual que dos carnes preparadas con la misma cocción, eran incompatibles. La pasta solo podía aparecer en una de todas las preparaciones.

El 16 de octubre de 1880 se realizó un banquete en honor del doctor Carlos Pellegrini, con comida provista por la Confitería del Gas, pionera en la iluminación nocturna (por medio del gas, de ahí su nombre). El menú de aquella velada fue el siguiente:

- *Potages: Montecristo à la Reine.*
- *Hors d'oeuvre chaud: Coquilles d'huîtres au gratin.*
- *Poisson: Anchois à l'Américaine.*
- *Relevé: Filet piqué à la Jardinière.*
- *Entrées: Petit timbales à l'Argentine y Jambon d'York au Madère et épinards.*
- *Froid: Crevettes à la Nationale y Aspic de foie gras Bellevue.*
- *Sorbet: Punch à la Chacarita.*
- *Légumes: Asperges sauce hollandaise.*
- *Rôt: Bécassines en canapé.*
- *Entremets: Biscuit Moka, Baba à la Guadeloupe y Pains d'abricots.*
- *Fromage Glacé à la Capitale.*

• *Desserts assortis y café.*

La moda de los menús en francés —característica de toda la Belle Époque— se propaló como norma elegante, además de que se buscaba un lenguaje común para todos los platos, independientemente de dónde hubieran sido originados.

La mencionada comida se acompañó con jerez Amontillado (para el tapeo inicial), Château D'Yquem 1873 (sauternes, blanco dulce), Château Larose (un buen tinto de Burdeos), Rhin (un blanco seco), Château Lafite (clásico francés de corte, con cabernet sauvignon) y Clos Vougeot (pinot noir de la Alta Borgoña). Más el champán Mumm, el oporto para el postre y los licores para los puros.

Las menciones "a la" surgieron en esa época, también con el fin de unificar recetas. En este caso, advertimos tres alusiones bien locales: los Petit timbales à l'Argentine (en la entrada caliente), el Punch à la Chacarita (correspondiente al Sorbet) y el Fromage Glacé à la Capitale, que fueron circunstanciales, sin intenciones de perdurar en el tiempo.

De todo el menú, deseamos detenernos en el Punch o ponche, correspondiente al paso denominado: "Helado frutal de agua combinado con una bebida alcohólica". Precisamente, se trataba de un helado ligero, no cremoso, que enfriaba el estómago luego de las entradas y preparaba al comensal para los siguientes platos más sustanciosos. Era un tipo de sorbete, ya que se servía en copa y se rociaba con vino o champán. Por lo tanto, el popular helado de limón con espumante figuraba en las mesas hace más de cien años.

Texto adaptado del capítulo "Pellegrini: el menú de los doce pasos", del libro *Grandes historias de la cocina argentina*, publicado por el autor en 2021.

EL EMPORIO DEL VIDRIO

Con diecisiete años, algo de dinero, mucha voluntad y conocimientos adquiridos por generaciones en su familia, arribó al país, proveniente de Francia, León Rigolleau. Lo recibió una Buenos Aires —la de la década de 1870— que experimentaba grandes cambios. Luego de realizar algunos trabajos para arraigarse, el joven abrió un negocio de librería y papelería en la calle Rivadavia casi Chacabuco. Sin dudas, podría mantener la estirpe familiar: los Rigolleau de Anguelma, cerca de la costa atlántica francesa, eran expertos en la industria del papel.

Como también se dedicó en forma colateral a la venta de tintas, pudo advertir un agujero negro en la demanda comercial de los envases: no había tinteros disponibles, ya que no se importaban recipientes de vidrio.

León corría con ventaja. A través de su hermana, era pariente político de los Fourvel, apellido con galardones en la industria del vidrio. El primer paso fue convocar a su sobrino Gastón Fourvel Rigolleau. Pero no lo hizo viajar de inmediato. Le pidió que antes se instruyera con su familia en el arte del vidrio. Una vez realizado el entrenamiento, el sobrino quinceañero arribó al puerto de Buenos Aires y se sumó como asociado. Durante alrededor de cinco décadas, Gastón iba a comandar los destinos de la cristalería.

Mientras esperaba la llegada de su sobrino, tomó contacto con obreros de una cristalería, llamada La Nacional, ubicada en el barrio de Balvanera, en Belgrano y Urquiza. La empresa había cerrado en 1880 y el patrón los había indemnizado con materia prima. Así fue como inició la Cristalería Rigolleau, en 1882, aprovechando incluso los dos hornos de la antigua fábrica.

En sus comienzos, la empresa dependía del esporádico arribo de los insumos importados. Por ese motivo, la jornada laboral se daba en

forma espaciada. Recién cuando aparecía el material, un peón con un burro salía por las calles del barrio avisando a los obreros que debían presentarse en el trabajo.

Un episodio le dio renombre. Durante la Exposición Continental de 1882 que se realizó en la porteña Plaza Miserere, una tormenta destruyó parte de las instalaciones. Fue necesario recaudar fondos para recomponerla. León Rigolleau donó diez mil frascos de tinta para ser rifados. ¿Generoso? Por supuesto, pero también práctico. Se trataba de una tinta, la primera fabricada en nuestro país, difícil de insertar en el mercado porque tardaba en secarse.

Los Rigolleau comenzaron elaborando los frascos para los tinteros. Pero el mercado pedía más productos. Primero sumaron las botellas para bebidas alcohólicas, como licores, refrescos y sodas. Pronto, las cerveceras: Quilmes (de Bemberg), Bieckert (del homónimo) y Palermo (de Tornquist) se contaron entre sus primeros clientes. En 1893, trabajaban en la fábrica quinientos operarios que elaboraban unos treinta mil kilos diarios de vidrio. La producción marchaba viento en popa hasta que una huelga, en 1896, frenó el crecimiento. Entre los reclamos se destacaba la exigencia de acortar la jornada de trabajo a ocho horas. La protesta duró cinco meses. De todos modos, antes de que se llegara a un acuerdo, los directivos enviaron telegramas a Europa demandando personal. Desde Bélgica y Alemania llegaron los refuerzos.

El joven Gastón regresó a Europa en 1898 con el objetivo de captar más mano de obra especializada en la cristalería. Esto se debió a que la compañía quería ser proveedora de los buenos restaurantes que iban surgiendo en el país. Los Fourvel de Francia colaboraron con el emprendedor. Lo ayudaron a conseguir trabajadores y a obtener los mejores insumos. En esos años, Europa era la proveedora de la arena de Fontainebleau, más el óxido de manganeso, la sosa y el antimonio.

Ese era otro punto a resolver, y salieron a buscar proveedores argentinos. Pronto la empresa empezó a trabajar con material local, como arena de Campana y cuarzo de Córdoba. Luego se sumaron minerales de Salta, San Juan, Neuquén, Chubut y Santa Cruz, entre otras provincias. Gran parte del país nutría a la fábrica. Aun así, el carbón inglés, fundamental para la elaboración, no podía dejar de

importarse.

Todo estaba encaminado. Por eso, en 1899, el pionero León Rigolleau dejó la compañía en manos de su sobrino y regresó a vivir a Francia y disfrutar de un retiro acomodado.

Gastón comenzó a forjar los cimientos de la compañía y en 1906 dio uno de esos pasos que la marcaría: le compró al vasco José Clemente Berasategui (su apellido era con s) cien mil metros cuadrados en el sur del Gran Buenos Aires (hoy Berazategui). La elección del lugar no fue caprichosa. El principal cliente del proveedor de vidrio era la cervecera Quilmes, ubicada en la vecina ciudad homónima. Mientras se iniciaba la construcción de las tres nuevas fábricas —de vidrios, de cristales y botellería— se preocupó por la logística. Tanto de la construcción de galpones a un costado de las vías del ferrocarril, como de la gestión para que el tranvía que iba hasta Quilmes continuara su marcha hasta Berazategui.

La ciudad al sur del Gran Buenos Aires dejó de ser agropecuaria y se transformó en industrial por el impulso de los emprendedores del vidrio. El complejo fabril incorporó mil quinientos trabajadores, con predominio de inmigrantes belgas.

Del cristal de una copa a la lente de un telescopio, pasando por globos para iluminación, ladrillos vidriados o frascos de mermeladas, Rigolleau proveyó productos de calidad en campos bien diversos para la Buenos Aires que años atrás había recibido a un joven que pensaba dedicarse al negocio del papel.

EQUIVOCADO

Las comunicaciones telefónicas se iniciaron con entusiasmo a comienzos de 1881. También la competencia. Tres compañías que se disputaban la incipiente clientela, con la aclaración de que uno solo podía llamarse con los abonados de la misma empresa. Una de las tres firmas era la del capitán Benjamin Manton, estadounidense que actuaba como cónsul en Colonia del Sacramento. De hecho, fue quien instaló los primeros teléfonos en la ciudad uruguaya, además de otros adelantos como la electricidad.

Pero su deseo era convertirse en el proveedor telefónico a lo largo de la Argentina. Para capitalizar el interés general propuso al gobierno nacional conectar a todas las oficinas públicas entre sí. Pero el primer paso fue unir la Casa Rosada, en el corazón de la ciudad, con la Quinta Wanklyn que, usando parámetros actuales, era aledaña al Parque Rivadavia, en Caballito.

La quinta había pertenecido al banquero inglés Frederick Wanklyn y los herederos se la alquilaron a Julio A. Roca, quien la convirtió en residencia presidencial de descanso. Era su "Quinta de Olivos". Por ese motivo, el capitán Manton estableció una línea para que el mandatario estuviera en permanente contacto con la Casa de Gobierno.

Hecha la presentación del capitán y su emprendimiento, pasamos a *The Standard* que, en su edición del 12 de marzo de 1881, contó un curioso percance:

> *El asunto más risible ocurrió ayer con la línea telefónica del capitán Manton, quien ha puesto una línea desde la Plaza Once (en el Café de la Estación) hasta la Bolsa, a través de su Oficina Central, y para probarla envió a un muchacho llamado Antonio para hablar con él.*

Una vez que calculó el tiempo necesario, el capitán tocó la campana

del aparato. Fue atendido sin demora, pero no reconoció la voz de Antonio. No era su ayudante el que había preguntado: "¿Quién es?". Entre ofuscado e impaciente, respondió con un grito: "Soy el capitán Manton. ¿Quién es usted? ¡Hable, quienquiera que sea!".

La respuesta no fue enérgica, pero sí nítida y contundente: "El presidente de la República, a sus órdenes, capitán Manton". Con vergüenza, pidió disculpas a Roca por haber interrumpido su descanso y por el tono que había empleado.

Las alternativas eran: el operador falló al establecer la comunicación o un operario equivocó la ubicación de los cables en la central. Se determinó que el problema había sido el de los cables. Manton dio instrucciones para que se corrigiera cuanto antes. ¿Qué ocurrió luego?

> *Cuando los cables estuvieron debidamente arreglados, el capitán Manton telefoneó nuevamente al presidente Roca, asegurándole a S.E. que no volvería a ser molestado, ya que los cables estaban bien. Hasta que la respuesta puso en evidencia que no estaba hablando con don Julio Argentino, como pensaba, sino con el secretario. En vez de comunicarlo con la quinta, le pasaron con la Casa Rosada. Ambos terminaron riendo por la confusión.*

El texto de *The Standard* afirmaba: "Este divertido incidente sirve para revelar más de las maravillas del teléfono".

De esta manera, el día 11 de marzo quedará en los anales de la historia de la telefonía argentina, cuando el llamado fue "equivocado", no una, sino dos veces.

La reacción de Manton al escuchar una voz desconocida al teléfono tal vez pueda explicarse debido a las malas relaciones que mantenía con la competencia. No sería aquella la primera vez que le cortaban los cables o saboteaban a los usuarios de su compañía. Manton y Walter Keyser sostenían una disputa que rayaba lo personal. Ambos pugnaban por el negocio telefónico en la Argentina y también en Uruguay.

El hecho policial que tuvo lugar el 7 de julio fue registrado por *La Prensa* al día siguiente:

El Sr. Walter Keyser había sido acusado de haber roto los hilos telefónicos de la otra compañía Gower-Bell, representada por míster Manton, negando tener privilegio para establecer las redes.
Fue conducido a la comisaría 3ª, y como manifestaba su insistencia en romper los hilos de la otra empresa, el 2do. comisario lo trasladó en calidad de preso en un carruaje al Departamento Central de Policía.

¿Habrá tenido derecho a hacer una llamada?

PERÚ AL 100

El hecho ocurrió a las doce del mediodía, el martes 16 de septiembre de 1884. Procedente de La Boca marchaba por la calle Perú un tranvía de la línea 3 guiado por dos caballos, que se acercaba a la calle Rivadavia y estaba a cuatro cuadras de terminar el recorrido. En sentido contrario había tomado la calle el carruaje particular que transportaba a su propietario, el ministro de Culto y gran amigo del presidente Roca, Eduardo Wilde. A mitad de cuadra, los dos cocheros debieron frenar con fuerza los caballos para no embestirse. El derecho de paso le correspondía al transporte público, ya que circulaba por las vías. Lo correcto hubiera sido que el conductor del ministro se hubiera desplazado por fuera del trayecto vial, hacia su izquierda. Pero no pudo hacerlo por culpa de un carrito que se encontraba detenido a la altura de la puerta de la tienda A la Ciudad de Londres, una de las más populares de aquel tiempo.

El freno brusco de los animales llamó la atención de todos, entre ellos, del cabo Víctor Ortega, del Cuerpo de Vigilantes de la Policía Federal. El servidor público corrió a ordenarle al dueño del carro entorpecedor que lo moviera, mientras ambos cocheros se miraban desafiantes. En escueto párrafo, *La Prensa* contó lo que ocurrió luego:

> *Detrás del carrito siguió el carruaje del señor Wilde y, al pasar junto al tramway, rozó en él. Entonces, el doctor Wilde sacó el brazo y dio dos puñetazos sobre un vidrio del tramway, haciéndolo añicos.*

Mientras que, para el diario *La Unión* —que daba a Wilde el sobrenombre de “ministro Alegría”—, el asunto fue más complejo:

> *El doctor Wilde —hombre de femeniles furias— se exalta sobremanera al ver tal confusión, y bajándose del carruaje, asesta varias feroces*

trompadas a los vidrios del tramway, rompiendo cuatro y lastimándose su mano, que, como se sabe, cuida como ninguna dama la propia.
Los vidrios saltaron en pedazos dentro del tramway, produciéndose la sorpresa entre los pasajeros, al ver a un ministro castigando a un vidrio.

La reacción de Wilde tuvo consecuencias. El pasajero Manuel Florencio Mantilla —correntino, constitucionalista, figura descollante de la política nacional y opositor del gobierno de Roca— se cortó un dedo, con abundante sangre. Fue la única víctima, gracias a que los vidrios que cayeron sobre una mujer que estaba amamantando no la lastimaron a ella ni a la criatura que se encontraba debidamente tapada por una manta. "Con este motivo se cambiaron algunas palabras en alta voz entre la señora y el doctor Wilde", informó *La Prensa*.

El incidente, que pudo ser menor, iba creciendo. El cabo Ortega le pidió una tarjeta a Wilde, quien usó esa maldita costumbre de responder: "¡Soy ministro!", y negársela. En este punto las versiones difieren. Mientras el periódico fundado por Paz sostuvo que el funcionario se dirigió a la comisaría por su cuenta, *La Unión* ofreció otro desenlace, con un poco más de acción. Luego de negarle la tarjeta al cabo, el policía le habría respondido:

—¡Entonces, marche preso!
—¡Soy ministro!
—¡No importa, marche preso!

Wilde habría ordenado al cochero que se alejara, castigando a los caballos para salir disparados. Según esta versión, el cabo lo persiguió dando silbatazos que escucharon otros vigilantes, quienes detuvieron el carruaje a las tres cuadras. Y entonces sí, Wilde y su cochero fueron llevados a la comisaría.

Más allá de estas diferencias en los textos, y un posible mordisco de uno de los caballos de Wilde al sombrero de una dama (dato aportado por el doctor Alejandro Sambrizzi en sus entretenidas *Crónicas de 1884*), los epílogos vuelven a coincidir: la estadía del ministro en la comisaría fue breve, mientras que el cabo Ortega fue demorado ¡hasta

que se esclarecieran debidamente los hechos!

Repetimos la fecha del incidente: 16 de septiembre de 1884. En esos días, el intendente gestionaba que el cuerpo legislativo —el Concejo Deliberante— le autorizara a realizar expropiaciones para trazar una avenida desde la Plaza de Mayo hasta Entre Ríos. Lo consiguió el 31 de octubre, pero el proceso fue lento. Por fin, luego de diez años de idas y vueltas, se inauguró la Avenida de Mayo.

En la noche del domingo 8 de julio de 1894 unos mil empleados de la cuadrilla municipal se reunieron en la Plaza de Mayo. Cada uno recibió una antorcha y desfilaron desde allí hasta Plaza Lorea, acompañados por una banda de músicos y aplaudidos, durante todo el trayecto de diez cuadras, por unos diez mil espectadores. Sobre este suceso nos interesa destacar que la calle Perú —donde había tenido lugar el episodio del tranvía y el ministro— quedó partida en dos. En uno de los fragmentos se sitúa la siguiente historia, que ocurrió pasadas las dos de la tarde del 12 de julio de 1897. Los protagonistas, Julio A. Costa, exgobernador de la provincia de Buenos Aires, y Mariano Paunero, diputado por la misma circunscripción. La narración corresponde a *La Prensa*, que construía, a escasos metros, su edificio emblemático sobre la naciente avenida:

> *A la hora referida los caballeros nombrados se encontraron en la calle Perú, entre las de Rivadavia y la Avenida de Mayo, frente a la puerta del bazar Perú, propiedad de los señores Mázeres y Cia.*
> *Una enemistad personal que desde hace tiempo tiene separados a ambos caballeros, recordada al hallarse frente a frente pues marchaban en dirección contraria, dio margen a que se produjera un violento cambio de palabras que arrastró a ambos al terreno de los hechos. Producido el encuentro, el doctor Paunero y su adversario sacaron sus revólveres y casi simultáneamente se hicieron el primer disparo.*

Así nomás, a una cuadra de la Plaza de Mayo, dos políticos decidieron tirotearse. “Sucesivos disparos de arma de fuego —relataba *La Prensa*— hicieron cundir la alarma en los transeúntes, que se alejaban del sitio temerosos de que una bala perdida los ofendiera”. En este caso, el verbo ofender significa “herir”. Ahora sí, volvemos con los

otros ofendidos, los heridos en su amor propio.

> *El doctor Paunero, de pie sobre el umbral de la casa Mázeres, guareciéndose al lado de una de sus vidrieras, disparó desde allí los cinco tiros de su revólver, mientras su contendiente, desde la calle, a muy corta distancia, le disparaba igual número de proyectiles. Cuando ya no quedaba a ninguno de los combatientes con qué hacer fuego y en momentos en que se venían a las manos, intervinieron algunos transeúntes y un agente de la comisaría 2ª.*

Ambos presentaban heridas. Paunero, con una bala en la clavícula derecha, fue llevado a la Asistencia Pública (en Esmeralda y Rivadavia, donde se atendían las emergencias) y Costa, con impactos en el antebrazo y la mano, a la farmacia de Cranwell, situada en Victoria [H. Yrigoyen] pasando Perú. Tras una breve visita de Costa a la comisaría 2ª, tanto él como su contendiente fueron derivados a sus casas. Las huellas del tiroteo se convirtieron en punto de atracción de los curiosos:

> *En los marcos de la puerta del bazar Perú se hallan incrustados dos de los proyectiles del revólver que esgrimía el señor Costa. Otro ha perforado uno de los espesos cristales de una de las vidrieras y se ha incrustado en el fondo de la misma, ignorándose dónde ha ido a dar el quinto.*
> *De los proyectiles del revólver que esgrimía el doctor Paunero, dos dieron, como hemos dicho, en el cuerpo del señor Costa, otro perforó la capota de una victoria de plaza que pasaba por la calzada, ignorándose el sitio o sitios donde dieran los otros dos.*

A los hechos del 84 y el 97 los unen la ira de los políticos y el espacio geográfico. Con estos antecedentes, aconsejamos a quienes transiten por la zona de Perú y Avenida de Mayo que circulen con precaución.

Texto adaptado del capítulo “Avenida de Mayo”, del libro *Buenos Aires en la mira*, publicado por el autor en 2014.

JUVENTUD TILINGA

Extracto de *La Unión*, 4 de noviembre de 1884:

Nuestros dandys son más insoportables que los mosquitos: en todas partes y a todas horas importunan a medio mundo.
No se contentan con obstruir el paso y molestar a las gentes en las calles, los paseos y los teatros, sino que llevan también las zonceras del pedantismo y la fatuidad, hasta los sitios más sagrados: los templos y los cementerios.
Anoche, por ejemplo, un grupo de estos babiecas había convertido una de las naves de la Catedral en paseo y teatro de sus tilingadas. Se cruzaban de un lado para otro, metiendo ruido con los esquifes que llevan por zapatos, y azotando con sus varitas al prójimo que tenía la desgracia de verse condenado a estar junto a ellos.
No contentos con esto, apenas terminó la novena, se agruparon formando un estrecho cordón en las gradas y veredas del templo, obligando a las señoras y señoritas a darse de estrujones para conseguir salir de a una.
¡A algunos de estos mocitos para complementar su tilinguería solo les hace falta un babero!
¿No habrá remedio que cure a estos señoritos? Desgraciadamente, no. La zoncera humana nace y muere con los tontos.

Solo nos resta agregar que los esquifes son embarcaciones, lo que nos permite deducir que los zapatos de nuestra juventud tenían un tamaño considerable. En cuanto a la expresión “azotando con sus varitas al prójimo”, se refiere al pelo largo y suelto.

Nuestra juventud de aquellos lejanos años fue calificada de babieca y tilinga. Lo que nos habilita a recordar otros insultos que se oían por ahí: tunante, buluntún, boquirroto, pelafustán, zampatortas,

mentecato, badulaque, palurdo, zopenco, botarate, echacantos, merluzo, turulato, fulastre y vacaburra. Dedicados, por supuesto, a los merluzos de la vida.

JOSÉ HERNÁNDEZ Y EL JUEZ TEDÍN

Nuevamente, recurrimos al periódico *La Unión*, que en su edición del 7 de noviembre de 1884 nos habla del *Martín Fierro*.

El juez federal de la Capital, doctor Tedín, ha resuelto ayer el pleito sobre daños y perjuicios entablado por don José Hernández contra los señores Barbieri hermanos, dueños de una imprenta italiana, y motivado por la impresión clandestina de la obra de propiedad del demandante, titulada: "La vuelta de Martín Fierro".

El juzgado pone término a este litigio por medio de una extensa sentencia, cuya parte dispositiva dice así:

Por estos fundamentos y demás consideraciones concordantes del alegato, fallo condenando a los demandados José Barbieri y hermanos, al pago a favor de don José Hernández de la suma de tres mil pesos moneda nacional en que el juzgado fija, en cumplimiento de la facultad legal de que se ha hecho mérito y con arreglo a las consideraciones precedentes, la reparación de los perjuicios que le han causado con las ediciones fraudulentas de su obra "La vuelta de Martín Fierro", y además las costas del juicio.

Virgilio M. Tedín.

¡Y que vivan los derechos de autor!

ANIMALES PROTEGIDOS

La defensa de los animales contó con un puñado de promotores a lo largo de la historia. Podemos citar a algunos: Pitágoras (vegetariano, para más datos), el emperador Justiniano, San Francisco de Asís, John Locke y Oliver Cromwell. La corta lista abarca veintidós siglos. Muchos años y pocos predicadores para tratar de derribar tradiciones y costumbres milenarias.

Esa pura conciencia acerca del maltrato animal generó algunas leyes en Irlanda, en el siglo XVII. Tiempo después, en 1824, surgió la primera asociación protectora. Nos referimos a Royal Society for the Prevention of Cruelty to Animals (Real Sociedad para la Prevención de la Crueldad hacia los Animales), de Londres.

La iniciativa contagió a otras ciudades —París, La Haya, Madrid, Barcelona— que sumaron sociedades protectoras. La de Cádiz se denominó Protectora de Animales y Plantas.

La primera de la Argentina se fundó en Rosario, en 1871, y fue presidida por Cecilio Echeverría. En 1879 fue el turno de la de Buenos Aires que durante una temporada actuó bajo la presidencia, honoraria, de Domingo Faustino Sarmiento. El sanjuanino fue un ferviente defensor del buen trato a los animalitos y dejó numerosos escritos pregonando a su favor. Pero fue su sobrino, Ignacio Lucas Albarracín, cordobés, quien más méritos acumuló para convertirse en el principal protector.

Tomamos de la memoria de 1885, fragmentos de sus cartas. Como la del 15 de enero, dirigida al intendente Torcuato de Alvear, solicitando un reglamento de pesca:

Como es de pública notoriedad, los pescadores después de recoger sus redes, eligen el pescado que han arrastrado, y el que no les conviene, como el flaco, y el sábalo, por ejemplo, que sale en abundancia, lejos de

echarle nuevamente al agua, lo matan y lo amontonan en la playa; viéndose así, tanto en nuestra playa como en la de Recoleta y Palermo, gran número de pescado en estado de putrefacción, lo que constituye un verdadero foco de infección.

Tal práctica, pues, señor Intendente, sobre ser antihigiénica, acusa un sentimiento de refinada crueldad para con los animales, que condena cualquier Nación aun medianamente civilizada.

También alzó la voz por los caballos que patinaban. Albarracín le escribió al intendente, el 23 de febrero:

Preocupada la Comisión Directiva de la Sociedad Argentina Protectora de los Animales de averiguar las causas de las continuas caídas de los caballos que arrastran los vehículos por nuestras calles, se ha encontrado con que no es otra que la herradura que se les obliga a usar, y la que por ser completamente lisa, hace las veces de un patín que resbala en el pavimento.

La herradura lisa no presenta al caballo más punto de apoyo que las cabezas de los clavos, que la sostienen, y que se gastan en tres o cuatro días, viniendo entonces la herradura a ocasionar la caída del animal con su notable perjuicio y también con el de las personas que conduce.

Descubierta la causa del mal, la Comisión Directiva ha encontrado su remedio que no es otro que la herradura con canaleta, la misma que años há se usaba.

El caballo que usa esta herradura está libre de resbalarse.

Para completar este resumen, sumamos la queja por la corrida de los toros embolados. Se trataba de animales a los que les cubrían la punta de los cuernos con bolas de cuero, haciéndolas inofensivas (y que, en una secuencia de evolución del término, han derivado en el “embole” que significa aburrido). En este caso, se organizaba una corrida para recaudar fondos con el fin de auxiliar a los habitantes de la región de Andalucía, víctimas de un terremoto.

La carta está fechada el 7 de marzo y expresa:

Ayer eran toros de madera los que se anunciaban en lidia, en provecho

de un empresario; ahora son de carne y hueso "con los cuernos enfundados en mangas de cuero, que terminarán en globos del mismo material", seis bravos que se importarán de la República Oriental, que se solicita permiso del señor Intendente, según lo anuncia un diario de ayer a la tarde, para correrlos, capearlos y banderillarlos por la cuadrilla de toreros que se encuentra en Montevideo, en provecho de las víctimas de Andalucía.

Odiosa y perversa es esta solicitud, y tanto más lo es, cuanto que so pretexto de un acto de beneficencia, se pretende reaccionar contra una de las más preciosas conquistas de nuestra Independencia; la abolición de las corridas de toros, de cualquier clase, la supresión del lugar destinado para ese espectáculo, llevada a cabo en la forma que todos sabemos.

Las víctimas de Andalucía son un pretexto. Pueden ser auxiliadas con mil medios y formas que permiten nuestras leyes y el grado de cultura y civilización a que hemos llegado.

El medio que ahora se solicita para acudir en auxilio está condenado por la ley y costumbres de su país, y jamás puede ser justificado por el fin, por humanitario que sea.

Albarracín fue un querido Quijote. Más adelante la emprendió contra las riñas de gallos y la práctica del tiro a la paloma. También premiaba a ciudadanos que hubieran salvado la vida a algún animal o viceversa. Su obra fue notable y aún persisten vestigios, como por ejemplo, el Día del Animal, que fue impulsado por él. En 1907, a través de un decreto municipal, se estableció que se celebrara cada 29 de abril. La fecha se trasladó luego a todo el país. En 1926, precisamente el 29 de abril, murió Albarracín, el gran defensor de los animales en la Argentina. Por lo tanto, en los aniversarios de su muerte, aunque no por ello, se rinde homenaje a sus protegidos.

PABELLÓN ARGENTINO, ORGULLO NACIONAL

En 1888 el escritor Eugenio Cambaceres viajó a París con una misión clave. Debía tramitar la participación exclusiva de la Argentina en la Exposición Universal de 1889, conmemorativa del centenario de la Revolución Francesa.

Si bien el delegado no consiguió que las autoridades parisinas le otorgaran seis mil metros cuadrados, sino 1600, logró convencer a los organizadores de que la Argentina debía tener un pabellón independiente del resto de las naciones latinoamericanas. El mismo sería montado en el Campo de Marte, casi al pie de la flamante torre que estaba construyendo Gustave Eiffel, majestuoso símbolo de la exposición.

La rebeldía argentina de querer aislarse del resto de la región tuvo imitadores, porque luego otras naciones sudamericanas también “se independizaron”.

Para el proyecto argentino se presentaron veintisiete diseños. Debían cumplir con un requisito fundamental: que la obra fuera desmontable para que pudiera ser llevada a Buenos Aires una vez finalizada la exhibición. Eran tiempos en los que se había puesto de moda la combinación de hierro con vidrio, así como también las cerámicas y los mosaicos. Por lo tanto, su desarmado y transporte no sería complicado.

El arquitecto francés Albert Ballu obtuvo la licitación. Proyectó una mole de hierro y vidrio que alcanzaba los veintitrés metros de altura, exhibía cinco cúpulas y presentaba cuatro figuras aladas que coronaban las torres de sus vértices. Aclaremos que Ballu también fue elegido para diseñar el espacio de Argelia, curiosamente, nuestra nación vecina en el orden alfabético.

Durante su construcción, un grupo de soldados argentinos viajó a

París con el objeto de montar guardia en torno de las obras. Los hombres fueron escogidos considerando sus buenos antecedentes y se les ordenó permanecer los seis meses que durara la megaexposición (que abrió sus puertas el 6 de mayo).

Ese mismo día llegó a Buenos Aires un telegrama con novedades, enviado por el comisario de la exposición, señor Victorica:

> *El pabellón argentino fue el único americano inaugurado hoy, aunque parcialmente. La inauguración solemne tendrá lugar el 25 de mayo próximo. Todos los pabellones franceses están inconclusos. Nosotros muy visitados. Julio Victorica.*

Vanidad argentina: 1 - Resto del Mundo: 0. Y eso no es todo.

El 10 de mayo, José Ortega Munilla (padre de José Ortega y Gasset, que el 9 de mayo había cumplido seis añitos), envió desde París una copiosa carta a Bartolomé Mitre (h.), ofreciéndole un panorama acerca de la exposición universal. Si bien el texto publicado en *La Nación* el 8 de junio comprendía a toda la muestra, hay un corto párrafo que deseamos resaltar:

> *En cuanto a la República Argentina no puede negarse que los 8.200.000 francos, destinados al objeto por el Congreso, se han gastado con habilidad y que el espléndido pabellón, edificado cerca de la torre Eiffel, es el mejor, el más rico y el más brillante entre todos los que han hecho las demás naciones.*

Vanidad argentina: 2 - Resto del Universo: 0.

La inauguración oficial del pabellón tuvo lugar el 25 de mayo, con la participación estelar del presidente francés Marie François Sadi Carnot, quien concurrió a saludar al anfitrión, el vicepresidente argentino Carlos Pellegrini. Ambos entraron a la magnífica edificación al son de La Marsellesa.

Así y todo, debemos reconocer que el 2 a 0 era un resultado un tanto holgado. Porque las instalaciones que nos representaban tenían una particularidad: mientras el resto de la exposición finalizaba a las once de la noche, el Pabellón Argentino cerraba sus puertas a las seis

de la tarde. Esto se debía a que, a pesar de los halagos, estaba incompleto y se aprovechaban esas horas para avanzar en la construcción.

En el interior se destacaban grandes paneles con valiosas obras, todas de artistas extranjeros: ni en el armado ni en la decoración participaron argentinos. Uno de los sectores estaba adornado con imponentes retratos de San Martín, Belgrano, Sarmiento, Rivadavia, Moreno, Lavalle, Dorrego, Paz, Vicente López, Vélez Sarsfield y ¡el delegado Cambaceres! También se exhibía una cámara frigorífica, clara invitación a que, además de Inglaterra, alguna otra nación nos comprara carne.

La presencia argentina parecía marchar sobre carriles. Sin embargo, no todos estaban de acuerdo. Aníbal Latino, corresponsal del diario *La Estrella de Panamá*, de la ciudad homónima, ofreció un testimonio particular, que los panameños leyeron el 10 de septiembre:

> *Cuando se publique esta correspondencia ya habrán llegado a Buenos Aires, de regreso de ésta, los soldados argentinos que debían guardar* [custodiar] *la sección de su país hasta la clausura de la exposición: no sé si se habrán divulgado allí los motivos verdaderos de este regreso prematuro; pero, por tristes que sean, mis deberes de corresponsal me obligan a manifestarlos.*
> *Resulta que los soldados escogidos, los soldados modelo que tanto se elogiaba en un principio, se embriagaban con frecuencia, promovían escándalos, exigían la intervención de los guardianes del orden y llamaban a veces la atención del público.*
> *Digo del público porque es de saber que, a pesar de haberse inaugurado oficialmente la exposición argentina, las instalaciones no están concluidas, por lo cual hasta ahora se han cerrado las puertas a las seis de la tarde para trabajar desde esta hora hasta las once de la noche. Pero como hasta las once circula el público por el campo de Marte, no es de extrañar que a algunas personas les haya llamado la atención la marimorena* [alboroto, tumulto, riña] *que los soldados armaban dentro del Pabellón Argentino.*

Aníbal Latino era el seudónimo empleado por José Ceppi, un

cronista genovés que se contaba entre los más valorados de la profesión periodística. Hombre de gran cultura y muy estricto, mantuvo buena relación con Bartolito Mitre, fue colaborador de *La Nación* y muchos de los despachos que llegaban a la Argentina en los meses de la Exposición Universal tenían su prestigiosa firma. Sobre este tema específico de la soldadesca no hemos hallado crónicas locales. Solo contamos con la publicación del periódico de Panamá, donde Latino, además de comentar —¡en septiembre!— que las obras no estaban concluidas, narraba lo sucedido con los uniformados:

> *Se ha creído prudente hacerlos volver enseguida a Buenos Aires porque, en vez de guardar ellos la sección Argentina, habría sido preciso pedir fuerzas al gobierno francés para que guardaran a los soldados argentinos.*
> *En una anterior correspondencia ya critiqué el hecho de que el mismo gobierno* [de la Argentina] *contribuyera a propalar entre el bajo pueblo francés una falsedad, enviando sólo hombres de color; pero teniéndome a los informes de la comisión directiva, los elogié por su disciplina y por los servicios que prestaban (…); pero como la cabra siempre tira al monte, no tardaron en prevalecer los vicios, los defectos de origen.*

Agradecemos el testimonio de José Ceppi quien, para más datos, más adelante fue director del diario *La Nación* y maestro de periodistas argentinos. Según vemos, razones de mala conducta y embriaguez obligaron a que nuestros soldados fueran enviados de regreso un par de meses antes de que terminara la exposición.

Después del cierre de la misma el 6 de noviembre, se procedió a desmontar el pabellón. La situación económica por la que atravesaba la Argentina hizo que las autoridades nacionales evaluaran venderlo antes que financiar su importación, pero luego de idas y vueltas se resolvió cumplir con el plan original.

El transporte a Buenos Aires se realizó con una barca de bandera argentina, la *Ushuaia*. Excesivamente cargada con unos seis mil bultos acomodados en cajones —solo de hierros se calculaban cientos de toneladas—, la barca inició la travesía con destino al Río de la Plata. Era tal la magnitud de la encomienda que hubo que distribuir algunos

fragmentos en otros buques.

Una tormenta complicada obligó a que el capitán ordenara deshacerse de enormes envoltorios que impedían las maniobras en la cubierta. Con gran esfuerzo se quitaron el peso de encima y una fracción del pabellón, orgullo nacional, fue devorada por el Atlántico. Entre las pérdidas figuran los paneles con las pinturas más valiosas, realizadas por Albert Besnard.

De la misma manera, por esos días se iba a pique la economía. Y cuando desembarcaron las partes del pabellón en noviembre de 1890 —algunas bastante deterioradas—, la única preocupación era dónde podían guardarse los hierros y las obras de arte. Fueron depositados en galpones de la Sociedad Rural de Palermo y allí quedaron por dos años, empeorando su estado, hasta que se decidió su reconstrucción.

Se levantaría en Retiro, a un costado de la Plaza San Martín, sobre una cuadra hoy inexistente (Arenales, entre Maipú y Florida), lugar en el que hubo cuarteles desde la época de los Granaderos de San Martín. Dicho espacio era conocido como “la barranca de Maipú”.

Se completó el armado en 1894 gracias a la firma Juan Waldorp y Co. que tomó la concesión por quince años para realizar allí obras de teatro y conciertos. Si bien no alcanzó a completarse el período porque la sociedad concesionaria quebró, el Pabellón Argentino se convirtió en centro de atracción y punto de encuentro. Era como hoy el Obelisco, el sitio que había que visitar si se viajaba a Buenos Aires. Además, le dio distinción a la zona. Comenzaron a construirse palacetes y casonas por los alrededores. A partir de 1894 se lo visitaba para servirse de un menú de actividades que se adaptaba a las circunstancias más diversas, como ser obras de teatro, banquetes, fiestas infantiles, bailes, remates, reuniones de empresarios, funciones de cine o curiosas muestras como la Exposición de Frutas, en enero de 1906. Podemos establecer que el Pabellón ha sido el centro de exposiciones de aquellos años. De hecho, su más recordada presencia fue cuando se convirtió en sede de la Exposición de Bellas Artes en 1910. El éxito fue tal que la estructura importada de París terminó convertida formalmente en el Museo Nacional de Bellas Artes, a pesar de que el calor de verano y el frío invernal se hacían sentir en su interior y lo padecían las telas.

Todo concluye al fin. En 1932 se decretó la ampliación de la Plaza San Martín y la colosal edificación fue desmontada al año siguiente. Los vitrales, las mayólicas y las estructuras metálicas fueron a parar a un depósito municipal en Austria y la actual Libertador (barrio de Recoleta). El Consejo Nacional de Educación propuso reconstruirlo en la zona sur de la ciudad, pero la iniciativa no tuvo eco. Las partes quedaron en el depósito. Allí eran solo un montón de hierro y paneles. Cuando dos años después se vendió el terreno público ya nadie reparó en su tesoro.

Las cuatro figuras aladas de bronce que coronaban los vértices más la alegoría que adornaba la fachada se salvaron y resisten el paso del tiempo en diversos rincones de Buenos Aires.

¿Recuerda a Aníbal Latino, el cronista de la Exposición Universal de París? Murió en Buenos Aires el 7 de julio de 1939. Faltaban siete días para que se cumplieran los ciento cincuenta años de la toma de la Bastilla, el día emblemático de la Revolución Francesa. Cuando nos dejó, el Pabellón Argentino era un recuerdo y el Obelisco se erigía, con apenas tres añitos de vida, como el nuevo símbolo de los porteños.

Los restos de aquel valorado cronista descansan en el cementerio de la Recoleta. Los del pabellón, en el océano, en Belgrano, en Núñez, en Villa Lugano, en Villa Riachuelo y en otros tantísimos ignotos rincones de Buenos Aires y aledaños.

TRES BODAS Y VARIOS FUNERALES

Entre los principales atractivos de la década de 1860 se encontraban los globos aerostáticos. Lograban una importante convocatoria de público, ávido de verlos volar. Pero, por sobre todo, observar de qué manera unos hombres se elevaban a las alturas montados en un simple canasto. Atendiendo la demanda de los vecinos, la municipalidad porteña contrató en 1868 a Casimir Baraille, intrépido francés que pasó una larga temporada con sus globos alternando entre Montevideo, Río de Janeiro y Buenos Aires. Las jornadas aéreas de ese año fueron inolvidables y por ese motivo volvieron a convocarlo en 1869. El francés vino especialmente de Brasil para participar de la fiesta patria. El primer día de acción fue el 23 de mayo. A las dos de la tarde se elevó y se mantuvo aferrado con cuerdas alrededor de media hora en las alturas, disfrutando de una vista única de Buenos Aires y lanzando volantes con publicidades que lo ayudaban a financiar sus vuelos. Cumplida la cuestión comercial, dio indicaciones para que lo soltaran y el aparato fue desplazándose hacia la zona de La Boca. Numerosos espectadores marcharon por la calle Defensa, siguiendo el derrotero del aeronauta francés. Cuando ya estaba sobre el río, el globo cayó cansinamente en el agua.

Cuatro marineros de la capitanía del puerto partieron en lancha para auxiliarlo. También lo hizo el vapor *Conde de Cavour*, que realizaba un paseo con turistas. El aeronauta logró separarse del agua y comenzó a subir. Ya en dominio de la situación, Baraille soltó el ancla e inició un descenso en forma abrupta. No fue una buena idea. Cuando el globo tomó contacto con los gases del vapor que acudía en auxilio, se produjo una explosión.

Entre los ocho muertos —Baraille sobrevivió— figuraba Juan Bautista Lavarello, capitán del *Cavour*, genovés, casado, seis hijos, el mayor de doce años y el menor de meses. La viuda, Catalina Balestra,

reaccionó en forma inmediata. Se ofreció para trabajos de costurera —oficio que ratificó en el censo a fin de ese año— y dispuso que el más aventajado de los empleados de su marido, el joven Nicolás Mihanovich, se hiciera cargo de los remolques y barquitos que había dejado Lavarello. Forzosamente, los dos hijos mayores del matrimonio, Francisco (12) y Elías (10), iniciaron su incursión en el campo laboral.

Por su parte, Mihanovich también actuó con prontitud. En julio, el *Cavour* ya estaba listo para los paseos y se promocionaba como el famoso vapor que había tenido el triste protagonismo en la tarde del domingo 23 de mayo.

De esta manera Catalina (29) y Nicolás (26) se convirtieron en socios informales en 1869. Y fueron más allá: se casaron en 1872. Tuvieron seis hijos y completaron la docena de la familia (entre ellos Nicolasito, sobre quien volveremos en breve). Mihanovich creó un imperio naviero. Enviudó en 1896, perdiendo a su compañera de vida, aquella que le dio veinticuatro años de matrimonio y apoyó todos sus emprendimientos.

Es tiempo de conocer la otra mitad de esta historia.

Dijimos que en 1872 se casaron los socios. Asimismo fue el año en que tuvo lugar una de las tragedias pasionales más comentadas del siglo XIX. Nos referimos a Felicitas Guerrero, quien perdió la vida víctima de un crimen por despecho.

A partir de aquella desgracia, Felicitas Cueto, la madre de la joven malograda, prefirió vivir recluida y solo participaba socialmente de las reuniones de familia. Otro de sus hijos, Carlos Guerrero, contrajo matrimonio con María Ignacia Rodríguez Gaete. En 1879 se convirtieron en padres de una niña que cargó con un nombre de peso. Fue la nueva Felicitas Guerrero. Resultó una mujer muy activa, que disfrutaba como nadie del campo y las tareas a caballo. Sus cualidades —no solo era buena amazona sino también muy entretenida— la convertían en la preferida de su padre como compañía durante las jornadas camperas. Además era muy atractiva. Al igual que su homónima, le sobraban candidatos. Entre todos eligió a un vecino diez años mayor: el afortunado fue Nicolasito, hijo de don Nicolás Mihanovich y Catalina Balestra.

Imaginamos a Cupido rondando el barrio de Retiro: la familia

Mihanovich vivía en Cerrito y Juncal mientras que los Guerrero estaban ahí nomás, en Juncal y Cerrito.

Debemos agregar una propiedad en Barrancas de Belgrano: Villa Mihanovich, en Juramento y 3 de Febrero. Era la residencia de veraneo que, a fines de 1905, tuvo un huésped fuera de lo común. Don Nicolás Mihanovich padre cedió la gran casa al presidente de la Nación, Manuel Quintana.

Desde los primeros días de diciembre, y por motivos de salud, Quintana se instaló en la confortable casona de Belgrano y estableció el siguiente sistema de trabajo. Martes y jueves, concurriría a la Casa Rosada para atender todos los asuntos y llevar adelante las reuniones. Mientras que los lunes, miércoles y viernes recibiría a los ministros en Villa Mihanovich.

Muchos se preguntaban por qué, estando enfermo, no delegaba el mando en el vicepresidente José Figueroa Alcorta. La razón era que se llevaban mal, se habían distanciado y casi no se hablaban.

En enero, con temperaturas insoportables, la ausencia fue más evidente porque Quintana ya ni siquiera viajaba al centro. No solo eso: recibió el repudio unánime por no haber participado del majestuoso funeral de Bartolomé Mitre, el 21 de enero. En la prensa, se insistió con especulaciones políticas. Sin embargo, el tema era otro y tenía que ver con unas anchoas.

Alrededor del 10 de enero, el presidente había recibido un paquete remitido por un amigo desde Mar del Plata con una buena provisión de su pescado favorito: las anchoas. Su salud no era buena y la ingesta, tal vez desmesurada, no le cayó bien. Acusaba dolores de estómago. Los médicos consideraban que podría sobrellevar la afección y restablecerse en poco tiempo. Pero los remedios no hicieron efecto. El panorama era delicado y recién el 25 de enero a la mañana tomó la decisión que estaba demorando.

Envió un mensajero a Olivos, a la quinta donde el vice descansaba aprovechando las vacaciones parlamentarias, para convocarlo a la residencia de Belgrano. Figueroa Alcorta se presentó y Quintana le comunicó que delegaba el poder en él.

Continuó bajo los cuidados médicos y en un principio nadie consideraba que fuera un asunto de gravedad. Se equivocaron: el

malestar fue creciendo de manera vertiginosa (por otras infecciones) y en menos de una semana su cuadro desmejoró notablemente. Murió en Villa Mihanovich, a las dos de la mañana del 12 de marzo de 1906. Sus últimas palabras fueron: “No se alteren. Yo muero tranquilo”. Por supuesto, tuvo un funeral digno de un primer magistrado.

Otra gran pérdida, en noviembre de 1906, fue la de la matrona Felicitas Cueto, madre de la Felicitas Guerrero que murió trágicamente y abuela de la homónima que se casaría en diciembre con Nicolasito Mihanovich. La muerte de la sufrida señora enlutó a la familia, y por ese motivo, la que prometía ser una fiesta que se inscribiría en los anales de la historia social quedó marginada a un encuentro de parientes y amigos cercanos. De todos modos, el 26 de diciembre de 1906 a las nueve de la noche, las calles Reconquista y Cangallo se vieron atestadas de automóviles que avanzaban a paso de tortuga, ya que el luto por la abuela de la novia no canceló la concurrida celebración religiosa.

Fiel a la usanza de aquellos tiempos, ingresó la novia del brazo del padre, detrás el novio con su suegra y luego otras cinco parejas, todos emparentados con los contrayentes.

Lo que tampoco se suspendió fue la recepción de regalos. En desprolijo resumen, mencionamos: trece jarrones, una jarra, nueve bomboneras, seis floreros, cuatro juegos de café, dos de té, una chocolatera, tres bizcocheras, cuatro cofres, tres estatuas de mármol y dos de bronce, tres pinches de corbata, un juego de gemelos, tres carteras, dos collares, etc. ¡Más un piano eléctrico!

Todos los regalos que se entregaron en la casa de la calle Juncal fueron trasladados a Villa Mihanovich, el hogar del flamante matrimonio, donde el presidente Quintana había exclamado meses atrás: “Yo muero tranquilo”. Además, la novia recibió sesenta y cinco imponentes ramos de flores, enviados por igual cantidad de participados.

Esa madrugada, mientras los novios partían a Belgrano, murió Bernardo de Irigoyen, dos veces ministro, procurador general, diputado, senador y gobernador de la provincia de Buenos Aires. De más está decir que fue otro de los grandes funerales de 1906.

Así, con un casamiento que prometía ser el más grandioso del año,

pero quedó a mitad de camino por el luto de doña Felicitas, se completaron las tres bodas de esta historia (Mihanovich-Balestra, Guerrero-Rodríguez Gaete y Mihanovich-Guerrero), más siete funerales (Juan Bautista Lavarello, Catalina Balestra, Felicitas Guerrero, Bartolomé Mitre, Manuel Quintana, Felicitas Cueto y Bernardo de Irigoyen). ¿Habrá más? El octavo de esta saga aguarda en otro rincón del libro.

LUZ EN ADROGUÉ

Bajo el título “La Fiesta de Adrogué” informó *The Standard* lo acontecido en la última noche del año 1889, que fue la primera con luz eléctrica en la ciudad situada en las afueras de la ciudad de Buenos Aires.

La noche del martes 31 de diciembre de 1889, “Nochevieja”, según los términos del contrato con la “Sociedad Cooperativa de Iluminación Eléctrica de Almirante Brown”, se inició con éxito el sistema Edison Electric Light Incandescent *para la iluminación de calles y casas.*
Don Esteban Adrogué, el fundador e “intendente” del hermoso y floreciente suburbio de Buenos Aires, giró la válvula de la máquina de vapor y, como por arte de magia, el pueblo y su edificio municipal se iluminaron brillante e instantáneamente.
Al fondo del hermoso salón se colocaron dos llamativas y fieles fotografías: de Tomás Alva Edison, enmarcada en luces incandescentes eléctricas, de colores rojo, blanco y azul, y del Intendente señor don Esteban Adrogué, azul y blanco, graciosamente y bellamente decoradas con guirnaldas florales.
La parte musical del programa estuvo encomendada al talentoso y capaz maestro señor don Conrado Herzfeld, y el resultado de su esfuerzo fue aplaudido con eco y fue la culminación de la entretenida velada, una galaxia de belleza y refinamiento.

Las familias de Ardua, Demaría, Olazábal, Adrogué, Costa, Giménez, Zapiola, Ochoa, Miles, Zemborain, Trápaga, Bradley, Zubiaurre y un largo etcétera, “agregaron brillo adicional a la ocasión”.

El doctor Demaría, en nombre del Directorio de la Compañía, en agradecimiento por los esfuerzos del señor C. V. Boisot para hacer de la

instalación el gran y hermoso éxito que fue, en unas pocas pulcras y apropiadas palabras le entregó un fino álbum que contenía los autógrafos de la mayoría de los accionistas de la empresa floreciente; un regalo más apreciado por este caballero no podría haber sido pensado.
Un tren especial transportó a los invitados hacia y desde la ciudad; y la estación ferroviaria de Adrogué —gracias al espíritu emprendedor y liberal de Samuel Abbott, gerente del Ferrocarril del Sur— fue brillantemente iluminada por la electricidad.

Adrogué se convirtió en polo de atracción. De los pueblos vecinos viajaban para visitarla de noche, a la espera de ser los próximos afortunados con la bendición eléctrica.

LA PACIENTE CERO

En la mañana del viernes 3 de enero de 1890 el doctor Pedro Lagleyze fue convocado de urgencia a una casa particular, en Moreno 1369 y San José, en el barrio porteño de Monserrat. Inés Sabalain (16 años) se había enfermado en forma repentina la noche previa. El oftalmólogo, reconocido como uno de los principales médicos del país, revisó a la paciente y el resultado de su inspección fue alarmante, no solo para la joven, sino también para la comunidad. Podrían estar frente a la paciente cero de una reaparición de la fiebre amarilla. La peste había ejercido su acción maléfica durante seis meses en 1871.

¿Volvería a sembrar la muerte en Buenos Aires?

Lagleyze convocó a un colega, el doctor José Penna. Se trataba de ver la forma de salvarle la vida a la pobre Inés y a la vez estar alertas ante la aparición del virus. Debido al cuadro que presentaba la paciente, los especialistas reclamaron la colaboración de dos colegas más, el salteño José Mariano Astigueta, director de la Asistencia Pública y el doctor Juan Bautista Gil, presidente del Departamento Nacional de Higiene.

La cumbre médica se celebró a las 9 p. m. Solo el doctor Gil tenía dudas acerca del diagnóstico de fiebre amarilla y se basaba en la falta de información. ¿Cómo se había contagiado? Consternados por la situación, porque las horas de Inés estaban contadas, los parientes no daban respuestas de utilidad.

Inés murió el 4 a las dos de la mañana. Los especialistas debían actuar, conscientes de hallarse en el momento de mayor tensión emocional. Necesitaban reforzar el cuestionario a los padres y también rogarles que se permitiera hacer la autopsia, cuya información podía salvar muchas vidas.

Penna fue tan insistente que los Sabalain autorizaron la revisión del cuerpo. Y más aún: recordaron que una mujer recién llegada al país

había dormido en el cuarto de Inés. Se llamaba María Santos y había pasado tres noches en el hogar de la calle Moreno, antes de partir a La Plata para trabajar en la casa de una hermana del afligido padre de la víctima. De a poco, la historia fue tomando forma. La misteriosa mujer había viajado en el vapor *Portugal*, de bandera francesa. Un pasajero de la tercera clase había muerto durante la travesía, probablemente por la fiebre amarilla. Debido a las sospechas, todos los viajeros y la tripulación debieron hacer una cuarentena de dos semanas en la isla Martín García. Cumplido el plazo, se habían trasladado a Buenos Aires. María integraba ese grupo. Tal vez, allí estaba la punta del ovillo.

Apenas quince horas habían pasado desde la muerte de la joven Inés cuando se realizó la autopsia en la que participaron dos eminencias: el doctor Telémaco Susini, director del Departamento de Bacteriología y el mencionado doctor Penna. Fueron asistidos por dos novatos, Cecilio López, quien se había recibido no mucho tiempo atrás y un estudiante avanzado de medicina llamado Alfonso Masi. La conclusión de los expertos fue preocupante: Inés presentaba un cuadro similar al de los fallecidos en 1871 por la peste. A través de los diarios, los vecinos de Buenos Aires se enteraron de que la fiebre maldita había regresado a la ciudad. Es de imaginar lo que sintieron aquellos que guardaban en la memoria los recuerdos de hacía veinte años.

Una primera medida sin demora fue aislar a los cuatro que intervinieron en la autopsia: Susini, Penna, López y Masi quedaron en cuarentena. Se convenció a los padres para que penosamente autorizaran la incineración del cuerpo y recibieran una cuadrilla que, con pañuelos tapándoles boca y nariz, desinfectaran la casa. ¿Algo más? Sí, los Sabalain debían cumplir con diez días de aislamiento, pero afuera de la ciudad. Se formó un cordón policial en la cuadra de la calle Moreno y solo podían transitarla los que vivían allí.

Cumplida la primera parte del plan de emergencia sanitaria, había que buscar a María Santos y al resto de los pasajeros del *Portugal*, que vaya uno a saber por dónde andaban. Se envió un telegrama a Manuel Riera —el presidente del Consejo de Higiene de la provincia de Buenos Aires— para informarle que María Santos podría haber llevado el peligro a La Plata. Y comenzó la complicada búsqueda de los pasajeros para volver a ponerlos en cuarentena.

Entretanto, la infortunada familia de Inés fue conminada a mudarse a Morón, en la zona oeste, distante unos treinta kilómetros de la Capital Federal. Con la ayuda de un samaritano vecino moronense lograron alquilar una casa en una zona aislada del pueblo. Un médico fue designado para acompañarlos y constatar la salud de todos a diario. Pero surgió un nuevo contratiempo, inesperado. Mientras cargaban un par de baúles con algo de ropa para luego dirigirse a la estación Once, se enteraron, por telegramas que habían recibido los diarios, de que no serían bienvenidos. El vecindario de Morón repudiaba la forzada visita de los posibles contagiados y presionó al propietario que les había alquilado. Entonces tomó cartas en el asunto el intendente Agüero, quien se apropió de las llaves de la quinta para impedir que alguien la ocupara. Aclaró que no lo hacía en calidad de funcionario, sino que actuaba como un vecino más.

Los desdichados Sabalain resolvieron avanzar sobre una alternativa. Sus parientes de La Plata les habían ofrecido un campo en Magdalena (a cien kilómetros desde la ciudad de Buenos Aires). Cargados de baúles y cansancio —y con el pequeño hermanito de Inés, de un mes de vida, más dos niñas—, abordaron el tren en Constitución. Pero hubiera sido mejor que no lo hicieran. Porque la recepción en Magdalena, con el intendente Eduardo Malter a la cabeza, fue hostil. Los consideraban una amenaza y les exigieron que regresaran en el próximo tren que partiera. Habían llegado el 8 a las 11:40 a. m. y no los dejaron en paz hasta que abordaron el tren de las 4:20 p. m. En Buenos Aires continuaron los problemas. Un policía no les permitía entrar en su casa. Pero estaban exhaustos, desoyeron las advertencias y de manera repentina ingresaron con el bebe al hogar.

En otro espacio, el de la opinión pública, también se agitaban las aguas. Una queja generalizada apuntaba a la falta de un lazareto apropiado para situaciones epidemiológicas. Sobre todo, se debatía si efectivamente se había tratado de un caso de fiebre amarilla. Las dudas surgían de la propia autopsia —que había sido publicada en los matutinos— y algunos especialistas manifestaron su desacuerdo con las conclusiones de Susini. Pero el dato más importante era que no estaban registrándose nuevos contagios. Además, los padres de la víctima aseguraban que Inés había padecido una indigestión. El diario

La Prensa alzó la voz frente a la arbitrariedad que afrontaba la familia Sabalain, a través de una columna que comenzaba diciendo: “Entre los derechos que la Constitución Nacional asegura a todos los habitantes de la República figura el de entrar, permanecer, transitar y salir del territorio argentino…”.

¿Y María Santos? ¿Y los otros pasajeros? Solo por economía de espacio resumiremos la cuestión diciendo que el papel con la dirección se había perdido pero, finalmente, el 5 por la mañana acudieron a la Calle 5 Nro. 576, desinfectaron la ropa y dejaron en cuarentena a los Duvá Sabalain y a la mencionada María.

El desconcierto era general. Se habían encendido las alarmas, no solo en Buenos Aires sino también en ciudades vecinas del país y de Uruguay. Pero, sobre todo, la polémica giró en torno del encierro de la pobre familia. A todo esto, el señor Sabalain atendía a la prensa desde el zaguán de su casa y sus hijas tomaban contacto con amigos desde las ventanas de la planta baja.

Por fin, el día 10 cesaron las cuarentenas de los médicos que participaron de la autopsia y del asistente López. Pero se mantuvo aislado al estudiante Alfonso Masi, quien protestó por la evidente desigualdad en el trato. En medio de tantas complicaciones, una noticia trajo un halo esperanzador. La comunidad de Chacabuco, en la provincia de Buenos Aires, envió un telegrama a la sufrida familia para comunicarle que serían bien recibidos en su ciudad. Agradecieron el valioso gesto, pero todos gozaban de buena salud y preferían mantenerse en su hogar.

Los parientes de La Plata —incluida la señorita Santos— recuperaron la libertad para circular el 14 de enero. Masi y los Sabalain, al día siguiente. No se detectaron casos de fiebre amarilla y el vecindario volvió a su ritmo habitual, despojado de la amenaza de la peste. Había sido una falsa alarma.

LOS CHICOS QUE ATENTARON CONTRA ROCA

Como tantos otros inmigrantes, la familia Zambrizzi arribó a nuestro país atraída por la promesa de trabajo y progreso. Llegaron en 1889 desde el pueblo de Tizano, en Lombardía, Italia, y se instalaron en Barracas.

La situación política del país era compleja y se vivía una crisis económica. En 1890 se produjo la Revolución del Parque, que tuvo dos consecuencias principales: la renuncia del entonces presidente Miguel Juárez Celman, quien fue reemplazado por Carlos Pellegrini, y la fundación de la Unión Cívica Radical.

Tomás, hijo de José Zambrizzi, de oficio carrero, consiguió un trabajo como aprendiz en una talabartería de la calle Artes (actual Pellegrini) y Tucumán. Tenía 14 años. Durante una de las comidas cotidianas que se hacían en el negocio para disminuir los gastos, uno de los comensales mencionó que alguien debería matar a Roca por ser el causante de los males económicos del país y por haber provocado la renuncia de Juárez Celman para acumular poder.

El comentario no pasó desapercibido para el joven Zambrizzi, quien siguió escuchando atento al interlocutor que, muy convencido, agregó que lo ideal sería que el asesinato lo cometiera un menor porque, en caso de ser apresado, los “cívicos” conseguirían su libertad y hasta, tal vez, le pagaran. Tomás compartió esta idea con su hermano Eduardo y con su amigo Octavio Palacios, hermano de Alfredo Palacios. Los tres comenzaron a urdir un plan.

Lo que parecía una travesura de chicos empezó a tomar otro tenor cuando Leandro Alem, uno de los fundadores de la Unión Cívica Radical, recibió en su casa una carta anónima en la que se le pedía un consejo sobre cómo matar a Roca. Alem desestimó la carta por considerarla obra de algún loco. Mientras Alem no se tomaba en serio

el asunto, los hermanos Zambrizzi y Palacios lograron comprar un revólver Bull Dog 9 milímetros.

El 19 de febrero de 1891, pasadas las seis de la tarde, el ministro de Interior, general Julio A. Roca, se retiró de la Casa de Gobierno luego de una larga reunión de gabinete. Subió a su carruaje victoria junto con Gregorio Soler y tomaron la calle 25 de Mayo hacia el norte. Luego de transitar apenas dos cuadras, al llegar a Cangallo (actual Perón), se escuchó un disparo. Roca le informó a Soler que lo habían herido. Pero no fue así. El proyectil perforó el panel trasero del carruaje, ingresó a la caja, atravesó el forro de crin del asiento y se amortiguó entre los resortes del respaldo. Apenas lastimó la espina dorsal del ministro.

Roca bajó del carruaje, desenvainó el estoque que portaba y comenzó a correr como pudo al agresor. Unos policías detuvieron a Tomás, que para ese entonces ya tenía 15 años. Aunque se encarceló a veintiséis personas y hasta se decretó el estado de sitio en la ciudad, solo los tres chicos quedaron detenidos.

Tomás y Eduardo Zambrizzi y Octavio Palacios fueron liberados el 5 de junio y luego sobreseídos por el juez Saavedra, en cuya sentencia argumentó que estaban exentos de responsabilidad y sanción en razón de su edad.

El carruaje victoria en el que viajaba Roca aquel 19 de febrero se conserva en el Complejo Museográfico Enrique Udaondo de la ciudad de Luján. En el coche, aunque restaurado, se puede ver el impacto de la bala que disparó un niño al que le habían llenado la cabeza de falsos ideales.

ÁNGELA Y SUS HIJOS GALLARDO

Dos años transcurrieron desde que había enviudado. Ángela Lebrero de Gallardo cumplió resignadamente con el estricto luto impuesto por la sociedad criolla, pero en 1894 (tenía 46 años) decidió que de ahí en más su lugar en el mundo iba a ser Europa. Se desprendió de una gran cantidad de bienes muebles, pero mantuvo los inmuebles, sobre todo propiedades y terrenos que le proporcionaron una renta considerable. Y se embarcó rumbo a París, junto con el segundo y menor de sus hijos, José León (23), quien hacía apenas una semana se había recibido de abogado. El primero, Ángel (26) —que había obtenido el título de ingeniero civil ese mismo año y luego sería doctor en Ciencias Naturales—, los acompañó a La Plata, desde donde partirían los viajeros en el barco italiano *Sirio*. No tenían intenciones de regresar, sobre todo la madre. Ángel Gallardo recordó aquella despedida:

> *El último almuerzo fue tétrico y yo apenas podía contener las lágrimas. Emprendimos el viaje al puerto de La Plata en un tren especial, que se hacía correr para los pasajeros y sus acompañantes. Dejamos instalados a los viajeros en su barco y emprendimos el regreso. Lloré amargamente todo el viaje, como si volviese de un entierro. Era, efectivamente, el final de mi grupo familiar paterno, en el que había transcurrido los primeros 26 años de mi vida.*

A bordo, Ángela y su hijo León formaban un dúo llamativo por el contraste. El joven aparentaba ser mayor, por su gesto serio, reconcentrado y sus maneras parsimoniosas. La señora, en cambio, lucía juvenil, alegre y eufórica.

Una semana después de la partida del *Sirio* murió en Buenos Aires la madre de Ángela, doña Leonarda Castaño. La hija viajera se enteró

recién cuando llegó a Barcelona y, ya en París, decidió a su manera cómo iba a llevar el luto. Encargó ropas adecuadas en una de las principales casas de moda —Doucet—, pero ese fue su límite, ya que venía de dos años de recogimiento por la muerte de su marido y no estaba dispuesta a desatender, una vez más, su vida social.

Tamaña liberalidad le valió el trato frío de algunos personajes de la élite porteña, de paso por París. Sin embargo, Ángela tenía ideas propias respecto de su relación con lo espiritual. Decía:

> *Dios nos ha dado un confesor natural que es nuestra conciencia, juez terrible e implacable que no nos perdona nuestras faltas. Mi religión es lo moral y el deber cumplido. Después podemos morir tranquilos, que el Reino de los Cielos será con nosotros.*

La dama no se daba respiro. Las cartas que le escribía a su nuera, Dalmira "Peracha" Cantilo Ortiz Basualdo, flamante mujer de su hijo Ángel, describen su espíritu inquieto. Fue a aprender peluquería porque, según le contaba a su nuera, "el peinado más moderno es uno que tiene tres o cuatro bucles, desde la sien hasta debajo de las orejas y el rodete". También era una avispada cronista de modas. Comentaba que, para sus ropas de luto, no quisieron ponerle un sencillo crespón: "Aquí, para el luto riguroso, adornan los trajes y los tapados con astracán, con *loutre* [nutrias] y con perlas mate, en fin, hacen una mezcla de adornos".

Mientras la madre se insertaba de lleno en la febril actividad parisina, José León seguía reafirmando su estilo de vida retraído, apacible y de introspección. Martín Aldao, hijo de un gobernador de Santa Fe, lo había conocido en París en 1899 y lo recordaba formal y medido:

> *Nunca le vi sino afable, fino, lleno de suavidad y gentileza y, sin embargo, no se daba jamás enteramente. Cuando se creía haber penetrado en su intimidad advertíase, de improviso, una demarcación insalvable entre él y su interlocutor.*

Su solemnidad lo hacía infranqueable. También dijo Aldao: "Por

desconfianza de las manos poco pulcras de su peluquero, había concluido por cortarse él mismo el cabello y la barba". Las manías del hijo sacaban de quicio a la madre. Solía decir que "José León demuestra mucha edad y yo demuestro poca".

Buscando sacudirlo de su inercia, en 1904 decidió que debían irse a Biarritz, en la costa atlántica francesa, el lugar de vacaciones de moda. Nada mejor que rozarse con las familias más acomodadas de aquel tiempo. Recordemos que a esa altura la pareja llevaba diez años viviendo en Francia. Viajaron al balneario ubicado al sur del país con expectativas maternas de que alguna señorita de la alta sociedad despertara el interés del joven soltero. Sin embargo, la enorme cantidad de veraneantes impacientó a la mismísima Ángela:

> *Los hoteles están llenos. El nuestro está incómodo pues no cabemos en la terraza del restaurante. Después tenemos tantos conocidos que ya nos fastidian. Todo lo preguntan, todo lo analizan. Tampoco tenemos paciencia para pasarnos en el vestíbulo diciendo tonteras, sobre todo José León, que tiene que hacer frente a siete u ocho muchachas.*

El paso fallido no la desanimó. Los viajes continuaron. La vida de la insólita pareja transcurría entre París y Roma, con algunas visitas esporádicas a Buenos Aires. Una de ellas marcó un antes y un después en la vida de todos. Fue en el verano de 1905, es decir, un año y medio después de Biarritz.

Los viajeros se instalaron en la chacra de los Gallardo, ubicada en Bella Vista. Hacían una vida bastante retirada en comparación con Europa, y José León decidió que empezaría a concurrir al seminario de Villa Devoto. Sabemos por Ángel Gallardo, el mayor de los dos hermanos, lo que siguió. Madre e hijo resolvieron regresar a Europa y José León se apareció en el vapor, frente a la mirada estupefacta de Ángela, afeitado y vestido con traje eclesiástico. Su hermano Ángel, ferviente católico, se sorprendió en un principio, pero luego lo tomó con naturalidad. Para Ángela, cuya relación con la Iglesia se había agotado hacía tantísimos años, la nueva condición de su compañero de viajes demandó un tiempo de adaptación. Por fin dijo, a modo de consuelo: "Ha sido una verdadera Gracia de Dios que haya entrado de

padre, pues de otro modo se hubiese convertido en un maniático".

De vuelta en Biarritz, donde finalmente lograron asimilarse, José León decidió que no podía seguir alojándose en el majestuoso Hôtel du Palais, dada su nueva condición. Eso bastó para que su madre saliera a buscar con ímpetu alguna casa un poco menos ostentosa. Encontró "una villa preciosa con jardín, con vista al mar" que le permitió seguir viviendo con su hijo y reforzar sus reproches a la caridad de la Iglesia. "No tenemos nada que hacer sino defender nuestros bienes de la ola negra de sotanas y hábitos que nos ahogarán", se quejaba en sus cartas, haciendo referencia a la mano generosa de José León frente a los pedidos constantes de donaciones. "Está grueso y colorado, se le ha puesto cara de padre".

El 20 de abril de 1908, Ángela, 60 años y dieciséis de viudez, decidió reincidir en el matrimonio. Esta vez, con un diplomático español, Manuel Francisco Emilio de Inclán de la Rasilla, apenas mayor que Ángel y José León. La noticia sacudió a los dos hijos. Fieles a sus respectivos estilos, los varones reaccionaron.

Ángel Gallardo escribió en sus memorias: "Mi primera impresión es que mamá había caído en manos de un especulador. Para peor, emprendían un viaje de bodas a la China, donde Inclán había sido nombrado secretario de legación de España". Por su parte, José León, envió un telegrama a su madre cuando los novios iban camino a Tokio. El breve, pero muy elocuente texto expresaba: "Hijo perdona, sacerdote ora".

Cumplida la misión en China, el matrimonio se dirigió a su nuevo destino: Buenos Aires. Durante los dos años de estadía se alojaron en el Plaza Hotel de Retiro. Próxima representación: Serbia. Y así, la feliz pareja continuó recorriendo el mundo. Ángela murió en 1923, en Roma, luego de quince felices años de segundo matrimonio. Inclán terminó sus días en la casa de Biarritz, en 1935.

En cuanto a los Gallardo, Ángel tuvo cinco hijos con "Peracha", se dedicó a la política y escribió dos tomos sobre las hormigas de la República Argentina, de gran valor para el estudio de los insectos. José León fue camarero secreto del papa y alcanzó la dignidad eclesiástica de monseñor.

Según vemos, cada uno siguió a fondo sus convicciones,

demostrando que eran auténticos descendientes de la indomable y exquisita Ángela Lebrero.

¡ADELANTE LOS QUE QUEDAN!

Llevaba recluido varios días por cierta dolencia. Su estado de salud preocupaba a sus amigos y a los dirigentes del radicalismo. Pero la inquietud comenzó a disiparse cuando un grupo selecto fue invitado a su casa. Leandro Alem, presidente del Comité Nacional Radical y líder indiscutido del partido, citó a seis correligionarios el 1 de julio de 1896. Les pidió que concurrieran a su casa entre las cinco y media de la tarde y las seis.

El político vivía en Cuyo 1763 —actual Sarmiento— entre Callao y Rodríguez Peña. A la hora señalada arribaron cuatro invitados. Los otros dos se excusaron por compromisos contraídos con anterioridad. Ese motivo fue suficiente para que Alem resolviera reprogramar la reunión para más tarde. Por alguna razón quería que estuviesen todos.

Esa misma noche fueron llegando los convocados y esperaban completar la asistencia mientras conversaban en el escritorio del caudillo. Alem iba y venía. Cuando finalmente estuvieron todos, ocurrió un hecho que en un principio no pasó de lo anecdótico: Martín Torino, amigo y médico del caudillo, y Domingo Demaría se corrieron a la sala vecina para hablar en privado.

Mientras tanto, Alem les dijo a los demás —Oscar Liliedal, Francisco Barroetaveña, Adolfo Saldías y Enrique de Madrid— que tenía algo muy grave que anunciar. Luego atravesó el patio que conducía a la sala donde estaban Torino y Demaría.

Al verlos les comunicó a ambos que volvería en cinco minutos. Pidió a un empleado de la casa que saliera a buscar transporte. El cochero Martín Suárez, argentino, 36 años, acudió al llamado y aguardó tres o cuatro minutos en la puerta hasta que apareció Alem, envuelto en un poncho de vicuña de tres colores que lo protegía del frío. No era la primera vez que Suárez llevaba al popular pasajero. “¿Sabes dónde es el Club del Progreso?”. “Sí, doctor”. “Llévame pronto”. “Sí, señor”.

La cupé de Suárez continuó por Cuyo hasta la esquina. Antes de doblar en Rodríguez Peña rumbo a la Avenida de Mayo sintió la detonación de un cohete, pero le restó importancia. El pasajero le había pedido que se apurara y su caballo respondía bien. Avenida de Mayo, Chacabuco y unos metros por Victoria (hoy Hipólito Yrigoyen) hasta la puerta del club. Suárez detuvo al caballo. Pero Alem no salió.

José Rodríguez, el portero del Progreso, se acercó para abrir la puerta mientras el cochero bajaba del pescante para cobrar el viaje.

> *Al abrirla notamos que el doctor Alem había caído boca abajo contra el asiento menor del carruaje* [el de adelante] *y creyendo que estaba enfermo lo levantamos apercibiéndonos entonces de que tenía la cara y las manos llenas de sangre.*
> *El portero corrió al club y dio aviso mientras que yo llamaba al vigilante de facción en la esquina.*

Carlos Rolón, un socio del club, llegaba en ese instante. Pasó la mano por la frente de la víctima y la palma le quedó bañada en sangre. El policía Santos Amarilla revisó el cadáver. Comenzó a reunirse gente curiosa. Se resolvió tender al malogrado en una mesa larga. Rolón y otros tres socios fueron los encargados de transportarlo. Por orden del juez de instrucción, el cochero Suárez fue conducido a la comisaría incomunicado. Bueno, no tanto: en el trayecto contó a los periodistas lo que había ocurrido.

Junto al cuerpo, un revólver Smith & Wesson. El suicida tenía 54 años y era diputado nacional por la ciudad de Buenos Aires. En el bolsillo del saco asomaba una nota corta con una frase conmovedora: “Perdónenme el mal rato, pero he querido que mi cadáver caiga en manos amigas y no en manos extrañas, en la calle o en cualquier otra parte”. Estas líneas permiten establecer que hubiera querido suicidarse en su casa. En los días posteriores se especuló con que tal vez habría elegido la sala, pero al encontrar a dos amigos conversando, cambió su plan.

Se desconocen los motivos de la grave decisión de don Leandro. Se ha dicho que había sufrido un engaño amoroso, que tenía personalidad depresiva y hasta que padecía una grave enfermedad. Nada pudo

comprobarse, aun después de conocerse el contenido de las cartas que dejó.

En ellas hizo hincapié en su fuerzas gastadas, sentimiento expresado en la frase que se convertiría en una de sus más recordadas: “Para vivir estéril, inútil y deprimido, es preferible morir. ¡Sí, que se rompa pero que no se doble!”. Alentaba a sus seguidores a continuar con la lucha y a confiar en las nuevas generaciones: “¡Adelante los que quedan!”.

Dejó cartas para los parientes, entre ellas, una a su hermana Tomasa:

Adiós, Tomasa:

Perdóname todo cuanto te haya hecho sufrir por mi agitada vida y cuanto te haré sufrir por ésta, mi resolución. El caso era fatal, la situación ineludible. Vivir deprimido o morir.

No creo que quedes abandonada. Todavía tengo confianza en la nobleza de las gentes: esto es, creo que hay todavía gentes buenas y nobles que sabrán apreciar mis sacrificios y oír mi solemne pedido, que lo hago para ti. Sí: no dudo que lo atenderán.

Has sido la compañera de mi agitada y azarosa vida. Sé cuánto me has querido y del mismo modo te he querido yo. Debes creerme, pues, que al alejarme de ti para siempre, llevo el alma llena de sombras y dolores; voy con el corazón desgarrado y sangrando. Si algo me consuela es esa confianza de que te hablo, de que tú no quedarás abandonada.

Adiós, pues, otra vez, hermana querida. Y otra vez, perdóname. Ln. Alem

La nota estaba acompañada de billetes de lotería, con los números 05738, 17973 y 18682, que la hermana conservó entre los objetos personales de su amado Leandro.

Por su parte, los amigos de Alem se hicieron eco del deseo póstumo y se organizó una colecta en la provincia de Buenos Aires y en la Capital Federal con el objeto de comprarle una propiedad a Tomasa, proyecto que no tardó en concretarse.

A su hijo Leandro, quien tenía 21 años:

Leandro, hijo mío:

Antes de alcanzar la edad que ya tienes ahora, ya eran muchas las amarguras y vicisitudes que debí sufrir para formarme un hombre útil a la sociedad en cuyo seno he vivido combatiendo con los nobles afanes de su constante perfeccionamiento.

Esta conducta, como digo arriba, me ha deparado muchas amarguras, pero he preferido siempre la línea recta, cualquiera fuesen los sacrificios o las injusticias a afrontar.

Sigue mi ejemplo, Leandro. No antepongas nunca los intereses pequeños o personales a los altos enigmas patrióticos, y no abandonando jamás la línea recta que yo seguí en mi azarosa existencia, habrás rendido el mejor homenaje a mi memoria.

Te doy un beso en la frente para que la conserves pura. Esa es tu herencia.

También había notas para sus amigos y no olvidó a los sobrinos, a quienes dedicó unas palabras. Pero no a todos. Estaba distanciado de Hipólito, que había iniciado la carrera política de la mano de su malogrado tío.

Desde las primeras horas del sábado 1 de julio de 1916, el cementerio de la Recoleta recibió contingentes que acudían a rendirle homenaje. Apenas se dio un discurso a las cuatro de la tarde. Pero el desfile silencioso superó las expectativas de todos. Se cumplían veinte años de la noche fatídica en que lanzó sus últimas palabras —"Llévame pronto"— y se encerró en la cupé envuelto en el chal de vicuña.

Habían pasado veinte años y el partido radical que él había fundado estaba en la cima. Por esos días se realizaba el conteo final para confirmar lo que ya todos sospechaban, que los radicales habían ganado la elección y asumiría el primer presidente electo por la mayoría, bajo el sistema de voto secreto, universal y obligatorio. Nos referimos a Hipólito Yrigoyen, el olvidado sobrino del caudillo que había escrito en su testamento político: "¡Adelante los que quedan!".

LAS FAMILIAS DEL DECORADOR

Marius Descotte, francés, llegó con su familia a fines del siglo XIX y se instaló en el 531 de la calle Corrientes. Allí mismo abrió un local de decoración y de venta de muebles llamado Compañía Nacional de Muebles Descotte, que con el tiempo se hizo famoso entre las familias porteñas más destacadas. En esa misma casa, en 1886, había nacido Ricardo Güiraldes, cuya familia, a la inversa que los Descotte, emigró a Francia.

Con Marius trabajaba su hijo Luis y una secretaria llamada Victoria Gabel, joven muy atractiva cuya belleza no pasó desapercibida para el hijo del decorador francés. Los jóvenes se enamoraron y vivieron un romance supuestamente secreto, aunque en realidad todos estaban al tanto.

A fines de 1893 Victoria ya no tenía manera de ocultar su embarazo. Se desconocen los motivos por los cuales Luis y Victoria no formalizaron la relación. En el otoño de 1894 nació una niña a la que llamaron María Herminia. Luis Descotte reconoció a su hija y le dio su apellido.

Cuando la pequeña tenía dos años, Luis conoció a Julieta Abdelmalek. Iniciaron un noviazgo. Julieta también quedó embarazada. Pero esta vez, el enamoradizo Luis sintió que entre ellos estaba gestándose algo más que un nuevo hijo. En 1898, con cuatro meses de embarazo, Luis y Julieta se unieron en matrimonio. Ella siempre supo que en la vida de él existían Victoria y la pequeña María Herminia. A pesar de considerarlo inconveniente, aceptaba la situación.

Con el tiempo, Luis se hizo cargo del negocio familiar que fue creciendo. Gracias a los contactos que heredó de su padre, la Compañía Nacional de Muebles se encargó de proveer algunas piezas de valor al flamante Teatro Colón, inaugurado el 25 de mayo de 1908.

Descotte y su familia fueron invitados a la mencionada inauguración, sin dudas, el acontecimiento cultural más importante del año. Aquí comenzaron los problemas.

Las dos mujeres reclamaban su derecho a asistir a la velada. Aunque la suya era una situación de público conocimiento, no podía concurrir con las dos mujeres. El arquitecto belga Jules Dormal, quien tenía a cargo la terminación de las obras del Colón, le acercó a Descotte la solución: su esposa y sus hijos se acomodarían en la segunda fila de la platea, mientras que Victoria y María Herminia ocuparían uno de los palcos *baignoire*, que eran los destinados a las viudas en luto, un espacio desde donde podían ver sin ser vistas. Así, sus dos mujeres y todos sus hijos lograron disfrutar de la ópera Aída.

Regresemos a María Herminia. Creció, se enamoró de un joven llamado Julio y se casaron. El matrimonio, junto con la madre/suegra Victoria, se fue a vivir a Europa. Tuvieron dos hijos: Cocó, el varón, y la niña Memé. En Buenos Aires, don Luis, ansioso por conocer a sus nietos, partió al viejo continente. Pasó los últimos meses de 1915 junto a su familia informal. En febrero de 1916 se embarcó de regreso a Buenos Aires, sin saber que ese viaje sellaba su destino.

Luis Descotte viajó a Barcelona donde abordó el vapor *Príncipe de Asturias* que lo llevaría de vuelta a reencontrarse con la familia oficial. En la madrugada del 5 de marzo de 1916, el barco, en medio de una tormenta, chocó contra un arrecife que abrió una herida mortal de 44 metros en el casco. En el lapso de diez minutos, el colosal barco español se hundió. Un carguero francés que se encontraba cerca, el *Vega*, rescató algunos sobrevivientes.

Los cuerpos de los pasajeros que no tuvieron esa suerte fueron arrastrados por la corriente hasta la costa.

Durante 48 horas Julieta Abdelmalek mantuvo la esperanza de que su esposo se encontrara entre los sobrevivientes. Pero hacia el 8 de marzo llegaron los cables con las identificaciones de los primeros cadáveres. En uno de esos telegramas los médicos forenses describían así a uno de los desafortunados: “Se trata de un hombre blanco de cuarenta a cuarenta y cinco años, de rostro alargado, cabellos castaños, vistiendo pantalón y saco de terciopelo verde y camisa de dormir con las iniciales LD, calzoncillo de hilo y descalzo”.

Era oficial. Julieta —quien transitaba el embarazo de su quinto hijo — y Victoria se habían convertido en viudas. El Atlántico sur había devorado la vida de más de 450 personas, entre ellas la del famoso *décorateur*.

Luis Descotte murió a mitad de camino entre sus dos amores. En Buenos Aires quedaron Julieta y sus cinco hijos. En Suiza, Victoria, su hija María Herminia y los niños. Años más tarde, su nieto Cocó lo evocó en alguno de sus escritos, cuando ya había abandonado el pseudónimo y era conocido por su nombre: Julio Cortázar.

LAS CHICAS Y EL CICLISMO

Las bicicletas comenzaron a ser habituales en las calles hacia 1870. Las chicas tardaron un poco más en mostrarse pedaleando en público. A diferencia del caballo, donde montaban "a la amazona", es decir, con las dos piernas del mismo lado. En este caso necesitaban usar la bicicleta como los hombres y algunos médicos salieron a opinar que no era saludable para ellas. El 3 de junio de 1898, *La Prensa* publicó un completo texto proveniente de su corresponsalía en París que, por esos años, era el centro del universo. Veamos, entonces, el contenido de la información que leían nuestras abuelas finiseculares:

> *París, mayo de 1898.*
> *Me parece que hace mucho tiempo que no hemos hablado de la bicicleta. Y sin embargo, afirma su reinado cada vez más y esto no es una figura retórica. Hace un año, hubiéramos calificado la bicicleta de majestad, pero ahora que el triunfante automóvil se instala en plena plaza de la Concorde, en uno de los edificios más hermosos de París, la bicicleta sólo es alteza por más que reine sobre un número cada día más considerable de súbditos.*
> *Ha entrado tanto en nuestras costumbres que ni siquiera se piensa en discutirla y cuesta trabajo pensar que el caballo de acero no haya existido en todos los tiempos. Hay que confesar que las primeras que se atrevieron a usarlas fueron bellas audaces y revolucionarias atrevidas. Por una coincidencia extraña, desde el día en que el ciclismo femenino adquirió súbito desarrollo rompiendo con las preocupaciones y la rutina, hemos visto producirse este arranque de feminismo cuyo término no es posible prever.*

Bellas, audaces, atrevidas y baluartes de un feminismo impredecible. Pero más allá de ponderaciones, daba vueltas una curiosidad práctica.

Se debatía si la bicicleta era saludable para la mujer; eso era lo que se preguntaban todos.

Hé aquí qué me han respondido los médicos a quienes me he dirigido. La persona que quiere aprender rápido debe ante todo consultar un médico especialista, pues se requieren condiciones muy precisas para obtener el permiso. Tales son: no tener propensión alguna a las enfermedades del corazón, tener los bronquios y los pulmones sanos y por último no tener ninguna lesión en los órganos. Fijados estos tres puntos, falta escoger una máquina, lo cual es también muy importante.

¿Conviene la máquina construida para hombre o para mujer? Si la primera es más graciosa, quizás y hasta más fuerte, confieso que preferiría la segunda, al menos en el primer tiempo hasta que la ciclista se haya posicionado bien de ella y adquirido facilidad en sus movimientos, tanto al montar como al apearse, y se haya familiarizado con las vueltas y las bruscas paradas requeridas por los accidentes imprevistos del camino.

La cuestión de la silla tiene sobre todo importancia, y muchos accidentes y tropiezos proceden de que muchas ciclistas que montan una máquina de hombre no cuidan de adaptar una silla apropiada a sus necesidades, es decir, con anchura suficiente para que les ofrezca un fuerte asiento.

Un tema lleva al otro. Si el asiento de la bicicleta debe tener determinadas características, ¿qué ocurre con el vestuario? Existía una ropa para viajar en tren, otra para pasear en auto y también para cabalgar. La bicicleta no iba a ser la excepción.

Después de la máquina viene el traje. No colocándonos bajo el punto de vista de la estética sino de la vida práctica, no tenemos por qué declaramos en pro de la falda o del pantalón, ya que la falda-pantalón ha puesto a todos de acuerdo.

Recientemente, hasta se ha ideado una falda delantal que, al abotonarse sobre el pantalón ciclista, después de apearse de la máquina, quita al traje lo que puede tener de demasiado masculino y descuidado.

Las largas faldas-pantalón resolvieron el inconveniente del pudor.

Pero lo interesante es la similitud de los atuendos para hacer ciclismo y para cabalgar. El saco —o chaqueta— combinado con la falda fue una moda de gran aceptación.

En las últimas dos décadas del siglo XIX, el modelo se generalizó porque descubrieron que incluso era más cómodo para caminar. También fue de gran influencia el diseño de tres piezas (vestido, blusa y chaqueta) lanzado por el sastre inglés John Redfern, quien vistió a su reina Alejandra, consorte de Eduardo VII. El conjunto recibió el nombre de *tailleur* y, en español, vestido sastre. Pero nos alejamos de las ciclistas. Regresamos:

> *Y ahora ¡en marcha! Pero que vuestras primeras salidas no sean nunca largas y guarden bien vuestro andar. Al primer amago de fatiga conviene apearse y retroceder al primer malestar. Si no sobreviene ningún síntoma desfavorable al cabo de la primera quincena, es que sois aptas para el ciclismo y podéis lanzaros a él. Si sois delgadas, nerviosas y con tendencias a la neurastenia, la bicicleta será el más seguro derivativo de vuestra neurosis. Vuestros músculos se entonarán y adquirirán elasticidad, se quitará vuestro apetito y la corriente de sangre que afluirá a vuestras mejillas no será indicio de fiebre, sino señal de vitalidad y salud. Si al bajar de la máquina unís la hidroterapia a este ejercicio al aire libre, llegaréis a adquirir un vigor y una resistencia que os admirará a vosotras mismas.*

Las jóvenes podían sacar provecho de la actividad. Como nunca antes, se prestaba atención al estado físico. Y, según veremos, no solo se beneficiaban las más jovencitas.

> *Si estáis, por el contrario, en esa edad crítica de los treinta en que hay relajamiento de los tejidos y propensión a la molesta obesidad, entonces bendeciréis también la bicicleta que, por la sudoración, desprende a vuestros tejidos de la temida capa adiposa. Los masajes y las fricciones de alcohol con guante de cerda acabarán esta curación. Acordaros otra vez de que el papel de la mujer en bicicleta no es el de ganar premios en las carreras. No, este juego arriesgaría vuestra salud y vuestra belleza.*
> *Nunca ha sido más oportuno el antiguo proverbio de que* “chi va piano,

va sano". *Forzando la dosis de los kilómetros y exagerando este ejercicio saludable en sí mismo os expondríais a obtener un efecto contrario, es decir, que provocaría una circulación demasiado violenta de la sangre y produciría una sobreexcitación del sistema nervioso, que vendría a parar en un debilitamiento.*

El gran cambio que dio la bicicleta a la mujer fue el de la autonomía. Con la ropa adecuada y buen equilibrio, la libertad de salir de paseo sin depender de terceros estaba garantizada. También fue un medio de "autotransporte" para muchos jóvenes. En definitiva, a una notable porción de la sociedad, la bicicleta le amplió sus fronteras personales.

Texto adaptado del capítulo "Origen ciclístico del tailleur", del libro *Qué tenían puesto. La moda en la historia argentina*, publicado por el autor en 2018.

TANGO ENDIABLADO

El Parque 3 de Febrero se impuso como el gran jardín de Buenos Aires y era el escenario de las caminatas por la tarde. Luego se sumaron los paseos matinales en carruaje, con gran beneficio para las cocherías que los alquilaban. Más adelante llegaron los recorridos en automóvil. Las cabalgatas y la caza del zorro fueron prácticas habituales. Asimismo debemos agregar los espacios para tomar café, chocolate o algún refresco, entre los que se contaban el Pabellón de los Lagos, el Tambito (ya hablaremos de él) y el restaurante de Hansen. Pero antes de proseguir con este clásico de aquellos años, debemos aclarar un asunto, el de las horas complicadas.

Palermo tenía dos caras. De día era un paseo encantador, a la altura de las grandes extensiones verdes de esparcimiento del mundo. Pero con el ocaso se desvanecía su atractivo familiar y se transformaba hasta convertirse en una aventura peligrosa. El que deseaba amorío breve, encontraba. El que buscaba pelea, también. Las noches de Palermo eran bravas.

A los negocios gastronómicos que fueron adaptándose a la dualidad de tan dispares asistentes, y eran concurridos centros de diversión nocturna, debemos sumar el almacén de Piazza (actual Oro y Libertador), elegido por los que trabajaban en los studs del hipódromo y poco recomendable para aquellos que querían parecer guapos sin serlo. Allí, en lo de Piazza, un joven soldado del regimiento de Ingenieros hizo gala de sus dotes de bailarín una noche de diciembre de 1896 y más tarde apareció tendido, boca abajo, muerto de una puñalada profunda, a menos de cien metros del boliche. Una paciente investigación policial pudo reconstruir las últimas horas y establecer que se había enfrascado en una pelea con un empleado del stud de Saturnino Unzué que lo hirió de muerte.

Con un estilo menos rústico, figuraba el citado restaurante de Johan

Hansen, situado en las cercanías del hoy popular Planetario. El Hansen se inició en 1869 en una precaria edificación propiedad del mencionado inmigrante alemán, pero luego de que se inaugurara el Parque 3 de Febrero el gobierno instó a su dueño a liberar el paso en la avenida de las Palmeras (también llamada Sarmiento). Entonces, se mudó a una casa aledaña donde funcionó hasta su demolición. El emprendedor murió en 1892 y otros dueños tomaron el timón del establecimiento. El más recordado fue Anselmo Tarana, quien atendió el "Restaurante Recreo Palermo - Antiguo Hansen" durante cinco años. Las familias consumían alimentos y bebidas en el amplio patio de baldosas blancas y negras, bajo las pérgolas, envueltos en el aroma que desprendían las glicinas y madreselvas que adornaban el sitio. También llegaban visitantes que querían saborear una cerveza en alguna de las mesas exteriores de mármol rectangulares con basamento de hierro, imposibles de mover debido a su peso. Completaban el cuadro unas sencillas glorietas con sus barandas y rejas pintadas de verde. Pero, como ya sabemos, la noche tenía otro público, donde se entremezclaban malevos y jóvenes de clase acomodada.

Una evocación de Felipe Amadeo Lastra (tenía 17 años en el 1900) menciona a varios del grupo social elevado, entre los que rescatamos a: "Pajarito" Argerich, "Perico" Costa, el "Hipopótamo" Brizuela, el "Loro" Vélez Sarsfield, el "Tigre" Ramírez, el "Burro" Rolón, el "Yacaré" Reyes y la "Elefantita" Oromí. Además de los caballeros con apodos de la fauna, estaban "Tartaria" Barrenechea, los elegantes "Pifete" y "Baulito" Villanueva, "Pimpollo" Sastre, "Vidalita" Argerich (hermano de "Pajarito") y "Orkeke" Olivera.

Solían armarse grescas que terminaban en tiros y puñaladas. Se tocaba tango, pero no se bailaba porque estaba prohibido. Aun así, nunca faltaba el que se animaba a alguna vuelta de baile afuera, en las glorietas.

El compositor Ángel Villoldo, creador de la música de El choclo, estrenó el tango "El Esquinazo" en el Hansen (instrumental que sonaba *para-bará para-bará para-bará, ¡ta tá ta!*). Aclaremos que, en lunfardo, "pegar o dar el esquinazo" es abandonar de manera abrupta, huir, escapar. Figuradamente, describe a una persona que en la calle se

escurre de quien la sigue, y al doblar la esquina, lejos de la vista del perseguidor, huye velozmente.

Cada noche, cuando se tocaba esta canción, los asistentes marcaban el ritmo con las palmas. El entusiasmo iba en aumento y a los aplausos se sumaba un leve golpeteo del *"¡ta tá ta!"* sobre las mesas. Tan leve que pedía más, y luego derivó en taconeos con fuerza contra el suelo. El público aumentaba la temperatura con este tema y exigían bises, llegando a tocarse siete veces en una misma noche. El acompañamiento rítmico y espontáneo del "endiablado tango" —así lo definió Pintín Castellanos, compositor uruguayo—, creció hasta convertirse en golpes de vasos, copas y hasta sillas que volaban indiscriminadamente por el local. Tarana, el dueño, cansado ya de tantos destrozos, hizo poner un cartel que decía: "Terminantemente prohibida la ejecución del tango 'El Esquinazo'; se ruega prudencia en tal sentido". El mensaje iba dirigido, más que a los músicos, al público que reclamaba que tocaran ese tema.

Debido al descontrol, la popular canción abandonó de manera abrupta el Hansen —es decir, "pegó el esquinazo"— y tuvo que buscar otros rumbos.

¿QUIÉNES PLANTARON LOS ÁRBOLES DE BUENOS AIRES?

La Buenos Aires más antigua era una ciudad sin árboles en las calles. Los naranjos y limoneros plantados en el fondo de las propiedades tenían un fin aromático. También podían verse durazneros que ocupaban espacios, pero con claros fines comerciales.

Recién en la época de los virreyes se planteó la necesidad de tener un espacio público arbolado. Así nació la Alameda a un costado del Fuerte. Se extendía junto al río (en la actual avenida Leandro Alem) por un par de cuadras hacia el lado de Retiro. Era el clásico paseo familiar hacia 1780.

Más allá de uno que otro gomero como los que aún se sostienen en la Recoleta, y algunos otros árboles que surgían en forma natural en las zonas más alejadas del centro, la ciudad estaba despojada de las sombras que proporciona la vegetación. ¿Y el jacarandá? Era conocido en Buenos Aires, pero solo por su madera, ya que muchos muebles se hacían con el jacarandá, de una calidad inferior al ébano, pero con la ventaja de un pulido de fácil hechura.

En nuestro territorio tuvimos dos tipos de jacarandás. Por un lado el que provenía del Brasil y llegó por el litoral con el nombre yacarandá, que en lengua tupí significa “fuerte aroma”. Un árbol de características muy similares era el tarco proveniente del Alto Perú y originario de más al norte, de México y el Caribe.

Uno de los primeros preocupados por generar espacios públicos con árboles fue Juan Manuel de Rosas, quien plantó naranjos desde Palermo hasta el actual estadio de Ríver, en el límite de los barrios de Núñez y Belgrano. Cada mañana, unos quinientos inmigrantes gallegos se ocupaban de la limpieza de la primera a la última de las naranjas de estos árboles.

Quien tomó la posta fue Domingo Faustino Sarmiento. El adversario

de Rosas le dio mucha importancia a la plantación de árboles y fue el principal impulsor del Parque 3 de Febrero inaugurado en 1875. En la década siguiente fue el turno del primer intendente de Buenos Aires. Nos referimos a Torcuato de Alvear, quien a partir de 1883 se preocupó por el embellecimiento de la ciudad y la generación de espacios verdes, copiando los modelos planteados por paisajistas en Europa y Norteamérica.

Las flores cobraron importancia en la ornamentación. Al respecto, *La Tribuna Nacional* ofreció su mirada el 3 de enero de 1885.

> *Los habitantes de Buenos Aires son muy aficionados a las flores. Los más pobres saben proporcionarse algunas plantas sencillas, pero de hermosa vista, suave y delicada fragancia. No hay patio, por humilde que sea, que no se haya transformado en un jardín; ni un pedazo de terreno que no se haya aprovechado para el cultivo de las plantas.*
> *Los ricos poseen quintas en donde crecen plantas raras y carísimas que saben pagar a precio elevado y además han hecho venir de Europa, para cuidar, entretener y aumentar sus riquezas hortícolas, jardineros afamados y distinguidos a quienes pagan sueldos elevados.*
> *Algún día, cuando las aguas corrientes de la ciudad sean potables y que merced a una filtración mejor entendida, un vaso de agua no se parezca a un acuario en donde son representados en miniatura todas las vegetaciones y los habitantes vivientes del agua, las azoteas de Buenos Aires serán también destinadas al cuidado de las flores y esos jardines aéreos y suspendidos se merecerán el apodo de moderna Babilonia.*

En 1889 arribó Charles Thays al país proveniente de Francia. Había trabajado en los parques y plazas de París, su ciudad natal. Tenía cuarenta años y se dirigió a Córdoba, donde debía ocuparse de la flora del futuro Parque Sarmiento. No pudo completar la tarea debido a la crisis económica del 90. De paso por Buenos Aires, antes de embarcarse rumbo a París, el ingeniero Luis Huergo lo abordó para convencerlo de que se quedara a trabajar en la capital argentina actuando como director de Paseos. Huergo también habló con el intendente Francisco Bollini y con el presidente Carlos Pellegrini, y los entusiasmó con la idea de contar con el francés para esa tarea. Thays

obtuvo el empleo y esa no fue la única satisfacción. Tiempo después conoció a Petrona Cora Venturino, de dieciocho años, con quien se casó convencido de que la Argentina sería su hogar.

Su gran sueño era que Buenos Aires tuviera un jardín botánico. Consiguió el espacio y decidió salir a recorrer el país, acompañado por su amada, en busca de especies autóctonas. Así se familiarizó con el ceibo, el lapacho, la tipa, el ombú, el jacarandá y el palo borracho, entre tantas otras especies. Retoños de los árboles del norte y también del sur fueron llevados al Jardín Botánico de Palermo, donde el paisajista pudo estudiar su crecimiento y desarrollo.

El próximo paso fue planificar su distribución por las calles. Por eso, con toda justicia, se ha llamado a Thays "el padre de las sombras". De unos dos mil árboles que había antes de su gestión, en poco tiempo se multiplicaron hasta superar los cien mil. El francés y su discípulo y sucesor Benito Carrasco fueron los principales hacedores de la Buenos Aires arbolada. También podríamos decir que a Thays también le cabe el título de padre de los colores porteños. Porque él eligió árboles que florecerían en distintos momentos de la primavera. Así fue como plantó lapachos que en septiembre se tiñen de ese rosado fuerte. Para octubre, el ceibo, con flores de intenso color rojo. Noviembre es el mes del jacarandá, con sus flores violáceas y tan sensibles que, por el juego del viento y la acción de los pájaros, caen formando un colchón colorido en el suelo. En diciembre llegan las tipas (aclaremos que hace unos cien años se le decía los tipas, pero en algún momento cambió de género), con su floración amarilla. Después es el turno del palo borracho, que tiñe la ciudad de rosa pastel.

¿Quiénes plantaron tantos árboles? ¿Thays y un par de cuadrillas de jardineros? Sí, ellos lo hicieron, pero también contaron con una inestimable colaboración: todos los estudiantes argentinos.

La iniciativa partió de Bahía Blanca, donde en 1900 establecieron la Fiesta del Árbol como una manera de homenaje a Sarmiento. A mediados de septiembre de ese año, los alumnos bahienses salieron por las calles de la ciudad a plantar árboles. Al año siguiente la idea fue seguida por Baradero. Después pasó a la Capital Federal y luego a todo el país. El Día del Árbol consistía en la reunión de los estudiantes primarios en las plazas y calles de la ciudad provistos de semillas y

palas. Cantaban el Himno Nacional y el dedicado a Sarmiento, más la Canción del Árbol. Luego una autoridad daba un discurso y comenzaba la forestación a cargo de los chicos.

Esta actividad duró alrededor de treinta años. Muchos niños de aquel tiempo, en su futura etapa de padres o abuelos, han llevado a sus hijos o nietos junto al árbol ya crecido para comentar con orgullo: “Este lo planté yo”.

El Día del Árbol era una manera de involucrar a todos en una actividad que les permitía tomar conciencia de los beneficios de la naturaleza. Tal vez sea tiempo de regresar a esas magníficas jornadas.

El florecimiento de los árboles de Buenos Aires dejó para siempre en el calendario las huellas coloridas que diseñó Charles Thays.

Una noche de 1944, Jorge Luis Borges salía de la casa de sus grandes amigos Adolfo Bioy Casares y Silvina Ocampo en Recoleta. Tomó el ascensor con Estela Canto, quien también había concurrido a la reunión en casa de los escritores. No se habían conocido antes. En su evocación de aquella noche, Estela recordó que decidieron caminar por la calle Santa Fe hasta Retiro y que el trayecto estaba impregnado de flores de jacarandá. Nosotros sabemos muy bien a qué época se refería. El color de Buenos Aires no deja margen de duda.

UNA MODA PARA CADA UNA

Entre tantas cosas, Belle Époque es sinónimo de amplias faldas y vestidos vaporosos. Durante aquellos años, la mujer aprendía a manejarse por la vida llevando esos modelos, por no decir arrastrándolos. Las precauciones eran habituales. Por eso, no es extraño que *Caras y Caretas*, en su edición del 21 de abril de 1900, dedicara una nota —de pluma masculina— al arte de recogerse el vestido:

Los hombres tenemos la mala costumbre de meternos las manos en los bolsillos del pantalón cuando no sabemos en qué ocuparlas, lo que al fin y al cabo es preferible a meterlas en los bolsillos de los demás. Las mujeres las emplean en algo más útil y más estético: en levantarse la cola del vestido. Casi realizan el precepto de Horacio: suelen enseñar deleitando.

Semejante costumbre no se pierde, seguramente, "en la noche de los tiempos". Eva no tenía motivo ninguno para llevarse la mano a donde se la llevan nuestras compañeras; no usaba la hoja de parra por duplicado. Judith, después de haber decapitado a Holofernes, debió levantarse algo la falda para huir con más facilidad de los que podían perseguirla. Judith, pues, fue una de las "precursoras" de la moda aludida.

Hoy las mujeres, imitando a aquélla en lo de "hacernos perder la cabeza", son también sus imitadoras en lo otro.

Las buenas costumbres y la moral más severa nada tienen que oponer a esto último. La industria, por su parte, sale gananciosa con ello. No se concibe, en efecto, que una pollera se levante si no puede permitir admirar un elegante calzado o unas bonitas medias. Los proteccionistas, por consiguiente, han de sentirse partidarios del uso femenil a que aludimos.

Hay modos diferentes de agarrarse la pollera. Las mujeres delgadas

suelen tirar algo más del tejido que las gruesas. La soltera no se recoge el vestido como la casada. La viuda se lo recoge de ambas maneras. Algunas de las primeras y de las últimas lo hacen con tal aire cuando pasan por nuestro lado, que no parece sino que se nos quisiera llevar envueltos en los pliegues de la falda. Hay muchacha coqueta que realiza la "operación" casi con el mismo movimiento con que don Juan Tenorio se embozaba en la capa cuando iba en busca de aventuras amorosas. El resultado, en todos los casos, es amontonar ropa en el sitio que menos necesita rellenarse.

Que llueva o que las calles estén llenas de polvo, el bello sexo se levanta la cola o la pseudo-cola con igual arte y con igual decisión.

La moda tiene sus reglas. Y en aquellos años dorados, la principal referente era la baronesa Staffe, quien dictaba desde París las costumbres a seguir. La dama tenía respuestas para todos los temas. Por ejemplo, aconsejaba los asuntos que debían tratarse en una reunión, qué escribir en una tarjeta de felicitación, qué platos podían comerse de día y qué otros de noche, o cómo adornar un ambiente.

En este caso, nos interesa un comentario sobre moda, publicado en sus *Secretos para ser amada*, de 1900. La pluma femenina al servicio de sus lectoras:

La mujer alta y delgada, no use tocados ni sombreros altos que alarguen su estatura, para no parecer un espárrago.

Al revés, la pequeña y regordeta, de cara gruesa y maciza, use tocados que la hagan parecer más alta. Sería un desatino en mujer así hecha, el aplastarse bajo un sombrero bajo y ancho.

Tampoco conviene éste a las de cuello corto, aun siendo delgadas.

Es muy común no saber peinarse. Se ven cabezas de gran tamaño peinadas a la Boticelli; caras de vírgenes coronadas por crespos y rizados; caras cuadradas y de facciones abultadas con cabellos alisados y echados hacia atrás, en vez de levantados y rodeando la frente, como convendría para que tuvieran más menuda apariencia.

La baronesa Staffe —árbitro de las conductas sociales a fines del siglo XIX— se oponía a los tacos altos, las orejas perforadas y el abuso

de alhajas. Sostenía, además, una premisa de gran valor: “Una moda para cada una y no para todas”.

APODOS: LA ELEFANTITA, CACHONGO Y MECHONGA

Casos como el de los inseparables “Yacaré” Reyes y la “Elefantita” Oromí —mencionados anteriormente— hablan de apodos que se daban entre amigotes. En cambio, plantean dudas el “Oso” Hogg y el “Pulgo” Altgelt Rodríguez, quienes tal vez recibieron esas denominaciones de tono cariñoso en el propio seno familiar.

Sucede que entre los varones ambas posibilidades son admisibles, a diferencia de las chicas que, casi en su totalidad, obtenían el apodo en sus casas. Veamos algunos de los que surgieron entre ellos, durante los esplendorosos años de la “bella época”. Comenzamos con los hermanos Fernández Martínez, “Chulo” y “Pibe”. Manuel “Manungo” Rolón Campos, “Peco” Ibarguren, “Carletín” Shaw, “Calunto” Wybert y “Canico” Carrasco. Ahora toca hablar de Cosme “Comino” Massini y Cosme “Pelón” Llames Massini. La abundancia del nombre Cosme entre los Massini proviene de una figura notable de la Guerra de la Independencia: el doctor Cosme Argerich. Una de las hijas del médico — Manuela— contrajo matrimonio con Esteban Massini y fueron padres de Cosme Miguel José Canuto Esteban Juan Antonio Manuel de las Mercedes Massini Argerich y de Manuela Mercedes Micaela Gregoria Ramona Filomena del Corazón de Jesús Massini Argerich. Para abreviar los llamaremos Cosme y Manuela. Hijo del varón fue “Comino” y nieto de la dama fue “Pelón”, nacido nueve años después que su tío. Sin dudas, los apodos permitían individualizar a los diversos Cosmes de la familia.

Completamos la nómina con “Pochoco” Echeverz, “Pichín” Morra, “Papón” Foulkes y “Cachongo” Pinazo, además del “Perejil” Zorrilla Uriburu.

“Perejil” nos permite adentrarnos en el mundo de los apodos femeninos, empezando por “Ají”, que era como llamaban

familiarmente a Josefina Carolina Micaela del Corazón de Jesús Pérez del Cerro Arrotea. Continuamos con María Esther "Cota" Guido Lavalle, Matilde "Matita" Almanza, las hermanas "Calala" (Lucía), "Malele" (María Elena) y "Maruca" (María Elisa) Duhau, María Luisa "Talala" Tornquist, Elina "Nina" Videla Dorna, y su hija Elina "Nena" Peralta Alvear, "Canena" Castex, "Sissy" Alvear Ortiz Basualdo y María Magdalena Bengolea de Sánchez Elía, la exquisita "Nennette".

La Nación, en un artículo de enero de 1906, sugiere que la moda de los apodos había sido abandonada, pero resurgía con fuerza en París (dato que, según nos parece, puede explicar el furor argentino por los sobrenombres inusuales). Aclara el periódico que estas nominaciones están reservadas en forma exclusiva a "gente más o menos mezclada a la vida intensa de la ciudad, que colabora en su fama merced a la fortuna, el título, la celebridad, el talento, la belleza o, sencillamente, las malas costumbres". Por otra parte, expresa que "en cuanto se los oye, se les juzga tan bien adaptados a la persona que ya no pueden separarse de ella".

Un nuevo surtido de las chicas: Mamaia, Kakela, Manena, Meneca, Mechonga, Nenona, Tutona, Tatena, Monona. Ellas son: Luisa "Mamaia" Guerrero de Guerrero Cueto (concuñada de María "Meme" O'Connor de Guerrero Cueto), Lía Estela Angélica "Kakela" Obarrio Tedín, Magdalena "Manena" Justo Castro, Sofía Angélica Ana María "Meneca" Fernández Guerrico, Mercedes "Mechonga" Calvo Rolón, Susana "Nenona" Abella, Nilda Elena "Tutona" Silvetti Peña, Julia Elena "Tatena" Hunter Soler (más su hermana María Teresa Serapia "Tareta") y Adela "Monona" Guido Lavalle.

El listado es amplio, pero lejos de acercarse a un total. Dan fe de ello: "Angeliquín" Bunge Guerrico, "Kele" Serna, "Lilette" Sañudo, "Otola" Pomares, "Tocha" Legueniche, "Tota" Altgelt, "Raka" Aguirre, "Savoreca" Estrada, "Galinda" Molina y "Gonga" Montero Bustamante, entre tantísimas otras.

FURIA EN EL TAMBITO

Dos años después de inaugurado, el Parque 3 de Febrero incorporó una novedad gracias al ingenio de Vicente Lorenzo del Rosario Casares Martínez de Hoz, emprendedor relacionado con la industria láctea, quien más adelante fundaría La Martona, en Cañuelas. A don Vicente se le ocurrió montar un espacio donde los visitantes pudieran tomar leche de vaca recién ordeñada. El Kiosco Casares —también conocido como "el Tambito"— fue animador de los paseos por Palermo durante diez años, entre 1877 y 1887. Ese fue el término que se pactó para la concesión, que no fue renovada. Luego pasó por distintos dueños que, sin desentonar con la dualidad de públicos diurnos y nocturnos, combinaba la atención familiar a la luz del sol con los encuentros marginales de la noche.

Al igual que su vecino el Hansen —donde se prohibió el tango "El Esquinazo"—, el Tambito era salida de varones y punto de encuentro de los "niños bien" de Recoleta con los guapos del Abasto. De uno y otro lado podrían mencionarse diversos barrios, pero sin variar la ecuación. Los de la clase acomodada se juntaban para este tipo de salidas en grupos denominados "patotas". En un principio, el término describía simplemente al conjunto, sin las connotaciones negativas que adquirió después. Pero fueron ellos los que, con sus acciones, cambiaron el sentido de una palabra que en su origen sonaba sencilla y simpática.

El episodio que vamos a narrar se ubica pisando apenas el siglo XX, por lo tanto el término "patota" aún no era sinónimo de "grupo violento". Aunque no le faltaba mucho.

El 22 de diciembre de 1901, cuando la temperatura cálida de la noche invitaba a salir, Eduardo Duffy, Juan Carlos "Vidalita" Argerich y Raúl Chenaut contrataron un carruaje con intención de pasear por Palermo. El cochero Gervasio Apinso los llevó desde el centro.

Luego de un par de vueltas le pidieron que se detuviera en el kiosco, donde una orquesta amenizaba la velada desde una suerte de palco. El trío ocupó una mesa y se dispuso a disfrutar del combo: tango y copas.

La banda se hallaba en su elemento, llevaba temporadas tocando allí y estaba conformada por Roque Rinaldi (violín), Vicente "el Tano" Pecci (flauta) más dos guitarristas afroamericanos, Eusebio "el Cieguito" Aspiazú y su hijo Francisco, de 14 años. Lo de "cieguito" no es un eufemismo. Cuando tenía la edad de su hijo concurrió a los festejos por el 9 de Julio en la Plaza Lorea y fue víctima de la pirotecnia. Su madre le enseñó a tocar la guitarra.

Regresamos al Tambito.

El joven Argerich, que estaba algo ebrio, se dirigió a los músicos pidiéndoles que tocaran la pieza "Tirana", contestándoles éstos que no la sabían, pero Argerich insistió en su pedido, lo que dio lugar a un cambio de palabras entre éste y los músicos.

El texto corresponde al informe sumario de la comisaría 17ª, de donde fue rescatado en los años 70 por Mario Mabagraña. Existen varios tangos con ese título, que tiene sabor a despecho. En este caso, el tango "Tirana" al que se refiere era uno compuesto por el violinista Genaro Vázquez. El "Cieguito" Eusebio recordó, varias décadas después, que "Vidalita" Argerich pidió la canción a Rinaldi porque quería bailar, que a cambio le habían ofrecido tocar "Reina de Saba", que el hombre insistió y los había insultado, diciendo que aquel que no sabía "Tirana" no podía llamarse músico.

Acerca de Juan Carlos Argerich agregamos que tenía 21 años, era el menor de siete hermanos (entre ellos, "Pajarito", mencionado en el capítulo del Hansen), hijo de un prestigioso médico y sobrino bisnieto del célebre Cosme Argerich que curó a los soldados de la Guerra de la Independencia. Los contemporáneos de "Vidalita" lo señalaban como buen mozo y también de los más guapos, si había que pelear. El sumario continuaba:

Enseguida del cambio de palabras y de insultos que mediaron entre ambas partes provocados por Argerich, éste arrojó a los músicos una

botella y un banco, y éstos a su vez le tiraron con un vaso, no pegándose ninguno de ellos, quedando en el acto terminado el incidente y al parecer calmados los ánimos por intervención del dueño del negocio señor Giardini y los dependientes Pedro Vila y Juan Marcovich.

Desde nuestra ingenuidad podemos suponer que una botella, un banco y un vaso que vuelan deberían ser suficientes incentivos para que se armara una pelea de todos contra todos. Pero vemos que ganó la civilidad. Aunque no por mucho tiempo.

Al cuarto de hora Argerich y sus amigos Chenaut y Duffy dispusieron retirarse y se dirigieron a tomar el carruaje. Pero al hacerlo, el joven Argerich, dirigiéndose a los músicos y a los demás concurrentes, los insultó groseramente diciéndoles: "Al que no le guste que me siga"; y rápidamente tanto los músicos como los concurrentes que había en el kiosco se lanzaron sobre Argerich y sus amigos formándose un gran desorden. En el acto, el dueño del negocio señor Giardini dio toque de auxilio para llamar a la policía, lo que dio lugar a que se fugaran los desordenados, excepto los músicos que no tuvieron tiempo de hacerlo por la presencia del cabo 1º Valentín Quiroga, que los redujo a prisión.

Insistimos: vuela una botella, lanzan un banco, tiran un vaso, y la calma se mantiene gracias a Giardini. Ahora, uno dice: "Al que no le guste que me siga" ¡y se arma un flor de entrevero! Según vemos, hay veces que no duele tanto que a uno le lastimen el cuerpo como la hombría.

En el tumulto ocasionado fue herido de una puñalada el joven Argerich, quien, cuando se sintió herido, tomó el carruaje para fugar también, lo mismo que sus amigos, lo que no lograron por la intervención del cabo Quiroga.

"Vidalita" no logró superar la gravedad de las heridas y murió el 27 de diciembre. La policía pudo reconstruir los hechos con mayor exactitud. Cuando sucedió el primer episodio, con la botella y el vaso, desde una mesa defendieron a los músicos. Los parroquianos eran:

José “Cielito” Traverso y su compañera Amanda Cabral, Rafael “Mosquito” Donantini (fornido, para más datos), José Bendito, conocido como “El Tano Sangregorio”, Alfonso Rendano, alias “Moreira Falsificado”, y su amiga Rosalía Brenen, más conocida como “La Ñata Rosalía” y dedicada a la profesión antigua.

De los señalados, se estableció que no fue “Mosquito” ni Bendito quienes apuñalaron a “Vidalita”, sino “Cielito”. En cuanto al “Cieguito” Eusebio, en su evocación señaló el Hansen como el sitio donde ocurrió todo. Pero ha sido una equivocación, ya que los hechos tuvieron lugar en el Kiosco de Palermo. En cuanto a las responsabilidades de cada uno, fueron establecidas y la Justicia pidió condenas para los cuatro amigos de la mesa de los guapos. Cielito obtuvo el indulto presidencial durante el mandato de Roca. Según la tradición oral, fue a cambio de que saliera del país. Cierto o no, Traverso se fue a vivir a Uruguay, más precisamente a Tacuarembó. Uno de sus hermanos era muy amigo de Gardel.

El Kiosco de Palermo fue clausurado. Pero resurgió y continuó su vida tanguera hasta 1910, el mismo año en el que murió Vicente Casares, el hombre que había emprendido el negocio de vender leche recién ordeñada en los bosques de Palermo.

MENSAJES REENVIADOS EN 1901

La correspondencia viajaba en trenes y barcos cada vez con mayor velocidad. Pero había una forma de comunicación aún más inmediata: los telegramas. Era el más rápido de los sistemas de mensajes, de gran utilidad para enviar noticias urgentes, respuestas inmediatas o consultas breves. Eso sí: costoso y sin privacidad, porque entre el emisor y el receptor intervenía no solo personal de las casas, sino también del correo telegráfico.

Todos inevitablemente tomaban conocimiento del contenido.

Estos dos inconvenientes no amilanaron a los argentinos, quienes recurrieron al inagotable ingenio criollo para minimizar los problemas. El truco consistía en inventar palabras cortas que significaran expresiones más completas. Acerca del método, escribió Carmen Peers, nacida en 1900:

> *Recuerdo que de niña, y en víspera de viaje al Viejo Mundo, me divertía muchísimo la elaboración en familia de la famosa clave. Sentados alrededor de una mesa, munidos de dos libretas iguales, inventábamos una serie de comunicaciones adaptadas a toda clase de circunstancias y que tenían que caber en una sola palabra convenida.*

Carmen, entrenada en este peculiar ejercicio, aclaraba que “una letra equivocada podía cambiar todo el tenor de la frase en clave”.

Estos términos codificados —tomados del lenguaje habitual o inventados— no eran infalibles: podían generar confusiones si la caligrafía era poco clara y el operador telegráfico no entendía lo que decía. Eso fue lo que le ocurrió a Julio Argentino Roca.

El tucumano llevaba adelante la segunda presidencia, y su gran amigo Eduardo Wilde era el ministro plenipotenciario argentino en Estados Unidos y luego en Europa. Él y su mujer Guillermina de

Oliveira Cézar, también íntima amiga del presidente, cruzaban asiduas comunicaciones postales desde las pintorescas ciudades que visitaban. El intercambio no era directo. La privacidad del mandatario no estaba a salvo porque los periodistas hurgaban por aquí y por allá en busca de secretos. Las palabras en clave eran la solución, pero Roca decidió reforzar la seguridad por medio de la triangulación.

Para llevar adelante su plan, se valió de uno de sus amigos, Pascual Costa, concuñado de Wilde, ya que estaba casado con Ángela de Oliveira Cézar, hermana de Guillermina. Un dato más: los Costa eran los abuelos de la pequeña Carmen Peers.

En marzo de 1900, mientras se encontraba de vacaciones en Córdoba, el presidente le escribió una carta a Costa, quien residía en Buenos Aires, para darle las instrucciones:

> *Lo que reciba telegrama de Europa no deje de mandármelo, bajo sobre, o mejor, si hay algunas palabras que usted no entienda, me las transmite por el telégrafo, sin decir que sean recibidas de tal o cual parte.*
> *Si yo tengo que contestar algo, le diré simplemente el texto del telegrama para que usted lo transmita al nombre registrado.*
> *Después arreglaremos cuentas de los gastos telegráficos que a Europa son bien altos.*

Por lo tanto, si Roca quería despachar un telegrama a los Wilde, le escribía en clave a Costa y él lo replicaba a los verdaderos destinatarios.

Carmen Peers, principal fuente de esta historia, rescató expresiones insertadas en telegramas escritos por el presidente, como ser “nobe” y “zeba”. No vamos a decir que el protocolo de comunicación era a prueba de los Alan Turing del 1900 (el mencionado desafió el código Enigma de los alemanes en la Segunda Guerra Mundial), pero sí que era un simpático método casero. ¿Funcionó?

El 8 de enero de 1901 murió don Ramón de Oliveira Cézar, padre de Guillermina y Ángela. La primera, quien en esos días se encontraba en Europa, inició los preparativos para volver al país con dos hermanos, pero sin su marido, por razones de salud. Para anunciar el viaje se puso en acción el sistema de comunicaciones en clave. A través de un

telegrama reenviado por los Costa, Roca —que nuevamente se encontraba en Córdoba— tomó conocimiento de que Guillermina se embarcaría rumbo a Buenos Aires y arribaría alrededor del 15 de febrero. Días después llegó un nuevo mensaje, que Costa leyó y de inmediato despachó, textual, al presidente.

Las claves funcionaban, los contenidos se entendían y el método no presentaba fallas. Roca leyó el último mensaje y le envió una respuesta a Pascual para que trasladara a su amiga: "No hay novedad alguna si no es el ansia que tenemos todos por verla y recibirla". Hasta ahí, todo bajo control. Pero un nuevo cable enviado desde altamar el 25 de enero provocó una confusión. Roca no entendía una de las palabras cifradas y, a través del telégrafo, se lo comunicó a Pascual:

> *En telegrama remitido a su casa hay la palabra centa que debe venir equivocada. Pida rectificación a ver si es canto o cante o qué. Significan muy distintas cosas.*

Evidentemente, "centa" no formaba parte del vocabulario encriptado. ¿Cuál era la palabra que el telegrafista transmitió en forma errónea, tal vez por no entender la letra del borrador? Impaciente, inquieto por la falta de respuesta, dos días después se dirigió a Ángela de Oliveira Cézar:

> *Le hice un telegrama a Pascual […] diciéndole reclame la rectificación de una palabra, la que no tenía en la clave y la que ha podido confundirse […] Aquí me tiene pues, sin saber si ha suspendido el viaje o si ha partido el 23.*

El presidente especulaba con el retraso del viaje e inquiría a Ángela: "¿No se habrá agravado la enfermedad de éste [Wilde] y entonces vístose obligada a suspender su viaje?". Don Julio Argentino trataba de descubrir el vocablo mal copiado. El incomprensible "centa" debía ser "carte" o "cante". Pero se equivocaba: en realidad, "centa" era "ceta".

La solución al enigma llegó el 28 de enero gracias a un telegrama esclarecedor de la viajera. Una vez que tomó conocimiento, el

intranquilo Roca se dirigió a Pascual.

> *Ahora comprendo la palabra. Ceta quiere decir que salen por vía Europa el 23. Ya están pues en camino en esa dirección. De todos modos sería prudente preguntarle a Wilde si efectivamente han salido.*

La intensidad del presidente y su empeño por conocer cada detalle del viaje de su amiga era inocultable (por no decir insoportable). Nos preguntamos si no hubiera sido más económico, en cuanto a tiempo y dinero, que Guillermina hubiera escrito: “Salgo el 23 vía Europa”. Porque una palabra mal copiada, en un telegrama triangulado, es demasiada complicación.

AUTOS ELÉCTRICOS

En 1903 llegaron los primeros electromóviles a la Argentina. Se trataba de automóviles eléctricos, una alternativa frente a los que funcionaban con bencina, nafta o diésel.

Aquellos disponían de una batería nada liviana (su peso correspondía a casi la tercera parte del vehículo) que le permitía una autonomía de 65 kilómetros. Es decir que uno podía pasear —en viajes de ida y vuelta— desde Recoleta hasta Tigre, desde Córdoba hasta Unquillo, desde Mendoza hasta Agrelo y desde Corrientes hasta San Luis del Palmar. La velocidad que alcanzaban los electromóviles era de aproximadamente 45 km/h y no diferían mucho de las otras opciones. De todos modos, no solían verse a los autos andar tan rápido, menos aún en las calles de la ciudad, donde la máxima era de 14 km/h.

Había excepciones, claro. Por ejemplo, cuando Dalmiro Varela Castex —quien importó a la Argentina, si no el primer auto, el segundo— llevó a pasear al presidente Roca y tomaron la bajada de la barranca de Parque Lezama, el mandatario vivió el vértigo, entre divertido y asustado. En este caso se trataba de uno a bencina.

De regreso a los eléctricos, la cochería Casa Mirás fue la que compró en Europa algunos modelos y los introdujo en el país. En cuanto a su forma, la carrocería era similar a los carruajes. El proyecto de don Marcial Mirás contemplaba que se usaran para paseos y también casamientos. Eran muy silenciosos si se los comparaba con los que funcionaban por combustión, ya que apenas se oía el zumbido de la batería, también conocida como “acumulador”.

El importador puso uno en venta. Desconocemos si se realizó la operación, pero resulta interesante saber que el electromóvil venía con “chauffeur competente” incluido, además de bodega (en términos actuales, una cochera) en los depósitos de la compañía y, fundamental, servicio de carga del acumulador. Para explicarlo en términos actuales:

la venta no incluía el cargador de batería y había que recuperar la energía en el local de Mirás.

Muy pocos eran los automóviles que circulaban en 1903 y más raro aún era cruzarse con un electromóvil. Eso cambió en enero de 1906, cuando la flamante Compañía Nacional de Carruajes anunció la llegada de una flota de 64 electromóviles para funcionar como autos de alquiler. Los avisos publicitarios ponderaban que eran elegantes y confortables, además de que contaban con choferes capacitados.

Estaba dándose un paso a la modernidad por varios motivos. Eran abiertos, como lo exigía la demanda porque los paseos se hacían con buen tiempo, y además, socialmente hablando, había que mostrarse. Pero también estaban preparados para el invierno o las jornadas frescas, pues se valían de un accesorio: una "pantalla de resguardo" que se colocaba delante de los asientos de manera que la corriente no afectara a los pasajeros. Del mismo modo, unos géneros impermeables se disponían encima y a los costados para los días de lluvia. Además, presentaban el aparato que pondría fin a las discusiones entre pasajeros y cocheros. Nos referimos al taxómetro o taxímetro, es decir, el reloj que permitía calcular con exactitud el costo del viaje.

Detrás de tantas mejoras se hallaba una de las mentes brillantes de aquellos días, el ingeniero Mauro Herlitzka, 34 años, autoridad en materia de electricidad. Nacido en Trieste, había viajado a la Argentina en 1871 y, como integrante de la Compañía Alemana Transatlántica de Electricidad, fue uno de los gestores del tranvía eléctrico, otra de las maravillas de aquel tiempo.

La apuesta era fuerte. En caso de que el gobierno no cobrara arancel de importación, estaban dispuestos a sumar unos trescientos electromóviles. Mientras tanto, iniciaron los preparativos para adiestrar a los choferes, poner en marcha las máquinas e insertarse en la competencia con los carruajes y los automóviles de alquiler. Se anunció que el sábado 10 de febrero estarían en la calle. Lamentablemente, así fue.

Desgraciadamente, el nuevo servicio de transporte se ha inaugurado dando una nota triste con el suceso ocurrido ayer por la tarde en la esquina de Bartolomé Mitre y Montevideo. En el apresuramiento de

liberar al servicio público los coches electromóviles, la gerencia ha cometido la injustificable ligereza de poner en circulación los carruajes antes de que los conductores estuvieran adiestrados en su mecanismo, con grave peligro para los pasajeros y transeúntes. Esta irregularidad se agrava teniendo en cuenta que existe una ordenanza municipal disponiendo que los conductores de vehículos a tracción mecánica no pueden ejercer su oficio sin el permiso correspondiente, otorgado después de haber rendido un examen de competencia. El hecho que pasamos a relatar omite todo otro comentario.

Antes de proseguir con la crónica deseamos hacer una breve aclaración. El general Mitre murió el 19 de enero de 1906, apenas tres semanas antes de estos hechos. Por ese motivo, puede parecer un poco apresurado que ya tuviera una calle con su nombre. Sin embargo, esa venía siendo su denominación desde 1901. Fue cuando Mitre cumplió ochenta años y uno de los actos durante las celebraciones fue otorgarle su nombre a la calle Piedad, situada a dos cuadras de donde vivía. Ahora sí, regresamos con el relato:

A las 4:10 de la tarde, hora en que el tráfico adquiere mayor movimiento, el coche automóvil número 16, guiado por Dositeo Vazquez, corría a toda velocidad por la calle Bartolomé Mitre y sin disminuir la marcha dobló en la esquina de Montevideo, en dirección al norte. En ese momento la señora doña Teófila de Mohr cruzaba la calle de una acera a la otra. Y el conductor del coche, advertido del peligro, quiso hacer una maniobra; pero, falto de práctica en el manejo del aparato, perdió la serenidad y embistió a la señora, que cayó en tierra siendo apretada por las ruedas.

Doña Teófila Luna de Mohr, que esa semana había cumplido 38 años y que pocos días atrás había superado una enfermedad compleja, sufrió fractura de cuatro costillas y murió camino al hospital. Definitivamente, no fue un buen estreno de los electromóviles. A la semana siguiente ocurrió otro accidente fatal. La realidad es que no fallaban las máquinas, sino los que las manejaban.

Los autos eléctricos continuaron prestando el servicio durante

algunos años, pero no prosperaron por varios motivos. Por ejemplo, las huelgas de los choferes. Tampoco obtuvieron el beneficio fiscal. Además, los usuarios se quejaban de lo que cobraba el aparato taxímetro, dando a entender que los choferes lo manipulaban. A pesar de todas las explicaciones técnicas para demostrar la confiabilidad del sistema y, más específicamente, de la máquina que usaban, fue un revés que en 1910 se estableciera un patrón de aparato taxímetro de marca y modelo distinto del que empleaban los precursores. A eso debemos agregar que el mundo se inclinó hacia la nafta.

En 1911 la compañía remató a particulares los históricos electromóviles de 1906 con el objeto de renovar la flota. De todas maneras, a esas alturas, Buenos Aires contaba ya con un número de propietarios que habían elegido el eléctrico por encima del naftero. Se sabe que la única vez que el expresidente Luis Sáenz Peña viajó en automóvil, era eléctrico. Lo llevó a pasear en 1907 (el último año de su vida) su sobrino nieto.

Una tarde, César Viale pasó a buscar a su tío abuelo por la puerta de su casa (Sáenz Peña vivía en Moreno 431, entre Defensa y Bolívar) para llevarlo a Palermo. Don Luis (84 años) se despidió de Cipriana Lahitte (esposa del expresidente y madre de un futuro mandatario) y partió bien aferrado y mirando hacia adelante, en el coche de Viale. La ruta clásica se hacía por Perú, Florida, Juncal, Quintana, Alvear y avenida del Libertador. En eso estaban cuando a pocas cuadras, luego de una frenada leve, el electromóvil se detuvo. Viale quiso encenderlo. No pudo. Se sonrieron. Hubo un segundo intento, fallido también. El sobrino chofer consideró que podrían llegar a demorarse unos pocos minutos. Se quedó corto en el cálculo: sus caballos de fuerza estaban empacados. Sobre esta situación escribió luego: “Yo no sabía qué hacer con mi anciano tío sentado en el vehículo en medio de la calle”. Sáenz Peña, quien había presidido la Nación diez años atrás, se mantenía inmutable y en silencio arriba del electromóvil caprichoso mientras Viale, muerto de vergüenza, pretendía hacerlo arrancar de golpe.

Muchos de los que pasaban por allí exclamaban: “No sirven para nada estas máquinas” y frases por el estilo. O reconocían a Sáenz Peña y se quedaban observando. Luego de treinta calamitosos minutos, ¡arrancó! Y el paseo fue de lo más agradable. Dieron un par de vueltas

por Palermo y regresaron a la casa de Sáenz Peña. Don Luis, que casi no había pronunciado palabra alguna en la travesía, le contó a su querida Cipriana lo encantador de la experiencia y el percance que casi da por tierra con el paseo.

Según relató Viale, principal testigo del diálogo de sus tíos abuelos:

> *Misia Cipriana escuchó atentamente a tío Luis, abrió su cajita de rapé, hizo un par de aspiraciones y dijo: "Muy bien, Luis, pero a mí no me convencen; prefiero el cupé con mis dos caballos de Ferrari".*

Se refería al carruaje sencillo que empleaba en la estancia que tenían en Ferrari, en el partido de Brandsen, provincia de Buenos Aires. Lo que nos induce a afirmar que la primera cupé de Ferrari fue argentina.

Manuel Quintana, presidente de la Nación de 1904 a 1906, fue propietario de un electromóvil, y le debemos el dato a Julia Valentina Bunge, quien dejó un registro en su diario. Como se trataba de un recuerdo, la fecha —20 de julio de 1907— no aporta demasiado. Recordemos, además, que Quintana murió en marzo de 1906. Decía Julia:

> *Yo no he andado en auto eléctrico más que una sola vez, que nos invitó María Eugenia Quintana, a nosotros y a Sofía Eguzquiza, a ir a Palermo en un vis à vis eléctrico, que su padre* [Manuel Quintana] *había encargado a Europa. Por hoy, creo que es el medio de locomoción que más me gusta.*

Aclaramos que "vis à vis" significaba "cara a cara" (o "vista a vista"), por lo tanto, estamos hablando de un carruaje con asientos enfrentados.

Para el final reservamos una anécdota que Julia Valentina dejó asentada ese mismo día en que hablaba de los vehículos:

> *Una vez fuimos con Adelia Acevedo a la Sociedad Rural. Miguel Alfredo Martínez de Hoz nos había invitado a que fuéramos a ver los caballos que él iba a exponer (preciosos caballos; era un placer verlos.) Después*

él y su señora, Julia Helena, la hermana de Adelia, nos llevaron a casa. Cuando íbamos a subir al automóvil (abierto), me dice Julia Helena: ¿tienes miedo de andar ligero? Porque Miguel Alfredo no corre, vuela; pero si tienes miedo, le pediré que vaya más despacio.

—No, no, que vaya como es su costumbre.

Miramos todos el reloj, antes de arrancar, en la puerta de la Sociedad Rural. Eran las doce en punto. Llegamos a la puerta de casa a las 12:05. Desde la Sociedad Rural a Callao y Vicente López, cinco minutos. No era miedo lo que había sentido. Era pánico.

Descartamos que fuera un electromóvil, porque ella misma dijo que la única vez que subió a uno fue en el de Quintana. Pero nos sirve para establecer que Martínez de Hoz viajó a un promedio de 45 km/h para cubrir los dos puntos. Estamos en condiciones de afirmar que aceleró a fondo.

Texto adaptado del capítulo “Ferrari”, del libro *Historias inesperadas de la historia argentina*, publicado por el autor en 2009.

LOS BAILES Y SUS PREGUNTAS FRECUENTES

Entre las chicas que dejaban atrás la infancia, la idea de ingresar al entorno social era una cuestión relevante de aquellas décadas. Se organizaban agasajos "para presentar en sociedad" a las señoritas. La costumbre, que llegó hasta nuestro tiempo bajo el rótulo "fiesta de 15", establecía un antes y un después. A partir de aquel suceso la agasajada tenía nombre propio. Eso significaba que ya podía recibir invitaciones personalizadas para cualquier evento social. Pero, sobre todo, era una manera de anunciar que estaba en condiciones de tratar con los varones y tener novio. En aquel tiempo, aclaremos, no se usaba "tener" sino otro verbo: "conseguir".

Para conocer más en detalle el mundo de las fiestas y las presentaciones en sociedad apelamos al sistema de "Preguntas frecuentes":

1. ¿A qué edad se presentaba a las hijas en sociedad?

Entre los diecisiete y los diecinueve años, aunque había excepciones por encima y por debajo de esa franja.

2. ¿En qué tipo de encuentro social se presentaban las flamantes señoritas?

Podían ser agasajos individuales o colectivos. Por ejemplo, en junio de 1905 se presentó en sociedad a Elina Peralta Alvear (19 años) con una reunión específica para tal fin. En cambio, durante una fiesta de disfraces del carnaval de 1906, se aprovechó para introducir a Bernabela Sánchez Viamonte (18, concurrió vestida de odalisca) y Sara Moreno. Mientras que en junio de 1907 el espléndido baile que dio Adela Saraza de Favier (viuda de Atucha) sirvió de presentación para seis señoritas: María Elvira de Alvear, Florencia Quesada, María Teresa

Peró, Julia Carabassa, María Adela Giménez Zapiola (todas de 17 años) y Florencia Bosch (20).

Resumiendo: algunos festejos se realizaban específicamente para hacer una presentación en sociedad. Otros eran simples bailes o agasajos en los que podía aprovecharse la ocasión para hacerlo.

3. ¿Quiénes organizaban los bailes?

Por lo general los padres o abuelos de señoritas organizaban reuniones para bailar. También, aunque en menor medida, los padrinos o amistades de estrecha relación con la familia de la agasajada.

4. ¿Quiénes no organizaban bailes?

Los padres de los varones no lo hacían porque no correspondía. Tampoco los matrimonios sin hijas. ¿Para qué querrían hacer uno si no tenían chicas? Y como bailar era asunto de los solteros, también quedaban excluidos los padres de hijas casadas.

Podría parecer, entonces, que las fiestas y más específicamente las reuniones danzantes eran pocas. Al contrario, los festejos, con cualquier excusa siempre fueron numerosos en la época que retratamos. Eso hacía necesaria una constante rotación de vestuario. Julia Valentina Bunge recordaba cierta vez que fue a la modista en busca de un vestido blanco. Vio tres modelos (encaje, lentejuelas y bordado) pero no terminaba de decidirse. A la semana siguiente regresó convencida, pero los tres habían sido vendidos “a la misma señorita”. Continúa el cuestionario.

5. ¿Con quién iban los varones jóvenes?

Solos. Podía darse el caso de que, por relación entre las familias o porque concurrían sus hermanas, el varón fuera acompañado. Pero era una circunstancia fortuita. La idea aceptada era que el varón iba solo.

6. ¿Con quiénes iban las mujeres jóvenes?

Con sus madres. La regla general era que jamás una señorita iría sola. Y en el supuesto caso de que no pudiera concurrir con su madre,

lo haría con su madrina, alguna tía o una persona mayor de mucha confianza de su familia.

7. ¿Asistía el padre de las jóvenes?

Se sumaba solamente si tenía relación de amistad o parentesco con el dueño de casa. Por lo tanto, el número era más limitado y, entre chicas y madres, siempre había más mujeres que hombres.

8. ¿Quiénes bailaban?

Solo los jóvenes. Era su espacio, su momento. Un matrimonio no salía a bailar, a diferencia de Europa, donde sí lo hacían. Entonces, la respuesta más específica es: solo bailaban los jóvenes solteros.

9. ¿Qué hacían las madres mientras las hijas bailaban?

Las matronas se acomodaban en mesas donde conversaban entre ellas, pero sin perder de vista lo que pasaba en el sector del baile. Porque ciertas conductas debían controlarse. Desde la prolijidad del vestido de su hija hasta el aspecto del bailarín de turno. Muchas veces en la mesa de los grandes se preguntaba, y se respondía, quién era el caballero que danzaba con tal señorita. Comprendamos que la mayoría de los noviazgos —y sus consecuencias: el compromiso y el casamiento — se originaban en estos encuentros. La madre fiscalizaba y su veredicto podría llegar a ser determinante para la evolución de una pareja. Lo curioso es que, por ser reuniones de amigos y parientes, todos se conocían entre sí y, de todas maneras, nadie bajaba la guardia. Otra cuestión que controlaban las señoras era que no hubiera "temporadas".

10. ¿Qué eran las "temporadas"?

Para la respuesta requerimos la palabra de Victoria Ocampo: "En los bailes se prohibían las 'temporadas', a menos que fuera en vísperas de un compromiso. La 'temporada' significaba darle dos o tres piezas seguidas al mismo muchacho". Victoria protestaba contra esta costumbre: "El cambio continuo de compañero me hartaba. A menudo me llamaban al orden, me amenazaban con suprimir el golf, me sacaban temprano del baile".

Una joven dama no podía mostrar cierta preferencia por un caballero en estas reuniones. Las madres se preocupaban por la imagen de sus hijas como por los comentarios que podrían hacer las otras señoras al día siguiente. Esta rotación de galanes fue criticada con gracia por la nunca conforme Delfina Bunge cuando tenía dieciocho años:

Hemos estado allí en lo de Tornquist de diez y media a dos y media. Total: cuatro horas, es decir 240 minutos, lo cual es un promedio de diez minutos para cada compañero. ¿No es locura ir a velar por cuatro horas enteras de la noche expresamente para conversar con muchachos y en esas cuatro horas conversar por turno con veinticuatro diferentes, diez minutos cada uno?

Delfina no aceptaba la conducta arraigada durante décadas. La intención de estar más tiempo del permitido con un amigo podía ser inocente, pero la imagen que daba, vista a la distancia desde la mesa de las madres, desafiaba las normas sociales. De todos modos, su lógica era inmutable:

Se podría preguntar: ¿Por qué razón se ha de conversar con todos en la misma noche y no con cada cual según la Providencia nos vaya dando naturalmente la ocasión? ¿Y por qué ha de ser con el acompañamiento de tantos atavíos? ¡Dicen que los bailes son para que nos conozcamos! ¿Y para eso precisamente nos cambiamos y lo cambiamos todo, nuestros vestidos y todo lo que nos rodea? Si el fin es conocerse ¿por qué hay que vestirse distinto a todos los días?; ¿por qué hay que esperar a las once de la noche?; ¿por qué son parte indispensable la mesa, las flores, la música, la luz y todo lo que brille?

Dijimos que el baile era el lugar más habitual para conocer o "conseguir" novio. ¿Fue así con las protagonistas de este capítulo? Delfina, por supuesto que no. Luego de que ella obtuviera un tercer premio en un concurso literario organizado en Francia, Manuel Gálvez, quien dirigía una sencilla revista, concurrió a la casa para

pedirle el trabajo con el fin de publicarlo. La joven abrió la puerta. Gálvez le dijo: “Vengo a ver a su hermana Delfina”.

Ella le respondió: “Yo soy mi hermana Delfina”. Así empezó todo.

Victoria y Luis Estrada fueron presentados en San Isidro el 21 de abril de 1906 durante un partido de tenis (ya trataremos esta relación). En cambio, como no podía ser de otra manera, Julia Valentina Bunge e Ignacio Uranga sí se conocieron en un baile. Fue en Alta Gracia, durante el verano. La conexión entre ambos parecía evidente. Sin embargo, luego de tres noches, el hombre desapareció. Algunos años después ella abordaba un vapor en Buenos Aires rumbo a Europa y de repente exclamó: “¡Usted!”. También se embarcaba en ese momento Uranga. Hicieron la travesía juntos. Bajo la atenta mirada de María Luisa Arteaga, viuda de Bunge, bailaron en el barco. No hizo falta que volvieran. Se casaron en París.

ESCÁNDALOS, CORTES Y QUEBRADAS

Si una frase le calzaba bien al Teatro Casino, esa era: “El público se renueva”. Aunque no tiene que ver con el sentido que le damos hoy. En 1900, las funciones de la tarde y de la noche eran tan distintas que el universo de espectadores de una no encajaba en la otra. La más temprana era familiar, y para nuestros abuelos —niños de hace ciento veinte años— se trataba de uno de los paseos más soñados. Padres y madres tomados del brazo hacían su ingreso a la sala con sus chiquitos desbordando alegría. Los esperaban actividades de circo, payasos, entrega de golosinas, canciones que todos cantaban, sencillos trucos de magia y actuaciones que deleitaron a grandes y chicos. Eso, por la tarde.

En cambio, a la noche, el elemento masculino copaba las instalaciones. No estaban solos. Damas sin compromiso alguno rondaban las plateas, el alcohol circulaba con ganas y los atractivos eran más atrevidos, aunque muy ingenuos y lejos de ser escandalosos. El Teatro Casino, en Maipú y Corrientes, era el único reducto de la noche porteña que cumplía con los dictámenes del music hall. Se llamó de esta manera a las representaciones variadas durante la misma función. De repente, cruzaba el escenario un acróbata y entraban dos bailarinas que luego dejaban su lugar a un ventrílocuo seguido por dos luchadores de catch. Respecto de la última actividad que mencionamos, debemos decir que era una especialidad de la casa. A los predecesores de Titanes en el Ring se los encontraba en el Casino y nada más que ahí.

Su fama era mundial y muchos artistas querían actuar allí porque daba prestigio a su carrera.

La pasividad y simpleza del público de la matiné nada tenía que ver con los complicados asistentes de la función nocturna. Si bien ambos pertenecían al mismo espectro social, los primeros eran ponis de

paseo, mientras que algunos de los segundos parecían potros indomables. Con la conducta fuera de cauce, nada podía terminar bien. Veamos algunos ejemplos:

Escándalo en el casino - Escenas bochornosas.
Anoche poco después de las diez, mientras se efectuaba la representación en el Casino, se produjo un nuevo escándalo entre un grupo de espectadores ebrios que proferían gritos, golpeaban en las mesas estrepitosamente y luchaban como energúmenos.
La bochornosa escena adquirió muy luego grandes proporciones a causa de haber abandonado el público la sala, para subir al piso alto y presenciar desde allí los incidentes que se estaban desarrollando. El oficial de servicio, señor Arturo Gerding, se vio en la necesidad de intervenir, pues los alborotadores se trepaban a las barandas de las escaleras y se dejaban deslizar hasta el suelo. El empleado de policía agotó todos los recursos de la cultura y del convencimiento para conseguir que los alborotadores abandonaran la sala y que el espectáculo continuase, pero todos los esfuerzos de persuasión resultaron inútiles.
Los autores del escándalo llegaron hasta alzar en alto a uno de los tres agentes de policía que acompañaban al señor Gerding y lo arrojaron a la sala, haciéndolo rodar escaleras abajo.
El público pidió entonces a gritos que la policía procediera con más energía y que los alborotadores, que eran ocho bien individualizados entre los demás concurrentes, fueran arrojados de la sala, de grado o por la fuerza.
Se pidió refuerzo de vigilantes y los ebrios cuya concurrencia al teatro está prohibida por las ordenanzas municipales vigentes, fueron al fin presos y transportados al local de la comisaría tercera. La inspección municipal está en el deber de dar señales de su existencia y de adoptar las medidas necesarias para impedir que personas en manifiesto estado de embriaguez penetren en el Casino y den espectáculos tan condenables como el que anoche se produjo.
*(*La Prensa, *25 de septiembre de 1902)*.

La mención del “oficial de servicio” nos lleva a aclarar que las salas eran custodiadas por personal policial que debía actual frente a estos

actos y velar por la tranquilidad general, así como también verificar que el decoro también esté en sus carriles en el escenario, que en este caso específico se trataba de una pista circular rodeada de plateas y palcos. Otra noche, otra noticia:

Hurto en el Casino
El señor Enrique Heiber denunció en la comisaría tercera que se hallaba en el Teatro Casino cuando le hurtaron la suma de 2.000 pesos. Este hecho viene a demostrar que a dicho teatro concurren algunos sujetos de malos antecedentes y requiere de la policía una vigilancia más severa.
*(*La Prensa*, 24 de enero de 1903)*.

Los "energúmenos" que menciona el periódico estaban bien complementados por los propietarios, quienes tampoco se mostraban a la altura de las circunstancias. Al menos en la noche del 13 de octubre de 1903, cuando por motivos de enfermedad de uno de los contendientes hubo que suspender una pelea muy promocionada. Los asistentes a la velada, disgustados por la cancelación, reaccionaron enfadados. Entonces, las autoridades del teatro, con intenciones de calmar las aguas, anunciaron que se haría otra pelea, aunque no del mismo tenor, ya que el reemplazante era un cómico y la contienda sería una divertida puesta en escena. Lejos estuvieron de lograr el resultado que pretendían:

El público protestó más ruidosamente porque no quería presenciar el espectáculo de ocasión y puramente teatral que se le ofrecía. Como siguieran los gritos y protestas, la empresa dispuso que las luces se apagaran y allí ardió Troya.
Bancos y sillas fueron arrojados al escenario y al aire y cuando se dispersó la concurrencia por el hall de entrada, también tiraron al suelo las mesas, en medio de gran estrépito.
Aquel fue un momento de destrucción y de tumulto. Se destruía lo que se encontraba a mano. El auxiliar Veliand, que estaba de servicio, asumió una enérgica actitud, volvió a encender las luces y consiguió hacer desalojar el teatro.

Como vemos, el Casino no solo ocupaba espacio periodístico en las carteleras y anuncios teatrales, sino en los policiales. Pero a fines de 1903 fue noticia por la sorprendente transformación que logró en horas.

Los hermanos Seguin querían tener un teatro moderno, acorde con el crecimiento de la población, las comodidades y las actuaciones. El lunes 9 de noviembre, una vez finalizada la última función, ingresaron sesenta operarios que desarmaron cientos de plateas y palcos y quitaron las barandas de seguridad en las dos plantas del coliseo. En media hora ya no quedaba la estructura en pie. Fue entonces cuando atacaron los pisos con pico, pala y manguera. Los chorros de agua impedían que se levantara el polvo y colmara el recinto.

A las tres de la mañana, lo único que quedaba era el esqueleto del teatro. En ese horario se realizó el recambio de personal. Exhaustos, pero con la satisfacción del deber cumplido, se retiraron los sesenta destructores, quienes fueron reemplazados por un centenar de frescos constructores para erigir un nuevo Casino. Hicieron magia. Esa que se logra con el trabajo en equipo y concentrados en un objetivo. A las ocho de la noche ya estaba en condiciones de reabrir. Más moderno, más confortable. Ir a visitarlo y descubrirlo fue otro de sus atractivos. Parte del mérito le correspondió al ingeniero Domingo Selva, quien dirigió la obra con maestría.

Además de music hall pasó a ser conocido como café concert. Lo que se mantuvo, al igual que el esqueleto, fue la conducta del turno noche:

> *Un núcleo de vecinos que viven en los alrededores del teatro Casino presentó una queja a la municipalidad por las molestias que le ocasionaba el café-concierto últimamente instalado en la terraza de dicho teatro y que funcionaba hasta altas horas de la noche. El intendente, encontrando justificado el pedido de los vecinos, resolvió en el mismo día de recibir la protesta limitar la hora del concierto hasta las doce de la noche, como está fijada para los teatros y demás espectáculos públicos, pudiendo aquél continuarse en el vestíbulo del teatro hasta las dos de la mañana como se hacía en un principio. En el acto se notificó esta resolución a la empresa, la que dio esa misma noche cumplimiento a ello.*

*(*La Nación*, 5 de enero de 1905).*

Nunca abandonó la dicotomía entre la matiné y la función nocturna. Pero debemos agregar la temporada de carnaval, cuando el Casino ganaba en las preferencias de los porteños. *La Nación* ensayó una respuesta al fenómeno, al relacionarla con la liberalidad.

Los bailes del Casino tienen fama de ser los más concurridos. Y así es en efecto.
¿Hay algún motivo especial para ello? No lo creemos, pues los mismos elementos que concurren a él pueden verse también en otros teatros.
Lo que hay en el Casino es más libertad de acción y de palabra y esa misma libertad llega algunas veces hasta la licencia con el aplauso de una gran parte del público de los que opinan que todo es permitido en carnaval. Pero es necesario reconocer que muchos de los artistas que toman parte de los bailes, visten con elegancia y ofrecen novedades por el aliciente de poder obtener los premios que otorga un jurado popular, encargado de discernirlos.
Como dijimos ayer, en el Casino es imposible bailar porque una gran parte de la concurrencia se instala en la platea del teatro e impide la circulación de las parejas. A pesar de todo, algunos consiguen bailar, y cuando la orquesta empieza a ejecutar un tango, la concurrencia se retira espontáneamente del centro del teatro porque sabe que va a divertirse por los cortes y quebradas con que se bailan allí los tangos.
Anoche estaba tan animado como en los días anteriores, asistiendo al espectáculo las más conocidas cocottes de la Capital.
*(*La Nación*, 7 de marzo de 1905).*

El término "cocotte" definía con relativa elegancia a las señoritas de compañía, aquellas que acompañaban al caballero, señalamos, pretendiendo ser lo suficientemente explícitos. En cuanto al "corte y la quebrada" del tango, se trataba de un asunto de mayores desprejuiciados. El hecho de frenar en medio del andar (corte) y más aún, el firulete con que se dobla la cintura para inclinar la espalda de la dama y quedarse quietos (quebrada) rayaban la inmoralidad. De hecho, y por ese motivo, una mujer no podía dar rienda a su

sensualidad bailándolo en público (Victoria Ocampo, por ejemplo, se reunía con amigos y practicaban a escondidas) y si por algún motivo la música invitaba a los señores a danzar, lo hacían entre ellos, es decir, en parejas de hombres. Por lo tanto, podemos decir que hasta en ese aspecto el Casino, de las familias y de los energúmenos, marcó tendencia en los lejanos años de la Belle Époque.

EL DÍA DEL RODETE

Los padres de la Belle Époque no se preocupaban por diferenciar los sexos de sus hijos en sus primeros años. Varones y mujeres, todos usaban vestidos cortos y un peinado natural llamado “a la chinesca”. Podía establecerse alguna señal por el color de la ropa. Pero lo cierto es que recién a los siete años el niño se ponía los pantalones cortos y se peinaba como los hombres de su familia. Mientras que las cabezas de las chiquitas avanzaban hacia una suerte de “príncipe valiente” (flequillo y cabellera en forma de casco), adornada con un cintillo.

A fines del siglo XIX y a comienzo del XX, la infancia transcurría sin demasiadas modificaciones. En todo caso, podemos mencionar la aparición de las trenzas y sencillas ondulaciones a partir de los once, doce años, y nunca en la escuela. Nada más que eso. Así funcionaba el mundo infantil. Hasta que llegaba el momento crucial: el día que dejaban de ser niñitos y la transformación era abrupta. De la noche a la mañana el nuevo vestuario marcaba el instante preciso en que la niñez quedaba atrás. Los varones cambiaban los pantalones cortos por largos —costumbre que se mantuvo por décadas— y la gorra por un sombrero. Más adelante aparecería el vello del bigote.

Las mujercitas dejaban para siempre las faldas que terminaban apenas por debajo de las rodillas, a cambio de taparse hasta los tobillos y resaltar el busto con el tedioso corsé.

No puede pasarse por alto la diferencia a partir de los vestidos. Sin embargo, el sello a fuego del ingreso a la juventud lo marcaba el peinado. Por supuesto, era el tiempo de comenzar a lucir los llamativos sombreros característicos de la Belle Époque, donde se resaltaban los adornos florales y frutales que imponía el modernismo o *art nouveau*.

Nadie salía a la calle con la cabeza descubierta. Pero había un detalle de mucho más peso para la época. Estamos hablando del

rodete.

Lo explicaremos de la manera más sencilla posible. Una niña usaba peinado hacia abajo, tapando la nuca, generalmente con trenzas largas. Una señorita exhibía rodete, hacia arriba, dejando la nuca al descubierto. Este detalle tan preciso nos permite establecer, viendo un rostro retratado o pintado, si estamos delante de una niña o una joven. El rodete era la clave, y la preparación del primero se vivía como una especie de ceremonia de iniciación en el mundo de la adultez.

Mechita Bunge Guerrico, una de las jóvenes de la sociedad porteña del 900, consideraba el rodete como "la llave de todas las diversiones y la salvaguarda del aburrimiento". Su prima, Delfina Bunge, quien se resistía al cambio porque se sentía muy cómoda en su lugar de niña, debió admitir que era "el pasaporte para ir a los bailes, al hipódromo o a los paseos nocturnos de Palermo, era el carnet de entrada en sociedad".

Una nuca al descubierto mediante rodetes y ondulaciones vistosas exigía una atención muy esmerada por los peinados.

En las páginas de su diario, en 1900, Delfina Bunge —18 años— escribió:

> *A la tarde estuve fatal. Mamá me ondulaba y arreglaba. De pronto mi impaciencia contenida se tradujo en no sé qué gesto. Mamá, sorprendida: "¿Qué te pasa hoy, estás por volverte rabiosa?". Estoy rabiosa, sí. Rabiosa de tener que vestirme con escote y ondularme el pelo.*

Su hermana Julia Valentina —un año mayor— recordó la tarde del lunes 19 de octubre de 1903:

> *Espero la hora del baile en lo de Bunge Guerrico. Lo cierto es que me duele la cabeza. ¡Qué incómodo es tener dolor de cabeza antes de un baile! Tomo migranina, pero sigo pálida y fea. Ni siquiera puedo dormir, pero necesito el tiempo para peinarme y vestirme. Una hora emplea el coiffeur en ondularme y yo media más en peinarme. ¡Una hora y media el peinado! Y esto para cada baile, y luego ¡una hora en vestirme!*

Con tres años de diferencia entre un registro y el otro, las hermanas

se refieren a las ondulaciones, tan necesarias para estar a la moda. Al respecto, aportamos opiniones vertidas en la revista *Caras y Caretas*, en 1906:

> *Una cabeza bien peinada constituye el marco de todo rostro y muchos defectos de corte o cutis quedan neutralizados por las suaves ondas de una cabellera artísticamente arreglada. Aprendamos a manejarla. Con un poco de paciencia y buenos modelos, todas pueden hacer su tocado. Ante todo, es preciso ondular el pelo con horquillas especiales, muy baratas por cierto.*

El proceso, de acuerdo con la nota periodística, consistía en mantener el centro de la cabellera liso y atado, mientras que el exterior se envolvía en las horquillas. "Se peina, se levanta y luego se pasa un suave cepillo cuyas cerdas estén levemente impregnadas de un fino aceite". La tarea exigía contar con tiempo y paciencia. Como ya nos dijo Julia Valentina: "¡Una hora y media el peinado!". Si lo que faltaba era tiempo, la solución la brindaban las planchas y tenacillas. Lo señaló, entre otras, la revista *Elégances féminines* (Elegancias femeninas):

> *Cuando se tiene apuro en ondular el pelo se recurre a unas planchas y tenacillas. No abuséis de ellas, pues si no quema, reseca el pelo que más tarde se corta.*
> *Después de su uso conviene aceitar el cabello para devolverle su grasitud y brillo.*

Según vemos, en su juventud, nuestras abuelas de los tempranos años del siglo XX buscaban auxilio en la buclera. En cuanto a *Elégances féminines*, se trataba de una revista que publicaba Moussion, una de las principales casas de alta costura de Buenos Aires. Recordemos que en aquellos años, las dosis de conocimiento se suministraban por un único canal posible: la letra. Sin medios audiovisuales (y sin wifi), el libro, el periódico o la revista eran las fuentes a las que se podía acudir. Por eso, las notas de este tipo eran leídas con mucha atención y sentaban pautas de conducta.

En los primeros años de la vida el vigor del pelo es natural y el crecimiento con la caída van equilibrados, pero pronto empieza a caer más del que nace; entonces se hacen necesarios los cuidados. Conviene hacer en todo el cuero cabelludo un masaje ligero, con las yemas de los dedos untados con algo grasoso, sea vaselina, lanolina o aceite de ricino (estas materias favorecen el crecimiento), y luego pasar el cepillo repetidas veces, pero con toda la suavidad posible para no arrancarlo de raíz.

A continuación ofrecemos un punteo de sugerencias para el cuidado del pelo, precedidos por una aclaración. En el texto original de la revista mencionada figuran reunidas en un párrafo. Sin embargo, creemos que el punteo facilita la lectura y no perjudica la idea original, ya que son conceptos aislados:

—Es necesario cubrirse la cabeza cuando la persona haga algún trabajo doméstico que levante polvo para conservarlo limpio.
—Se ha de lavar cada dos semanas.
—La costumbre de trenzarlo apretado o colocarlo ajustado en las horquillas de ondular es fatal, lo arranca de raíz y esto, sucedido a diario, concluye por dejar claros.
—El exponer la cabeza al sol con todo el pelo suelto es de excelente resultado, le da brillo y vigor, es tratamiento económico y sano.
—Cuando el pelo se cae más de lo normal sin haber pasado fiebre alguna, es preciso dejarlo descansar de hierros calientes y trenzas apretadas.
—Se debe lavar la cabeza, hacerla secar al aire libre y, con algún tónico de los muchos que ofrece el comercio, frotarse el cráneo.

El asunto del pelo era cosa seria. Dijimos, siguiendo un texto de la revista *El Hogar* (1906), que las escuelas no permitían los rizos y las ondulaciones. Así quedaba establecido en el período correspondiente a la primaria. Pero existía un terreno difuso, el comprendido por señoritas de dieciséis, diecisiete años, que terminaban la Escuela Normal (secundaria). La cuestión de los peinados para chicas y

grandes se puso en juego a mediados de 1907, cuando la directora de un magisterio de la Capital Federal decretó el uso de trenzas, pero una de las alumnas, orgullosa de sus rizos y ondulaciones, se rebeló y fue sancionada con días de suspensión. Sobre este asunto se manifestaba *La Nación* al preguntarse: "¿Qué propósitos persigue la dirección en suprimir la variedad de peinados? ¿Un principio de uniformidad cuartelera o tal vez la intención más recóndita de apartar de la pendiente de la coquetería a las alumnas?". La sentencia del periódico se completaba con la siguiente reflexión: "Alisarles el peinado a las niñas que recién comienzan a vivir es darles ya el aburrimiento y la monotonía de sus propias personas, es destruirles todo sentimiento estético, el vuelo caprichoso de su fantasía que imprime a cualquier objeto que toca el sello de su personalidad".

Aquel acotado "motín de las trenzas" tuvo un final que hemos buscado infructuosamente. Sin embargo, imaginamos que un día, ya superado el estricto encasillamiento impuesto por la autoridad escolar, los rizos y las ondulaciones de la rebelde fueron libres o, en todo caso, felices prisioneros de los dictámenes de la moda.

LA JORNADA DE SAN SILVESTRE

La despedida de 1904 fue a todo calor. La crónica del final de año nos llega a través de *La Nación*:

Sudando la gota gorda se terminó ayer el año en Buenos Aires, con una temperatura que traspasó los 34°. Parecía que pocos debían haberse atrevido a recorrer las calles del centro pero, sin embargo, hay obligaciones ineludibles para las cuales no hay contrariedades ni sacrificios que valgan y en ese caso se encuentra el día de San Silvestre, pues en cada hogar existe una obligación y todos se apresuran a llenarla, cada uno en la medida de sus fuerzas.

Por eso las calles centrales presentaron ayer el aspecto de inusitado movimiento, confundiéndose en los negocios la familia de la buena sociedad que adquiere artículos de lujo, con la humilde madre de familia que, aunque a costa de sacrificios, hace lo posible para llevar a sus pobres hijos un motivo de alegría. En el día de ayer nadie se preocupaba de observar la moda de no llevar paquetes en la mano, especialmente por la calle Florida, pues era necesario que cada uno cargara con los suyos porque los repartidores no tenían tiempo suficiente para distribuir toda la mercadería que se compraba en las casas de negocios. Y las ventas de ayer fueron considerables, no sólo en artículos especiales para obsequios, sino en la categoría de los regalos útiles, pues una gran parte del público parece haberse convencido, aunque un poco tarde, de que lo agradable no puede estar reñido con lo útil, y así pudo observarse ayer en las grandes casas que la mayoría de los artículos vendidos no eran de pura fantasía sino de uso más o menos corriente.

Aunque los comerciantes, por razones atendibles, se niegan a suministrar el dato exacto de las ventas de estos días, ellos no ocultan que este año ha habido más movimiento que el anterior. La concurrencia de público a los negocios se mantuvo durante todo el día, en mayor número que antes

porque ahora con el cierre de los negocios, ya no pueden hacerse compras durante la noche ni los domingos por la mañana, especialmente en las casas de cierta categoría, las cuales por convenio mutuo, han resuelto observar en todo su rigor el descanso dominical, de modo que en la mañana de hoy será inútil intentar adquirir artículos en algunas casas.
Durante la noche y a pesar del fuerte calor, las calles centrales se vieron concurridísimas hasta altas horas, contribuyendo a ello la acertada resolución de las empresas de tranvías de hacer circular los coches durante toda la noche.
Muchas casas iluminaron su fachada, dando así mayor animación a las calles.

La Argentina transitaba los primeros meses del gobierno de Manuel Quintana. La ciudad de Neuquén se erigía como capital de la provincia. Se cerraba el año en que se había creado el Lenguas Vivas y se había fundado el Automóvil Club Argentino. Las expectativas eran buenas, crecía la población, mejoraba el transporte y se respiraba prosperidad. La Argentina estaba poniéndose de pie.

POSTIZOS Y EL TRUCO DEL MOÑO ESCONDIDO

Colores preferidos de los sombreros de las mujeres, según una nota de moda publicada a comienzos de 1906: tonos beige, corcho, pergamino, rosa pálido, champagne, gris, doradillo, moreno, azul pavo real, violeta, rubí y amatista. El texto de la revista *El Hogar* permite establecer que las tonalidades, que iban mucho más allá de los colores primarios y secundarios, se encontraban debidamente instaladas en el vocabulario de la moda. El sombrero era el accesorio principal durante aquel período y las modistas prestaban especial atención al conjunto, entre los que se contaba la selección de plumas. Al respecto, la revista indicaba:

> *Si* [la clienta] *tiene necesidad de prolongar su silueta y adelgazarla, el grupo de plumas se colocará recto. Si por el contrario se trata de disminuirla, las plumas se dispondrán de manera que ensanchen el tocado, haciéndolas caer además en gran parte sobre el rodete. Por punto general las plumas se colocan al lado o detrás; delante del sombrero se verán muy pocas.*

Hay otro comentario que nos interesa y es que los sombreros de ellas "reclaman peinados muy complicados, difíciles al extremo de ejecutar sin auxilio de los postizos". Lo que nos lleva a otra publicación. En este caso, la revista *Elégances féminines*, que en 1911 resaltaban el valor de los postizos en la moda dominante.

> *De más en más se van usando postizos y el favor del cual han gozado en estos últimos tiempos, lejos de apagarse, va siempre creciendo. Todas las mujeres, las más prácticas como las más elegantes, los han adoptado de modo definitivo y ya no pueden pasar sin ellos.*

No solo se tiene con el postizo la ventaja de quedar siempre perfectamente bien peinado, pero además se prestan, en la composición misma del peinado, a arreglos y fantasías que nunca se podrían obtener con los cabellos naturales.

Se creerá que los postizos eran la solución para las cabelleras poco tupidas. Pero la realidad es que todas los usaban por la ventaja que representaba que fueran inamovibles. En bailes y en reuniones al aire libre ayudaban a enfrentar, con la fortaleza de una cabellera no vacilante, cualquier accidente causado por el viento o por un movimiento propio. Continúa *Elégances*:

Se creía hace poco aún, que por tener una hermosa cabellera se podía desdeñar el postizo, pero llegó un día en que para satisfacer al gusto de la moda, aquellas mismas cuyos cabellos eran célebres se dejaron persuadir; ensayaron el postizo y nunca más lo quisieron abandonar.
Pues se convencieron de que es casi imposible realizar un peinado de estilo para "soirée" sin hacer uso del postizo y esto ha sido también comprendido por las elegantes que, desde mucho tiempo ya, han abandonado por completo los peinados naturales que tantos esfuerzos les costaban y tantas decepciones les traían.
Bajo los sombreros inmensos que se han usado en estos últimos años, los postizos son indispensables; no sólo completan admirablemente el conjunto, sino permiten, además, que se pueda quitar el sombrero sin echar abajo la armonía del peinado.

El final del párrafo citado ofrece una pista fundamental. Llegaba el tiempo en que las chicas debían quitarse el sombrero. Todo empezó con la prédica de los hombres para que ellas no los usaran en el teatro. Siempre podrían mantenerlo puesto en un palco. Pero en la platea era una complicación para quien se sentaba atrás de una dama. Cuando se prohibieron, cuando hubo que quitarse el sombrero en público, los peinados pasaron a tener una relevancia que por generaciones se había perdido.

Y eso no es todo. Hubo otro factor que empujó a señoras y señoritas a las peluquerías: la velocidad. Trenes, barcos, tranvías, autos… La

posibilidad de que el sombrero se volara o se desacomodara, por ejemplo, con el movimiento tambaleante del tren, estaba cada vez más cerca y ninguna quería mostrar descuidos en el arreglo del tocado.

En viaje, por ejemplo, o durante una estadía en el campo, o a orillas del mar, donde la mujer elegante no siempre está segura de encontrar quién la sepa peinar a su gusto, el postizo toma una importancia primordial.
Las ondulaciones siempre frágiles de los cabellos naturales, deshechas por el menor viento, o por la humedad del mar, o más sencillamente aún por un paseo en automóvil, quedan vencidas por el postizo que, con tanta facilidad se cambia cuando por casualidad se desarregla y puede así, después de algunos minutos, aparecer peinada de nuevo la elegante que bajó del coche con su peinado apenas un poco movido; y puede ella entonces sonreír victoriosamente si piensa en las mechas locas que vuelan alrededor de las cabezas, cuando no se ha tenido la prudencia de ponerlas presas bajo la guardia de un postizo elegante y bien compuesto.

¡La Casa Moussion sí que sabía vender sus pelucas! Estos textos solían ser escritos por profesionales que, aun sin conocer siquiera la palabra marketing, lo aplicaban en el espíritu de sus textos. Fue la gran época de los postizos y la casa de modas comprendió la importancia del mensaje.

La imposición de los accesorios para el peinado llevaba años. Reunimos aquí algunos testimonios como el que figura en el diario de 1903 de Delfina Bunge:

Mamá se empeñaba siempre en que me peine con ese gran jopo postizo que se usa en la frente. Así es que ayer, con toda resignación, me senté para que mamá y Julia hicieran de las suyas en mi cabeza. Me pusieron el gran jopo de pelo rubio que usaba Julia cuando no sabía aún hacérselo con su propio pelo. Mientras yo me espanto de verme en el espejo, mamá y Julia se encantan. No solo mamá y Julia, sino también la cocinera y el mucamo, y el peón y el chico del peón, y las dos mucamas, y todo el mundo está mirándome con tamaños ojos, como si hubieran visto a la misma Cenicienta convertida en Princesa. Pero recordemos que se trata de un disfraz y que esa que, dicen, estaba tan

bonita no era yo.

También contamos con el testimonio de la juvenil Ernestina Cadret. En una de las cartas escritas desde París a su amiga María Isabel Panelo, fechada en 1904, comentaba: "En la tienda de Louvre compré unas bananas de paja, había también de alambre fino, todavía no las he usado, veremos si son más cómodas que las otras y si dan menos calor".

También reveló otra adquisición: "Me he comprado un flequillo muy cómodo, no se necesitan bananas, se coloca a los costados de otra manera". Las bananas eran rellenos, según veremos en los comentarios de moda que publicó la revista *Caras y Caretas* en 1906: "Si el pelo no es abundante o tiene propensión a achatarse, se corrige con dos rellenos en forma de bananas que se colocan a cada lado".

En el mundo de los postizos, los bucles eran parte esencial. Se había establecido que podían cumplir dos funciones (más bien, tener dos posiciones) para alternar en una misma salida. Con el sombrero puesto, de una manera. Al descubrirse —al quedarse "en cabeza"—, se echaba mano a un moño que aparecía por arte de magia. El truco funcionaba de la siguiente manera: "Se colocan los bucles donde mejor se sienten y, oculto en la copa del sombrero, se lleva un moño o adorno que luego se aplica al peinado, resultando el arreglo como para estar en cabeza".

Por último, *Caras y Caretas* compartía un par de sentencias al estilo "¡así no!":

> *Los peinados complicados no se usan para la calle. Tampoco peinetas ni broches con pedrería. Sería llamativo y de vulgar gusto. Los sombreros extravagantes y colores fuertes no son para todas ni para todo momento. Para salir de compras, las alumnas de escuelas y conservatorios —en una palabra, las que atraviesan las calles a pie—, si son de buen gusto, buscan para esos casos sombreros sencillos que admiten igual peinado.*

Los postizos hicieron furor, sobre todo en los años del siglo XX previos a la Primera Guerra Mundial. Aun luego de que en 1908 la propia *Caras y Caretas* publicara una nota dedicada a contar cómo

funcionaba el negocio de las pelucas, los rulos y los bucles. Lo hicieron con imágenes tomadas en la morgue, principal proveedor, y por lo tanto, integrante de la cadena comercial de la moda en los años bellos.

EL CÍRCULO DE LA MUERTE

Desde comienzos de diciembre de 1904 se aguardaba con expectativa la presentación de Mephisto, seudónimo que empleaba un experimentado ciclista francés, en el Teatro Casino, el de los espectáculos y las novedades. Pero una serie de ajustes y correcciones demoraron el estreno.

Mephisto había prometido realizar la prueba más arriesgada, aquella que se había cobrado la vida de la Miss Minna Alix en el circo Price de Madrid. La vuelta mortal denominada *Looping the loop*, un giro de 360 grados en donde la fuerza centrífuga era la principal aliada para no caer en el vacío. El nombre artístico de la acrobacia era "el círculo de la muerte".

Minna Alix lo había hecho varias veces con un cochecito en una rampa de madera. Hasta que una noche la inercia no fue suficiente y la caída, que demandó varios días de atención especial y operaciones, terminó de la peor manera.

En Buenos Aires, Mephisto lo haría con su bicicleta.

Todo estuvo dispuesto el 12 de enero de 1905. El estrecho anillo de madera, que tenía un diámetro de veinticinco metros, giraba como un espiral, pero de una sola vuelta. Las localidades se agotaron con mucha anticipación. El Casino vivió una noche memorable. Gran expectativa, nervios y tensa espera. Mientras se realizaban trabajos de último momento, en las plateas se especulaba con que posiblemente Mephisto hubiera ensayado la vuelta mortal. Otros aseguraban —erróneamente— que había pedido hacerlo por primera vez delante del público.

Los fotógrafos de los medios gráficos pidieron hacer la toma durante la prueba, aun sabiendo que la imagen saldría movida. Se lo prohibieron "por la peligrosa conmoción que la luz de magnesio —el flash— produciría en el ciclista".

Una campana anunció que había llegado el momento de desafiar a la gravedad. Mephisto ingresó al escenario y recibió un aplauso sostenido. Se mostraba muy relajado, en contraste con el público. Atento, revisaba el anillo e impartía órdenes de último momento a sus asistentes. Cuando sintió que todo estaba en su lugar, subió por la platea y los palcos hasta casi el techo del teatro, donde lo esperaba la bicicleta y el inicio de la prueba. Un empleado pidió que se hiciera silencio para no desconcentrar al valiente. El hombre saludó desde lo alto, pero nadie se atrevió siquiera a aplaudir. Ubicó la bicicleta en posición y, sin tiempo para el pestañeo, se lanzó.

La figura de la noche tenía 33 años, aunque parecía mucho más joven. Oriundo de Dijón, delgado, de baja estatura, rubio, pálido y sencillo en el vestir. En Francia había realizado esta prueba por primera vez a medidos de 1902, previa práctica paciente durante 45 días. También lo hizo en Alemania. Los gajes del oficio le dejaron la nariz partida en más de una ocasión, algunas quebraduras y muchos magullones.

Un estadounidense conocido como Diavolo fue quien había creado la prueba. Pronto le salió un adversario que se hizo llamar Mephisto (un sinónimo de diablo) que fue de quien tomó el nombre nuestro protagonista una vez que el original se retiró.

El intrépido calculaba que debía andar por las quinientas pruebas de *loop* en esos treinta meses de actividad que llevaba. En Buenos Aires, era su primera vez.

“El círculo de la muerte” duró cinco segundos, al punto que muchos espectadores distraídos se enteraron cuando finalizó. Al final del aro lo aguardaban cuatro hombres con cintas estiradas que amortiguaron la desaceleración y frenada. Estalló el Casino en vivas y aplausos, como un desahogo luego de tanta tensión. Mephisto lo logró. Las funciones continuaron en los días siguientes. El público se renovaba y los aplausos también.

A fines de 1906 fue contratado por otro empresario del espectáculo. El Buckingham Palace era un circo ubicado en Avenida de Mayo esquina Solís, en un terreno perteneciente al Estado que luego sería la Plaza del Congreso. Competía con el Casino, pero tenía un público más familiar. Solía ofrecer actos con acróbatas y jinetes, además de

destrezas varias. En el Buckingham se turnaban “la hélice humana”, “Baraquín, el ciclista aéreo”, los exitosos “monos a caballo”, “el arlequín esqueleto”, “los violines diabólicos”, combinados con noches de cine. Como la del 24 de enero de 1906, cuando pasaron “las vistas del entierro de Mitre” que habían tenido lugar tres días antes.

Los espectáculos extravagantes estaban a la orden del día. Por ejemplo la yegua Rosa, “que distingue los colores, sabe matemáticas y conoce las fechas”.

Pero debemos regresar a Baraquín, el ciclista que causaba sensación con “el salto del abismo”. Efectuaba la prueba pasando a toda velocidad desde una primera rampa que al final se elevaba, permitiéndole dar un salto de ocho metros hasta caer en una segunda rampa. Ese espectáculo dio muy buenos resultados y atrajo público durante semanas. Por ese motivo el empresario del Buckingham resolvió contratar a Mephisto y de esa manera contar con otro acto de vértigo en bicicleta. El debut del francés fue el 26 de diciembre de 1906, con el éxito de siempre. La contratación dio sus frutos y las funciones se multiplicaron. Hasta que llegó Gerónimo Penaguino, conocido como Romero Dawis.

Oriundo de Milán, 26 años, también era especialista en “el salto del abismo” y fue presentado en el Velódromo de Palermo. Sin embargo, pretendía imponerse en el mundo de Mephisto. Y lo desafió. Realizaría el “Círculo de la muerte”, pero no solo eso: lo haría sin ensayo previo. Los desafíos eran habituales: se ponía en juego una suma de dinero que por lo general aportaba el empresario teatral, ya que las apuestas eran una excelente argumento de promoción.

El francés, que sabía los riegos que asumía, trató de persuadirlo. Cuatro veces se reunieron. La discusión se centró en si podía realizar prácticas o no. Pero el italiano aseguraba que ya había hecho la prueba en Nápoles y no necesitaba ejercitarse. Otro de los temas fue la bicicleta. Dos asistentes del retador revisaron la de Mephisto, tomaron medidas e hicieron comparaciones. El único requisito era que Romero Dawis firmara una declaración en la que asumía toda la responsabilidad en caso de que ocurriera un accidente.

El 12 de enero —se cumplían dos años del debut de Mephisto en nuestras tierras— con localidades agotadas, Romero Dawis daría la

vuelta de 360º para poner en jaque el talento del francés.

Esa noche las familias lo vivieron como una fiesta. Asomó por el escenario Mephisto, muy alentado por los espectadores. Subió, se lanzó, giró y cumplió, una vez más. En medio de los aplausos abandonó la pista y se fue a su camarín. Se acercaba la medianoche. Fue el turno del retador Romero Dawis. Irradiaba calma, sonreía, se mostraba sereno y confiado, "como seguro del triunfo", escribió el cronista de *La Nación*.

> *Se oyó el timbre avisador, reinó de nuevo un mutismo de cosas inanimadas y el ciclista descendió en la rapidez de la pendiente. Ya estaba en la curva, en el círculo de la muerte, iba a recorrer el arco superior, una milésima parte de segundo más y triunfaba.*
> *Pero quién sabe qué visión, qué olvido o qué nerviosidad del momento le hizo dirigir mal los manubrios: se desvió la bicicleta y tomando la tangente despidió al infortunado Romero Dawis, que al caer de espaldas como tenía que caer por la posición chocó la cabeza contra el tablado. Murió en razón de su propia temeridad, en su ley.*
> *Todo pasó rápido, en segundos, y vuelta en sí la concurrencia, se agitó. Se oyeron gritos de miedo, tumulto, confusión. Las familias, principalmente, fueron las que más sufrieron, siendo muchas las señoras y niñas a quienes fue preciso atender porque se habían descompuesto.*
> *Desde ese momento todo fue incomprensible por la confusión, hasta que después de un rato el circo quedó desalojado, llevando a sus casas la concurrencia la dolorosa impresión del espectáculo que acababa de presenciar en una velada que creyó de pasatiempo, toda vez que no a otra cosa se va al circo.*

El juez Llavallol tomó cartas en el asunto y ordenó el secuestro de las dos bicicletas. Los peritos mecánicos Pedro Klaus (de la Armada) y Héctor Parisi (de la Policía Federal) establecieron que la del italiano no estaba adaptada como correspondía para llevar adelante la temeraria vuelta. Se devolvió a Mephisto la que era de su propiedad y se continuó con las declaraciones de los testigos.

La causa pasó al juzgado del doctor Gallegos. El documento firmado por el malogrado ciclista y las manifestaciones de los asistentes fueron

los elementos en los cuales se basó el magistrado para eximir de responsabilidad al empresario teatral y a Mephisto: “La muerte de Dawis se debe a su propia imprudencia, al hacer un ejercicio para él desconocido”.

El intendente Carlos Roseti prohibió la práctica del *Looping the loop* el 14 de enero, es decir, dos días después del accidente. Mephisto elevó una nota solicitando que lo habilitaran a actuar con redes de protección, ya que era su medio de subsistencia. No lo consiguió. Pero los hermanos Holmer, conocidos acróbatas que recorrían el país, lo incorporaron en su *troupe* y, de esta manera, el francés volvió a la actividad en junio, descartando “el círculo de la muerte”. Pero continuó haciéndolo fuera del país, por ejemplo en Valparaíso, Lima y La Paz. Durante una larga temporada, fue el principal atractivo del circo Holmer, ya que los contrataban en todas partes para ver las destrezas del ciclista temerario.

1904: LA MISA EN LA CATEDRAL DE SAN ISIDRO

Hay ciertos testimonios que preferimos no entorpecer con comentarios externos. Es el caso de estas páginas con las que Delfina Bunge (23 años recién cumplidos) reflejó, en el diario íntimo, su mirada de los feligreses habituales a la misa en la Catedral de San Isidro. Si respetamos la cronología de sus recuerdos, debemos establecer que el texto fue escrito el 30 de diciembre de 1904:

Esta mañana fui a misa algo más tarde. La gente de cada misa no varía. En la de las siete, unas cuantas "viejas", eternas, de manto negro, dobladas en cuatro.

Desde que me acuerdo de mí, me acuerdo de ellas, en este San Isidro, hincadas, rezando el rosario. Éstas se quedan a todas las misas. No sé cómo resisten, siempre, siempre hincadas. Me interesan, me intrigan sus vidas que no conozco.

¿Serán las santas mujeres? ¡Pobres viejas, de manto negro, rezando el rosario! Parece que desde una eternidad estuvieran así, hincadas siempre, siempre... Y al otro lado de ellas, esas pobres (y ricas) muchachas de Anchorena, con no sé qué falla en la cabeza, acompañadas por su institutriz.

Hay también un hombre, que veo siempre de atrás, eterno como "las viejas" y con una especie de sotana que debe ser tan eterna como él. No puedo adivinar qué clase de hombre sea. Atrás mío se sienta otro hombre que tampoco sé lo que es. Y para misa de siete, puedo parar de contar porque no hay nadie más, si no me cuento a mí, blanca paloma.

A las ocho suele quedarse toda esta clase de gente, menos las loquitas de Anchorena que se van. Y entonces llegan sus hermanas, respetables matronas —aunque sean señoritas— de luto, con crespones. Y del otro lado: dos señoras Beláustegui, Bustamante (una viuda y otra solterona),

otras dos Beláustegui solteronas, una Varela solterona, dos Beccar ídem, dos o tres de Alfaro, requete solteronas, otras Beccar solteronas… Es inacabable esa lista tradicional de piadosas solteronas de San Isidro: y las de Pirán, etc. etc.

Y, para concluir la lista de la misa de las ocho ¡yo! Yo, la tonta jeune*, la tonta* charmante*. Yo, de blanco entre lo negro, yo niña, yo paloma entre todas esas aves oscuras, y esos mantos... ¿No pareceré la novicia de ellas? Sin embargo, ninguna de ellas sé que escriba ni haya escrito en su juventud ni que use diario íntimo.*

Ninguna de esas estudió tampoco ni una jota de música en su vida (…) Pero… estoy diciendo desatinos.

Olvido que también hay, entre las de misa de ocho, dos o tres costureritas.

De 8 1/2 a 9 comienzan a llegar las niñas: no muchas, pero algunas. De [sombrero] *canotier y velito muy bien puestos: Corina Obarrio, la de Gelly Cantilo, Lahitte... y puede ser que alguna más. Yo no llevo velo, pero en cambio soy la única que a esa hora lleva guantes. No me gusta salir a la calle sin ponérmelos; y más si voy sola. ¡He aquí una crónica completa!*

En cuanto a mí, prefiero la misa de siete, con las pobrecitas de Anchorena y las viejas que, parece, van a convertirse allí mismo en momias. En primer lugar, por lo que eso implica de capacidad para estar levantada a esa hora; en segundo, porque así nadie se entera de si voy a misa. No; ni los de casa ni los de afuera. (Aunque nada me digan, prefiero no mostrarlo). Y en tercer lugar, lo que debí poner en primero: ¡se hace tan bien a esa hora la oración y meditación matinal!

¡Es muy lindo y cuesta tan poco ir a misa! En media hora se está de vuelta. Y la verdad es que si no lo hago allí, mi oración matinal resulta problemática.

Solo acotamos que Bustamante debería ser Jiménez Bustamante, familia vecina de San Isidro, emparentada con los Beláustegui. Y que, por lo que sabemos, todas las Jiménez Bustamante se han casado.

En cuanto a la fijación de Delfina con la soltería, pocos días después regresó con el tema y analizó su posible rol de “tía niñera” o “tía solterona” del hasta entonces único sobrinito, Eduardo Bunge.

REGLAS DE TRÁNSITO EN 1905

Las noticias del 29 de diciembre de 1905 fueron variadas y en eso no se diferenciaban de los otros días. Los funcionarios de la Penitenciaría analizaban modificaciones de pena por buena conducta, a la vez que su director, Antonio Ballvé, manifestaba su rechazo a que los penados rindieran exámenes y probaran que habían dedicado horas al estudio para obtener algún tipo de rebaja. Consideraba que un "penado inteligente puede ser, y es a menudo, un excelente alumno; pero al mismo tiempo, un haragán en el taller, un insubordinado, un perverso o un corrompido moral". Se preguntaba "¿cómo podría, entonces otorgarse un premio a su capacidad escolar anteponiéndolo, quizás, a otros penados de una moralidad infinitamente superior, sin cometer una verdadera injusticia y sin realizar un acto abiertamente contrario a la disciplina del establecimiento?".

En Buenos Aires preocupaba la salud del general Mitre. Gualeguay organizaba un banquete para rendir homenaje al joven pintor Cesáreo Quirós. Más al norte, los vecinos de Sauce se quejaban porque el ferrocarril que uniría Diamante con Curuzú Cuatiá no pasaría por su pueblo. Mientras que en Rosario, Juan Savoretti, de doce años, se arrojó al río con rudimentarios conocimientos de nado para felizmente salvar a su madre que estaba ahogándose. En tanto que en Santa Fe se lamentaba el fallecimiento de Vicenta Clorinda de las Mercedes Iriondo de Irigoyen, hija del dos veces gobernador Simón de Iriondo.

Entre Ríos, Santa Fe y el norte de Buenos Aires se preparaban para recibir a una gigante manga de langostas que atacaría las cosechas desde la costa de Uruguay.

Por otra parte, se seguían con interés las novedades acerca de los "bandoleros yanquis" dirigidos por James Ryan y Harry Place (Butch Cassidy y Sundance Kid). A la vez que en Bahía Blanca, Sebastián Suárez, inmigrante español de diecinueve años que llevaba un año en

la Argentina, celebraba haber ganado la lotería. Obtuvo un millón de pesos, lo que lo convirtió en millonario. Cuando le preguntaron qué haría con tanto dinero ya tenía madurada la respuesta: regresaría a España con su familia y vivirían vida de ricos. Volvía uno a Europa, pero llegaban unos cuatrocientos en el *Cap Blanco* procedente de Lisboa, registrando una marca, ya que cubrió el trayecto en dieciséis días, acortando en un par de jornadas los tiempos habituales de cruce.

También ese día se inauguró otra línea de tranvía eléctrico que unía Barracas con Plaza Constitución y Plaza Once. Por la tarde, un automóvil "marchando a toda velocidad" atropelló a dos soldados en la actual Libertador y Pereyra Lucena (donde se encuentra la sede central del Automóvil Club Argentino). Se dio a la fuga.

Inmigrantes, tranvías eléctricos y automóviles: la trilogía que estaba cambiando el aspecto de Buenos Aires. Cada vez más habitantes y grandes novedades en la locomoción, ya que el parque automotor superaba las trescientas unidades y el transporte de pasajeros que empleaba electricidad estaba poblando de vías las calles.

Los grandes cambios obligaron a rever las normas de tránsito, y el 29 de diciembre de 1905 a las 6:30 p. m. el Concejo Deliberante sancionó el nuevo Reglamento de tránsito, en reemplazo del de 1898 que ya estaba quedando vetusto.

Fueron casi cien artículos dedicados al ordenamiento de la circulación de autos, carruajes, motos, bicicletas y hasta peatones.

Los dos primeros iban dirigidos a los que caminaban.

> *Art. 1°- En el tránsito por las veredas, calles y caminos, los peatones no podrán impedir que los que lleven una dirección contraria conserven su derecha.*
> *Art. 2º- Queda prohibido transitar por las veredas llevando cargas y artículos que por su volumen o naturaleza puedan obstar al libre tránsito, molestar de alguna manera a los transeúntes, así como interceptar en cualquier forma la libre circulación.*

Los ediles se expresaban con vueltas, muy a tono con el *art nouveau*. En el primer artículo, en vez de establecer que en las veredas había que circular por la derecha, decían que "no había que impedir que

mantuviera su derecha el que viniera en dirección contraria". Pero es necesario aclarar que se trataba de un artículo que, luego de una discusión en el recinto, decidió dejarse tal cual estaba expresado en la norma de 1898.

En cuanto al tránsito con objetos, aquellos que transportaban escaleras, baúles o una mesa, por ejemplo, debían ir por la calle y no entorpecer el tránsito en la vereda. Multa para los que no conservaban la derecha o llevaban algún objeto incómodo: cinco pesos. En cuanto a los jinetes, se reglamentó lo siguiente:

Art. 3º- Los que transiten a caballo dentro de un radio de veinticinco cuadras a contar desde la Plaza de Mayo, no podrán andar al galope o trote largo.
Exceptúanse de esta disposición a los empleados públicos, que por razón de su empleo desempeñen comisiones o servicios cuya naturaleza justifique la mayor rapidez de su marcha.
Art. 4º- Quedan prohibidas las carreras en las calles y caminos.
Art. 5º- Los que transiten a caballo llevarán siempre la dirección de su izquierda.

Según vemos en el artículo 3º ya se contemplaba la situación "van rápido porque se les enfría la pizza", mientras que el cuarto ponía el ojo en las "picadas" del 1900.

La multa de mayor monto para este grupo era de veinte pesos para cada uno de los jinetes que participaba de carreras en la calle.

Pasemos a los cocheros, es decir, los que conducían carruajes tirados por caballos. No cualquiera podía serlo, ya que debía cumplir con ciertos requisitos ineludibles expresados en el artículo 8º: "Ser mayor de diez años, comprender el idioma nacional, conocer la nomenclatura y ubicación de las calles y no tener malos antecedentes. Este último requisito será certificado por la Policía". Sí, diez años.

La Oficina de Tráfico, que llevaba un álbum con la fotos y los datos de cada inscripto, le entregaba al autorizado una libreta que también tenía foto y datos, además de cinco hojas en blanco como los actuales pasaportes, donde se anotaban las faltas y contravenciones. El aspecto también era relevante: "Los conductores de carruajes de alquiler —

expresaba el artículo 19º— deberán vestir decentemente, siendo obligatorio el uso de camisa, cuello de plancha y sombrero de copa dura", es decir, el bombín chaplinesco. El servicio estaba dividido en categorías: "de primera" (obligatoriedad del uniforme) y "de segunda" (era opcional). En cambio, una cupé siempre se consideraba de primera, independientemente de si el conductor tenía uniforme o no. Otras imposiciones:

—No le será permitido fumar, mientras en el carruaje haya pasajeros, así como tampoco llevar otra persona en el pescante extraña a los pasajeros que conduce (Art. 21º).
—En su trato con el público, deberán ser correctos, quedándoles prohibido proferir palabras obscenas (Art. 24º).
—Deberá bajar la capota siempre que así lo solicite el ocupante, sin exigir por ello mayor precio que el establecido por la tarifa (Art. 24º).

Tenían prohibido llevar más de cinco pasajeros adultos, así como tampoco se permitía que transportaran "cadáveres" o "enfermos contagiosos". Se instaba a los cementerios y a los hospitales, públicos y privados, a que informaran si advertían esta contravención.

Aclaremos que los coches tomaban pasajeros en las plazas, pero se les permitía ocuparse en el trayecto de regreso a la base solamente fuera del horario central, es decir, podía subir clientes antes de las diez de la mañana y después de las seis de la tarde.

Hay dos curiosidades más acerca de la conducta del cochero:

—Los conductores de carruajes de alquiler o carros estarán obligados a depositar en el Departamento Central de Policía, dentro de las 24 horas, los objetos que encontraren en sus vehículos, a fin de ser restituidos a sus dueños; a cuyo efecto deberán inspeccionar su vehículo al ser desocupado (Art. 23º).

Cuando se comentó este punto, el diputado Villar sugirió que se estimulara de alguna forma a los que devolvieran pertenencias olvidadas. Su colega Meincke propuso que se dejara constancia en la libreta personal del cochero. Fue aprobado por unanimidad.

El otro tema era la boleta. Los profesionales tenían la obligación de entregar al pasajero una boleta donde constara los números de identificación del hombre y del carruaje. Si se había contratado el servicio por hora, allí debía anotarla como constancia.

La boleta ya venía usándose y es el antecedente más lejano de los boletos del tranvía y del colectivo. Y hay uno más, según veremos, que nos permitirá conocer cómo se llegó a la diferenciación de los colores de los colectivos.

La reglamentación determinó que los coches se dividían en siete secciones o plazas. Para diferenciarse, los coches de cada sección debían llevar un farol de kerosén. La clave estaba en el color del vidrio de la lámpara y el número de la sección impreso en el mismo. Eran los siguientes:

Sección 1ª: Rojo y número blanco.
Sección 2ª: Azul y número blanco.
Sección 3ª: Verde y número blanco.
Sección 4ª: Violeta y número blanco.
Sección 5ª: Amarillo y número blanco.
Sección 6ª: Blanco y número azul.
Sección 7ª: Blanco y número violeta.

De esta manera, el coche podía ser visto a la distancia y esto ayudaba al pasajero a evaluar si podía tomarlo o no. Y si bien la tecnología desterró el boleto, aún queda la huella de los colores y los números como sistema de identificación, de los tranvías primero y de los colectivos después.

FIN DE AÑO: BAILE O DOMINÓ

El viernes 30 de diciembre de 1904 Julia Valentina Bunge anotó en su diario:

Mañana 31 hay baile en lo de Tornquist, en la quinta de Belgrano. He ido a tantas fiestas en esa quinta, desde que tenía cinco años, que siento verdadero placer al pensar que voy a pasar el 31 allí. Fiestas infantiles (árboles de Navidad), fiestas de niñitas, garden party, grandes bailes. Toda clase de fiestas se han dado en esa quinta, siempre recibiendo con lujo y amplitud, con perfecta cordialidad y sencillez en el trato, invitando a todos los amigos, sin elegir a la gente que está en el candelero y sin exclusiones de ninguna especie. Eso hace que todas las fiestas en lo de Tornquist sean recibidas con cariñosa simpatía.

La fiesta de los Tornquist en Villa Ombúes (que estaba en Olleros y Luis María Campos) se hacía todos los 31 de diciembre para celebrar, primero, el cumpleaños del dueño de casa Ernesto Tornquist —banquero poderoso, empresario, fundador del Golf Club Argentino, de la cervecería Palermo, constructor del Plaza Hotel, etc.— y luego la llegada del año nuevo. Oficialmente se trataba de un baile que Tornquist ofrecía "a sus relaciones y las amigas de sus hijas Mercedes y Raquel".

En contraposición, Delfina, la hermana de Julia, se preguntaba en tercera persona, en fragmentos inéditos de su diario personal:

La joven tonta, la encantadora tonta ¿no piensa ir al baile? ¿Al baile tradicional en la quinta y barranca de Tornquist (en Belgrano) donde, entre los árboles adornados como en un cuento de hadas, se celebra el amanecer del año nuevo? Allí estaría entre las blancas palomas como ella. ¿Prefiere la niña su misa de siete entre los mantos negros?

Tengo media hora para decidirme. He dicho que no iba, pero mamá y Julia no han hecho caso y me han preparado todo. Julia se viste ahora apresuradísima. Dentro de poco saldrá el tren de las 11 a.m. en el que tendríamos que salir para la ciudad. Yo he estado tranquilamente cosiendo en la cama; ¡y ahora aquí estoy… para consultarme!

De manera simpática, la menor de las Bunge —eran dos mujeres, Julia Valentina y ella, entre otros seis varones— acudía al diario personal para consultarse, para hablar con ella misma.

Sí, estaba decidida a no ir… Anoche hacía mis delicias de esta noche en que, estando todos en el baile, yo aquí, en una entera soledad y retiro, comenzaría una vida nueva en el nuevo año.
Además es buena hora para retirarme de ellos, pensando en la vida religiosa o por lo menos en no casarme. Así, si se vuelven a acordar de mí, será un buen recuerdo. Anoche se lo decía a Julia: ya todo lo que podía pedir a los bailes me lo han dado y mucho más. Me he divertido y he gozado en ellos. No tengo ya nada más que pedirles.
(…) No sé si voy. No me importaría ir o no ir. Pero ir representa un esfuerzo. De todas maneras, voy a la ciudad para ver a Belén [Holmberg, casada con uno de sus hermanos]*, a María Luisa* [Avellaneda] *y a Felisa* [Areco] *si puedo. Y allí veré.*

No habrá suspenso, estimados lectores. Delfina decidió regresar a San Isidro. Entonces, María Luisa Arteaga concurrió con solo una de sus hijas, Julia Valentina, a quien debemos una de las crónicas de la noche. Según la joven, “la casa no es linda pero el parque es precioso, con árboles inmensos y gran variedad de plantas finas y de flores”. Con otra mirada, el anónimo cronista de *La Nación* la vio “radiante de luces, ostentando gallardamente entre ráfagas de luminosidades diamantinas toda la elegancia de sus perfiles, de sus tonos, de sus líneas”. Eran tiempos en que la luz eléctrica iba imponiéndose frente a la de gas. Por eso, la posibilidad de ver una casa con sus jardines y contorno iluminados (a nuestros abuelos del 1900 les encantaba que la luz dibujara el trazado de las construcciones) hacía que muchos vecinos no convidados se acercaran solo para ver la magia eléctrica. Y,

de paso, espiar a los invitados.

A las diez comenzaron a llegar los carruajes (aún había pocos automóviles en Buenos Aires, y su uso en la noche era muy limitado) "al trote lento de sus yuntas" que "se internan en el parque por una amplia avenida bordeada de álamos y frondosos plátanos". El periodista completó la escena que había empezado a delinear:

> *Se detienen frente al pórtico y sus dueñas, entre un delicado ruido de seda y de encajes, se esfuman en la alegría de la fiesta. Y risas cristalinas, voces juveniles, ritmos de valses y gavotas interrumpen el silencio de la noche estival en una armonía tan variada y vibrante que diría se escuchase un himno cantado a la eterna felicidad.*

Al respecto, nuestra conocida invitada opinó: "Toda la organización del baile estuvo perfecta. Dos grandes tablados, cada uno con su orquesta, que no se molestaban una a la otra". Se estima que la noche del 31 de diciembre de 1904 unos mil invitados participaron del festejo en lo del matrimonio Tornquist-Altgelt. El gran momento, la medianoche, se anunció como tantos otros fines de año en aquella casa: primero, el estruendo de un cañoncito, ubicado en una gruta, en los fondos del jardín. Luego, toque de dianas, fuegos artificiales y marchas triunfales. Se repartieron mil copas de espumante. *La Nación* contó: "Se cambiaron saludos, se formularon los votos más efusivos de felicidad deseándose que los días de 1905 transcurrieran felices y dichosos como las últimas horas de 1904".

Allá lejos, en San Isidro, el contraste era notable. Recurrimos al diario manuscrito de Delfina:

> *No. No debe ser esta una noche vulgar. Si no, no valdría la pena haber desperdiciado un baile donde hubiese visto cruzarse, como luciérnagas de la noche, centellas del espíritu. Acabo de ver una estrella fugitiva mientras, sentada en la oscuridad del jardín, miraba el cielo, esperando ¡sola! el año.*

De regreso a las Barrancas de Belgrano, pasado el nada breve espacio de tiempo para intercambiar augurios y promesas, fueron

todos a sentarse para la cena del nuevo año. En su diario, Julia Valentina recordó la comida: “Mesas con manteles, servilletas finas, platos, copas, cubiertos, flores, exquisita comida, exquisitos vinos, champagne Veuve Clicquot dulce y champagne Moët & Chandon, seco; todo abundante, en punto y servido rápidamente. Fiambres: pavo, jamón glacé, aves rellenas, ensaladas; carne caliente con verduras y pastelitos también calientes. Luego postre, helados, café”.

En la soledad de la casa de San Isidro, Delfina sintió golpes en la puerta. El personal dormía y fue a atender. Era su hermano mayor, Carlos Octavio, quien le preguntó: “¿Por qué no has ido al baile?”. Sin esperar respuesta la invitó: “¿Un partido de dominó?”.

Jugaron. “Me ganó mi hermano”.

En las grandes reuniones como la de Tornquist, los controles se relajaban, ya que las madres se amontonaban en un salón interior mientras los chicos paseaban por el jardín. Lo mismo ocurría con la comida. La juventud ocupaba ciertas mesas y los mayores hacían lo propio.

La joven inquieta de los Bunge reveló: “Toda la noche estuve muy atendida. Bailé mucho”.

¿Regresar de la fiesta a la madrugada? No ocurrió en este caso:

> *Cuando volvimos a Callao* [1573, y Vicente López] *a las siete de la mañana, hacía un calor tan espantoso que resolvimos con Mamá cambiarnos de ropa e ir a San Isidro a oír misa de nueve. Mamá dice que ella también lo pasó muy bien.*

Muchos años después, Delfina acotó en las anotaciones de aquella noche: “¡Cosa curiosa! Hasta el día de hoy (1932) al recordar este baile, tengo la nostalgia de no haber ido y la impresión de que debí ir. Manolo fue a él”.

Manolo Gálvez, el chico que le gustaba. Por supuesto que el año 1905 y los siguientes le dieron muchas revanchas. Pero pasaban los años y Delfina seguía arrepentida de su decisión, aquella noche que vio una estrella fugaz y perdió un partido de dominó.

ANTEOJOS NEGROS DE CAREY

En 1896, el reglamento de uniformes para el ejército argentino estableció que los soldados podían sumar lentes oscuros como accesorio:

> *Para proteger los ojos de la reverberación solar, podrán los soldados ser provistos de antiparras de vidrios ahumados, montados en cápsulas de fina tela metálica, barnizada de negro; se sujetan con cintas negras por detrás de las orejas.*

Pero, hasta ahí, eran simples antiparras (*goggles*, en su nombre inglés) y la cuota glamorosa no estaba presente. Si bien, el gran negocio de los lentes oscuros pertenece a la década de 1930 —y en los Estados Unidos—, hubo intentos previos en todo el mundo y parece que los argentinos no se quedaron afuera. Con cierta resistencia de algunos, de acuerdo con la nota de *La Nación*, del 2 de octubre de 1905:

> *Entre nosotros ha cundido en recientes tiempos una moda singularísima y que en cierto modo puede considerarse local: los lentes negros o ahumados. Hasta hace pocos años, nada menos estético que usar semejantes adefesios. Hoy por hoy parece, al contrario, que ellos son un sello de distinción y elegancia.*
> *Como protestando contra el resplandor demasiado vivo de nuestro sol, la gente elegante y fashionable usa hoy sus grandes lentes obscuros y, si es posible, hasta con armazón de carey. Y no sólo los hombres, las mismas damas los llevan, ocultando acaso los más hermosos y expresivos ojos.*
> *¡Qué crimen! No nos atrevemos seguramente a criticar tan peregrina coquetería. Sólo aportamos el hecho y no sin algún asombro. Hasta se diría que nos hemos acostumbrado a la moda nueva, no encontrándola*

ya tan ridícula como cuando empezara. Y yo comprobaría una vez más el refrán: "lo que es moda no incomoda". Y no incomoda aunque sean monóculos, impertinentes, anteojos azules, etc.

Los novelistas de antes, cuando querían pintar un curial antipático, un procurador tramposo o una vieja perversa, no se olvidaban nunca de colocarle sobre su aguileña nariz un buen par de anteojos azules. En cambio, los novelistas de hoy no deben en manera alguna omitirlos al describir una niña refinada o un distinguido sportsman. Así cambian las cosas. Tal vez mañana sea la última moda exhibirse con media docena de porotos en las sienes o con parches de tira emplástica [cinta adhesiva] *en pleno rostro.*

Al cierre de esta edición, la premonición de los porotos sigue sin cumplirse. Pero los anteojos son accesorios habituales. Costó hacer que la rueda comenzara a girar, pero una vez que lo logró, ya nada la detuvo. En 1937, la buena demanda convenció a Bausch + Lomb de que los anteojos Ray-Ban (*ray banner* significa "barrera contra los rayos") que vendía a los pilotos de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, también encontrarían un campo de consumo entre el público general. El acierto está a la vista.

Texto adaptado del capítulo "Victoria y los anteojos", del libro *Qué tenían puesto. La moda en la historia argentina*, publicado por el autor en 2018.

UNA SEÑORA CHISTOSA

En la sección “Quejas del Pueblo” del diario *La Argentina*, se publicó el siguiente reclamo “a las empresas de tramways”.

Distinguido señor:
Esperando dará usted cabida a estas líneas abogando para que se ponga, en los tranvías, aunque sólo sean los eléctricos, campanillas, colocando los botones al costado entre vidrio y vidrio, y a tal altura que una persona pueda dar aviso para que el coche se detenga. De esta manera se evitará el “chis chis chis” de las señoras y sus graves inconvenientes.
A mí me sucedió hoy que, al chistar una señora, por tres o cuatro veces sin ser oída, pues el guarda era sordo, tuve que recibir el rocío de sus sabrosas babitas. Los pasajeros, al ver el riego que sufrí, naturalmente no se quedaron serios, y como yo no tenía pañuelo, tuve que estar en exhibición hasta que se me pasó el rubor y recurrí a la manga del saco.
Si hubiera habido campanillas, nada hubiera sucedido.
Saludo al señor director agradeciendo se publiquen estas líneas, una víctima del “chis chis”. Buenos Aires, julio 25 de 1905.

La carta coincidió con un período de renovación de unidades. En poco tiempo, el inconveniente planteado por el autor de la carta fue subsanado.

CAMIONES, MOTOS Y BICICLETAS

Algunas breves consideraciones que nos quedaron al margen respecto de la reglamentación del tránsito en 1905, en la ciudad de Buenos Aires.

El máximo permitido para un vehículo de carga era de cuatro metros de largo por un metro y ochenta centímetros de ancho. Los pesos que podían transportar oscilaban entre los seis mil kilos (para los automóviles denominados "*camions*") y los trescientos kilos que podían llevar los carros de dos ruedas arrastrados a mano por un sujeto (Art. 42º). En cuanto a las carretas de bueyes, tenían vedado el ingreso al centro. El límite, de acuerdo con el artículo 59º, se trazó a unas treinta cuadras de la Plaza de Mayo, en las calles Anchorena y 24 de Noviembre. Esta marca la imponía el Mercado del Abasto —algo así como el Mercado Central de su tiempo— que permitía el abastecimiento desde la siete de la noche hasta la siete de la mañana mediante las carretas con bueyes, las mismas que ya se usaban cien años atrás.

El transporte de explosivos también estaba contemplado:

—Los vehículos conductores de materias explosivas deberán siempre transitar al paso y no podrán detenerse en otros puntos que los de su expedición o destino, salvo caso de fuerza mayor. Estos vehículos deberán siempre llevar izada como aviso una bandera roja (Art. 73).

Respecto de las velocidades de los carros:

—Queda prohibido a todo conductor de vehículo hacer andar los caballos a mayor velocidad que al trote natural en las calles, avenidas, parques y paseos públicos. Se exceptúan los carros del Cuerpo de Bomberos, correos y ambulancias de la Asistencia Pública (Art. 68º).

—Es prohibido dar vuelta en las bocacalles con los carruajes y rodados a otro paso que no sea el natural de los caballos, y cruzarlos con mayor velocidad que la del trote corto (Art. 63º).

¿Y los automóviles?

—La velocidad para la circulación de estos vehículos no podrá exceder de catorce kilómetros por hora, dentro del perímetro comprendido por las calles Callao, Entre Ríos, Brasil, Paseo de Julio, Paseo Colón y en la Avenida Alvear hasta Palermo (Art. 79º).
—El cruce de las bocacalles se efectuará con marcha lenta, debiendo hacer sonar la bocina al aproximarse a éstas (Art. 80º).

Estas disposiciones eran las mismas que debían respetar los motociclistas, incluso el toque de bocina.

Se circulaba conservando la izquierda, a la inglesa (así fue hasta 1945), y en caso de que dos vehículos se cruzaran en direcciones opuestas, "cada conductor lo desviará a su izquierda tanto cuanto le sea posible". Algunas calles del centro por las que pasaba el tranvía tenían sentido único, determinado por la dirección en que transitaba este transporte público. Pero se volvían doble mano "después de la 7 p. m. en invierno y de las 8 p. m. en verano, así como en los domingos y días de fiesta".

En un capítulo previo comentamos los requisitos para ser cochero de plaza, es decir de carruajes (mayor de diez años, conocedor de las calles, etc.). Debemos aclarar que esta reglamentación del tránsito de 1905 incorporaba una novedad que venía siendo reclamada desde hacía meses.

La Nación del 24 de febrero de ese año lo había planteado.

Si se exige una prueba de capacidad profesional al maquinista que conduce el tren en que viajamos o al capitán en cuyo barco tomamos pasaje, ¿por qué no se le exigiría igualmente a los choferes de los automóviles y a los cocheros? Ellos también, al llevar pasajeros, cargan con una grave responsabilidad y sería propio de una municipalidad bien organizada someterlos a una prueba de competencia.

Según la nota, “los *motormen* de los tranvías representan entre nosotros la única categoría de conductores de vehículos urbanos que hayan pasado por un examen”. El crecimiento del parque automotor y también el de los carruajes requería de soluciones prácticas. Por ese motivo se estableció que, a partir de 1906, cocheros y automovilistas debían ser evaluados.

Los conductores de automóviles tenían que ser mayores de dieciocho, sin antecedentes penales y estaban obligados a rendir un examen de manejo ante las autoridades. El práctico consistía en andar por la ciudad. Pero antes de subirse, el examinador lo sometía a una serie de pruebas para constatar que dominaba la máquina. El examen teórico contemplaba preguntas sobre mecánica para apreciar si el examinado estaba en condiciones de reparar un desperfecto en la vía pública, sin demorar demasiado el tránsito. La renovación del registro era anual.

Algunas otras disposiciones de aquel reglamento. Se prohibía:

—*La circulación de coches o acompañamientos fúnebres por la Avenida de Mayo* [sospechamos que sería para no disminuir la velocidad del tránsito].
—*Lavar caballos o vehículos en las calles, plazas o cualquier paraje público.*
—*Jugar en las calles y paseos a los cobres, bolitas, barriletes y otras diversiones que puedan dificultar el tránsito.*

Los barriletes y las bolitas son entretenimientos que han atravesado décadas. Sin embargo y por fortuna, los juegos de los cobres quedaron en el tiempo. Era un nombre genérico, como jugar a las figuritas, pero consistía en el empleo de monedas para competir en destrezas. Como el ganador se quedaba con “los cobres”, los niños dedicaban mucho tiempo a esta actividad que despertaba el interés por las apuestas. Era habitual que los canillitas se reunieran en la calle, luego de la jornada de trabajo, para jugar a los cobres.

Dejamos para el final los artículos dedicados a las bicicletas que, en realidad, no diferían demasiado de los autos y las motos.

—La circulación de bicicletas en las calles, avenidas y caminos del Municipio se hará conservándose el ciclista a la izquierda de su dirección, lo más próximo al cordón de la vereda.

—El cruce de las bocacalles lo harán en marcha lenta, debiendo hacer sonar el timbre al aproximarse a éstas.

—Las bicicletas deberán estar provistas de cascabeles y timbre, llevando durante la noche un farol linterna con luz blanca, que pueda distinguirse a una distancia de no menos de cincuenta metros.

—Queda prohibida la circulación de estos vehículos por las aceras de las calles y avenidas, así como por las veredas y caminos interiores de las plazas, parques y paseos públicos.

Por último, "el aprendizaje para ciclistas no podrá efectuarse en la vía pública". Cualquier falta cometida por los usuarios de bicicleta era pasible de una multa de diez pesos.

Completamos con algunos accidentes ciclísticos registrados por la prensa:

*—Al doblar la esquina de Callao y Rivadavia el ciclista Antonio Jasprezzla chocó contra los caballos que arrastraban el carro guiado por Vicente Ibarra. Debido a la colisión, Jasprezzla fue lanzado con violencia contra el pavimento ocasionándole contusiones diversas en el cuerpo. (*La Nación*, 16 de abril de 1906)*.

—En las calles Buen Orden [Bernardo de Irigoyen] *y Moreno, el ciclista Carlos Mariani llevó por delante al agente de investigaciones Carlos Tórtola, ocasionándole lesiones en la cabeza. Mariani fue conducido a la comisaría 4ta., donde parece se ha descubierto que momentos antes había robado la bicicleta que montaba. (*La Vanguardia*, 5 de junio de 1906)*.

*—El ciclista Antonio Samamé fue atropellado por el carruaje que guiaba Francisco Garane en la calle Tucumán entre Maipú y Esmeralda, ocasionándole al caer una contusión en la mano izquierda. La bicicleta sufrió asimismo algunos desperfectos. (*La Nación*, 9 de junio de 1906)*.

—En la calle Paraguay y Florida el ciclista Horacio Donato, tratando de evitar el choque de la bicicleta con un carruaje, se fue sobre un tranvía

*de la empresa Buenos Aires y Belgrano, lesionándose en la mano izquierda. El hecho ocurrió ayer a las cinco pm. (*La Vanguardia*, 10 de julio de 1906)*.

*—El niño José Fernández que estaba jugando con otros menores delante de la puerta de su casa, calle Parana número 1018, fue atropellado por un ciclista que acertó a pasar por allí y, derribado al suelo por la máquina, de lo que resultó con lesiones en el rostro. El ciclista huyó sin pérdida de tiempo y no pudo ser detenido. El niño fue auxiliado por la asistencia pública. (*La Vanguardia*, 21 de diciembre de 1906)*.

—José Ruggero, montado en una bicicleta, avanzaba rápidamente cuando al llegar a la bocacalle de Cerrito y Viamonte chocó con un tranvía eléctrico de La Gran Nacional que pasó por la esquina en ese momento.

*A consecuencia de la colisión, la máquina cayó al suelo y con ella el infortunado ciclista, que se produjo una contusión en la boca. (*La Nación*, 7 de enero de 1907)*.

Las buenas intenciones de los ediles para ordenar el tránsito a partir de 1906 tal vez atenuaron los problemas y, muy probablemente, la cantidad de accidentes. Pero siguió siendo un caos en crecimiento que llevó a que en 1910 se creara el Cuerpo de Agentes de Tránsito, una brigada municipal que coordinaba la circulación de carros, coches, automóviles, motos, bicicletas y tranvías. Fueron los primeros de la historia de la ciudad —faltaban décadas para que se instalara el primer semáforo— y los llamaban “los varitas” porque empleaban una varas blancas, no tan pequeñas, para dar indicaciones a los conductores. En un principio no eran muy respetados y fue necesario que acudieran con refuerzos (policías de custodia) para poder llevar adelante su acción organizadora en las convulsionadas calles de la ciudad.

BAILANDO UN WASHINGTON POST

Los barbarismos eran una característica de aquellos años en los que nos familiarizamos con los chefs y los *coiffeurs*. Juan Bautista Selva, oriundo de Dolores, profesor de la Escuela Normal, fue un purista del idioma y es considerado un pionero entre los lingüistas locales. A él le debemos este fragmento de un texto que escribió en 1905, en Dolores, y publicó en "El castellano en América. Su evolución", al año siguiente.

La moda, esa tirana tan terrible y tan dulce a la vez, que no perdona ni a la más hermosa creación del Divino Artífice, la mujer, cuya cintura viene comprimiendo despiadadamente, es causa que ocasiona borrascosos encrespamientos al caudal puro del idioma. París, rosa de estos vientos, nos trae, a la par de sus innovaciones y reformas en trajes, usos y costumbres, los vocablos y locuciones que las designan, y tampoco se quedan atrás Londres y otras grandes capitales.

Parece que existiera el temor de que la moda deje de ser tal o desmerezca su esencia sin esta condición. Así se hace necesario que toda dama de la haute posea su boudoir con decoraciones art nouveau y que varíe trajes a cada saison, que se esmere en su toilette, aunque pase horas y más horas ante el espejo de su toilette que cuando dé una soirée exorne con primorosos bouquets la mesa del lunch o el buffet, que no pierda diner en blanc, ni dinner dance, ni five o'clock tea a que sea invitada; podrá decidirse a bailar un Washington post o skating rink sin que por eso descuide el aire smart y el corresponder al flirt de algún dandy gentleman…

Hé aquí todo un fárrago de barbarismos que andan muy en boga, aunque se arrumben las expresiones castellanas que debieran usarse: alta sociedad, gabinete de confianza, arte nuevo ó modernista, estación, tocado, tocador, sarao o tertulia, ramilletes, refrigerio o ambigú, comida

de blanco ó de solteros, cena y baile, té de las cinco, correo de Washington, danza de patinadores, noble, galanteo y elegante hombre de mundo.

Es verdad que el vocabulario estaba plagado de barbarismos, es decir, de términos provenientes de otros idiomas, extranjerismos. Pero, tal vez, el maestro Selva cargó las tintas sobre las damas cuando en realidad la mayoría eran vocablos de uso corriente en entornos masculinos y también en los diarios y revistas.

Su ilustrativo texto nos permite comentar lo que significa "bailar un *Washington Post*". En 1899, el legendario periódico estadounidense realizó un concurso literario. Para el acto de premiación deseaban contar con una marcha propia. Acudieron al director de la banda musical de los Marines, John Philip Sousa, hijo de padre sevillano y conocido como "el rey de las marchas". Sousa ya había compuesto varias, entre ellas, la muy popular "The Stars and Stripes Forever" (Las estrellas y las barras para siempre, clara referencia a la bandera de los Estados Unidos), popularizada por la señal de noticias Crónica TV para anunciar sus "Último Momento".

La marcha del *Washington Post* también tuvo un alto nivel de popularidad. Ha sido muy utilizada en radios y televisión para referirse a temas deportivos. Pero en aquellos años era un baile alegre y festivo, de tanta aceptación que Washington Post se convirtió en genérico de este tipo de danza en la que el hombre se ubicaba a espaldas de la mujer, los dos con los brazos alzados, tomados de ambas manos, y se inclinaban con gracia dos o tres veces, para luego lanzarse por la pista, como en una especie de galope y con un giro en el que terminaban de frente.

El Washington Post (o Correo de Washington, para no contradecir al maestro) fue uno de los bailes que más entretenían a la juventud argentina del 1900.

BUENOS AIRES EN 1906 BAJO LA MIRADA DE UN MILITAR INGLÉS

La Argentina del nuevo siglo despertaba interés en los extranjeros. Para muchos se encaminaba a ser potencia mundial. Aun lejos de parecer un paraíso en aspectos sociales y económicos, atraía contingentes de inmigrantes que confiaban en su propia dedicación al trabajo y sacrificio personal para mejorar su estándar de vida.

Otro conjunto lo conformaban los turistas (también llamados excursionistas) que visitaban el país en viaje de placer. A este último grupo perteneció el general Alexander Bruce Tulloch, un prestigioso militar británico que recorrió Brasil, la Argentina y Chile a mediados de 1906.

La casualidad hizo que este soldado inglés arribara a Buenos Aires cuando se cumplían cien años de la invasión de Beresford.

Impresionado por la ciudad, a su regreso a Londres dio una conferencia en el Royal United Services Institute (RUSI), entidad en donde aún se debaten cuestiones de defensa, seguridad y estrategia.

Bajo el título “La República Argentina y sus vecinas”, expuso sus impresiones sobre la Buenos Aires de 1906 que conoció. Lo primero que describió fue nuestro Puerto Madero:

> *Los diques de Buenos Aires, en los que entran todos los vapores, son la primera prueba tangible de la riqueza y prosperidad extraordinarias de la Argentina. Hay cuatro grandes diques en fila, paralelos a la línea del estuario, que se comunican entre sí y también en los extremos, con el agua libre. Dos filas de vapores, y a veces tres, están amarrados a lo largo y a ambos lados de los diques.*
>
> *Los grandes depósitos en los muelles están provistos de todos los aparatos modernos para la carga y descarga de las mercaderías. Pero estas operaciones o la administración del puerto no se hacen con suficiente*

rapidez, porque, de otra manera, no habría allí semejante cantidad de vapores esperando el turno de cargar o descargar.

Las calles de Buenos Aires merecieron un comentario del cronista extranjero. Se destacaba Florida, con sus llamativos arcos de muchas lamparitas que la iluminaban a lo largo de su trayecto:

Al trasladarse en carruaje del vapor al hotel se forja uno la idea de lo realmente magnífica que es la ciudad con su millón de habitantes. Después de comer, salí a dar un paseo a pie por la calle Florida. El espectáculo era sencillamente sorprendente. No sólo estaba provista de luces eléctricas de arco, con soportes aéreos que atraviesan la calzada, sino que las tiendas y sus vidrieras estaban profusamente iluminadas también; y esas tiendas habrían hecho honor, por cierto, a la Rue de Rivoli *parisina.*
Algunas de las calles principales, asfaltadas en toda su extensión, están libres de las líneas de tranvías eléctricos, que forman una inmensa red de comunicaciones en toda la ciudad y sus suburbios. Aunque la mayor parte de las líneas de tranvías de la Argentina, así como las de ferrocarriles, son de capital inglés, la fuerza eléctrica está en manos de un sindicato alemán.
Los grandes edificios de los bancos, llenos de empleados y de clientes que entran y salen, dan también una idea de la prosperidad mercantil de la Argentina.

El general Tulloch hizo una curiosa acotación: “Debo decir que, en todo tiempo que estuve en la República Argentina nunca vi un ebrio en las calles, y solo una media docena de mendigos, aparte de los discapacitados que frecuentan las aceras de la gran arteria principal, la Avenida de Mayo”. Y agregó que en esa distinguida calle porteña, “la gente sentada por la tarde en las aceras casi le hace creer a uno que está en París y no en Buenos Aires”.

Los habitantes de la ciudad también fueron objeto de sus comentarios:

En la capital argentina los hombres y las mujeres son de raza europea,

en lo que esta ciudad se diferencia de Río de Janeiro. Desde hace un tiempo están llegando al país grandes multitudes de inmigrantes del norte de Italia y corpulentos vascos de España y algunos de Francia. El año pasado su número fue de 134.000 almas; entre ellos había diez mil rusos y siete mil sirios. Gente fuerte, frugal y dura para el trabajo, que formará, con el tiempo, una raza particularmente fina de argentinos.

Seguramente, el Parque 3 de Febrero (que llamó "el Hyde Park de Buenos Aires"), el Jardín Zoológico, la calle Florida, la Avenida de Mayo y las confiterías de las terminales ferroviarias de Retiro y Constitución, fueron los sitios que le posibilitaron observar en detalle a las porteñas. Respecto de la mujer argentina, Tulloch expresó:

Los carruajes no vuelven de Palermo a la ciudad sino muy tarde; pero como el resplandor de las luces eléctricas ilumina las calles entonces tanto como si fuera de día, uno puede apreciar allí, no solo la belleza fisonómica de las damas, sino también sus finos vestidos y sus joyas. Juzgando por estos dos últimos detalles, se diría que en Buenos Aires un hombre casado tiene que ser también un hombre rico. Pero el mejor sitio para tener oportunidad de admirar a las bellas argentinas de ojos pardos, de las que con razón puede decirse: "¡verlas y morir!", es la Ópera.

Desgraciada o afortunadamente para mí tal vez, no estaba abierta cuando llegué a Buenos Aires [se refiere al Teatro Colón que se encontraba en el tramo final de su construcción y recién abriría sus puertas en 1908].

No solo se dice que el edificio es, en su género, el tercero del mundo, sino que las damas y sus perfectos trajes parisienses y sus joyas, dejan en la sombra a nuestro Covent Garden.

Por la época en que visitó Buenos Aires, el viajero no tuvo oportunidad de conocer Mar del Plata. Sin embargo, en charlas que tuvieron lugar en las cervecerías o en las casas de té, el militar pudo recoger algo de información:

Durante los meses de verano, una gran parte de los habitantes pudientes

de Buenos Aires, con sus esposas e hijos, se trasladan a una aristocrática estación veraniega llamada Mar de Plata, donde hay hoteles de primera clase y donde la gente joven, con sus bailes, sus partidas de recreo y otros entretenimientos por el estilo pasan, como mis amigas americanas dicen, "un buen rato".

El turista inglés compartió una información poco difundida en su tierra. Se trata de las Invasiones Inglesas de 1806 y 1807, cuya historia no era —ni es— conocida en Gran Bretaña. Evitando dar el nombre del general Beresford, se lamentó por el final de aquella empresa:

A no haber sido por la incapacidad completa de un general inglés que causó una terrible derrota al ejército británico, ese espléndido país sería ahora, no en teoría, sino positivamente, una parte del imperio.
Aun cuando fuimos vergonzosamente batidos en 1806, cuando quisimos quitar Buenos Aires a los españoles, y las banderas de regimiento y reales que nos tomaron entonces pueden verse todavía en la iglesia principal de esa ciudad [se refiere a Nuestra Señora del Rosario, conocida como Santo Domingo, situada en el barrio de Monserrat]*, cuya torre presenta, clavadas en ella algo que se dice que son balas de los cañones ingleses, no hay gente más respetada y mejor considerada allí que la inglesa, cuyo número es de veinte mil almas.*

En realidad, aquellos cañonazos fueron disparados por los defensores y en 1807. Respecto de las banderas, es cierto que fueron tomadas a los invasores en el año previo y pasaron a la iglesia como ofrenda hecha por Santiago de Liniers.

Tulloch recomendó a su audiencia británica que en cuanto surgieran los primeros fríos, lo mejor que podrían hacer era tomar un barco y llegar al puerto de Buenos Aires.

Eran los tiempos en los que parte del mundo miraba a la Argentina con admiración.

“SU CALENTURIENTA IMAGINACIÓN”

Bajo el título: “Un marido infiel”, *La Razón* del 15 de enero de 1906 recogió un pequeño escándalo casero que, por tener su desenlace en la vía pública, y por la fortuita presencia de un periodista del medio aludido, se convirtió en noticia.

El hecho que vamos a narrar ha sucedido en plena calle de Chile y Buen Orden [hoy Bernardo de Irigoyen] *y ante un número considerable de curiosos que saboreaban el diálogo chispeante entre una esposa ofendida y un marido infiel. Es muy raro el caso de que un hombre ya entradito en años y con una mujer llena de vida y atracciones vaya en busca de idilios amorosos, faltando a los sagrados deberes del matrimonio y al juramento de fidelidad que ante el cura párroco prestó en otra época de lisonjeras fantasías. Pero, modernizadas las costumbres, afrancesadas las ideas con el ambiente art nouveau introducido al país, más de un hombre bueno incapaz de requebrar una belleza de mármol, ha perdido la chaveta y se ha lanzado por esas calles de Dios en busca de aventuras que no siempre han tenido color de rosa.*

Y sino vean ustedes: Don Roberto N. es un mortal decidido a vivir lo mejor que se pueda, teniendo la suerte de haber contraído enlace con una señora de regular posición social, contando con un capital efectivo, que al decir de su esposa, ha ido dilapidando paulatinamente su cónyuge hasta dejar las finanzas en una debilidad que raya en anemia.

Ella le increpaba constantemente su conducta ligera, llegando hasta amenazarle con seguirle sus pasos y ver si las denuncias que le habían llegado y las sospechas que ella abrigaba se convertían en crueles realidades o eran solo ilusiones forjadas al calor de su calenturienta imaginación.

Don Roberto protestaba de esas sospechas y autorizó a su esposa para que investigara la forma en que desarrollaba su actividad con el fin de

mostrar su inocencia ante su cara mitad y ante la sociedad en que alterna. Por supuesto que esta autorización la concedía don Roberto en la creencia de que su esposa no iría a utilizarla.

Mientras estas escenas conyugales se repetían día a día en el secreto del hogar, nuestro hombre se entretenía en galantear una modistilla coquetona y picaresca que presta sus servicios profesionales en una "Maison de Modes" de la calle Florida pasando Lavalle.

La traviesa costurera se llama Antonia G., española, como de veinte años, reúne ciertas dotes de belleza poco vulgar, lo que ha determinado a don Roberto a faltarle a su celosa costilla.

Esta mañana a las ocho, como de costumbre, nuestro hombre se estacionó en la calle referida y al pasar la modistilla del cuento con otra compañera para la colocación [empleo]*, se le apareó y entró en su coloquio cotidiano, con desenvoltura y regocijo.*

El pobre don Roberto no contó con la huéspeda, pues no bien había andado media cuadra, su ofendida esposa se interpone entre su marido y la joven galanteada, la que viendo la actitud de la señora, se escabulló como galgo asustado.

La señora de don Roberto tomó a su esposo por las solapas y le dijo más de cuatro cosas feas que el pobre marido tuvo que aguantar como chaparrón en descubierto.

Se amontonó la gente. Intervino el vigilante de la sección 8va., don Roberto quería disparar, su esposa le detenía y le insultaba, la compañera de Antonia fue detenida, también. El cuadro resultó interesante y el agente quería marchar con todos a la comisaría por el desorden producido.

Felizmente aparece el oficial inspector y, enterado del hecho, medió diplomáticamente con el matrimonio, que partió en coche a su domicilio a arreglar en el silencio del hogar las cuentas pendientes, mientras el agente hacía despejar la vereda inundada de curiosos maliciosos que festejaban el incidente.

Hemos hecho este relato por ser uno de los pocos casos en que un marido engaña a su mujer.

Nos resta agregar que la "Maison de Modes" era el nombre popular de la "Maison Jolly à l'Elégance", muy conocida por el surtido de

sombreros importados. La Maison publicaba avisos en español y en francés, anunciaba la llegada de nuevas remesas y estimulaba a su clientela con frases del tipo “precios imbatibles” o “apresúrese a elegir”.

De todas maneras, no había nada que Roberto N. pudiera aprovechar en tal negocio. Salvo que quisiera hacerle un regalo, de reconciliación, a su “ofendida esposa”.

LA PUERTA GIRATORIA

La muerte de Bartolomé Mitre, el 19 de enero de 1906, provocó multitudinarias manifestaciones de duelo a lo largo del país. Los diarios publicaron suplementos especiales, los poetas volcaron su arte en el papel, se pronunciaron cientos de discursos y se acuñaron medallas. Los presos tampoco quedaron al margen. “No hay mal que por bien no venga” es el título de esta información brindada por la edición vespertina de *La Razón* del 20 de enero.

> *Esta mañana a primera hora en el depósito de contraventores se notaba un movimiento nada común. Y en los rostros de los detenidos se reflejaba cierta alegría y regocijo como si estuvieran en vísperas de recibir alguna notificación favorable. En efecto, el hecho no tardó en producirse. El jefe de policía* [Rosendo Fraga]*, en atención al duelo nacional que se celebra por la muerte del esclarecido patricio, alma historia de nuestra tierra, ordenó que hoy a primera hora fueran puestas en libertad todas las personas que estuvieran detenidas por contravenciones leves.*
>
> *La orden se cumplió y los agraciados, al saber el motivo de su libertad, desfilaron para la calle con una alegre tristeza a tomar parte en las ceremonias fúnebres a realizarse. Algunos decían: no hay mal que por bien no venga; y otros repetían: viva la libertad.*
>
> *En cambio, mientras los contraventores por causas mínimas obtenían su libertad, ingresaban a pelotones todos los lunfardos* [ladrones] *que merodeaban por la población en procura de algún reloj o cadena que cayera en sus manos, en medio de los tumultos que se forman alrededor de la Casa de Gobierno y otros sitios concurridos en estos días de movimiento anormal.*

Aunque no se trataba de los mismos sujetos, el intercambio fue notable: entraban por una puerta y salían por la otra.

DOS DUELOS, SEIS PADRINOS Y DOS CRÍMENES

Era una de las tantas conversaciones que podían darse en un encuentro social en las tardes de Buenos Aires. Sin embargo, un comentario encendió la mecha. En noviembre de 1907, una señorita perteneciente a una distinguida familia de la ciudad reveló con alegría que el corazón de su hermana ya tenía dueño. Se refería a Miguel De Santi, un caballero italiano de treinta años que había emigrado al país con sus padres siendo niño (la familia era oriunda de Campobasso, en el centro sur de la península itálica). En 1907, el agraciado De Santi llevaba doce años —tal vez un poco más— dedicado al oficio que le brindaba sustento: era fotógrafo especialista en retratos y producciones de estudio.

La confesión de la hermana de la enamorada se topó con un iceberg. César Matías Roldán se permitió opinar que esa relación no correspondía, ya que una señorita de sociedad no podía aspirar a vincularse sentimentalmente con un fotógrafo. La observación del caballero no tardó en llegar hasta De Santi, trabajador honrado que se sintió ofendido en su orgullo. De inmediato convocó a dos personas de su confianza, el teniente de fragata Arturo Cueto, con carrera ascendente en la Armada, y el ingeniero Juan Ángel Briano, 30 años, quien se desempeñaba en el Ministerio de Obras Públicas, especializado en ferrocarriles.

Los nombró sus padrinos. Esto significaba que debían informarle a Roldán —un año mayor que el italiano— que su ahijado estaba ofendido y que lo retaba a batirse en el campo del honor. Ese era el primer paso. Luego dependían de la reacción de Roldán, que manejaba las siguientes alternativas: designaba sus dos padrinos para que se reunieran con los del fotógrafo y organizaran el duelo, o enviaba una carta en la que se retractaba y expresaba sus disculpas para, de esta

manera, dejar a salvo el honor del ofendido.

El jueves 14 de noviembre los padrinos se entrevistaron con Roldán en su escritorio de la calle Florida 230. El caballero consideró que el planteo de los señores era absurdo. Pero trató de conservar la calma y, más allá de que les diera su particular parecer, acordó con sus interlocutores que les enviaría una carta aclaratoria. Esa tarde recibieron la nota con un largo texto, cuyos puntos salientes fueron:

—Recuerdo que, dialogando en una reunión social con una niña, supe que su señorita hermana era festejada por dicho señor De Santi, y como se ofreciera dar mi opinión, lo manifesté en forma quizás algo humorística: es lamentable que una niña de posición social distinguida sea festejada por un fotógrafo.

—Dentro de mi concepto, en las diferentes categorías que mi criterio clasifica a las profesiones, la del fotógrafo no me parece distinguida en el sentido social de la palabra. La equiparo con otros gremios similares; y este es un concepto íntimo que está en la sangre, que no puede ser desalojado y que profesan con la misma convicción que yo todos aquellos que han tenido la suerte de nacer con cierta cuna, de llevar cierto apellido y de poder actuar en cierto ambiente social donde aquellos no son admitidos sino en el ejercicio de su profesión.

—¿Es esta y aquella frase mía un ataque personal, una ofensa, un agravio al señor De Santi? No, de ninguna manera. Ese es mi concepto de la profesión que ejerce De Santi y no de De Santi mismo.

—Creo que la ocupación no es distinguida, pero no humillante ni mucho menos.

—En cuanto a la persona del señor De Santi, debo manifestarles que, salvo aquella en la cual me rectifico, jamás he tenido otras vinculaciones con él como no sea en su calidad de fotógrafo, esto es, le he encomendado trabajos, me los ha hecho y se los he pagado. Eso es todo.

—Con lo expuesto creo dejar ampliamente satisfecha la misión de ustedes, por cuanto la persona del señor De Santi, según queda explicado, jamás ha sido objeto de mi atención, quizás por tener otras cosas más agradables, interesantes o graves de qué ocuparme.

Tales fueron los principales conceptos de la carta que envió a los

padrinos. El ingeniero y el teniente de fragata esperaban otro tipo de respuesta. Resolvieron enviar una carta al ahijado De Santi y, a la vez, solicitar que fuera publicada en los vespertinos. El sábado 16, los lectores de *La Razón* y otros medios pudieron leer la solicitada con el texto dirigido al fotógrafo:

> *Buenos Aires, Noviembre 15/1907.*
> *Señor Miguel De Santi. Estimado amigo:*
> *En cumplimiento de la misión con que nos honró, nos apersonamos al señor César M. Roldán y le exigimos una amplia satisfacción por las injurias de que lo ha hecho objeto o una reparación por las armas.*
> *El señor Roldán después de algunas divagaciones, nos prometió dirigirnos una carta dando las satisfacciones exigidas y confiando en su palabra aceptamos, siendo sorprendidos más tarde por una misiva insolente en que se faltaba a lo convenido y a la verdad.*
> *En consecuencia devolvimos dicho documento y exigimos de dicho señor una carta, cuyo formulario* [texto preescrito] *le acompañamos o en su defecto el nombramiento de dos representantes para ultimar el asunto.*
> *El señor Roldán nos devolvió su primitiva carta, manteniendo sus términos y no contestando a nuestra exigencia.*
> *La conducta de dicho señor no tiene excusación posible y están de más los comentarios. De hecho queda completamente descalificado como hombre de honor puesto que no ha sabido afrontar la situación que había creado con su maledicencia.*
> *Con esto damos por terminado este asunto, repitiéndonos sus afectuosos amigos. Arturo Cueto y Juan A. Briano.*

Antes de avanzar hay un par de puntos que vale la pena conocer. Las reuniones de los padrinos de los contendientes permitían que, en caso de reto aceptado, ambas partes establecieran el lugar, día y hora, la elección de los médicos que debían estar presentes y las armas a emplear, elección que hacían los representantes del retado. Según vemos, este caso no llegó a mayores.

El asunto había comenzado en una charla íntima en un encuentro social y terminó siendo el comentario de todos. La polémica planteada por Roldán, al establecer que por su profesión el fotógrafo italiano no

debería ingresar al entorno exclusivo de la sociedad argentina, fue largamente debatida.

La solicitada de los padrinos del fotógrafo daba por terminado el incidente. Pero no. Todo hubiera concluido ahí si no fuera porque Roldán reaccionó frente a la carta de los padrinos: "La falta de cultura en los términos en que está redactada y la alteración maliciosa de los hechos me obliga a publicar la carta mía que ha originado esta situación en que gratuitamente me veo envuelto". No conforme con el descargo, escribió al joven abogado José Abel Palacios y a Eduardo Livingston, reconocido comerciante de bienes raíces, para que lo representaran. Según su mirada, los padrinos del italiano lo habían ofendido a él, entonces tenía derecho a retar a duelo a uno de los dos. Optó por el ingeniero y descartó al marino.

Allá fueron Palacios y Livingston a comunicarle a Briano lo decidido por su representado. El caballero designó a sus padrinos y entraron en escena el comandante naval Néstor Alisedo y el doctor José Ignacio Goñi. A esta altura de la historia tenemos: un comentario, una solicitada, dos ofendidos y seis padrinos.

En la reunión de las dos parejas de representantes no se alcanzó ningún acuerdo. Los mediadores de Briano sostenían que Roldán, antes de batirse con él, debía hacerlo con De Santi. Mientras que los que acudieron en nombre de don César insistían en que ese era un tema cerrado y que debían responder por este duelo. Así terminó el asunto, sin que nadie se pusiera de acuerdo con nadie.

Desconocemos el derrotero sentimental del fotógrafo. Solo sabemos que unos años después seguía soltero, por lo que deducimos que aquella pasión por la señorita de sociedad no maduró lo suficiente. En el rubro "Qué fue de la vida de…" podemos agregar algo sobre cuatro de los padrinos: el arquitecto Briano, el teniente de fragata Cueto, el doctor Palacios y Livingston, el hombre de los negocios inmobiliarios.

Briano inventó, junto con dos amigos, un sistema de protección del ganado para no ser arrollados por el tren, además de innumerables obras ferroviarias. Cueto fue progresando en la Armada y el 9 de octubre de 1922 asumió una Dirección General en el Ministerio de Marina. Duró dos días en el cargo. Fue removido y reemplazado, suponemos que por motivos políticos, ya que al día siguiente asumía la

presidencia Marcelo T. de Alvear.

Por su parte, José Abel Palacios terminó sus días en La Plata, a comienzos de 1909. Era soltero, tenía 36 años y fue baleado en las calles 55 y 9 (barrio El Mondongo), a una cuadra de su casa. Un par de horas después se presentó en la comisaría Gualberto Illescas, quien confesó el crimen. Eran vecinos. Un asunto vinculado con una señorita los distanció. Los Illescas eran hijos del procurador de La Plata. Se estableció que Gualberto había actuado en defensa propia.

En cuanto a Eduardo Livingston, una noche de julio de 1914 recibió en su hogar a su cuñada Carmen Guillot e hijos. Poco antes habían asesinado a su hermano Carlos en un intento de robo, dentro de su casa, al llegar en plena noche. Los niños de la víctima dormían, mientras que Carmen se encontraba cosiendo y el ruido de la máquina le impidió percatarse de lo que estaba ocurriendo. Conversando, Eduardo y su cuñada recordaron cuando meses atrás habían atacado a Carlos en el barrio de Belgrano. Tal vez eran hechos aislados. Tal vez, no. Hoy sabemos que la respuesta es un rotundo no. Y más aún: los asesinos, que fallaron en su primer intento, habían sido contratados por Carmen Guillot, quien corrió a refugiarse a la casa de su cuñado Eduardo Livingston, aquel que fue padrino de Robles, el ofensor ofendido del incidente Roldán de 1907.

LA SIMULADORA

Debido a los innumerables casos de aprovechadores en las estaciones terminales, los investigadores de la Policía recorrían vigilantes el trajinar de pasajeros que iban y venían, con el ojo agudo para detectar a los sospechosos de siempre. Los periodistas de policiales, que solían recorrer las comisarías apelando al olfato profesional, se encontraron con esta historia que se publicó el 15 de marzo de 1907 en el diario *La Nación*:

Caso de simulación:

Confundida entre los numerosos pasajeros que desembarcaron ayer por la mañana en la estación Constitución de un tren procedente del lejano sur, había una persona cuyo aspecto extraño llamó desde luego la atención de uno de los agentes de la comisaría de investigaciones. Con ojos avizores el experto pesquisante creyó descubrir algo singular en el joven viajero. Su rara indumentaria, su actitud indecisa y su modo peculiar en el andar le convencieron después de breves momentos de atenta observación de que se hallaba en presencia de un curioso caso de simulación.

Sin temor de equivocarse, el perspicaz agente se aproximó al viajero y le pidió lo acompañara hasta las oficinas de la comisaría, a lo cual el recién llegado no opuso objeción alguna. Vestía el detenido unas bombachas de amplio vuelo, que ocultaban malamente las formas de las piernas. Un sombrero de anchas alas cubría su cabeza, dejando escapar largos cabellos ensortijados y calzaba altas botas que le llegaban hasta más arriba de las rodillas.

Llevado a presencia del subcomisario, señor Laguarda, a quien el empleado comunicara sus sospechas, se procedió a interrogar al detenido respecto a los móviles que le habían inducido a abandonar la indumentaria femenina, pues no había duda alguna de que era mujer. Y

en efecto resultó así.

Respondiendo a las preguntas que le dirigían, manifestó llamarse María López, española, natural de Lugo, de 16 años de edad. Según su relato, hace algunos meses abandonó su país natal después del fallecimiento de la madre y se decidió a emprender viaje a América.

Ansiosa de adquirir una fortuna, sin otros recursos que su firme voluntad y sus conocimientos en faenas de campo, en las cuales es muy competente, se embarcó para nuestro país, llegando hace poco más de mes y medio. Días después de su arribo se le proporcionó en una agencia de colocaciones un trabajo en la estación Pirán y hacia allí se dirigió en el acto, sin que durante la travesía desde Europa y su permanencia en la capital se advirtiera, gracias al disfraz, su condición de mujer.

Los mismos peones del establecimiento ganadero, donde por espacio de un mes ha tenido a su cargo una majada, no sospecharon nunca su verdadero sexo, razón por la cual no se le molestó jamás.

Su viaje a la metrópoli lo hace por simple paseo y en su modesto equipaje trae ropa de mujer, con las cuales sería muy difícil reconocer al joven campesino.

Después de las manifestaciones expuestas al funcionario policial, la joven recobró la libertad por disposición del señor Rossi, por no haber motivos para mantenerla arrestada.

En el texto no se emplean las palabras travesti o travestido porque, si bien se conocían, su significado era: “disfrazado” o, más aún, “disfrazado ridículamente”. Era voz italiana, pero muy empleada en Francia, sobre todo para anunciar los bailes de máscaras y disfraces (*“masqué et travesti”*). Calificar a la joven en el término “travesti” habría sido mal interpretado.

EL ANDARÍN PIETRI

Luego de las horas de clase, el niño Dorando Pietri ayudaba a los padres a trenzar sombreros de paja en un pueblito del norte de Italia, en la provincia de Módena. Gracias al esfuerzo de todos pudieron mudarse a Carpi, la principal ciudad de la zona, donde establecieron una verdulería. Esta nueva actividad tenía para Dorando el atractivo de la atención al público, el contacto con la gente. Pero le duró poco. Cambió de rubro, convirtiéndose en empleado y mozo de una confitería. Tenía catorce años y vivió con alegría el hecho de trabajar fuera de su casa y recibir un pago a cambio. De todos modos, esa no era su vocación. En realidad, lo que más deseaba era correr, es decir, ser un andarín o andariego.

Conociendo el gusto del mozo por la velocidad pedestre, cierta vez el dueño de la confitería le pidió que volara a entregar una carta escrita a último momento. Se trataba de correspondencia que debía llevar hasta la estación, antes de que el tren partiera rumbo a Reggio, ya que necesitaba una respuesta urgente. El joven se fue con la carta y no regresó sino al cabo de cuatro horas. La estación estaba a unos cuantos minutos. ¿Por qué se había demorado tanto? Dorando le contó a su enojado jefe que el tren ya había salido y resolvió hacer los veintipico de kilómetros a Reggio para entregar la carta, y no solo eso: ¡volver con la respuesta!

Esta anécdota fue narrada por un amigo, Carlo Tarnassi, quien además lo describió “pequeño, moreno, con ojos negros y vivaces, robusto, siempre alegre y siempre pronto para bromear”. Probablemente, una de sus mayores alegrías habrá sido una tarde, a mediados de 1904.

Aquella vez, los vecinos de Carpi se agolparon alrededor de la plaza para seguirle los pasos a un atleta que hacía una demostración de su capacidad. El andarín Pericle Pagliani había cosechado merecida fama

y hacía una demostración dando tantísimas vueltas a la plaza a buen ritmo, durante media hora. Como solía ocurrir, algunos chicos se sumaban detrás del corredor imitándolo, hasta que se agotaban. Pero había uno, no tan chico, que resistía. Era Dorando, quien corría con su ropa de calle y de trabajo, provocando risas, aplausos y algunas burlas. Para sorpresa de todos, incluso del campeón Pagliani, el mozo de la confitería no solo completó el recorrido, sino que se mostraba más entero que el velocista. A partir de aquel episodio, Dorando se dedicó a la competencia en forma exclusiva. En términos más propios: comenzó su carrera. Y fue con obstáculos. El principal, que no conseguía entrenador, porque los especialistas opinaban que carecía de un físico adecuado. La solución fue que su hermano mayor, Ulpiano, hiciera las veces de preparador.

Pietri ganó algunas competencias, entre las que figuró una prueba de treinta kilómetros en París en 1905. Ese fue su pasaporte para participar en los Juegos Olímpicos de Londres, el 24 de julio de 1908, en la carrera que reunía a los más resistentes.

Los atletas recorrerían 42 kilómetros y 195 metros, desde el fondo del jardín del castillo de Windsor, punto de partida de la competencia, hasta el estadio de White City.

La carrera se inició a las 14:30 bajo un calor sofocante que iría diezmando a los 56 competidores. A solo tres kilómetros del final, Pietri —luciendo el dorsal 19 y un pañuelo de cuatro nudos en la cabeza— alcanzó la punta luego de un esfuerzo sobrehumano. Ingresó al estadio y recibió la ovación de 75.000 espectadores sorprendidos, pues esperaban ver primero al favorito, el sudafricano Charles Hefferon. Restaba correr los cuatrocientos metros finales, que terminaron siendo los más dramáticos que jamás se hayan visto.

Al superar el arco que lo depositó en la pista, se mareó y dobló en forma errónea hacia su derecha. Los asistentes de la carrera le hicieron señas para que fuera hacia el otro lado. Dio veinte pasos en el sentido correcto y cayó desplomado. Pasó más de un minuto sin reaccionar. Desde las tribunas clamaban que lo asistieran. Un médico y un comisario deportivo lo ayudaron a incorporarse. Con el resto de sus fuerzas, reinició la marcha.

Apenas pudo sostenerse y volvió a caer.

Se puso de pie, avanzó, pero perdió el equilibro una vez más. Ulpiano le frotó las piernas. Extenuado, pero con voluntad plena por el impulso de un estadio que lo alentaba hasta las lágrimas, Dorando Pietri cruzó la meta. “Gracias a Dios que se levantó”, escribió el cronista del *Daily Mail*. Habían transcurrido 9 minutos y 46 segundos desde su ingreso al estadio. Traspasó la línea de llegada y se desmayó. Se lo llevaron en camilla.

John Hayes, estadounidense, completó la carrera 32 segundos después. Los representantes de su país solicitaron que se descalificara al italiano por haber recibido ayuda. Se accedió al reclamo y Hayes fue declarado vencedor. Era justa la decisión, pero la escena de Pietri levantándose para seguir y seguir quedó marcada en las setenta mil almas presentes y en los lectores de las crónicas periodísticas. El hombre del *Daily Mail* lo entrevistó. Pietri le aseguró que se encontraba fresco y en excelentes condiciones cuando llegó al estadio. “Pero las aclamaciones entusiastas de la enorme multitud y la satisfacción del triunfo lo impresionaron tanto que le quitaron fuerzas hasta el extremo de hacerlo flaquear”. ¿Quién era el cronista del periódico inglés que le hizo la nota? Sir Arthur Conan Doyle; sí, el que conocemos. ¿Y el favorito Hefferon? El sudafricano se quedó con la medalla de plata porque llegó detrás de Hayes.

La entrevista a Pietri se leyó a la mañana siguiente de la carrera. Por la tarde, durante la clausura de los Juegos en el estadio, la reina Alejandra se encargó de entregar los premios a los atletas de todas las disciplinas. La ceremonia comenzó con la aparición de Dorando, quien caminó por el borde de aquella pista que había padecido, acompañado por atletas de su país que llevaban la bandera de Italia desplegada. Al llegar al palco, la reina le hizo seña de que subiera y le entregó una “copa de honor”. Bajó y completó el recorrido en medio de la que terminaría siendo la mayor ovación de la jornada.

El próximo capítulo de esta fantástica historia se escribió en noviembre de 1908 en el Madison Square Garden de Nueva York, cuando corrieron los 42 kilómetros, mano a mano, Hayes y Dorando, ante un estadio repleto de concurrentes. Ganó Pietri por apenas cuarenta segundos de diferencia. A esa altura, la fama del italiano era universal.

Ahora sí, nos trasladamos a la Argentina, donde se seguía con atención el devenir del joven de Módena.

Pocas veces se había corrido el maratón en el país. Los registros mencionan que Claudio Peralta ganó uno en 1903, pero se desconocen la distancia y otros detalles. El del 24 de noviembre de 1907 unió Palermo y San Isidro, ida y vuelta —cuarenta kilómetros— y venció Manuel Bejos. Otro (10/10/1908) coronó a Manuel Giachino en la categoría civiles, y a Luis Vitorelli, en la de militares.

En diciembre —cinco meses después de la épica carrera de Londres — se disputó en Buenos Aires una nueva edición. Se buscaba al mejor de los nuestros para desafiar al legendario Pietri. Por problemas de organización no logró concretarse. Por lo tanto, Giachino, el vencedor de octubre, quedó como retador.

Eugenio Pini, profesor de esgrima, uno de los primeros deportistas que dio la Argentina, convocó al andarín italiano, quien aceptó el desafío.

Ya veremos cómo resultó eso.

Ahora hablemos de cuando los Juegos Olímpicos volvieron a Londres cuarenta años después, en 1948. Semanas antes de la competencia, Pietri volvió a ser noticia.

Entrevistado por *The Evening News*, contó que residía en Birmingham, donde atendía su pub, el Café Dorando. Conservaba medallas y fotos de los días de gloria.

Se aprestaba a partir a Londres (era invitado especial a los Juegos), cuando llegaron al pub cuatro vecinos de Carpi. Le hicieron el pedido en el dialecto de Módena. El hombre no supo qué contestar. Era un impostor, un conocido estafador llamado Pietro Palleschi.

Dorando había muerto en 1942.

En cuanto a la competencia de Londres de 1948, el primer maratonista en ingresar al estadio fue el belga Étienne Gailly. Al igual que Pietri, cayó extenuado antes de cruzar la meta. Dos competidores lograron sobrepasarlo. El ganador de la medalla dorada fue el bombero argentino Delfo Cabrera.

NEWBERY, CASAMIENTO EN LA INTIMIDAD

Con un concierto, Sara Escalante celebró su despedida de soltera, cuatro días antes de contraer matrimonio con Jorge Newbery. Su hermana Laura colaboró como anfitriona de las setenta invitadas a la *diner en blanc*. El eximio arpista italiano Felice Lébano (profesor del exclusivo grupo social) y la cantante lírica finlandesa —madame Adée Leander Flodin— animaron la velada. Pero también las chicas mostraron su arte. Laura se sentó al piano y Sara ejecutó el arpa. Ambas, aventajadas alumnas del maestro Felice, deleitaron a sus amigas con un miniconcierto. A pedido de las señoritas, Josefina Arana interpretó obras de Chopin. La fiesta tuvo todos los condimentos de un encuentro encantador.

En los diarios se anunció que el casamiento se realizaría en la más estricta intimidad "por el luto que envuelve a la familia del novio", debido a "los hechos que son de público conocimiento". A mediados de octubre, los Newbery sufrieron la pérdida de un hermano, Eduardo, quien volaba en el globo *Pampero* y nunca regresó.

La boda se realizó en casa de la novia, Esmeralda y Santa Fe, a metros de la Plaza San Martín, en el barrio de Retiro.

El acta matrimonial informó:

En la Capital de la República, a 23 de Noviembre de 1908, a las nueve y treinta de la noche, en casa de la contrayente, donde actúo, comparecieron ante mí, Jefe de la Sección Veinte del Registro: Jorge Newbery de 33 años, soltero, argentino nacido en esta Capital, ingeniero, domiciliado Moldes 2368, hijo de Rodolfo Newbery, norteamericano (naturalizado argentino), fallecido, y de Dolores Malagarie, argentina, domiciliada en la misma casa que su hijo; y Sara Escalante, de 19, soltera, argentina nacida en esta Capital, domiciliada Esmeralda 1060,

hija de Wenceslao Escalante, abogado y de Javiera Reto, argentinos, domiciliados en la misma casa que su hija.
Y me manifestaron que querían desposarse en presencia del padre de la menor, quien prestó su consentimiento para este acto, y de los testigos: Arturo Peró, de treinta y seis años, casado, comerciante, domiciliado Callao 1540, Federico Quintana, de treinta y cinco años, casado, rentista, domiciliado 25 de Mayo 202, Tomas Vallée, de treinta y ocho años, casado, militar domiciliado Uruguay 745, Carlos Ibarguren, de treinta y un años, casado, abogado, domiciliado Lima 236, Federico Helguera, de cuarenta y tres años, casado, abogado, domiciliado Esmeralda 1259 y Aureliano Bosch, de veinte y cinco años, soltero, ingeniero, domiciliado Uruguay 1286, quienes declaran que respondían de la identidad de los futuros esposos y los creen hábiles para contraer matrimonio.
No habiéndose producido oposición y previo consentimiento prestado de forma por los contrayentes, declaré en nombre de la Ley, que Jorge Newbery y Sara Escalante quedaban unidos en matrimonio. Leída el acta, la firmaron conmigo, los esposos, el padre de la menor y los testigos en ella indicados.

La ausencia de damas se explica porque en esos años, y hasta mucho después, la mujer no podía firmar como testigo en un instrumento público. Ibarguren, Helguera y Bosch lo fueron por parte de la novia. Completado el acto civil, allí mismo dio inicio a la ceremonia religiosa, a cargo de monseñor Romero, titular de la Iglesia del Socorro.

La novia lucía un espléndido traje "Directoire" [ceñido, resaltando el busto, escote cuadrado, falda angosta, pero no ceñida] *bordado con manto de corte también bordado y adornado con encajes de canesú, sobre el cual resaltaba su perfil fino y aristocrático.*

La descripción, brindada por *La Argentina*, se acompaña de otro dato que llama la atención: "Dar una lista de las personas que asistieron esta boda, una de las más suntuosas realizadas este año, a pesar del carácter íntimo que quiso dársele, sería apuntar los nombres de todo Buenos Aires aristocrático".

Nosotros sí vamos a dar una lista: la de los regalos recibidos, aunque seguramente incompleta.

Comenzamos con el novio y los consuegros:

Jorge Newbery, un anillo solitario de brillantes.

Wenceslao Escalante, un collar de perlas.

Javiera Reto de Escalante, un reloj y un prendedor con esmalte y brillantes.

Dolores Malagarie de Newbery, una hebilla de brillantes y perlas.

Los concuñados:

María Laura Escalante, una cadena de platino y perlas.

Elena Newbery de Billoch, un *pendentif* (colgante) de oro cincelado con brillantes y perlas.

Ernesto Newbery, un prendedor con rubíes, brillantes y perlas.

Rodolfo Newbery, un anillo de perlas y brillantes.

Dolores Newbery y su marido Eduardo Alfredo Parker, una pulsera de oro y brillantes.

Elvira Newbery y su marido Ricardo Joost Llambí, una fosforera de oro.

Anita Newbery, un pinche de oro y brillantes.

Juan Waldorp (novio de Anita), una pulsera con perlas y brillantes.

Los testigos (salvo Quintana, ya que no hemos encontrado el dato de su obsequio):

Aureliano R. Bosch, un anillo de brillantes y rubíes.

Arturo Peró y señora, una miniatura.

Federico Helguera y señora, un anillo de brillantes y rubíes.

Tomás Vallée y señora, un juego de cucharitas de plata para helados.

Carlos Ibarguren y señora, compoteras de cristal y oro.

Otros parientes, amigos y conocidos:

Julia del Carril de Viale, una pulsera con brillantes y perlas.

Samuel Hale Pearson, una pulsera de perlas y esmeraldas.

Juan Rivera, *marquise* (sortija) con brillantes.

Carlos F. Melo y señora, una *barrette* (prendedor) de brillantes y rubíes.

Francisco L. García y señora, un anillo de oro y brillantes.

Nicanor A. de Elía y señora, un anillo de brillantes y esmeraldas.

Mercedes Van Praet, un *pendentif* de brillantes y esmeraldas.

Wenceslada G. de Crespo, un *pendentif* de brillantes y perlas.

Mauricia Van Praet de Acosta, encajes de Venecia.

Benito Villanueva, un reloj con esmalte y brillantes. Florencia Bosch, una bolsa malla de oro y piedras.

Lola Marta Avellaneda, un prendedor de perlas y brillantes.

José A. Viale, un prendedor de rubíes.

Adriana Aguirre, un prendedor de oro y rubíes.

Sara Shaw, un cabo de sombrilla con topacio y rubíes.

Mariano Marcó y señora, un prendedor de perlas, rubíes y brillantes.

Francisco Bilbao, un prendedor de oro.

Luis María Estrada Zelis, un prendedor de oro y brillantes.

Teodosia y Julia Blanca Roca, un abanico de Bruselas.

María e Isabel García, un abanico antiguo.

Agustina Roca de Uriburu, una hebilla de oro.

Antonio M. Battilana, un abanico pintado antiguo.

Celia y Alina Frers, una hebilla de oro.

Mercedes Sáenz Valiente, una bombonera de marfil y oro.

María Luisa y Teresa Peró, un abanico de carey.

Alberto Escalante, una pastillera de oro.

Juan G. Girondo y señora, un anillo de brillantes y rubíes.

Salvador M. Viale y señora, un *nécessaire* de oro.

Hugo Novaro y señora, un pinche de oro y brillantes.

Raúl Novaro y señora, un alhajero de porcelana de Saxe y bronce.

María Luisa Tornquist de Barreto, una hebilla de oro.

Elena Lastra de Schoo, un abanico.

Elvira P. de Ezcurra, un cabo de sombrilla con oro, brillantes y zafiros.

María Luisa Zamudio de Balbín, una hebilla de oro.

Sara Mesquita, una bombonera con miniatura de marfil y oro.

María Luisa M. de Ledesma, una sombrilla y abanico de encaje a la aguja.

Mercedes Gómez Pombo, una bombonera grabada de plata de Vermeil.

Josefina Guillermina Arana, una marquise de brillantes y rubíes.

Clementina Achával de Quintana, un abanico Verni Martin.

Emilio Lamarca, un posa menú de plata y oro.

Carmen Christophersen, una pulsera cincelada de oro y brillantes.

Sara Hueyo, un cofre de porcelana de Saxe.

Alfonso Mujica, un tintero de plata.

Enrique T. Sojo, un par de bomboneras de porcelana de Saxe y bronce.

Lola Campos Urquiza, una porcelana *biscuit* (figuras sin esmaltar).

José Billoch y señora, un juego de escritorio de bronce y nácar.

Señoritas de Acosta, una jardinera porcelana bañada en oro.

Carlota Díaz de Vivar de Unzué, un juego de porcelanas de Saxe.

Guillermo Bosch, un angular de marfil y oro.

Alberto E. Castex y señora, una bombonera de Vermeil y plata cincelada.

Carmen Aráoz Reto, un juego de porcelana de Sèvres y bronce.

Luis Ortiz Basualdo, un cofre de marfil y bronce.

Esther y Lía Sansinena, un juego de té de oro.

Victoria Aguirre, floreros de Vermeil y bacará.

Ernesto G. García, un alhajero antiguo con miniatura.

Doctor Webster, un juego de tazas de porcelana de Saxe y bronce.

Nicolás Barbará, un bronce artístico.

Isabel Bonorino Udaondo, un *onglier* (para conservar las uñas postizas) de marfil y oro.

Ernesto P. Senillosa, un juego de saleros de plata.

Señoritas de Roca, bizcocheras de Vermeil y cincelados.

Clara Josefina Maschwitz, un *biscuit*.

Ramón Gil Castilla y señora, una bombonera de porcelana.

Mr. Robert Inglis Runciman, un florero de porcelana y plata.

Celina Atucha de Battilana, juegos de frascos de cristal y oro cincelado.

Emma Rosa Areco, un mármol.

Vicente Ojeda y señora, saleros de cristal y bronce.

María Luisa Fernández de Piera, un espejo de miniatura.

Sir Courtenay, un tintero y candelabros de mármol y bronce.

Elisa Agote, despojadores de plata (cajitas que sirven para despojarse de lo que uno lleva encima, anillos, broches).

Carolina S. de Atucha, un cofre de cristal y bronce.

Vicente Oliden y señora, un violetero (florero para violetas) de cristal y bronce.

María Lidia Lloveras, una bombonera artística.

Julieta y Alicia Viale, una valija *nécessaire* de Vermeil.

Rafael Peró y señora, bomboneras de plata.

Carolina Poviña de Padilla, floreros de bacará y bronce.

Onofre Betbeder, una huevera de porcelana de Saxe.

Ana María Ledesma, una bombonera de oro.

Enrique Teodosio Sojo y señora, despojadores.

María Luro de Chevalier, un juego de licorera de cristal.

Julio Etchecopar de Nougués, un florero de bacará y bronce.

Josefa y Landelina Escalante, un crucifijo de marfil.

María Méndez, una hebilla de oro.

Vicente Casares y señora, un florero.

Adolfo Casabal, una bombonera esmaltada.

Miguel Terry, bombonera de porcelana de Sèvres y bronce.

Señoritas de Senillosa, una maceta de Vermeil.

Ramón Blanco, un *nécessaire* de Vermeil. María Rosa M. Murature, un cofre.

Vicente C. Gallo y señora, un violetero de porcelana de Sèvres y bronce.

Agustina y Clara Marcó Roca, una cartera de gamuza y oro.

Ernestina Quesada, un salero de plata.

Carlos A. Tornquist, violeteros de cristal y Vermeil.

Guillermo Seré, una lámpara y bronce.

Jacobo Parker y señora, un juego de cubiertos de plata.

Josefina Arraga, un violetero.

Narciso Agüero, jarras de plata.

Emilio Vernet Basualdo, un *jeu d'eau* de cristal y oro (en este caso se refiere a frascos para distintos usos, incluso para contener perfumes).

Sir Thomas Fleming, un tintero plata.

Eduardo Castex, una bandeja de plata.

Hortensia Peró de Ziegner, un marco de plata.

Miguel Padilla y señora, un *onglier* de plata.

Concepción R. de Roca, una lámpara.

Inés Arroyo, un violetero con miniatura.

Susana e Isolina Lagos, frascos de cristal y oro.

Francisco Oliver y señora, un juego de café de Sèvres y oro.

R. I. Mallol, un cortapapel de marfil y plata.

Jorge Rimball y señora, un juego de cepillos de plata.

Leonor L. de Dickinson, un juego de té de plata.

Gabriela Acosta, una bolsa malla de plata.

Empleados de la Dirección de Alumbrado, un juego completo de *toilette* de plata cincelada.

Jorge Lubari, un florero de plata.

Fernando U. de la Torre, un *biscuit*.

Señoritas de Urdinarrain, un despojador.

Alfredo Avellaneda, una lámpara de bronce.

Juan Billoch, jardinera de cristal y bronce.

Florencia Peña y Rita Aráoz Reto, frascos de cristal y Vermeil.

Augusto Scholz y Mauro Herlitzka, un juego de té de plata.

Adolfo Dávila y señora, un centro de mesa de porcelana de Sèvres y bronce.

Señoritas de Ledesma, un despojador.

Noemí Novaro de Lanús, un violetero de cristal y Vermeil.

María Luisa de la Cárcova, una bombonera de cristal y oro. Cora y Estela Gibson, una polvera de marfil.

José Gibson y señora, una jardinera de porcelana.

Clara Demarchi, un cofre de plata y oro.

Aurelia Ferrari de la Cárcova, una panera de cristal y plata.

Adolfo Gabarret, compoteras de plata inglesa.

General Benjamín Victorica, un centro de porcelana y flores. Lucrecia del Arca, una jarra de cristal y oro.

Gustavo López, violeteros de plata inglesa.

José Marcó del Pont (hijo), despojadores de cristal y oro.

Enriqueta Basavilbaso de Catelin, un jarrón de porcelana de Sèvres.

Elvira y Angélica Gómez Molina, una lámpara eléctrica.

Josefina N. de Nougués, jarrones de porcelana de Saxe y bronce.

Emilio Oromí Escalada, una escultura de bronce.

Amalia Nougués, un cofre antiguo.

Celina Lynch, un *biscuit* de bronce.

Carlos Gradín, una panera de plata inglesa.

María Venicia, Nélida y Angélica Roca, un abanico antiguo.

Arthur G. Praden y Judith Bilbao de Pruden, licoreras de cristal cortado.

Susana Aguirre de Gómez, un jarrón Imperio.

Marta Casares, un *biscuit* de porcelana de Sèvres y bronce.

Agustín Lesca, una escultura de bronce.

La firma Colson, Brookhouse y Pyne, un centro de plata.

Alberto Tedín Uriburu y señora, saleros de plata.

Florencio Lagos, una bombonera de porcelana de Saxe y oro.

Jorge Delforne, frascos de sales de oro.

Manuel Crespo y señora, botellones de oro y cristal.

Susana Aguirre de Gómez, un jarrón Imperio.

María Roca de Marchi, una bombonera.

María Teresa Valdés Uriburu, un despojador de oro.

Guillermo Small, una bandeja de plata.

Ernesto Padilla y señora, un tarjetero de porcelana de Sèvres.

Entre los 169 regalos enumerados, muchos son similares y dan la pauta de lo que se estilaba obsequiar en estos casos. Por lo general, se enviaban a la casa de la novia. Como las fiestas se llevaban a cabo en ese mismo lugar, un grupo de privilegiadas eran invitadas a visitar el cuarto de los regalos. Descartamos que así fue.

La Prensa apuntó que "después de beber una copa de champán, los desposados partieron para el Tigre". Allí tendrían su luna de miel.

El 26 de noviembre de 1909 nació Jorge Wenceslao, el hijo del matrimonio. En familia celebraron el primer año de vida del niño a fines de 1910. Sin embargo, los documentos informan acerca del "divorcio". Al margen del acta de matrimonio que hemos reproducido se lee:

En este Matrimonio se ha dictado sentencia de divorcio cuya parte dispositiva dice así: "Por estos fundamentos y de acuerdo con lo

dictaminado por los Ministerios Públicos fallo: declarando el divorcio de los cónyuges doña Sara Escalante y don Jorge Newbery por culpa del segundo y de acuerdo con el Art. 72 de la Ley de Matrimonio Civil, confiando a la madre el cuidado del hijo menor Jorge Wenceslao, con costas, a cuyo efecto regulo los honorarios del doctor [Adolfo Fermín] *Orma en mil pesos moneda nacional y los derechos procurativos de la sala en quinientos pesos de igual moneda. Insértese en el libro respectivo, comuníquese al Registro Civil de la Capital.*

La sentencia fue firmada por el secretario Adolfo Rawson y el juez Aureliano Gigena.

La fecha no ha sido insertada, pero hay indicios. En marzo de 1911, Sara y el pequeño Jorge Wenceslao iniciaron el primero de varios viajes a Europa, junto con los abuelos Escalante.

¿Existía el divorcio en 1910? No en el sentido de "divorcio vincular" que se le dio después. En aquellos tiempos, era sinónimo de separación. Por lo tanto, los divorciados no podían contraer segundas nupcias, ya que no se deshacía el vínculo.

Detrás de la letra fría de los documentos quedarán, reservados para la intimidad, los desacuerdos de la pareja que se casó en la primavera de 1908.

LAS AERONAUTAS Y EL ATENTADO

La falta de viento hizo que un grupo de señoritas, que habían concurrido como espectadoras a una cacería aérea del zorro, se convirtieran en las primeras aeronautas argentinas. Ocurrió en Buenos Aires el 14 de noviembre de 1909. ¿Dónde? Para responder esa pregunta debemos trasladarnos a 1899. Es decir, a solo diez años de distancia.

El 25 de septiembre de 1899, en un café de París, un grupo de criadores argentinos de caballos fundó la Sociedad Hípica Argentina. Su primer presidente fue Emilio Casares. Mediante un par de telegramas reclamaron a las autoridades de Buenos Aires una sede donde poder ejercitarse. Sin dudas contarían con alguna porción del vasto terreno expropiado en Palermo a Juan Manuel de Rosas, luego de que partiera al exilio, reconvertido en Parque 3 de Febrero. Efectivamente, al mes de haber iniciado las gestiones se les otorgó el terreno en Vértiz (hoy Libertador) y Dorrego. En la actualidad conforma la superficie de las vistosas canchas de polo.

A partir del 2 de enero de 1900, cuando comenzó a funcionar, Palermo se convirtió en la Catedral del Deporte. Hubo carreras de sulkys, cinchadas a caballo, concursos de salto, cacerías del zorro, jineteadas y, por supuesto, polo. Cuando en 1904 la institución hípica buscó abarcar más disciplinas y cambió de nombre —pasó a ser la Sociedad Sportiva Argentina—, se incorporaron nuevas actividades: fútbol, rugby, atletismo, box, esgrima, ciclismo, carreras de autos, de motocicletas y vuelos en globo. La Sportiva estaba en la agenda de cada presidente, que contaba con su palco.

Pero además de las manifestaciones deportivas, Palermo era uno de los principales centros de actividad social.

Ahora sí volvemos al apacible domingo 14 de noviembre de 1909.

Jorge Newbery (a punto de ser padre) y otros entusiastas de los

globos aerostáticos iban a realizar una entretenida persecución a un "zorro": un globo que hacía las veces de presa y partía antes, con una cola de zorro atada al canasto. Los competidores debían alcanzarlo y ganaba el que se apoderaba del rabo.

La actividad tuvo una muy buena asistencia, pero también una ausencia fundamental: el viento. Demasiada calma para poner a prueba las destrezas de los intrépidos deportistas. Era lógica la decepción en las tribunas. Entonces, Newbery tuvo una idea. Con dos sogas largas aferró su globo *Huracán* a dos estacas e invitó a pasear novatos que se animaran a realizar un vuelo controlado que los ubicaría a unos cien metros de altura.

La propuesta fue recibida con entusiasmo. Ese día fue el bautismo aéreo de algunas señoritas que se convirtieron en las primeras argentinas que volaron. La pionera fue Elsita Videla Dorna acompañada por su novio José Güiraldes más Newbery, y la siguieron Celina Madero, Victoria y Celina González Cazón, María Ernestina Llambí Lynch y María Méndez. También estaban las que no se animaron: Clemencia y Adela Tomkinson Ugarte, Elena Zuberbühler y Alcira Guerrico.

Desde el canasto —que en términos actuales significaba estar más allá de un piso treinta— se divisaba con claridad el Cementerio del Norte, en la Recoleta, ubicado a escasos cinco kilómetros.

Allí también se había convocado un número elevado de personas.

Se trataba del funeral de Antonio Ballvé, director de la Penitenciaría de Palermo. Muchos funcionarios y amigos concurrieron a despedir sus restos a dicho cementerio. Ramón Lorenzo Falcón, el jefe de Policía, descartó su automóvil y optó por asistir en una victoria (un carruaje) que condujo Isidro Ferrari. Lo acompañaba su secretario, el joven Juan Alberto Lartigau.

Ingresó al cementerio conversando con el intendente de la ciudad de Buenos Aires, Manuel Güiraldes, padre del flamante aeronauta de Palermo. Decidieron que, una vez terminada la ceremonia, irían juntos a almorzar. Pero los discursos se hicieron largos y el intendente se fue media hora antes. A las doce culminó el sepelio de Ballvé. El jefe de Policía regresó a la entrada del cementerio donde lo esperaba Ferrari. Se ofreció a llevar a Francisco Beazley, exjefe de Policía, pero el colega

le anunció que iría caminando a lo de su hermano y declinó la invitación.

Lartigau y Falcón se sentaron enfrentados; el secretario, dando la espalda al cochero. Antes de partir se acercó un comisario para hablar con su superior. Luego de esa breve interrupción, el carruaje inició su marcha por la avenida Quintana. La instrucción era transportar a Falcón a su casa y luego dejar a Lartigau en la suya (el joven vivía con sus padres a pocas cuadras del cementerio, enfrente de la plaza Vicente López, y era vecino del presidente José Figueroa Alcorta).

Simón Radowitzky, joven ucraniano de pantalón negro y saco azul oscuro, corría detrás del coche, tratando de alcanzarlo. Logró hacerlo cuando Ferrari frenó la marcha para doblar en Callao hacia la derecha, rumbo al sur. Desde el costado izquierdo de la victoria lanzó la bomba que estalló al entrar en contacto con el piso del coche. El estruendo, el fogonazo y la humareda se sucedieron en fracciones de segundo. Lartigau cayó al empedrado por el hueco que se hizo en el piso. Falcón, también herido, quedó recostado en su asiento. Ferrari, con una esquirla en la espalda, sujetó con fuerza a los animales que se asustaron por el estampido. La pata de uno de los caballos también sufrió, aunque de manera leve, las consecuencias del atentado.

Radowitzky huyó corriendo por Callao hacia el bajo. Los agentes Benigno Guzmán y Enrique Müller lo persiguieron hasta alcanzarlo en la actual avenida del Libertador, entre Callao y Ayacucho. Al sentirse acorralado, el anarquista tomó el revólver que llevaba e intentó suicidarse. Pero el disparo no fue efectivo. Apenas provocó una contusión en las costillas. Lo curaron en el Hospital Fernández y lo llevaron a la comisaría 15°.

Lartigau tenía graves heridas en una pierna, un brazo y la cara. Falcón, en las cuatro extremidades, además de un corte en la cabeza. El jefe no dejaba de preguntar por el estado del secretario. Fue recostado en el colchón que acercó un vecino. Pidió un trago de coñac; se lo trajeron de inmediato. A un comisario que se arrimó a darle ánimo le dijo: “Son los gajes del oficio”.

Una vez que se les aplicaron torniquetes, dos ambulancias se ocuparon de los heridos. Falcón, quien tenía 54 años, pidió ser llevado a la Asistencia Pública, en Esmeralda 80 (actual plaza Roberto Arlt).

Le amputaron media pierna. En el momento que estaban cosiéndolo, sufrió un paro cardíaco que le provocó la muerte. Eran las 2:20 p. m.

En cuanto a Lartigau, en un principio lo acercaron a su casa. Sin embargo, el grave estado en que se encontraba obligó a que lo trasladaran a una clínica en Callao y Tucumán, a doce cuadras de donde había sido el ataque. Le amputaron la pierna derecha, un dedo de su mano diestra y curaron sus heridas. No fue suficiente. Murió a las seis de la tarde. Tenía veintiún años.

A la mañana siguiente, ante una multitud que desbordó todos los espacios, el Cementerio de la Recoleta recibió a las dos víctimas del atentado anarquista. Mediante el sistema de suscripción popular, es decir, con el aporte de miles de ciudadanos, se costearon dos obras: una, denominada Monumento del Desagravio a la Cultura Nacional, fue inaugurada en diciembre de 1914 en las actuales Libertador y Callao. La otra, una alegoría a la memoria de Ramón Lorenzo Falcón y Juan Alberto Lartigau, se encuentra también en Recoleta, cerca de la entrada principal del cementerio, desde junio de 1918. Una tercera obra, en la que se muestra al coronel Falcón luciendo el uniforme de gala, fue realizada con el dinero que juntaron policías de todos los rangos. Se inauguró en enero de 1925, en Rosario y José María Moreno, barrio de Caballito, no muy lejos de la calle Ramón L. Falcón.

En aquellos días, el diario *La Nación* consultó al líder socialista, Alfredo L. Palacios. Su opinión fue la siguiente:

> *Repruebo enérgicamente el atentado, por convicción y por sentimiento, y soy el primero en deplorar sus dolorosas consecuencias. La violencia personal, que cuando no es la expresión de instintos criminales es la expresión de la pasión fanática, no constituye un proceso normal de transformación social. El atentado es contraproducente, pues la sociedad, dado su carácter, hace imposible las modificaciones repentinas.*
>
> *El autor de él es, fatalmente, un hombre incapaz de actividades superiores y esteriliza sus energías porque tiene un falso concepto de los hechos sociales. Si es un fanático y dice obrar en nombre de principios, es el primero en ofenderlos, pues realizando el acto antisocial, desprecia la vida y la solidaridad humana.*

Ese mismo domingo, el presidente José Figueroa Alcorta decretó el estado de sitio para todo el territorio por un plazo inicial de sesenta días. La Argentina iniciaba el conteo final rumbo al Centenario de la Patria sin viento a favor y con nuevas aeronautas, un atentado y el complicado escenario del estado de sitio.

FIESTA DE DISFRACES EN EL PABELLÓN DE LAS ROSAS

Las dificultades para conseguir transporte se hicieron evidentes desde temprano. El año 1909 se despedía con temperaturas de 30º y los lagos de Palermo fueron el oasis de muchos. A la popular Plaza Italia llegaban los tranvías abarrotados. En cuanto a los autos de alquiler, eran trofeos preciados y los choferes apelaban a artimañas poco santas para favorecerse de la alta demanda. También tenían una abundante demanda los *gondolieri* del Pabellón de los Lagos, un espacio con coquetas mesas para tomar refrescos, música de orquesta, vista al sereno espejo de agua y sus elegantes góndolas venecianas.

Aquella última jornada de diciembre se extendió todo lo posible en Palermo. En el centro de la ciudad, en las inmediaciones de la histórica Plaza de Mayo, los negocios que acostumbraban cerrar a las siete de la tarde debieron extender su horario hasta las diez por la bienvenida afluencia de compradores. Mientras que los porteños más privilegiados se aprestaban para otro destino, el principal de la noche. En este caso, el Pabellón de las Rosas, en Palermo, donde las Damas de la Caridad organizaron la “Feria Histórica” que tuvo lugar entre el 24 de diciembre de 1909 y el 9 de enero de 1910, persiguiendo el noble fin de reunir dinero para la construcción de un asilo. El Pabellón de las Rosas estaba situado en el terreno que hoy ocupa la Plaza República de Chile (manzana comprendida por las actuales avenidas del Libertador y Figueroa Alcorta, y las calles Tagle y Austria).

Se trataba de una magnífica edificación de dos plantas con vitrales y terminaciones en madera, más un vistoso jardín muy concurrido en las temporadas cálidas.

La “Feria Histórica”, el evento elegido por la sociedad porteña para recibir el año del Centenario, tenía de todo. Kioscos y carretas antiguas que funcionaban como tales, atendidos por señoritas de la Sociedad de

Beneficencia. Una muy buena representación de la Plaza de 1810, con el Cabildo, el Fuerte, la Catedral y la Recova. Marchando con gracia, un cuerpo de soldados que simulaban ser el batallón de Pardos y Morenos. Desfile de moda femenina (vestidos, peinados y zapatos), en un recorrido retrospectivo desde los tiempos de la Revolución. Conciertos de música popular, títeres para los más chicos y, por las noches, comidas a todo lujo.

A pesar de que el tiempo no venía siendo bueno en los últimos días de diciembre, las reservas para la noche del 31 se cubrieron con bastante anticipación.

El año 1910 fue muy especial para los argentinos. Era el hijo deseado, el aguardado por todos. Tanto, que se reunieron a esperarlo a partir de las ocho de la noche. El festival de la víspera del Centenario llevaba un nombre poco telúrico: *dinner-concert*.

Para la concreción del programa era necesario contar con buena temperatura, ya que las mesas estaban dispuestas en el jardín. El sector interno rectangular, que solía ser para mesas o pista de hielo, fue reconvertido en estanque o laguna artificial y era surcado por dos góndolas que transportaban a los músicos encargados de darle un marco de cuerdas y vientos a la fiesta.

Convengamos en que la recreación de la plaza de la Victoria, sumada a los disfraces, el lago artificial, los Pardos y Morenos con sus fusiles y la orquesta flotante, eran más bien un cambalache.

Entre los kioscos más concurridos figuró el de las flores y juguetes, donde los caballeros compraban rosas y claveles para el vestido o el peinado de sus parejas, o muñecas y soldados para los pequeños.

La Sociedad de Beneficencia era presidida por Carolina Estrada de Martínez. La dama estaba casada con un nieto del general Enrique Martínez, baluarte de la Guerra de la Independencia. Pero lo más curioso tiene que ver con la historia de sus padres. Don José Manuel Estrada contrajo matrimonio con una nieta del virrey Liniers. Nos referimos a María del Rosario Perichon. Tuvieron siete varones (sumamos también a Ángel, el fundador de la editorial, proveniente de un amorío del caballero previo al casamiento).

Rosario murió joven, y luego de dos años, el viudo, en una relación informal con Eloísa Rivera, se convirtió en padre de una niña: Carolina

Mercedes Wenceslada Estrada, que es la dama que presidía la Sociedad.

Al bautizarla, se ocultó el nombre de su verdadero padre y se hizo figurar a un francés de apellido Grant. Durante 35 años se llamó Carolina Grant. Fue así hasta 1888, cuando, Estrada la reconoció en el testamento. Por lo tanto, las celebraciones del Centenario de la Revolución tuvieron como protagonista de la organización a la media hermana de los bisnietos de Liniers, fusilado por la Revolución.

Las vendedoras en el espacio de los bombones eran las Leonores. Nos referimos a Leonor Piñero Stegmann, de dieciséis años, y su madre, Leonor Ezequiela Pompeya Stegmann de Piñero. Había también un concurrido kiosco de perfumes y un bazar que más bien parecía una pulpería, por el gran surtido de mercadería.

Cuando terminó la exquisita comida y la medianoche ofreció los sonidos de los corchos destapados que se confundían con la pirotecnia y las campanadas, se sucedieron los abrazos, el alborozo y el alboroto. La banda interpretó el Himno Nacional, que fue entonado con gran energía por el heterogéneo coro de celebrantes. Luego los comensales se repartieron en los jardines. El grupo joven de los organizadores se convocó en la réplica del salón de tertulias de la familia Escalada para bailar el tradicional minué, ataviados como sus abuelos de antaño. Las organizadoras no podían estar más felices. Doce mil entradas vendidas —entre el 31 y el 1 de enero— que no incluían la venta de productos ni los cubiertos del banquete, era una recaudación que superaba las expectativas.

La fiesta terminó a la una de la mañana. A la salida se comentaba con tristeza el accidente que había sufrido la joven Rosa López, quien concurría al Pabellón de las Rosas junto con su padre Cecilio López y la señora Delfina del Sar de Peacan. No muy lejos del pabellón se desbocaron los caballos, el cochero no lograba dominarlos y Rosita saltó del carruaje. Por las contusiones que recibió, la señorita López debió ser trasladada al vecino hospital Rivadavia, que en aquel tiempo atendía solo mujeres.

Como se ve, algunos empezaron bien el año y otros no tanto. Esa noche se registraron varios casos —leves, graves y mortales— por culpa de balas perdidas. De la enumeración de heridos consignada en

el diario *La Nación* recuperamos el incidente que se originó en Nueva Pompeya: “En momentos en que el anciano Celso Bondieri se hallaba en el w.c. de su casa, en Rivera 855, recibió un balazo en el muslo izquierdo”. Increíble, ¿no? ¿Acaso no hay lugar a salvo de balas perdidas?

La bienvenida al año del Centenario fue emotiva. Según los listados publicados por la prensa, se calcula que en la organización del evento participaron unas cien mujeres, todas luciendo los ampulosos sombreros característicos de la época y veinticinco hombres. Entre ellas, Mercedes Saavedra Zelaya (sobrina nieta del brigadier Cornelio Saavedra), María Luisa Demaría (sobrina bisnieta de Remedios de Escalada), Clara Figueroa Alcorta (hija del presidente de la Nación), Elena y Celina Madero (sobrinas bisnietas de Martín de Álzaga, ejecutado por la Revolución), más dos nietas de Liniers, Celina y su prima Carlota Estrada. Aclaremos que un hermano de Carlota, Luis, festejaba a (estaba de novio con) Victoria Ocampo. Se casaron en 1912.

Por otra parte, entre los varones que colaboraron con las Damas de la Caridad mencionamos a Manuel Mujica Farías, cuarenta años, casado hacía cuatro con Lucía Lainez. Un detalle: nueve meses y once días después de este festejo nacería el primer vástago del matrimonio, Manucho Mujica Lainez. También integraba el grupo masculino uno de los hijos de Carolina Estrada. Nos referimos a Julián Martínez, de 33 años, soltero, padre de un niño de nueve, producto de un breve noviazgo con Gertrudis Llavallol Elía, diez años mayor que el padre de la criatura.

Julián nunca se casó. En 1913 conoció a Victoria Ocampo, quien paseaba por Roma de luna de miel con su primo Luis Estrada. Fueron amantes por años.

CÓMO EVITAR EL ESTADO DE SITIO

Los socialistas recibieron el año 1910 en Montevideo, el sábado 1 a las nueve en punto, cantando a capella el Himno Nacional. La convocatoria en el Teatro Cibils reunió a los principales referentes del partido. Cuarenta y dos caballeros y una dama. Allí estaban, entre otros, Alfredo Palacios, Juan B. Justo, Enrique Dickmann, Francisco Cúneo, Mario Bravo y Antonio de Tomasso clamando "libertad, libertad, libertad" en el país vecino, destino elegido para reunirse sin vulnerar el estado de sitio decretado en el territorio argentino luego del atentado anarquista perpetrado por Radowitzky.

Los representantes políticos de los trabajadores cruzaron a debatir el futuro del partido, ya que se acercaban las elecciones.

Aquellos políticos no eran idealistas de escritorio. Los médicos Justo y Dickmann, por ejemplo, y el abogado Alfredo Palacios ofrecían atención profesional gratuita a los obreros en determinados días y horarios. La cúpula partidaria estaba conformada por varios profesiones que alternaban con otros colegas que no habían tenido la oportunidad de progresar con el estudio, como era el caso de Cúneo, mecánico electricista, oficio muy requerido.

El secretario del partido, Mario Bravo, informó la situación de la tesorería. Contaban con 1935 pesos, producto de las cuotas y donaciones destinadas a "socorrer a los correligionarios". Ya existían los sindicatos (se conocían con el nombre de "gremios") y el obrero tenía la libertad de aportar a la entidad de su preferencia. Muchos optaban por el Partido Socialista.

La dama que asistió a las jornadas fue la dentista Sara Justo, hermana de Juan Bautista. Integraba el grupo de las primeras cuatro graduadas en odontología, en 1901, junto con Antonia Arroyo, Leonilda Menedier y Catalina Marni. Entre los varones de aquella camada se había recibido Eduardo Newbery (hermano de Jorge), cuya

trágica desaparición a bordo del globo aerostático *Pampero* acaeció en 1908. Al igual que sus pares, Sara Justo atendía consultas gratis para los necesitados y daba conferencias sobre alimentación infantil e higiene.

La primera acción del Congreso fue nombrar una comisión de poderes, conformada por la señorita Justo y dos caballeros, que se encargó de verificar la identidad de cada uno de los participantes. Acto seguido se eligieron las autoridades. La presidencia recayó en el doctor Justo. Se encargó a una comisión (otro triunvirato) que analizara los pasos a seguir, ya que en febrero se realizarían las elecciones primarias. El debate se centraba en si debían presentarse en caso de que se mantuviera el estado de sitio que imperaba en la Argentina, ya que corría el rumor de que sería prorrogado. Los comisionados se quedaron estudiando el asunto mientras el resto gozó de un cuarto intermedio hasta las tres de la tarde.

Los elegidos no se pusieron de acuerdo y cuando regresaron los demás delegados se sucedieron los discursos. Por fin prevaleció la postura de Alfredo Palacios, en fallo dividido, de no competir si no se regresaba al estado de derecho.

Pero lo más notable de la discusión fue la incomodidad de los oradores para hablar con libertad, debido al celoso control policial. Las autoridades uruguayas les habían advertido que ante cualquier manifestación en contra del gobierno argentino clausurarían la reunión ("Serán prohibidas esas reuniones siempre que en ellas se viertan conceptos o se haga la apología de actos subversivos contra las instituciones o los poderes constituidos del vecino país").

La reunión prosiguió el domingo 2, pero el asunto de la vigilancia obligó a modificar el programa. Por empezar, resolvieron llevar adelante una reunión secreta, por lo que se pidió a los que habían concurrido como espectadores que desalojaran la sala. Pero falló porque los que no se retiraron fueron los policías. "Para que no se interrumpiera la sesión —escribió el corresponsal del diario *La Nación* — se habló de bueyes perdidos, dándose luego por cerrado el Congreso".

Asimismo, suspendieron una conferencia sobre la actualidad argentina a cargo de Palacios y Juan B. Justo, quienes manifestaron

que era imposible hablar de la coyuntura sin atacar a los poderes del Estado.

Los congresales terminaron reuniéndose clandestinamente en un cuarto de hotel. Por la tarde, fueron agasajados por sus colegas socialistas uruguayos, pertenecientes al Centro Carlos Marx de Montevideo. Ese misma noche tomaron el barco, adelantando un día el regreso a Buenos Aires.

La noche del domingo siguiente, en otro ambiente, Palacios pidió a los cuarenta comensales que alzaran la copa de champán. Dio un breve discurso en homenaje a su amigo Jorge Newbery, quien había regresado de una admirable hazaña: el 27 de diciembre había volado con su globo *Huracán*, por espacio de doce horas y media, hasta el territorio de Brasil. Viajó solo, cargando una maleta con poca ropa, donde no faltaba el imprescindible esmoquin.

Según vemos, Alfredo Lorenzo Palacios podía alternar entre la defensa de los obreros (fue quien dio el impulso legislativo al descanso dominical) y las reuniones con los deportistas de alto vuelo.

Luego de consultar con los ministros, Figueroa Alcorta resolvió no prorrogar el estado de sitio más allá de los sesenta días establecidos en el decreto. La medida concluyó en la hora cero del 14 de enero.

Las reuniones de Montevideo pronto pasaron al olvido y los socialistas realizaron un acto de considerables proporciones el día 23. Las garantías republicanas volvieron a amparar a los argentinos “y a todos los hombres del mundo que quieran habitar en el suelo argentino”.

EL HOMBRE DE LA BATUTA

Muchas ciudades del país contaban con un orgullo local: la banda de música. En Bahía Blanca, Olavarría, Tucumán, Salta, Intendente Alvear, Río Cuarto, Maipú, los músicos realizaban conciertos y amenizaban las tardes de paseo o los actos formales. Cualquier acontecimiento contaba con el soporte de los instrumentos, principalmente de viento, luego de percusión y algunos pocos de cuerda.

La ciudad de Buenos Aires no contaba con una banda. Por lo general esa función la cumplían los músicos de los cuerpos militares. Pero la inminencia de los festejos del Centenario puso de manifiesto esa falencia. Por tal motivo, el intendente Güiraldes impulsó el proyecto en enero de 1909. La reacción del diario socialista *La Vanguardia* fue:

> *Güiraldes ha proyectado la creación de una banda de música municipal. Dentro de breves días se dará comienzo a su organización. Falta saber ahora si ella servirá para el recreo de la gente pobre que acude por las tardes a respirar oxígeno a las plazas o se pondrá al servicio de los ministros y sus amigos, como se hace con los militares y policía para amenizar los interminables almuerzos con* champagne *en las islas del Tigre.*

Por su parte, *La Razón* clamó: “Lo que queremos es que la batuta no sea empuñada por una mediocridad”. Mientras que *La Nación* pidió que se tomaran todo el tiempo necesario hasta conformar una buena orquesta. Los que no se mostraron apurados fueron los integrantes del Concejo Deliberante. La respuesta a la inquietud del intendente demoró un año. Los concejales aprobaron la creación de la banda musical el 23 de enero de 1910. El próximo paso fue elegir al director, tarea que ya venía adelantándose porque los festejos del Centenario se

les venían encima. Se presentaron varios candidatos y el cargo fue obtenido por Antonio Malvagni. Lo recomendó calurosamente el diputado Zenón Santillán quien, por ser concuñado de Figueroa Alcorta, fue señalado como influyente decisivo. Sin embargo, los pergaminos del maestro estaban por encima de las sospechas.

Malvagni nació en Potenza y arribó a la Argentina a fines de 1897 con treinta años. Actuó en Córdoba y luego se puso al frente de la banda de Tucumán. Una acción original lo destacó en 1905. Debido a una grave inundación en Santa Fe se realizaron colectas en todo el país. El maestro, afincado en Tucumán, consiguió una carreta y salió de recorrida por la ciudad —como lo harían las carrozas más adelante en los carnavales—, dispuesto a recaudar. La banda recibió todo tipo de donaciones gracias a la original idea de su director.

A su capacidad se sumaba el espíritu formador: quería poblar de músicos el país e impulsó la creación de escuelas, sobre todo en las ciudades del norte como Salta. Por lo general, los grupos musicales que actuaban en el territorio estaban conformados por unos veinticinco a treinta artistas. Pero en este caso, Malvagni propuso que se reclutara a cien ejecutantes. Su deseo quedó en el camino por razones presupuestarias. Cuando el intendente tuvo conocimiento del precio de los instrumentos, los uniformes —provistos por la casa Mancini— y la tarima portátil, notó que absorbía parte del monto asignado y solo podría contar con 92 músicos.

Los instrumentos habían sido encargados a la casa Casoli de Milán, lo que nos lleva a introducir al eximio flautista Alfredo Casoli, quien había visitado la Argentina y Uruguay en 1903 como parte de la orquesta del maestro Toscanini. Fue integrante de la Scala de Milán durante años y no solo se destacó en la ejecución de instrumentos de viento, sino que realizó modificaciones para mejorarlos. Esos fueron los que se encargaron a su fábrica. Mientras tanto, los ensayos se demoraban por falta de instrumentos de todo tipo.

Malvagni pidió el auxilio de sus colegas tucumanos, quienes enviaron lo que pudieron. Otros fueron rescatados en la propia ciudad de Buenos Aires y, en los primeros días de marzo, por fin comenzaron los ensayos en la Sociedad Lago di Como. Este club de la colectividad italiana era célebre por sus bailes: muchas parejas se formaron en sus

“noches danzantes”.

Malvagni no había abandonado la idea de completar el centenar. Una mañana invitó a Güiraldes a participar de un ensayo. Así, el intendente tuvo el privilegio de ser el primer espectador escuchándolos interpretar la Cabalgata de las Walkirias de Wagner.

Emocionado e invadido por el entusiasmo, dio instrucciones para que redondearan el número de músicos.

Se confeccionaron cien uniformes de paño y comenzaron a arribar los instrumentos de Italia. Para la primera semana de marzo solo faltaban cubrir siete vacantes: cuatro intérpretes de clarinetes de distintos tonos, uno de oboe, uno de contrabajo, uno de fagot. En pocas semanas el equipo estaba completo.

La Banda Municipal tuvo su bautismo de fuego el 15 de mayo en la Plaza de Mayo, con gran concurrencia de vecinos. Eran convocados para todos los actos: recepciones, inauguraciones, kermeses, aniversarios. Su momento estelar tuvo lugar durante la víspera del 25 de Mayo (aclaremos que suele usarse la mayúscula inicial para mencionar el 25 de Mayo y el 9 de Julio). La noche del 24, el presidente Figueroa Alcorta y su gabinete ofrecieron un banquete de agasajo a los 110 representantes diplomáticos y enviados especiales a los festejos del Centenario. Fue en el salón blanco de la Casa Rosada.

Además, una curiosidad: era habitual que en aquel tiempo la galería de la planta alta —una suerte de balcón corrido que rodea el salón— fuera destinada a las familias para que concurrieran a ver el banquete. Se trataba de una medida de carácter popular, pero no tanto. Para decirlo en términos actuales, se reservaba el derecho de admisión y, por lo tanto, los curiosos solían pertenecer a las familias acomodadas.

Esa noche, Malvagni y sus cien músicos fueron dispuestos en la terraza de la Casa Rosada (en el sitio en donde se instalaría el helipuerto en 1957) para que ofrecieran un variado concierto con el cual amenizar la comida. Y también para que disfrutaran los cientos y cientos de convocados en la Plaza de Mayo, en una suerte de vigilia de la fecha patria. Fue un éxito.

La Banda Municipal solía realizar encuentros en el Jardín Zoológico, el Jardín Botánico, la Plaza Miserere y la flamante Plaza del Congreso. Era tan popular que, cuando surgieron rumores, infundados, de que al

finalizar el año de festejos se disolvería, las autoridades debieron salir a desmentirlos.

Todo el tiempo tropezaban con un inconveniente. El transporte y montaje de la tarima portátil estaba a cargo de empleados de la Municipalidad que, aunque bien dispuestos, no contaban con las habilidades necesarias. Fue así como se resolvió construir glorietas, entre las que se destacó la de Barrancas de Belgrano. Allí fue la despedida del año del Centenario, a toda orquesta. El maestro Malvagni y sus cien músicos se presentaron el 30 y 31 de diciembre. A las doce de la noche, y ante una plaza colmada, ejecutaron el Himno Nacional Argentino.

Mucho tiempo después se bautizaría la glorieta de Barrancas de Belgrano con el nombre de Malvagni en homenaje al director fundador de lo que hoy es la Banda Sinfónica de la Ciudad de Buenos Aires.

37 VUELTAS Y MEDIA

El desafiado maratonista Dorando Pietri arribó a la Argentina a comienzos de mayo de 1910, acompañado por su hermano y también entrenador Ulpiano. El día 16 se presentó en la Sportiva de Palermo para entrenarse en el mismo sitio donde tendría lugar la competencia programada para el 24. Se había establecido que la carrera se disputaría alrededor de la pista, de unos mil cien metros, en un total de 37 vueltas y media, en vez de optar por la variante de la marcha a San Isidro con regreso a Palermo.

Para esta ocasión se hicieron modificaciones en la tribuna con el fin de alcanzar una ambiciosa capacidad de treinta mil espectadores sentados. Tengamos en cuenta que pasarían casi dos horas viendo a los andariegos dar las 37 vueltas.

Los corredores que enfrentarían al italiano y tratarían de arrebatarle el atractivo premio de mil pesos serían los argentinos Manuel Giachino y Aníbal Carraro, el as uruguayo Andrés Lassenav, el campeón chileno Martiniano Becerra más los españoles Miguel Soto y Antonio Creuz, quien residía en Chile y había sido el vencedor en la última competencia de dicho país. Completaba la nómina Inocencio Bergamasco, compatriota de Dorando que residía en Buenos Aires. Se presentaron más competidores, pero luego de marchas y contramarchas, no se les permitió correr.

Era obligatorio el uso de una remera blanca y estaba prohibida la ingesta de cualquier droga que ayudara en forma complementaria al corredor; solo podían consumirse los refrescos que entregara la organización y recibir masajes de sus preparadores ante la posibilidad de un calambre. Dorando era el más bajo. Con el fin de ser distinguido con facilidad por la tribuna fue el único que usó pantalón negro. Los otros siete lucieron blancos. En el pecho, adosada a la remera, ostentaba la bandera de Italia.

El Maratón del Centenario estaba programado para comenzar a las 13, pero recién pudo iniciarse a las 14:38, debido a las demoras que provocó la discusión con aquellos que deseaban participar y no se les permitió. La tardanza generaba algún riesgo porque estaba nublado y la luz podía desvanecerse antes de que terminara la carrera. Los temores no eran vanos, como veremos más adelante.

La prueba se largó en el sector opuesto a la llegada para que de esta manera resolvieran la media vuelta (recordemos que eran 37,5 giros) y terminaran frente al palco oficial. Un disparo activó a los atletas y Dorando se hizo dueño de la punta sin oposición, seguido de cerca por Giachino, el crédito local. Los españoles Soto y Creuz marchaban juntos, en un claro trabajo de equipo. Más retrasados, el argentino Carraro, el italiano Bergamasco, y cerraban el chileno y el uruguayo, quienes tenían un duelo aparte en el más completo sentido de la palabra, porque quedaron verdaderamente apartados del resto.

Los seis mil espectadores, muy cómodos en las tribunas para treinta mil, alentaban a los argentinos. Eso fue vitamina para Giachino, quien en la cuarta vuelta a la pista aceleró la marcha, logrando un muy celebrado sobrepaso, dejando al gran campeón italiano en segunda posición. Lo cierto es que Dorando le cedió la punta y manejó la presión con comodidad. Giachino advirtió la jugada y le devolvió el lugar. En el octavo giro, el argentino pagó el precio de aquella entusiasta aceleración. Fue perdiendo ritmo y la distancia entre ellos se estiró de tres a ochenta metros.

Siguieron todos en los mismos puestos durante algunas vueltas. Escribió el cronista de *La Prensa*:

> *En este orden recorrieron los competidores gran trecho, sin notarse todavía en ellos señal alguna de extenuación, pero, sin embargo, el esfuerzo realizado se traducía en gruesas gotas de sudor, en la coloración de sus mejillas y en la respiración corta y agitada.*

Mientras el maratonista estrella continuaba alargando las distancias, las emociones llegaban desde el fondo, con Bergamasco y el uruguayo Lassenav tratando de no quedar últimos. Cuando promediaba la carrera, ambos habían sido pasados dos veces por el puntero. La otra

disputa se daba entre Carraro y Giachino. Era un duelo de los locales por el segundo puesto. El dueño de la primera ubicación se alejaba cada vez más.

Bergamasco abandonó durante el vigésimo giro. Lassenav, acalambrado, en el siguiente. Solo quedaban seis competidores en la pista. Salvo Pietri, todos paraban a refrescarse o a hacerse masajes. Dorando solo requirió de su hermano para que le entregara una esponja humedecida, en la vuelta decimonovena, ya que deseaba refrescarse el rostro. El esfuerzo de Giachino era notable. Cambiaba de paso, aceleraba, se frenaba. Su ambición de ganar estaba en pie, pero el principal problema que enfrentaba era Carraro. Ambos argentinos daban una entretenida lucha. Sin embargo, todo se derrumbó cuando el italiano volvió a descontarles una vuelta. Fue un golpe psicológico: Giachino, el crédito local, salió de la pista derrotado.

Creuz se convirtió en animador, ya que impuso un buen ritmo para ir recuperando terreno hasta ubicarse en la segunda posición. Todo lo demás era bastante monótono. Para colmo, la visibilidad comenzaba a complicarse y, faltando siete giros para el final, el público traspasó las vallas y fue a situarse al borde del trayecto. Cada vez más adentro, con la buena intención de alentar pero entorpeciendo a los andarines. Finalmente quedó apenas un pasadizo por el que los competidores avanzaban tratando de no tropezar. Un papelón. En esas circunstancias, el único que logró ganar un puesto fue Soto, que superó al chileno. Dorando Pietri pudo cruzar la meta, victorioso, con la luz del crepúsculo. Los otros seis completaron el recorrido en la incipiente oscuridad. El orden: Pietri, Creuz, Carraro, Becerra y Soto. La leyenda de Londres 1908 se quedó con el premio.

PERSONAL DE SALUD

En 1910 Buenos Aires contaba con diecinueve hospitales: nueve municipales (Álvarez, Torcuato de Alvear, Muñiz, Piñero, Pirovano, Rawson, San Roque, Hospital de Niños y Asistencia Pública), cinco privados (Italiano, Español, Francés, Alemán y Británico) y cuatro nacionales (el Clínicas, el Militar, el Oftalmológico y el Rivadavia).

El personal de la salud tenía un vasto campo de desarrollo. En aquel tiempo ejercían Carlos Malbrán, Bernardo Houssay, el psiquiatra Domingo Cabred, Luis Agote, José Penna, Elvira Rawson, Julio Vicente Uriburu, Enrique Finochietto (su hermano Ricardo cursaba la carrera, al igual que Alicia Moreau), Juan M. Obarrio, Marcelino Herrera Vegas y José Ingenieros.

Asimismo, debemos destacar un hecho que en un principio pasó desapercibido fuera de la Facultad de Medicina. El 30 de enero, la comisión examinadora de la Facultad se dirigió al decano, doctor Eliseo Cantón, para comunicarle que “ha decidido darle la más alta clasificación” al exalumno —ya graduado médico— Ángel H. Roffo por su tesis de doctorado titulada: “El cáncer. Contribución a su estudio”. Tan ponderado fue su trabajo que la comisión solicitó que se costeara su publicación, aun cuando no sería una edición económica debido a la cantidad de gráficos e ilustraciones. La obra de Roffo, padre de la oncología en la Argentina, llegó a las librerías en el mes de mayo.

Por esos días, una gran noticia médica provino de Rosario y se debió a la voluntad de ser protagonistas en la efeméride de la Patria.

Durante los primeros días del año en la ciudad bañada por las aguas del Paraná se comentaba, con cierta molestia, que la participación de las colectividades se concentraba en Buenos Aires, ciudad que captaría todos los actos centrales y recibiría magníficos monumentos costeados por los inmigrantes de cada nación extranjera. Comenzó a circular la idea de unir fuerzas entre los vecinos y donar un hospital a la ciudad.

Se llamaría Hospital Centenario.

Rosario era una ciudad de doscientos mil habitantes y en constante crecimiento, con tres hospitales, una enfermería y un centro de aislamiento. En total, 830 camas, número bajo considerando la población más aquellos que, viviendo en las fronteras con Buenos Aires y Córdoba, se trasladaban para atenderse en la ciudad de la bandera. La demanda era de camas y profesionales. Era necesario, más que un hospital, uno que también fuera escuela.

El próximo paso lo dio Cornelio Casablanca —gerente de la sucursal rosarina del Banco Español—, quien convocó a un grupo de su amistad (Ángel Muzzio, José Sempé, Enrique Corbellini y Ovidio Rodríguez) en el Jockey Club de Rosario para compartirle su sueño: crear un hospital escuela, como el de Clínicas porteño. Casablanca y sus amigos pusieron manos a la obra para recaudar dinero y voluntades. Lisandro de la Torre fue uno de los primeros en sumarse, al igual que el diario *La Capital*. La campaña para reunir fondos involucró a todos. Bancos, empresas, instituciones, gobierno y particulares. Los aportes oscilaban entre los veinte pesos y los quince mil. Nadie quería quedar afuera, todos deseaban ser partícipes del colosal proyecto. Por ejemplo, al diario de Rosario llegó un sobre con cien pesos y una carta donde una inmigrante que ejerció la docencia y se había jubilado explicaba que entregaba su "modesta ofrenda" con gusto para provecho de "los hijos de este suelo hospitalario en la gloriosa fecha que marca la centuria de la Independencia". Y agregaba: "No titubee, señor, en confundir el mísero dinero con el ya recolectado, pues representa la economía y las privaciones de una antigua enseñante".

La Municipalidad de Rosario donó un terreno de cuatro manzanas junto a las vías del ferrocarril. Con todo el entusiasmo de ver que el proyecto marchaba sobre rieles, se realizó el acto de colocación de la piedra fundamental el 24 de mayo a las dos de la tarde. Se trataba de una urna de mármol blanco que pesaba doscientos cincuenta kilos. El presbítero Nicolás Grenon bendijo la obra.

Se organizó un concurso de proyectos arquitectónicos que debían considerar la creación de dos pabellones que se llamarían General San Martín y General Belgrano, con un total de cuatrocientas camas. También era indispensable que los bocetos incluyeran una novedad

hospitalaria: la sala de terapia intensiva (se denominaba pieza de aislamiento de enfermos) y la de terapia intermedia (sala de convalecientes), además de contar con un “frigorífico para la conservación de cadáveres”.

El compromiso del pueblo rosarino con el proyecto del hospital fue uno de los grandes episodios de solidaridad de nuestra historia. De esta manera, Rosario, a través del aporte de sus vecinos, daba el puntapié inicial para construir uno de los grandes edificios de la ciudad. La recaudación superó todas las expectativas, acercándose a los tres millones de pesos, suficientes para convertir el sueño en realidad.

A tan buena noticia se contrapuso lo ocurrido el 29 de octubre, cuando manos anónimas destruyeron el mármol para abrir la urna que se encontraba en su interior y así robar su contenido más algunos fragmentos de mármol.

Era habitual que en la urnas se colocaran copias de los documentos originales, diplomas firmados por los presentes y algunos objetos que, en muchos casos, consistía en medallas y monedas de oro.

Los vándalos se llevaron todos los papeles y algunas medallas, pero no encontraron el botín que deseaban. A cambio, llenaron de barro, escombros y maldad el recipiente.

Se resolvió no reemplazar la urna y hay que reconocer que fue una buena decisión, ya que por entonces la zona rosarina de las calles Urquiza y Suipacha era casi inhóspita y los amigos de lo ajeno hubieran seguido profanando la caja. El hospital se completó en 1922.

LA MEDALLA DEL INTENDENTE

Habíamos dicho que el andarín Dorando Pietri partió de Buenos Aires llevándose aplausos, medallas y sin derrotas. Sin embargo, los diarios chilenos desmintieron la información que ofrecimos amparándonos en los periódicos argentinos.

Esto dijo *El Mercurio* de Valparaíso en su edición del miércoles 25 de mayo:

> *Nuestros lectores recordarán que este diario publicó hace más o menos una semana la noticia de que el campeón pedestre chileno, César Cornejo, iba a emprender viaje a Buenos Aires con el objeto de participar en la gran maratón que se efectuará en esa ciudad como prueba del programa de los juegos olímpicos del Centenario argentino.*
>
> *Comentando la partida de Cornejo, dijimos que Chile estaría espléndidamente representado en ese importante torneo deportivo por este campeón, pues en las pruebas en que había tomado parte, siempre su actuación había sido digna, dando evidentes demostraciones de poseer una ligereza y resistencia poco comunes.*
>
> *Nuestros comentarios no eran infundados, según lo prueba el triunfo que Cornejo obtuvo el domingo pasado en Buenos Aires, según el despacho que se ha recibido.*

César Cornejo era un fondista chileno que recibió el título de campeón por un segundo puesto. Fue cuando en Santiago de Chile, en mayo de 1909, se corrió el primer maratón de su historia. En aquella oportunidad, la competencia disputada en el Hipódromo de Chile tuvo a Cornejo como participante, junto con el chileno Martiniano Becerra y el español Antonio Creuz y otros siete atletas.

Durante las primeras vueltas, el puesto preferencial lo tuvo Cornejo, pero fue superado por Creuz, finalmente vencedor de la prueba

atlética. Becerra llegó en cuarto lugar. Como el ganador era español, el mejor chileno fue Cornejo. A él se refieren las crónicas que celebraron el acontecimiento deportivo. Continúa *El Mercurio* comentando la victoria en Buenos Aires:

> *La prueba de los 1600 metros fue organizada como un ensayo de la carrera maratón y por vía de comparación entre los diversos inscriptos. Su realización atrajo a la pista una enorme multitud, hallándose presente, entre otras muchas personalidades, el intendente de la provincia de Buenos Aires, señor Güiraldes. En medio de la expectación del público, los campeones partieron destacándose desde un principio en el puesto de honor los colores de Chile que llevaba Cornejo consigo.*
> *A pesar de los esfuerzos de sus adversarios, el campeón nacional no se dejó alcanzar en toda la distancia, cruzando victorioso la meta, en medio de una verdadera tempestad de vivas. Segundo, a un metro, llegó Dorando, cuya espléndida carrera confirma la fama que posee.*
> *El intendente de Buenos Aires, después de felicitar a Cornejo por su triunfo, le obsequió una valiosa medalla de oro.*

Pretender comparar un maratón de 42 kilómetros con una carrera de menor resistencia y mayor velocidad como los 1600 metros puede ofrecer conclusiones desacertadas. Pero el hecho de que el chileno venciera al italiano y que estuvieran tan pegados, al punto de llegar separados por un metro, era motivo suficiente para anunciarlo. La derrota de Dorando era noticia en las principales capitales del mundo.

Nos preguntamos entonces por qué Cornejo no participó finalmente del maratón. Esto informaba el periódico, mediante una cita textual del cable recibido:

> *Es de sentir que Cornejo no pueda participar en la carrera maratón, pues por no haberse inscripto a tiempo, ha sido eliminado. Cornejo ofreció pagar doble inscripción con tal de que se le permitiera tomar parte, pero no pudo aceptarse su proposición, debido a que se opusieron el campeón Dorando y el representante chileno Martiniano Becerra.*

Más allá de la información cablegráfica, el diario acotó:

No es de extrañar que el corredor italiano se oponga, ya que en Cornejo ha encontrado un competidor de valía que podía arrancarle la victoria y con él no lo liga ningún lazo de simpatía que lo obligue a tenerle consideración.

Pero sí es de sentir que Becerra, que se ha echado sobre sus hombros la grave obligación de dejar bien puesto el nombre del deporte de Chile en el extranjero, venga a poner cortapisas [trabas] *a la figuración de Cornejo en la carrera maratón, guiado solamente por el extraño interés de ser el único representante de los colores nacionales.*

Cornejo ha probado valor, como lo manifiesta su victoria del domingo, y su actuación en la carrera maratón, sin temor a equivocarnos, creemos habría sido muy brillante.

Antes de terminar este párrafo, es preciso hacer saber que el telegrama dice que Cornejo cumplió en recorrer la milla cuatro minutos 10 segundos, tiempo fenomenal que vendría a constituir un gran récord.

Al día siguiente, *El Mercurio* reprodujo la crónica de la carrera que ganó Dorando en Palermo, confirmando la ausencia del campeón Cornejo, pero resaltando que Creuz, clasificado segundo, era español residente en Santiago de Chile. No hubo nuevas referencias a los maratonistas hasta el 28 de julio, es decir, meses después. La noticia de ese día expresaba:

El domingo próximo se efectuará el desafío a una larga carrera pedestre entre Cornejo y Becerra. El encuentro tendrá lugar en el velódromo, en Miramar.

A propósito de Cornejo, se recordará que los días del Centenario argentino, los diarios de Chile publicaron elogiosos párrafos para el campeón chileno, con motivo de que se anunció telegráficamente desde Buenos Aires la realización de una carrera sobre una milla entre los mejores campeones, habiendo ganado Cornejo por corta distancia al campeón mundial Dorando.

La noticia fue enviada por un bromista. Sin otro propósito, al parecer, que producir algún momento de entusiasmo a los sportsmen *chilenos.*

Cornejo, según hemos sabido posteriormente, no tuvo el agrado de dejar

atrás al célebre Dorando, sencillamente porque no midieron sus fuerzas en la mentada prueba.

Efectivamente, el domingo 22 no se celebró ninguna competición pedestre en Buenos Aires. Hubo carreras de caballos en el Hipódromo de Palermo, enfrentamiento de golf entre Lomas y el Golf Club Argentino (ganó el primero) y varios partidos de fútbol, entre los que se destacó el de Estudiantes con River Plate (empataron 2 a 2). Por lo tanto, no ganó el campeón chileno, no perdió el as italiano y ni siquiera alguno de los dos compitió. Dorando partió invicto y Cornejo se fue sin la medalla que nunca le dio el intendente.

EL ISRAELITA Y LAS AMBULANCIAS

Ya mencionamos los centros hospitalarios de las comunidades en la Capital Federal. El Centenario dio lugar a la creación de otro: el de la colectividad judía. En algún momento consideraron obsequiarle a la ciudad una obra escultórica, como harían casi todas las agrupaciones de inmigrantes. Pero esta comunidad enfrentaba el grave problema de que los jóvenes médicos judíos recibidos en el país —como Nicolás Rapoport— debían recorrer los hospitales con el fin de ocuparse de sus enfermos, ya que ellos eran los únicos que podían entender el idish. Prácticos, optaron por reunir dinero para comprar dos terrenos ese año. Uno en Ciudadela, donde establecieron el cementerio de la comunidad, y otro en Terrada y Nazca (barrio Villa Santa Rita), donde edificarían el Hospital Israelita Ezrah. La construcción se demoró: seis años más tarde se colocaría la piedra fundamental del primer pabellón bautizado con el nombre de Centenario.

La salud ofreció, además, una marca en los anales de 1910. Nos referimos a la atención brindada por el laboratorio Pasteur para las mordeduras y las posibilidades de contraer rabia. Solían promediarse unas mil consultas anuales, pero en el año del Centenario se duplicaron hasta completar 2035 revisiones y tres penosas muertes. Del total, las que efectivamente presentaban mordeduras de animal rabioso fueron 1081 personas.

Pasando al ranking de los victimarios, los mordedores registrados habían sido: 1034 perros, 37 gatos, tres caballos, tres vacas, tres ratas y un conejo.

Para completar el panorama, hubo un cambio en la Dirección General de la Administración Sanitaria y Asistencia Pública. A mitad de año, el doctor José Penna fue reemplazado por su colega José R. Semprún. Sobre este especialista en enfermedades nerviosas debemos decir que fue integrante de la Sociedad Rural Argentina, del Jockey

Club, y fundador de dos instituciones vinculados con los automóviles: el Touring Club y el Automóvil Club Argentino. Semprún era uno de los dos mil porteños que tenía automóvil. Este pequeño recorrido biográfico nos permitirá comprender su principal preocupación al asumir el importante cargo.

En Buenos Aires circulaban unas cincuenta ambulancias. Pero la totalidad era traccionada por caballos. Al igual que en todos los tiempos, a la ambulancia se le cedía el paso y se le permitía marchar a mayor velocidad que la autorizada para los carruajes. Pero no dejaba de ser un carro tirado por ejemplares que jamás hubieran ganado una carrera en el hipódromo. Tampoco estaba en buenas condiciones la caballeriza donde guardaban reposo los sesenta caballos de la Sanidad.

Para Semprún, la adquisición de automóviles ambulancia era una prioridad. Obtuvo el dinero necesario y mandó comprar a Francia veinte autos Panhard Levassor, diez de ellos armados para funcionar como ambulancias, ocho para visitas a domicilio y dos "camions" —es decir, camiones— para distribución de accesorios y medicamentos.

Según se explicó, los autos que llegarían "ofrecen las ventajas de tener dos puertas separadas, una para el médico y otra para el enfermo". La novedad se completaba con la instauración del vehículo de emergencias: un profesional y un practicante circulaban por la ciudad en un automóvil, y si eran convocados por una urgencia, en vez de concurrir a caballo, lo hacían en auto.

Como vemos, el traslado de enfermos mereció la atención de nuestros abuelos del Centenario. Semprún pretendió instaurar un sistema interhospitalario de tranvías ambulancias, con ocho camas por vagón. Para llevarlo a cabo se entrevistó con las dos principales compañías: la Anglo-Argentina y la de los hermanos Lacroze, ya que estaba en manos de ellos crear el ramal que recorriera todos los hospitales. Las dos se mostraron interesadas. Pero nunca sucedió. Vaya uno a saber en qué despacho se atascó el proyecto.

EL ÚLTIMO HIJO DE LOS HOMBRES DE MAYO

El Ejército del Norte marchaba con buenos pronósticos por el Alto Perú hasta que la acción del Desaguadero (conocida como Desastre de Huaqui) provocó el descalabro de las armas patriotas. Por el traspié cayó la Junta Grande y fue reemplazada por el Triunvirato.

Se inició un sumario y un tribunal militar tomó declaración a oficiales y soldados. De aquellas manifestaciones surgió una nómina de hombres con mando que en Desaguadero "se retiraron —del campo de batalla— por cobardía" y fueron acusados de haber provocado "la dispersión que ha tenido el ejército".

Entre los veinticuatro señalados había diez capitanes sobre quienes recayó la mayor responsabilidad. El más notorio fue uno que entró en pánico y llegó hasta la retaguardia dando gritos desesperados de alarma. Nos referimos al oficial de los Arribeños, héroe de las Invasiones Inglesas, Bernardino Paz y Figueroa.

Santiagueño, nacido en 1787, su conducta militar no tenía manchas. Era un guerrero con todas las letras y su carrera parecía ir consolidándose. Sin embargo, en la nefasta jornada de Huaqui no estuvo a la altura de las circunstancias y fue recriminado por su superior, Juan José Viamonte, y por la tropa que mandaba. Su alejamiento se puso en evidencia porque los hombres del 6 de Infantería quedaron corajudamente formados en el campo de batalla, aun a pesar de que el jefe los había abandonado.

El descargo del capitán Paz, si es que lo hubo, nunca llegó a conocerse. Murió en Tucumán, el 25 de diciembre de 1811, seis meses después de Huaqui. La causa de la muerte no ha quedado clara. Se ha dicho que fue producto de heridas recibidas en el enfrentamiento. Sin embargo, los testimonios de sus camaradas hablan de cobardía y fuga. Nadie menciona que hubiera tenido un rasguño. Faltan elementos que

permitan establecer qué ocurrió realmente en la Navidad del año 11.

A nosotros nos interesan la joven viuda del capitán Paz, de 24 años, María Ventura del Corazón Diana y su hijo. ¿O hijos? Veamos cómo fue la historia.

Bernardino Paz y Ventura Diana se habían casado en Buenos Aires, a comienzos de 1809. A fin de año nació el hijo Carlos. Lo bautizó el mismísimo sacerdote Manuel Alberti, aquel que en 1810 sería miembro de la Primera Junta. Fue su padrino Francisco Ortiz de Ocampo —jefe militar de Bernardino—, mientras que la abuela de la criatura ofició de madrina. En esta historia su nombre es clave: hablamos de doña María Francisca Lalinde de Diana.

Acerca del pequeño Carlos no hay dudas. Era hijo de Ventura y Bernardino. En cambio, el caso de su hermana, llamada Gregoria, es más complejo porque nació a comienzos de mayo de 1812. Once meses habían transcurrido desde el Desastre de Huaqui y cinco desde la muerte del capitán Paz. Sobre todo, luego de casi un año de ausencia del supuesto padre. ¿Pudo el soldado detenido haber viajado a Buenos Aires? Es tan poco probable como que misia Ventura haya ido a Tucumán a visitarlo.

No importa. Vamos a obviar el aspecto geográfico y suponer que Ventura y Bernardino se encontraron en alguna parte, en agosto o septiembre, y concibieron a la niña. Pero entonces, ¿por qué fue bautizada como Gregoria Estanislada del Corazón, “hija de padres no conocidos”? Y aún más: ¿quién fue la madrina de la niña sin padres? Se repite el nombre del final de un párrafo previo: María Francisca Lalinde de Diana.

Carlos y Gregoria, ahijados de doña Francisca, fueron criados juntos. ¿Cabe sospechar que era hija de la viuda Ventura? Parece que sí. ¿Y del capitán Bernardino? Estimado lector, lo dejamos a su criterio.

Lo cierto es que Ventura debió acudir al gobierno para reclamar la pensión por la muerte de su marido. Un detalle: en la solicitud declaró que el único hijo del matrimonio era Carlos. La viuda se entrevistó con uno de los hombres influyentes: Domingo Matheu, recordado vocal del Primer Gobierno Patrio. La tramitación tuvo sus momentos informales y la dama y el funcionario iniciaron un romance, que dio su primer fruto en diciembre de 1815 con el nacimiento de Carmen.

Hasta ahora tenemos a Ventura y tres chicos: Carlos (de Bernardino), Gregoria (no sabemos) y Carmen (de Matheu).

Lo próximo que ocurrió fue que Ventura y Domingo se casaron el 26 de febrero de 1817 a las 7:30 de la tarde. ¿Madrina de boda? Nada menos que María Francisca Lalinde de Diana, quien, además, volvió a reincidir en el madrinazgo tres meses después cuando nació Dominguito Matheu. Pero era apenas el comienzo. La familia aumentó: además de Carlos (y Gregoria, tal vez), misia Ventura tuvo diez embarazos. No todos los chicos alcanzaron la mayoría de edad, solo sobrevivieron seis mujeres y dos varones: el ya mencionado Dominguito y otro llamado Martín, pequeño que apenas tenía cinco años cuando murió su padre, el prócer de Mayo.

En la mañana del 28 de marzo de 1831, en la casona de Florida —entre las actuales Mitre y Perón—, Martincito no terminaba de despertarse. El reloj corporal pretendía que se levantara, pero faltaba la frase paterna, "¡Hijos, arriba!", más la ceremonia de marchar al aljibe, donde el patriota se encargaba de lavarles la cara y despabilarlos. El niño se levantó solo y fue al cuarto principal. Encontró a su padre "durmiendo en un cajón" que era blanco por dentro y verde por fuera. Tras intentar despertarlo, salió al patio y le dijo a sus hermanas que tatita se había metido en un cajón. Una le respondió: "¡Callate, bruto! No ves que está muerto". Martincito, desorientado, preguntó: "¿Y qué es muerto?".

Los varones de la familia Matheu no tuvieron la joven vocación comercial de su padre. Domingo fue médico, y Martín, abogado. Este casó con Florencia Rondeau y tuvieron cinco mujeres y un varón, mientras que Domingo murió soltero. En realidad, volvió de un destierro en Brasil con mujer —Nerea Sánchez— y varias hijas, pero sin haberse casado. Por favor, recordemos este dato.

En 1910, cuando tuvieron lugar los festejos por el Centenario de la Revolución de Mayo, Martín Matheu era el único sobreviviente de los treinta y tres vástagos de los miembros de la Primera Junta. Pero no apareció en los diarios por esa condición, sino por un accidente que sufrió una de sus hijas.

El 19 de abril de 1910 Dominga Matheu, casada con el ingeniero agrónomo Ricardo Pillado, realizaba un viaje de corta distancia en el

tranvía Nro. 5 desde Retiro por la calle Arenales. En la esquina de Esmeralda, subió el pasajero Juan B. Willington, de oficio limpiador de vagones de trenes, que llevaba un revólver en el bolsillo trasero de su pantalón. Se ubicó en el asiento que estaba detrás de Dominga Matheu, pero al sentarse cayó el arma y salió un disparo que dio de lleno en el muslo derecho de la señora, quien recibió primeros auxilios y fue llevada a su casa. Willington marchó detenido.

Las próximas apariciones de Martín Matheu en la prensa se referían a la queja de los vecinos de Morón, donde vivía el abogado con tres hijas, porque las autoridades nacionales estaban dejándolo al margen de los festejos. De hecho, el 25 de Mayo los maestros de esa localidad concurrieron a la casa para rendirle un sentido homenaje y entregarle una medalla.

Asistió el 5 de junio a La Boca, donde tuvo lugar la inauguración del monumento de su padre. El acto no logró el brillo de otros previos, como los homenajes escultóricos a Saavedra, Paso, Moreno y Rodríguez Peña. Por ejemplo, la plaza donde se erigió la estatua no estaba terminada.

De todos modos, Martín Matheu no se detenía en esos detalles. Con 84 años intensamente vividos, tenía suficiente energía y un proyecto grandioso: escribir las memorias de su padre. Las llamó "Autobiografía", pero hubiera sido más apropiado "Recuerdos" o "Memorias de mi padre". Los dos tomos que aportó contienen ácidos comentarios de Matheu hacia Saavedra y también algunos episodios que ponen en la superficie la interna de la Junta.

Martín, el último de los hijos de los próceres de Mayo, el que quería saber "qué es muerto", murió el 4 de agosto de 1916 en Morón. La familia volvió a ser protagonista de un sonado caso cuando Ventura Rufina (hija de Martín) demandó a cuatro supuestas primas por arrogarse el derecho de cobrar una pensión, cuando en realidad no eran hijas de su tío Domingo, sino de Nerea, la mujer del mencionado. El juez no hizo lugar y las primas siguieron cobrando, lo que nos recuerda que la historia de esta familia comenzó cuando la viuda del capitán Paz acudió a Matheu para cobrar una pensión.

Texto adaptado del capítulo “Cajón verde”, del libro *Historias de corceles y de acero*, publicado por el autor en 2010.

ZOO DEL CENTENARIO

El Jardín Zoológico era uno de los grandes paseos de aquel tiempo. En el año 1910 acudieron 1.401.449 personas y mayo fue récord con 130.813 visitantes. El mes de menor asistencia fue febrero, con 74.094 ingresos. El máximo día de concurrencia tuvo lugar el domingo 17 de abril: 23.432 entradas vendidas. Sin duda alguna, este número ha estado relacionado con la llegada, esa semana, de los bisontes importados de los Estados Unidos y un león bien adulto y cansino. Pero, sobre todo, de los primeros pingüinos Emperador. Eran 32 y los donó el capitán de navío Guillermo Núñez, recién arribado de una travesía por el Atlántico Sur. Acotemos que en ese tiempo, todos los llamaban con un galicismo rebuscado: *pengüines*.

El 22 de julio fue la jornada con menos visitas: apenas ocho personas. Había llovido la noche anterior y estaban intransitables los caminos. Además hizo mucho frío, y esto sin duda habrá sido un motivo de alegría para los *pengüines*. Debe tenerse en cuenta que el viaje solía hacerse en coche o tranvía, ya que la avenida Las Heras, con pocas edificaciones —la Facultad de Derecho, el Hospital Rivadavia, la Penitenciaría y algunos otros— distaba de ser confortable para peatones. Aunque su peor momento no era en el horario del paseo, sino de noche.

El tramo final, al acercarse a Plaza Italia y donde confluían las rejas del Botánico y del Zoológico, era una de las zonas más inseguras de la ciudad. Esto se debía a que la iluminación era pésima, y el hecho de ser calles largas hacía que la mitad del trayecto fuera una boca de lobo. El docente Francisco Visedo fue asaltado cinco o seis veces allí. Por otra parte, según informó *La Nación*, “la inmoralidad se apodera también de aquel olvidado lugar en las horas nocturnas”. Afirmaba que quien cruzaba de noche por allí “observa entre las sombras escenas inenarrables”. A la mala iluminación y a las malas compañías

se sumaba la falta de baldosas y ladrillos en las veredas, lo que transformaba el cruce en una escalofriante aventura.

Clemente Onelli, romano, director del zoo, era un apasionado de su profesión. Según su parecer, los animales eran pensionistas y él debía actuar como si fuera el encargado de un hotel. Para muestra, un episodio: en enero de 1909 llegaron varios ejemplares traídos desde los Estados Unidos. Onelli los distribuyó:

—Iguana lagarto venenosa, a la casa de las víboras.
—Linces y chacales, con los canguros.
—Castores, cerca de las abejas.
—Grullas, con los flamencos.
—Pelícanos, tejones y zarigüeyas, en la laguna de los elefantes.
—Cacomixtle astuto [de la familia de los mapaches] y oso shung, en la casa de los cebús.

Eran tiempos en que todos los chicos sabían de memoria los nombres de los animales. Por ejemplo, Petronio el elefante, que con los años fue reemplazado por otro muy popular llamado Sayán. Para los pequeños era una fiesta que el animal estuviera comiendo, tomando o durmiendo en su guarida y ante los gritos de varios ("¡Sayán! ¡Sayán!"), asomara para ser aplaudido.

El director solía recorrer su "pensionado" con una bolsa de golosinas para regalar a los niños. Se preocupaba por cada detalle. En 1910 había roto lanzas con el intendente Güiraldes debido a que no recibía fondos para mejorar el paseo. Por ese motivo, apeló a las funciones de teatro, "con autómatas parlantes", que más que entretener asustaban a los más pequeños. También sacó provecho del gallinero: vendía la producción de sus gallinas a cambio de dinero que empleaba para comprar obras de arte que embellecieran el mundo de los animales. Ese año llegaron unas ruinas bizantinas que adquirió Eduardo Schiaffino en Trieste, durante una gira destinada a dotar al Museo de Bellas Artes con obras de alto valor. Las columnas fueron a parar a la isla Darwin, que era la de los flamencos y las grullas. Años más tarde se detectó que no eran originales.

En abril, le ofrecieron colocar molinetes en la entrada del zoológico

—se llamaban *turnstiles*— y los desechó por considerarlos inútiles. Hubieran sido los primeros molinetes del país.

Pero la mayor preocupación del director del zoo era que se había quedado sin jirafas. La pareja que tenía se le murió en 1909 y por ese motivo escribió a varios zoológicos de América y Europa con el fin de reemplazarlas. Sin embargo, no consiguió que le vendieran siquiera un ejemplar. La falta recién se subsanaría en 1912 con la llegada de Mimí, y luego la de su novio.

Por lo tanto, el casi millón y medio de visitantes de 1910 se privó de una de las grandes atracciones. Pero, a falta de jirafas, buenos son los osos. A comienzos de junio, desde la ciudad de Hamburgo nos enviaron de regalo un oso tibetano, víboras y pájaros diversos, más una temible serpiente de cien kilos. Una harpía llegó desde Bolivia y el jefe de una tribu africana nos envió una pareja de leones.

Tan exquisito resultaba el Jardín Zoológico que se convirtió en atracción turística para los extranjeros. Toda visita ilustre que llegaba a Buenos Aires era llevada a pasear por el zoo. De hecho, cuando el gran bailarín ruso Vaslav Nijinsky arribó a la ciudad para actuar en 1913, tomó una resolución totalmente inesperada. Se casó con Rómola Pulszky, una encantadora húngara que conoció en el trayecto (o más bien al final, porque durante la mayor parte de la travesía no había tomado nota de las insinuaciones de la dama). Lo cierto es que el hombre se casó en la iglesia de San Miguel y, una vez concluida la ceremonia, marido y mujer fueron a pasear al Jardín Zoológico. Lo que más fascinaba a Nijinsky era observar los movimientos de los flamencos y las grullas, en la isla Darwin (junto a las falsas ruinas bizantinas), para imitarlos.

CARRERA ESPACIAL

En el año del Centenario argentino se contemplaba el pasado, pero se miraba hacia el futuro. Por fin en 1910 hubo aviones en el país, ya que hasta ese momento el único disponible era el del mural del Parque Japonés, en Recoleta, donde los chicos y no tan chicos posaban asomados en agujeros de la imagen para ser fotografiados como si fueran pilotos.

Dos jóvenes, uno francés y el otro italiano, aspiraban a un único lugar en la historia de la aviación. Solo uno se quedaría con el título de ser el primero en efectuar un vuelo con aparatos más pesados que el aire, en cielos de Sudamérica.

Henri Brégi (21 años, ingeniero, dedicado a la aviación por ser apasionado de la mecánica) arribó a Buenos Aires el 8 de enero. Ricardo Ponzelli (a punto de cumplir 28 años, aventurero, alpinista, cazador en África, corredor de automóviles) lo hizo diez días después. No se conocían. Cada uno se manejó por su cuenta, demostrando los dos una ambición individual de alto vuelo.

El deseo de inscribir sus nombres en las letras de oro de la aviación del continente era innegable. Pero no eligieron la Argentina luego de hacer girar un globo terráqueo y viendo dónde caía el dedo índice. Al país viajaron porque les pagaban para hacerlo. Era una inversión que se recuperaba en el corto plazo, mediante la recaudación de entradas en las demostraciones que realizaban. Asimismo, daban valor a la profesión, al fomentar el vuelo como medio de transporte en el vasto territorio argentino.

Ponzelli se dedicó a revisar terrenos para llevar a cabo la hazaña. Descartó el hipódromo de Belgrano (actual estadio de River Plate). Pasó al de Hurlingham y también revisó el vecino polígono de tiro de Campo de Mayo, que fue el que finalmente eligió.

El 30 de enero una multitud se movilizó para observarlo. Viajaron

en trenes expreso que partían de Retiro, con una escala en la estación Palermo (Puente Pacífico). Los últimos dos vagones de las formaciones fueron reservados para autoridades nacionales y provinciales. La entrada al espectáculo costaba cinco pesos.

Ante la expectativa de numerosos espectadores, el aviador italiano encendió el motor. Los integrantes del Aero Club Argentino (surgido en 1908 cuando se intensificó el uso de globos aerostáticos) eran los encargados de homologar el vuelo. Con ojos atentos, analizaron los movimientos del italiano a partir de que inició su carreteo hacia la gloria.

Pero no pasó de carreteo.

El avión de sesenta caballos de fuerza apenas se desprendió unos centímetros del piso y avanzó una distancia inferior a los doscientos metros. Más que un vuelo, fue un salto.

Cayó tan pesadamente como la manzana de Newton y se averiaron la cola y el tren de aterrizaje, lo suficiente como para impedirle intentarlo una vez más.

Las autoridades no lo homologaron y, por si no alcanzara con la fiscalización oficial, allí estaba la voz del pueblo desaprobando la acción. Pero algunos entusiastas lo apoyaban. Las discusiones acerca de si voló Ponzelli o no subieron de tono. Lo cierto es que en vez de ser reconocido como el primero en llevar un avión a las alturas en Sudamérica, el intrépido aviador cargó con la mochila de ser el primero en fracasar. En su defensa aclaramos que para fracasar es necesario intentarlo, algo que por supuesto no había hecho ninguno de los polemistas.

Apremiado por la inminencia del vuelo de su competidor Brégi, quien tendría su oportunidad el fin de semana siguiente (el domingo 6 de febrero), el italiano reparó su aeronave y el miércoles 2, con público escaso, lo intentó una vez más. El aparato no parecía dispuesto a recibir órdenes. Antes de que despegara sus ruedas del piso, un poste se interpuso en el camino. La violencia del choque hizo que Ponzelli saliera despedido y sufriera algunos traumatismos. Fue el primer piloto eyectado de nuestra historia. Resultó su segundo intento fallido.

El 6 de febrero la actividad se trasladó al flamante hipódromo de Longchamps, al sur del conurbano bonaerense, donde ese día

inaugural se realizarían carreras de automóviles y de motocicletas. Pero el aperitivo de la tarde sería el intento del francés Brégi.

¿Por qué los aviadores empleaban una pista oval si esos avioncitos apenas necesitaban una recta de doscientos metros y despegaban del suelo? Para responderlo es necesario hacer un ejercicio. Se trata de abandonar la comodidad que nos brinda el mundo de hoy, sus valores y su visión de las cosas, y ubicarnos en la época de aquellos pioneros. En los hipódromos se habían visto carreras de caballos, de perros, de sulkys. Luego, en esas mismas pistas, compitieron ciclistas, automovilistas y motociclistas. Sin ir más lejos, la primera carrera de autos en la Argentina tuvo lugar en noviembre de 1901 y se realizó en un hipódromo.

Por lo tanto, los primeros aviadores, que apenas se desprendían unos cuantos metros del suelo, se manejaban con la lógica de un circuito acotado. Además, el vuelo alrededor de la pista daba la seguridad de que, frente a un inconveniente mecánico, se descendía de inmediato y se minimizaban los accidentes. Y otro tema nada menor era la compañía de las tribunas, combinada con la vanidad de los pilotos: les gustaba volar y también que los vieran volar, que los aplaudieran, que los idolatraran. ¡Pero cuidado! El público argentino era difícil, como veremos.

A las 17:35 se elevó a veinticinco metros de altura y realizó dos giros alrededor de la pista, mientras era ovacionado por la multitud. ¿Fue homologado este vuelo? No, ¡porque aún no estaban presentes todos los supervisores del Aero Club Argentino!

A las 18:45 llevó adelante un nuevo intento. Dio cuatro vueltas a cuarenta metros de altura y, ahora sí, con la venia oficial, y ante tres mil espectadores, entre ellos muchas familias que tomaban vacaciones en las quintas de localidades vecinas como Lomas de Zamora y Burzaco, el francés Brégi se convirtió en el primer aviador de la provincia de Buenos Aires, de la Argentina y de América del Sur, superando a su magullado competidor Ponzelli.

UNA VISITA ESTELAR: LA CHATA

Tres países del continente, además de la Argentina, decretaron feriado nacional el 25 de Mayo de 1910: Perú, Paraguay y Brasil. Esto nos permite inferir la importancia que revistió la fecha. Numerosas delegaciones concurrieron a los festejos por el Centenario. Una mujer se destacó por encima del resto. Pero antes de presentarla, haremos un breve recorrido de parentescos.

Fernando VII de España, quien tenía veinticinco años cuando tuvo lugar la Revolución de Mayo, se casó cuatro veces. La última en 1829, con su sobrina María Cristina (fue el segundo enlace con una sobrina). De la unión nació Isabel en 1830, quien a los dieciséis años contrajo matrimonio y fue madre de doce hijos, entre ellos, María Isabel Francisca de Asís Cristina Francisca de Paula Dominga, más conocida como la infanta Isabel de Borbón. Y aún más reconocida como "la Chata": tenía una nariz como la de los boxeadores y en España todos la llamaban cariñosamente con ese apodo. Era, además, tía del rey Alfonso XIII, monarca de la corona española.

El término "infanta" puede parecernos confuso cuando hablamos de Isabel, quien tenía 58 años. Tal título se debe a una institución de la realeza española creada en el siglo X, el infantazgo o infantado, que otorgaba propiedades y privilegios a las hijas de los nobles. La Chata —la nieta de Fernando VII— fue la protagonista excluyente, la principal visita que recibimos en 1910 para las celebraciones por el Centenario de la Revolución de Mayo, aquella que desembocó en la Independencia de España y la guerra contra el absolutismo que representaba su abuelo.

Durante la travesía, la infanta encontró una forma de distraerse: los "marconigramas". Eran los mensajes transmitidos hacia alta mar mediante el sistema de telegrafía sin hilos inventado por el italiano Marconi. Los marconigramas fueron uno de los grandes

entretenimientos de doña Isabel, al punto de que se pusieron de manifiesto ciertas molestias entre los miembros de la comitiva, ya que la dama dedicaba mucho tiempo a los mensajes y a la suspensión momentánea de las comidas, interrumpidas por cualquier motivo, llámese un mensaje o un delfín haciendo piruetas.

La noche previa al arribo, a las nueve, se interrumpió la comida que presidía la dignísima dama para anunciarle con alegría: "Su Señoría, hemos recibido un marconigrama de Buenos Aires". Era un saludo afectuoso: "¡Salve noble España! Bienvenida seas a la Argentina". Hubo un malentendido. Porque en un principio se interpretó que el pueblo de Buenos Aires le expresaba su beneplácito. Pero, en realidad, era un telegrama que habían enviado desde el crucero *Buenos Aires*, que se había adelantado para escoltar al yate real en su ingreso al Río de la Plata.

El encuentro de las dos naves sería entre las cuatro y las cinco de la mañana. La señora resolvió quedarse despierta: "Estoy decidida a que no me cuenten nada. Quiero verlo todo". Recién a las cinco, luego de saludar a la distancia al barco anfitrión, la noble fue a descansar. Pero ordenó que la despertaran en cuanto ingresaran al canal que la depositaría en Puerto Madero (antiguamente llamado Puerto de Buenos Aires). Por lo tanto, apenas durmió tres horas y a las ocho se hallaba de pie, dispuesta a no perderse nada.

Las expectativas también invadían a los porteños. El 18 de mayo, día de su arribo, el diario *La Prensa* anunció que cuando el buque ingresara a la Dársena Norte haría sonar la famosa sirena que tenía en los altos del majestuoso edificio que poseía en Avenida de Mayo y Perú, y también lo haría una vez que la noble dama pusiera un pie en el muelle del centro de la ciudad, ubicado en Alem y Sarmiento. A lo largo del andén, que medía más de doscientos metros, se dispuso una alfombra roja.

Varias comunidades fletaron barcos —principalmente de la compañía Mihanovich— para aquellos ansiosos que deseaban adelantarse y recibir a la tía del rey en aguas del Plata. El río estaba plagado de embarcaciones de todo tipo. El buque *París*, rentado por la sociedad española, llevaba alrededor de doscientas personas. Se acercaron tanto al barco de la ilustre embajadora que lo embistieron

levemente. Y no solo eso; unos veinte pasajeros que estaban en la baranda tratando de sostener su privilegiada ubicación en la primera fila se cayeron, ¡pero no al agua, sino al barco donde venía la Chata!

Según publicaron diarios españoles y argentinos, la infanta Isabel se topó con todos esos adelantados y declaró que se complacía en comprobar que "hasta los choques entre embarcaciones argentinas y españolas eran de resultados felices, pues sólo tenían como consecuencia apresurar las expansiones de amistad entre los hijos de una y otra nacionalidad". Y además destacó que estos veinte accidentados "cayeron como llovidos del cielo".

¿El tiempo acompañó el histórico momento? "El día se presentó brumoso y no faltaron presagios de que el tiempo amenguaría el brillo de la fiesta; pero después de las 10 a. m., una mañana espléndida, llena de sol, desmintió los augurios pesimistas", informó *La Prensa*.

Más allá de los veinte clavadistas accidentales "que llovieron del cielo", los primeros en rendir honores a la dama desde tierra fueron los marinos de la Escuela de Mecánicos de la Armada que funcionaba en la Dársena Norte, enfrente del Yatch Club Argentino, donde se encontraban los astilleros de Tandanor. El oficial Daniel de Oliveira Cézar tuvo el honor de ser el primero que saludó el ingreso del barco.

El público se agolpó en la costa, pero el ingreso al muelle estaba reservado a las autoridades. Había mucha más gente que la que se esperaba. Por una tardanza del presidente Figueroa Alcorta, quien pugnaba por avanzar por entre la multitud rumbo al muelle, el encargado de recibirla fue el jefe municipal. Güiraldes conversó con la ilustre visita, ganando tiempo, hasta que por fin llegó el mandatario.

Recorrieron la alfombra roja y partieron rumbo a la Casa de Gobierno en medio de un tumulto. Hubo quienes intentaron desatar los caballos del carruaje, recientemente importado, con la clara intención de reemplazar los cuatro corceles por brazos argentinos y españoles. Eran tiempos de atentados anarquistas y la policía no entendió el gesto en su magnitud. Pechazos, palazos y gritos disuadieron a los corteses.

A un siglo de distancia llama la atención que miles pugnaran por ver en persona a una señora que en Europa conformaba la segunda fila de la aristocracia del continente. Sin embargo, para los argentinos se

trataba de una visita relevante. Aun así, no vamos a dejar pasar un comentario infantil a cargo de Matildita Cabrera, quien entonces tenía ocho años y dijo respecto de la tía del rey de España: “Era espantosa, muy gorda y muy baja”. De todas maneras, ejemplos sobran para decir que si la hubiera tratado habría quedado encantada. Como lo estaban las autoridades argentinas. Por fin, la celebración del Centenario de la Patria tenía el marco adecuado con la presencia estelar de la infanta Isabel de Borbón.

Participó, entre tantas inauguraciones, visitas, bailes y banquetes, del acto de colocación de la piedra fundamental del Monumento de los Españoles, en Palermo. Luego de la ceremonia, paseó por los bosques del Parque 3 de Febrero en carruaje. Y nosotros le expresamos nuestro agradecimiento bautizando, con un nombre singular, uno de los tramos que había recorrido. Lo llamamos: “Paseo de la Infanta”.

Texto adaptado del capítulo “Desborde de entusiasmo”, del libro *Estrellas del pasado*, publicado por el autor en 2015.

REGALO DEVUELTO

El presidente del Banco Municipal de Buenos Aires y también historiador, Enrique Peña, viajó a España en abril de 1909. Había decidido ir con su hija Elisa, costeando ambos viajes y estadías por un interés particular. Deseaba indagar en los archivos del país sobre la fundación de Buenos Aires.

En esas circunstancias, el intendente lo convocó para sumarle una misión. Debía contratar a un artista relevante para que pintara un cuadro que adornaría los salones de la Municipalidad. No llevaba instrucciones precisas sobre la obra; la única condición era que debía referirse a la historia de Buenos Aires. Desde Madrid, el ministro plenipotenciario Vicente G. Quesada recomendó al malagueño José Moreno Carbonero. El jefe comunal le envío un telegrama a Peña con la indicación de que se reuniera con el afamado artista.

Acompañado por su hija y el secretario de la legación argentina, Carlos M. de Ocantos, acudió al atelier madrileño del malagueño, situado en la calle de Miguel Ángel. Era una moderna casa de dos plantas y un extenso jardín interior.

Pintor y contratista se pusieron de acuerdo en cuanto al tema —la fundación de Buenos Aires— y las medidas del lienzo: tendría cuatro metros de largo por tres de alto y, dentro de lo posible, se mantendría la escala real. Menos sencillo fue encontrar un plazo adecuado. Se estableció que debía entregarse en nueve o diez meses. Teniendo en cuenta que la entrevista tuvo lugar a comienzos de abril de 1909, el contratista reclamaba que estuviera en Buenos Aires en enero, a más tardar febrero, del año siguiente. Para Moreno Carbonero significaba trabajar muy al filo del tiempo, pero el funcionario ofreció su colaboración para recolectar documentos. El argentino se tomó la tarea muy en serio: reunió cuatro cajones de papeles en el Archivo General de Indias.

Las averiguaciones de Enrique Peña en el Archivo de Indias de Sevilla, asistido por su bellísima hija Elisa (tomamos el calificativo de una carta que escribió Moreno Carbonero a un tercero), fueron muy bien aprovechadas por el artista. Pero aun así, fue por más. Visitó el palacio de El Escorial, a unos cincuenta kilómetros de Madrid, con el fin de estudiar cuadros de la época cercana a 1580. También acudió a la Real Armería, para familiarizarse con las armas y los uniformes del siglo XVI.

Moreno Carbonero volcaba los resultados de la recopilación en el lienzo, a la vez que Peña se empecinaba en detectar cuál había sido el escudo —perdido en el tiempo— que Garay había diseñado para la ciudad de Buenos Aires.

El resto de 1909 ambos continuaron ensimismados, cada uno en su proyecto. El 8 de enero de 1910 Peña publicó el libro *El escudo de armas de la Ciudad de Buenos Aires*. Había develado en gran parte los enigmas acerca del escudo de Garay y al final de la obra reclamaba una ordenanza municipal que pusiera fin a la anarquía del diseño: hacia 1910, cada oficina municipal usaba el escudo que le parecía.

En tanto la otra obra, la pictórica, continuaba en proceso mientras en Buenos Aires se quejaban porque a los artistas extranjeros se les entregaban sumas altas —el cuadro mencionado se pagó 30.000 pesetas— y a los locales apenas se les daba las gracias y no mucho más que eso.

Moreno Carbonero contrató a un modelo, a quien hizo posar con diversos vestuarios: un día era Garay, otro un regidor y otro un arcabucero. Peña le comentó uno de sus hallazgos. En ciertos papeles había descubierto que el vasco Garay contaba con los servicios de un fiel nativo de la tribu de los mocovíes del norte de Santa Fe. De regreso en Buenos Aires le envió retratos de aborígenes que obtuvo en el Museo Etnográfico de la ciudad. El malagueño reprodujo en yeso la cabeza del mocoví para luego replicarla en la tela de la manera más fidedigna posible. Fabricó con harapos el vestuario de los nativos y de los pobladores.

Pasaba horas pintando en el espacioso jardín, copiando los efectos de luces y sombras. Se concentraba en delinear un personaje hasta que lo completaba. Recién allí hacía cambiar de vestuario al modelo e

iniciaba la nueva silueta. Trabajaba contra reloj, era consciente de que se retrasaría un par de meses, pero al menos no sufría demasiadas interrupciones.

El hombre avanzaba presionado pero a buen ritmo, y sobre todo con mucha discreción, ya que la noticia de la obra que realizaba no ocupaba más de cinco o seis líneas en los periódicos. Hasta que de un día para el otro se convirtió en noticia destacada.

El 30 de marzo de 1910 recibió en su atelier una sorpresiva visita. Nada menos que la infanta Isabel de Borbón, la Chata. La integrante de la familia real de España presidiría la comitiva que participaría en los festejos del Centenario argentino y quería conocer mejor la pintura. Moreno Carbonero le explicó quién era quién en el cuadro y le contó la historia de la fundación de 1580.

La impresión que causó en la infanta fue más que buena. Le recomendó a su sobrino, el rey Alfonso XIII, que se diera una vuelta por el taller de la calle Miguel Ángel. Su Majestad, acompañado de una nutrida comitiva, concurrió el 24 de abril. Un detalle: el soberano asistió vestido de jinete, con pantalones bridges y botas de montar. Sin embargo, la foto oficial sufrió un retoque, ya que allí se lo ve con pantalones de vestir y zapatos.

Tanto le gustó el cuadro que decidió llevarse un obsequio: el borrador de la cara de Garay. El boceto del fundador de Buenos Aires fue colgado enfrente de la cama de la alcoba real. Debido a las repercusiones que estas visitas habían generado y al interés que despertó el lienzo, resolvieron exhibirlo por unos días en el Ministerio de Instrucción Pública de Madrid, incluso antes de ser despachado. Fue un éxito: acaparó la atención de miles de curiosos y fanáticos del arte. Esto provocó una nueva demora en la entrega.

Recordemos que se esperaba que la obra se completara entre enero y febrero.

Por una serie de confusiones, el cuadro que debía viajar junto con la comitiva en el buque *Alfonso XII* fue rechazado por las autoridades portuarias de Cádiz y terminó siendo embarcado… en el *Alfonso XII*. Por error, fue despachado en el barco donde no se había permitido cargarlo.

El hallazgo tuvo lugar poco antes de que el buque levara anclas para

volver a España; por lo tanto, se lo llevó a tierra y se mantuvo guardado en un depósito hasta el sábado 11 de junio, la fecha de la fundación de Buenos Aires. Ese día lo ubicaron en un salón del edificio municipal.

El intendente Güiraldes envió un telegrama a Moreno Carbonero, quien se hallaba en España, con el siguiente texto: "Hoy, fecha histórica, quedó instalado en el salón de la Intendencia su cuadro, representando la fundación de Buenos Aires. Entusiastas felicitaciones por su espléndida obra. El intendente, Manuel Güiraldes". Se sumaron otros cablegramas, todos señalando que los porteños habían recibido la pintura con la mayor de las alegrías.

Si algo le faltaba a José Moreno Carbonero para afianzar su fama, era esta pintura. ¿Un ejemplo? Roque Sáenz Peña, el presidente electo que asumiría el 12 de octubre en reemplazo de José Figueroa Alcorta, se encontraba en Madrid a fines de junio. Durante el banquete que le ofrecieron el día 28, un grupo de actores hicieron una representación viva del cuadro de la fundación.

El 19 de diciembre de 1910 la obra fue mudada a la sala del directorio del Banco Municipal (Suipacha y Viamonte, hoy edificio de Rentas). Su próximo destino fue a tres cuadras de allí, Corrientes y Suipacha, sede del Museo Municipal, donde se convirtió en una de las atracciones el día de la inauguración del local, 6 de octubre de 1921.

Fue entonces cuando se sumó un nuevo protagonista a la historia del cuadro. Nos referimos al historiador Jorge A. Echayde, director del naciente museo, tan vasco como Garay, además de ser su admirador y genealogista. Junto con algunos colegas estudió la obra en profundidad. Los especialistas detectaron errores.

La armadura y el aire quijotesco de Garay no parecían ajustarse a 1580. Tampoco la iluminación era adecuada, porque la sombra matinal en Buenos Aires no apunta en la dirección que se había dispuesto. Además, en el cuadro original no había mujeres, y era injusto que por lo menos no se representara a Ana Díaz, quien fue pobladora y se le entregaron tierras. También se debatió el color del follaje elegido para nuestro junio y el frondoso sauce que adornaba la escena. Los críticos se preguntaron por qué el indio que sostenía el caballo tenía las boleadoras en la cintura y si realmente hubo perros

presentes aquella jornada histórica. José Moreno Carbonero se enteró de las objeciones gracias a un amigo que regresaba desde la Argentina. Sin perder tiempo le escribió al director del museo con el objeto de pedirle que por favor le enviaran la tela a España para modificarla. Se hizo cargo de los gastos de material y tiempo, mientras que Echayde resolvió costear el flete y el seguro con dinero propio. Aprovechó a enviarle una nota con los puntos de discordia. Como en la carta en la que había marcado errores le había dicho que el Río de la Plata "tiene un color de sucio", Moreno Carbonero le reclamó que le enviara un lienzo con la tonalidad real. Por lo tanto, además de la obra principal, se despachó un cuadro con el color del río.

"La Fundación de Buenos Aires" partió el 2 de julio de 1923, a bordo del vapor *Infanta Isabel de Borbón*, una embarcación que evocaba a la dama que lo había visto cuando Carbonero le daba forma.

El malagueño suspendió sus vacaciones y trabajó en los cambios durante algunos meses. Alfonso XIII, el admirador del cuadro, volvió a visitar el taller del malagueño, esta vez en abril de 1924.

La obra se embarcó en Cádiz el 7 de junio de 1924, corregida y aumentada, en el mismo vapor que se la había llevado. Arribó al puerto de la ciudad fundada por Garay el 23 de junio. Fue exhibida en el Museo Municipal desde septiembre de ese año.

Por el apuro de querer resolverla en diez meses, recién pudo darse por finalizada catorce años después. Sin perros, sin sauce y sin agua azul.

AUTOS, TRANVÍAS Y COPITOS DE NIEVE

De todas las exposiciones que se realizaron en Buenos Aires en 1910, la de ferrocarriles y transportes terrestres fue la más concurrida; superó incluso tres muy promocionadas: la de bellas artes, la de agricultura y ganadería y la de industria.

La muestra ocupó el terreno conocido con el nombre de Cuarteles de Maldonado, emplazado entre las avenidas Santa Fe, Gutenberg (hoy Luis María Campos), Dorrego, Cerviño e Intendente Bullrich, nombre que recibió la calle que bordeaba el arroyo Maldonado una semana antes de la inauguración de la expo, acontecimiento que tuvo lugar el muy frío 17 de julio. Ese día asistieron el presidente José Figueroa Alcorta y el intendente Manuel Güiraldes, además de ministros y embajadores. Recibió muchos elogios el parque creado por el paisajista Carlos Thays.

En ese tiempo, los Cuarteles de Maldonado eran la sede provisoria del Regimiento de Granaderos a Caballo, que lo ocupaban a la espera de que se terminara la construcción de su cuartel, a pocas cuadras, en la futura Luis María Campos. Luego de la exposición, en 1911, el terreno fue ocupado por el Regimiento de Patricios, que se trasladó desde Campo de Mayo.

De todos los pabellones que se construyeron para la ocasión (incluso hubo uno diseñado por Mario Palanti, el arquitecto del Palacio Barolo), únicamente sobrevivió el de fiestas, correos y telégrafos, que ahora integra el patrimonio del Regimiento.

¿Cuáles fueron los objetos más visitados de la exposición? El primer automóvil, que se introdujo al país en 1895; el primer carro de tranvía que circuló por el barrio de Belgrano, y un modernísimo coche presidencial de tren —para trocha ancha— que nos regaló una compañía británica. Alfombrado en color verde, solo el salón del coche presidencial medía cinco metros y tenía una vista exclusiva, con

amplios ventanales muy aprovechables, ya que estaba diseñado para ser el vagón de cola de la formación. La dorada cama destinada al presidente tenía el escudo nacional en la cabecera.

También las nuevas bicicletas y un espléndido coche comedor del Ferrocarril Central Córdoba eran observados con admiración.

Tanta concurrencia terminó provocando trastornos. Los fines de semana era caótico viajar en tren o tranvía nada menos que a la exposición de transporte. Para los chicos, en cambio, era un viaje feliz: allí se vendió, por primera vez en el país, el algodón comestible con azúcar, popularmente conocido como “copito de nieve”.

PARA ALQUILAR BALCONES

La importancia del balcón en los albores del siglo XX queda de manifiesto al repasar los avisos clasificados. Tantos en las ventas como en los alquileres se remarcaba como un detalle de confort: “casa con balcón”, “sala con balcón”, “departamento con amplio balcón a la calle”. Una propiedad mejoraba su valuación si contaba con ese espacio. Era uno de los ambientes más concurridos y punto de reunión en los días templados.

María Matilde Cabrera —nacida en 1902 y luego casada con Jorge Macome— evocó en un texto inédito lo que para las chicas de su tiempo era habitual:

> *Las tardes que nos quedábamos en casa nuestro programa era salir al balcón un ratito, a última hora de la tarde; era una costumbre muy generalizada. Pasaban algunos vecinos que se detenían a saludar porque había muy buenas relaciones entre las familias de las casas contiguas.*
> *Una paquetería para salir a la ventana era una especie de cubre teclas de piano, que servía para apoyar los brazos en el hierro o mármol del balcón. Se hacían de terciopelo o de paño y llevaban al borde flecos o borlas de tapicería. Mamá se sentaba en una butaca y desde allí tomaba parte en las conversaciones. El silencio de la calle era completo, se seguían los pasos de las personas hasta que se alejaban y solo lo interrumpía algún coche tirado por caballos.*

Los Cabrera vivían en la avenida Santa Fe, entre Laprida y Anchorena, a tres cuadras de la avenida Pueyrredon, hacia el lado de Palermo. El contraste de la apacible tarde con la mañana era notable. María Matilde, fiel testigo, lo recordaba de la siguiente manera:

> *En horas de la mañana era constante el grito de los vendedores pues casi*

todo el pequeño comercio se hacía en la calle directamente. Pasaban los carros cargados de naranjas, que se vendían por ciento, de sandías (¡calada colorada!, era el pregón), de bananas, que se vendían por cacho; de pollos, llevaba el vendedor varias yuntas atadas con una tira; muy a menudo pasaba el vendedor de pavos, iban sueltos, las patas de éstos marchando sobre el empedrado en manadas de quince o veinte. Llevaba en la mano un largo alambre, con un gancho en la punta y cuando la patrona le indicaba cuáles elegía, lo enganchaba a la distancia sin equivocarse. Siempre admiré su habilidad. Se vendía la tierra negra, las macetas, las escobas, las sillas de mimbre.

Por la tarde no se detenían las ventas, pero ya sin los vozarrones y trajinar de carros de las primeras horas. Era el turno del masitero, quien apoyaba un fuentón de hojalata sobre un trapo que llevaba en su cabeza sostenido con un brazo, mientras que con el otro apretujaba un trípode. Cuando desde un balcón le hacían la seña, entraba al zaguán de la casa que a esa hora estaba sin llave. Abría el trípode, apoyaba la fuente y retiraba el lienzo blanco que protegía sus masitas, que no eran otra cosa que panes de leche y esponjosas tortitas negras. La ceremonia continuaba con los chicos, quienes elegían las que querían comer.

Otros proveedores que Matilde recordaba eran los “veinte a veinte”.

Se trataba de dos hombres, generalmente turcos o árabes, que llevaban entre los dos, uno en cada extremo, una especie de angarilla [armazón de dos palos para transportar algo, como si fuera en camilla] *del tamaño de un catre, cargado de cosas de mercería, cintas, elásticos, botones, agujas, hilos y también repasadores, coladores, peinetas, en fin, todo lo imaginable. Pasaban repitiendo constantemente su pregón “Veinte, veinte”, de allí el mote que se les daba. Cada cosa costaba veinte centavos y eran muy útiles para las amas de casa.*

Luego llegaba el turno del organillero, quien daba vuelta una manivela para reproducir música a quienes le daban monedas. Había de dos tipos: el que lo hacía a pie llevando un monito que recaudaba con gracia, y el que pasaba con un carro tirado por un caballo, que

desplazaba un aparato más complejo y de mayor tamaño. Por fin llegaba el turno del farolero, portador de una larga varilla con un trapo encendido en la punta que le permitía encender los faroles a kerosén sin necesidad de treparse a una escalera.

Pero volvamos a los balcones: eran un elemento de distinción. En caso de recibir visitas que se sabía que no los tenían, se las llevaba afuera para que disfrutaran de la vista en las alturas. Y, como no podía ser de otra manera, se obtenía un provecho económico. Así ocurrió, por ejemplo, durante los festejos por el Centenario de la Revolución de Mayo. La presencia de la infanta de España despertó gran interés, y los trayectos que recorría estaban plagados de gente que deseaba verla pasar y saludarla. Era tal el entusiasmo de aquellas semanas, que muchos alquilaron terrazas, balcones y ventanas disponibles en el recorrido para conocer a los visitantes y ser espectadores preferenciales de los eventos. De esta manera, quienes pudieran pagar, conseguirían un lugar privilegiado, una platea a la calle. Durante esos días, en los clasificados de los diarios se leían avisos tales como:

*—Alquilo un espléndido balcón para toda la fiesta del centenario. Avenida de Mayo entre Perú y Chacabuco. Dirigirse por carta a Señor Anunciante en las oficinas de este diario. (*La Nación*, 9 de mayo)*.

*—Se alquilan una sala y antesala, muy bien amuebladas, con o sin pensión, con balcones a la aristocrática Plaza del Congreso. Piano y baño, gran terraza de donde pueden presenciarse en las fiestas públicas del centenario. Rivadavia 1719. (*La Nación*, 11 de mayo)*.

*—Balcones alquílanse para las fiestas mayas. Rivadavia 1443. (*La Prensa*, 12 de mayo)*.

—Fiestas del Centenario. En la calle Rivadavia esquina 25 de Mayo y Paseo de Julio [hoy Alem]*, paraje sin rival y único en la Capital Federal, se alquilan amplios balcones con capacidad para muchas personas. Espléndida vista sobre el Palacio de Gobierno, Plaza de Mayo y Paseo de Julio. Desde los balcones se podrá presenciar con toda comodidad, independencia y confort los grandes festejos (parada militar y desfile, fiestas venecianas, llegada y recepción de representantes extranjeros, salida y regreso del presidente del Tedeum, que tendrá lugar durante los días feriados para celebrar el Centenario de Mayo. Servicios*

*de lunch, sandwiches, vinos, licores, cigarros. Restaurant, habitaciones, salones. Por informes, 25 de Mayo 11. (*La Nación*, 13 de mayo. El servicio de lunch se incorporó en el aviso del día 18).*

*—Alquilo espléndido balcón para fiestas centenario, en la Avenida de Mayo 676, para informarse personalmente a señor Masajista, atiende solo de 4 a 7. (*La Nación*, 16 de mayo).*

*—Alquílase balcón para familia durante las fiestas del Centenario en calle Rivadavia frente a la plaza del Congreso, por día o por temporada. Tratar en Moreno 1842. (*La Prensa*, 16 de mayo).*

*—Gran balcón para el Centenario con capacidad para 50 personas en la Avenida de Mayo y Perú, se alquila por la suma de $ 2.000. Dirigirse al Chester Hotel. (*La Nación*, 22 de mayo).*

*—A las familias alquílase gran terraza adornada expresamente para las fiestas Mayas, Rivadavia 1747, entre Rodríguez Peña y Callao, frente al Congreso. (*La Prensa*, 18 de mayo).*

*—Se alquila azotea con palco a 10 pesos por persona. (*La Prensa*, 24 de mayo).*

*—Se alquilan cuatro hermosos balcones en Bartolomé Mitre y Florida con frente a esta última calle. Situación inmejorable para presenciar el desfile militar. Tratar de 8 a 11 en Bartolomé Mitre 588. (*La Nación*, 25 de mayo).*

No solo balcones y terrazas. La demanda permitía ampliar la oferta: "Alquílanse ventanas para ver desfile. Avenida de Mayo 713", se leyó en *La Prensa* del 25 de mayo.

Debe considerarse que en esos años de gran explosión demográfica debida a las oleadas inmigratorias, la situación habitacional de Buenos Aires se vio desbordada y eran comunes los avisos en los que se ofrecía en alquiler un sector de las casas. Salas, antesalas y cuartos quedaban a disposición de los que arribaban, además de los hoteles, las pensiones y los conventillos.

También se ofrecían comedores, escritorios "con luz eléctrica" y sótanos. Estos últimos, para instalación de fábricas que, en muchos casos, contaban con una máquina y nada más. Recordemos que Felipe Fort tenía doce años cuando en 1912 compró una fábrica de chocolate. La misma se trataba de una piedra del tamaño de una silla con un

declive, un rodillo y media bolsa de cacao en grano. Eso era todo. Con esa "fábrica", en un sótano, montó su imperio.

El 7 de mayo, *La Prensa* inauguró una nueva sección de sus clasificados. La llamó: "Avisos del Centenario". Allí se encontraban los balcones y las terrazas, entremezclados con la venta de banderas de todos los tamaños, incluso "grandes para balcones", programas impresos de las actividades diarias, venta de uniformes de Patricios y Granaderos para los niños, fuegos artificiales, láminas de "Saavedra el gran patriarca", automóviles en alquiler para concurrir a las fiestas, solicitud de operarias para confeccionar escarapelas y hasta clases: "A los que necesiten dar discursos, conferencias históricas públicas, ciencias o pedagógicas, se dictan clases modelo para maestro en la Academia David, Perú 78". A su vez, figuraba el que pedía lugar en un balcón para cuatro personas.

Un universo de oportunidades emergió con los festejos por los cien años de la Patria. La presencia de la infanta, los desfiles, las ferias, las inauguraciones. Era una gran fiesta "para alquilar balcones".

LA ARISTOCRÁTICA SERVIDUMBRE

Una de las novedades surgidas en las semanas más intensas del Centenario fueron los alquileres temporales. En *La Prensa* del 11 de mayo se publicó: “Para el Centenario se alquilan dos piezas juntas o separadas, con o sin muebles, a personas mayores en casa particular muy decente. Córdoba 2085”. De la misma manera, dos días después *La Nación* anunciaba: “Alquílanse salas y piezas amuebladas para el Centenario, por día o por mes. Avenida de Mayo 1077”.

En el caso de la infanta de España, nuestra ilustrísima visitante, las cuestiones de alojamiento estaban más que resueltas. Isabel de Borbón se hospedó en la casa de la familia De Bary, en Alvear al 1600, entre Montevideo y Rodríguez Peña, en Recoleta, conocido en aquel tiempo como “el barrio más aristocrático de Buenos Aires”.

Es importante destacar que doña Isabel viajó acompañada por una nutrida comitiva: peluquero, mayordomo, portero, doncellas, chef, ayudantes del chef, camareros, veinte criados, una docena de músicos y personal administrativo. Y bien provista de algunos objetos para regalar, además de una importante suma que gastó en Buenos Aires en tres rubros: obsequios, propinas y limosnas.

La mansión que alojaba a la infanta y compañía era la casa particular de Theodoro de Bary y su mujer, Fidela Mackinlay, en el mismo lugar donde luego edificarían el Palacio Duhau. Se contaba que Fidela Mackinlay era muy buena cocinera, y que ningún chico en el barrio había dejado de probar los bombones de dulce de leche recubiertos de fondant, conocidos como *Bouchée* de Bary.

El dueño de casa había sido socio de Ernesto Tornquist, banquero, financista, dueño del Plaza Hotel de Retiro y del Bristol de Mar del Plata, entre otras cosas. Tornquist murió en 1908 y De Bary se convirtió en presidente del Banco Tornquist. Era íntimo amigo del ministro de Relaciones Exteriores, Victorino de la Plaza.

Theodoro y Fidela se hallaban en Europa y no dudaron en ceder su magnífica mansión a la infanta y todo su séquito, sin cobrarle al Estado ni un centavo. Los anfitriones serían sus hijos, Dora de Bary de Cazón (28 años) y Teodoro de Bary (h). Respecto de este último, tenía 34 años y fue célebre por un duelo a sable que sostuvo al ser retado por el poeta, dramaturgo, periodista y político Belisario Roldán el 20 de noviembre de 1907.

Detuvieron aquel lance cuando ambos contendientes sangraban.

Algo más acerca de don Theodoro de Bary, padre del duelista. Poseía una cabaña y tenía el hábito de anotar los nombres de todos sus animales y fechas de nacimiento. Era una antigua costumbre de los padres registrar los nacimientos de sus hijos. Pero el banquero llevaba una libretita con cada una de sus vacas. Cuenta Martha de Bary —nieta de don Theodoro— que un día recorría la estancia con su abuelo en automóvil. En medio del trayecto frenó de golpe, se metió en un corral, abrazó una vaca y le deseó "feliz cumpleaños" porque era el día de su aniversario.

Además de Dora de Bary, la Comisión de Damas para la Recepción de la infanta estaba integrada por Elisa Uriburu Uriburu de Castells, María Teresa Quintana de Pearson, Carmen Marcó del Pont de Rodríguez Larreta, Susana "Pototo" Torres de Castex, Rosa Ocampo de Elía y María Baudrix. Eran las encargadas de atender en todas sus necesidades a la Chata.

Nadie en la Argentina ostentaba el rango de Elisa Uriburu Uriburu como para presidir la comisión de las señoras. Sus padres eran primos hermanos (Francisco y Dolores, ambos Uriburu). A los 19 años se casó con un hombre de la Bolsa de Comercio, Luis Castells, catalán, cuya capacidad para ganar millones en el mundo bursátil era acompañada de una inmensa y espontánea generosidad. Compró cinco mil hectáreas en Punta Lara, cerca de la naciente ciudad de La Plata y allí instaló su estancia y quinta, con un magnífico invernadero de orquídeas, que bautizó Villa Elisa, en honor a su mujer. Hoy se mantiene el nombre. En aquella quinta Castells había dejado viuda a su amada al suicidarse en febrero de 1897 por un traspié económico.

En tiempos más felices, el desprendimiento del catalán, que ayudó a cientos de inmigrantes que arribaron desde su patria, motivó que la

corona española resolviese otorgarle un título nobiliario. Sin embargo, él rechazó el ofrecimiento y solicitó a cambio que se nombrara a su mujer dama de honor de la regente de España, María Cristina. Con semejante título, aunque ya en 1910 gobernaba el hijo de Cristina (Alfonso XIII), era Elisa Uriburu de Castells la señalada para presidir al conjunto de argentinas que rodearía a su alteza real durante los festejos.

El 2 de julio de 1910, con 44 años de edad y apenas un mes después de que cumpliera su trascendental misión durante la visita de la infanta, Elisa murió. El único hijo del matrimonio, llamado Luis, se casó con Josefina, una de las hijas de Julio Argentino Roca.

Dora de Bary, por su parte, era la anfitriona —en la casa de sus padres— de la ilustre visitante. Estaba casada con Joaquín María Cazón, bisnieto de Nicolás Rodríguez Peña, uno de los protagonistas de 1810.

María Teresa Quintana pudo considerarse una de las mujeres más atractivas en su juventud. Contrajo matrimonio con el empresario Samuel Hale Pearson, presidente de la Compañía de Tranvías Anglo-Argentina —encargada de construir el primer tren subterráneo— e hijo de un estadounidense que amasó su fortuna en Buenos Aires. Así como Regina Pacini de Alvear concretó en 1938 la creación de la Casa del Teatro (en Santa Fe al 1200), fue Teresa Quintana quien donó en 1943 la capilla que aún se conserva en el interior del edificio.

En cuanto a Carmen Marcó, había nacido en 1872, luego del naufragio del vapor *América* en el Río de la Plata. Luis Viale le había entregado el flotador a su madre, Carmen Pinedo, salvándole la vida a la señora y también a la hija que albergaba en su seno. Tanto Viale como su marido, Augusto Marcó del Pont, perecieron en las aguas del Río de la Plata. Carmencita se convirtió en una de las niñas mimadas de la sociedad y se casó con Carlos Rodríguez Larreta.

Recién llegada de un viaje por Europa, Susana Torres de Castex se sumó a la comitiva. Aparte de ser confidente de muchos presidentes, era la protagonista por excelencia de la actividad social en Buenos Aires. Exquisita cocinera, excelente tiradora y, para rabietas masculinas, magnífica jugadora de billar. Además, Pototo conseguía las vistas de cine antes de que las pasaran en las salas públicas: se las

hacía traer del exterior. Si uno era amigo de ella podía verlas en su casa, antes que en el cine.

Semejante conjunción de mujeres notables parecía difícil de igualar. Por ese motivo, llamó la atención de las señoras que en cierto momento, doña Isabel de Borbón se refiriera a ellas como “mi real servidumbre”. Podrán imaginar la poca gracia que causó el mote entre las aristocráticas damas. ¿No estábamos celebrando cien años de haber decidido dejar de ser vasallos de España y la infanta soltaba ese inesperado comentario?

En paralelo con la mencionada comisión de damas funcionaba la de señoritas valencianas, que eran las encargadas de cambiar las flores tres veces por día en la casa de los De Bary para que doña Isabel se sintiera muy a gusto. Mientras que en la cocina, su chef particular debía estar siempre listo para preparar un pejerrey frito, que era la comida que a ella más la complacía.

Desconocemos la marca de aceite que usaría para freírlos. Pero estamos seguros de que el hombre conocía las bondades del célebre aceite español Bau, popular en esos días y distribuido en la Argentina por importadores que no desperdiciaron la posibilidad que les brindaba la visita de la infanta.

Porque en el número especial por el Centenario de la revista *Caras y Caretas* publicaron una gran foto del frente de la mansión de los De Bary. En el pie de la página asomaba una lata del famoso aceite de cocina español marca Bau, junto con un texto manuscrito de Teodoro de Bary (h), el duelista, que anunciaba: “Me es grato manifestarles que el Aceite Bau que ustedes reciben y que uso en mi casa, es el mejor de los que he probado”.

Aclaremos que la nota de De Bary estaba fechada en 1906, por lo tanto lo que hicieron los aceiteros fue rescatarla para la ocasión.

COMETA HALLEY

Un fenómeno estelar tuvo en vilo al planeta. El cometa Halley tenía que llegar a la Argentina el 18 de mayo —¡el mismo día que la infanta!— entre las nueve de la noche y las primeras horas de la madrugada. Se temía que su larguísima cola fuera rechazada por el sol, haciendo que impactara en la Tierra como un latigazo galáctico. Hay que tener en cuenta que lo llamaban, justamente, "el coludo", por la estela que dejaba al marchar a la velocidad de 194.400 kilómetros por hora. La famosa cola medía veintiuna veces la distancia entre la Tierra y la luna.

Desde París, el astrónomo Camilo Flammarion dijo que esta no era la tragedia mayor de la historia del mundo sino ¡la última! Se acababa todo. Lidia Parise y Abel González fueron los grandes investigadores argentinos de este tema. Establecieron que hubo 427 suicidios en los 138 días comprendidos entre el 1 de enero de 1910 y el 18 de mayo, un número desproporcionado, al compararlo con otros años previos y posteriores. Para colmo, en las semanas que antecedieron a la llegada del cometa, la naturaleza se comportó de manera muy extraña, lo que hizo aumentar el pánico. Por ejemplo, el 14 de febrero de 1910, día de San Valentín, después de soportar una jornada de calor intenso, arremetió una de las peores sudestadas que acontecieran en Buenos Aires. El viento sopló con ferocidad inusitada durante quince minutos a noventa kilómetros por hora. La Liga de Almaceneros montaba una exposición para el Centenario en Agüero y Libertador; quedó devastada. Se desprendieron techos, se derribaron paredes, chocó una chata de dos caballos con un tren, se apilaron barcos en la Boca, se cayeron decenas de postes de telégrafos y muchos árboles fueron arrancados de cuajo. Si bien la mayoría de los argentinos era escéptica acerca de la tragedia que profetizaba Flammarion, semejante destrozo provocaba que muchos se preguntaran: ¿No será el cometa Halley el

culpable? Pero además de los vientos huracanados del Día de San Valentín, en Italia hubo un terremoto el día 16, más una tormenta eléctrica con nieve en Londres el 17, en una época en la que no tenía sentido que ocurriera.

En marzo, un empleado contador de una empresa llamado Severino D'Uba entregó como siempre los sobres con los sueldos, pero esta vez a las mujeres les puso cien pesos más con una notita en donde aclaraba que, como llegaba el fin del mundo, a nadie podía molestarle. Tal vez lo más prolijo hubiera sido preguntarles a los dueños de la firma si podía hacerse este tipo de donación. Curioso fue que los hombres de la compañía no recibieron la recompensa. Pero no terminó ahí su acción: además tomó mil doscientos pesos de la caja de la empresa y se fue de viaje. Su mujer y su familia quedaron en Buenos Aires. El contador partió, acompañado de una bailarina de cabaret rumbo a Montevideo. ¡Como si el cometa en Montevideo no fuera a hacer efecto!

También hubo algunos casamientos de apuro. Fue el caso de la flamante viuda Mariana "Cotita" Cambaceres —prima hermana de Rufina Cambaceres, una de las celebridades del cementerio de la Recoleta— y Diego de Alvear —primo hermano de Marcelo T.—, que pensaron que ante la llegada del "recalcitrante importuno" (así lo llamaron en *La Nación*) no era necesario hacer el duelo completo por la muerte de quien fuera el marido de la novia, don Ramón María Blanco. Se casaron el 18 de mayo. Celebró el matrimonio monseñor Espinosa y fueron sus padrinos Manuel Lainez y el perito Francisco Moreno.

El Halley fue una fuente de ideas comerciales. Francisco Antonio Míguez construyó tres búnkers en la localidad de San Martín. Eran muy chiquitos pero tenían pequeñas ventanas por las que uno podía espiar hacia los cuatro puntos cardinales. Contaba con alimentos para dos días, lo que permitía mantenerse en el búnker a salvo hasta que se hubieran evaporado los gases tóxicos. Míguez vendió dos y se quedó con uno, lo que demuestra que realmente creía que funcionaban.

El presbítero doctor Fortunato Devoto, quien actuaba como director interino del observatorio de La Plata por el desplazamiento del doctor Porro, se transformó en el primer argentino en divisar el cometa. Fue el 16 de abril, poco antes de las cinco de la mañana. ¿Lo hizo desde el

observatorio? No, desde el palacio arzobispal. Bastó que se publicara la noticia para que de inmediato surgiera el negocio de los telescopios. Los buscavidas compraban estos aparatos y se plantaban en las esquinas, donde ofrecían mirar el cometa. Uno, de apellido Muzzio, se colocó en Florida y Sarmiento con el siguiente cartel: "Vea por cinco centavos al cometa de Halley. Conozca la causa de su muerte". Recaudó como nadie.

Parecían surgir señales por todas partes. El 4 de mayo un terremoto que duró dieciséis segundos destruyó, pulverizó, la ciudad de Cartago en Costa Rica. Además, muchos costarricenses aseguraron ver un "bólido de fuego" cruzando el cielo minutos después del terremoto. ¿Era el Halley que había llegado antes de tiempo?

Un nuevo suicidio en Buenos Aires conmovió a todos. Julián y Magdalena Sabarots, ambos de veinticuatro años, se habían casado el 21 de febrero luego de un largo noviazgo. Habían decidido ser marido y mujer antes de que llegara el fin del mundo. Pero no soportaban la idea de morir asfixiados por las emanaciones del cometa. En la noche del viernes 6 de mayo se recostaron vestidos con sus mejores galas. Julián le disparó con su revólver Smith & Wesson al corazón de Magdalena y luego se apuntó a la sien. Los encontró la mucama Rosa Salgado cuando fue a llevarles el desayuno.

Dos días antes de que llegara el coludo, cuarenta caballos que estaban estacionados en la comisaría 5ta., en Congreso, salieron disparados y se fueron hasta Palermo. A nadie le causaba gracia todo esto que estaba ocurriendo. ¿Acaso los caballos sabrían lo que iría a pasar en pocas horas, cuando el temible cometa y su estela apocalíptica se acercaran al planeta?

Llegó el 18 de mayo por fin y el mundo siguió girando. A las 19:30, a las 21 y a las 2 de la mañana. No pasó nada. Por la madrugada, las terrazas de los hoteles Majestic y Plaza, y de todas las casas estaban colmadas de felices avistadores.

Pasado el momento, un diario tituló, con cierto alivio: "El peligro del cometa desvanecido. Fracaso de los pronósticos terroristas". Otro periódico porteño anunció: "El cometa se ha ido. Se ha ido perdonándonos la vida (…) No hemos tenido colazo. El astro melenudo, cubierta la cara con denso velo de nubes, se fue a la

inglesa, sin saludar siquiera el pabellón del Centenario con la inédita pirotecnia sideral que nos tenía prometida".

La noticia de que no perderíamos todo por culpa del cometa, incluso nuestras vidas, se celebró en todo el mundo. Y también en Rosario, donde un marino alemán llamado Walter Ahrens comenzó a tomar vino para festejar y en algún momento fue tal la cantidad de alcohol que llevaba encima que perdió el control en la cubierta y se cayó al agua. Si bien era un buen nadador, parece que la borrachera no le permitió manejar su cuerpo y murió ahogado. En agua y en vino. Por eso no hay que mezclarlos.

EL REAL DE SAN CARLOS

Nicolasito Mihanovich (casado con Felicitas Guerrero en 1906, ambas familias de gran fortuna), se había propuesto tener vuelo propio, en un principio respaldado por el capital de la poderosa compañía naviera que consolidó su padre. Le entusiasmaban los emprendimientos inmobiliarios y también incursionó en el negocio periodístico, integrando la sociedad fundadora del vespertino *La Razón* (1905). Pero el gran proyecto de su vida profesional comenzó a gestarse en el año de su casamiento. Luego de conocer el éxito obtenido por Francisco Piria al fundar Piriápolis en Uruguay, Mihanovich resolvió apostar por Colonia del Sacramento para crear lo que llamó "la Niza del Río de la Plata".

El primer paso de su plan fue levantar una plaza de toros en el Real de San Carlos, distante a seis kilómetros del casco histórico de la ciudad. El estadio, de cien metros de diámetro y capacidad para más de nueve mil espectadores, contaría con las comodidades de los mejores: bar, restaurante, enfermería, capilla (sitio de culto de los toreros antes de iniciar la lidia) y palco para orquesta.

El equipo que trabajaba a la par de Mihanovich estaba conformado por Juan Manuel Caballero, hijo del cónsul español en Colonia y encargado de allanar los asuntos burocráticos desde fines de 1908; el arquitecto croata José Marcovich, quien se ocupó del diseño, y el ingeniero Juan Dupuy, encargado de llevar adelante la obra. El conjunto iba a completarse con un hotel, un enorme frontón de pelota paleta, casa de baños, usina (que proveyera de electricidad a Colonia, como parte del trato), polígono de tiro a la paloma, balneario, teatro, comisaría y hasta un muelle con tendido de vías, ya que un trencito de ocho vagones se dispuso para brindar el traslado gratuito, de 750 metros, hasta la plaza. La estructura de hierro de la misma se preparó en Buenos Aires. Se trasladó, fue armada en el sitio y recubrierta de

ladrillos. La obra se completó en ocho meses. No se descuidó la calidad de los accesorios. El emprendedor importó cinco mil sillas de Viena, 47.000 juegos de café del Imperio austrohúngaro, cien mil vasos, treinta mil platos, todo con el logotipo de la "S.A. Establecimientos del Real de San Carlos de la Colonia".

La inversión era cuantiosa, y por ese motivo se optó por comenzar a recaudar con la venta de lotes en los alrededores, la actividad taurina, y una preapertura del hotel, ya que su construcción y la del frontón, de gran atractivo en su tiempo, iban a demandar más semanas.

Se contrató a dos figuras estelares de las corridas de toros en España, los hermanos Ricardo y Manolo Torres, conocidos como Bombita y Bombita chico. Se llevaron bovinos escogidos de Buenos Aires. Un periodista uruguayo avizoró que Colonia estaba llamada a ser la Biarritz de Sudamérica. La presencia de los toros despertó interés en Montevideo y en varias ciudades vecinas de Colonia. Tenía que ser una gran fiesta.

Pero…

La inauguración tuvo lugar el 9 de enero de 1910, en una de las jornadas más calurosas de aquel verano. De todas maneras, ese incordio fue apenas un detalle. No todo se hallaba ajustado a la medida del evento.

La publicidad en Buenos Aires había logrado su efecto. Por eso, el día señalado se contaron unos cinco mil entusiastas dispuestos a cruzar el charco. Las expectativas se centraban en las actividades de esparcimiento en la costa oriental. En ese sentido, el transporte debía ser simplemente el medio. Pero tuvo mayor protagonismo del esperado. Precisamente, lo peor fue el viaje. Los cinco barcos iban colapsados, con casi el doble de los pasajeros que podían transportar. Con cierto desorden e improvisación, fueron partiendo los vapores desde la Dársena Sur, en la continuación de la calle Brasil (hoy opera allí la flota de la empresa Colonia Express). Si bien los primeros llegaron más o menos a tiempo, el último en salir, el *Colonia*, especialmente construido para realizar el trayecto (calificado de "insumergible e incombustible"), recién abandonó el puerto de Buenos Aires a las 12:30 y arribó a la ciudad uruguaya a las 16.

Superada esta etapa, surgió un nuevo problema. La capacidad del

trencito que se dirigía del muelle a la plaza de toros era tan limitada que el grueso de los pasajeros optaba por caminar en vez de aguardar y sumarse en un segundo turno. El último contingente que ingresó a la plaza se encontró con la novedad de que no quedaban asientos disponibles, además de que ya se habían realizado tres de las seis corridas. Poco importaba que se hubieran pagado palcos, sectores a la sombra o primeras filas. El que llegaba debía ingeniárselas para hallar un espacio que le permitiera ver la jornada taurina como pudiera. Obviamos los detalles de la lidia de los hermanos Torres. Según las crónicas, la primera de las seis superó las expectativas, pero luego fue decayendo, a pesar de la muy buena voluntad de los toreros, en contraste con la de los animales.

Pasemos al regreso, que fue un caos. Hasta las señoras corrían sosteniéndose los sombreros y tratando de alcanzar el primer barco que saliera. Al parecer, estas corridas terminaron siendo más entretenidas que las de la plaza de toros. El muelle tenía un ancho considerable, pero el abordaje se hacía en filas de uno en uno. Se produjo un embudo complicado que provocó empujones y forcejeos entre quienes pugnaban por abordar.

Inició el traslado de regreso el *Buenos Aires (*aquel que había enviado el telegrama a la Chata) que partió a las 18:35 y llegó a la Capital Federal a las 22:40. Peor la pasaron aquellos que optaron por quedarse a "almorzar" algo a las seis de la tarde en la plaza. La comida del restaurante, que venía atendiendo comensales desde temprano, se agotó. Los últimos en regresar arribaron a Dársena Sur a la 1:30 de la madrugada. Varios no habían probado bocado en todo el paseo. En otro de los vapores, el *Tritón*, los pasajeros asaltaron la despensa, generando un revuelo con empujones e insultos que obligaron a las señoritas a tapar sus oídos.

La noticia, entonces, no fue la inauguración de la plaza de toros sino la desorganización. Dio la cara Pedro Mihanovich, hermano de Nicolasito, y más mesurado, quien siempre trató de convencerlo de que no se embarcara en el proyecto de la plaza de toros. Pedro pidió disculpas por el desorden causado y anunció que la próxima vez los barcos saldrían más temprano y se organizarían como corresponde el regreso ordenado y la correcta provisión de comida, más el respeto por

las localidades en la plaza.

Los empresarios cumplieron con su palabra. El servicio mejoró notablemente y para la tercera corrida todo era elogios. Incluso se iniciaron viajes de vapores desde Montevideo a Colonia. Parecía que la rueda comenzaba a girar. Se inauguró el hotel, también el frontón. Se habilitó el teatro y se diseñó una cancha de fútbol.

A partir del 9 de junio, todos los domingos y feriados el vapor *Colonia* realizaba excursiones que partían de la Capital Federal a las 9:30 y regresaban a las 16, con servicio de restaurante y orquesta para todo el trayecto. Aun así, el empresario no lograba los estándares que se había propuesto. Para colmo, el gobierno de Uruguay prohibió las corridas de toros (en realidad, jamás se habían autorizado) y hubo que enfocarse en los demás atractivos. Mihanovich contrató al aviador Bartolomeo Cattaneo para que, partiendo de Buenos Aires, sobrevolara la Plaza. Infinidad de artistas desfilaron por el Real de San Carlos, entre ellos Carlos Gardel, Juanito Pardo (el Rey de la jota) y los hermanos Cesario con sus acrobacias. En un intento por recuperar algo de la inversión, comenzó a importar arena aprovechando el auge de la construcción en Buenos Aires.

La fortuna de Nicolasito Mihanovich iba desintegrándose. Pero su empeño se mantenía erguido. Concentró sus esfuerzos en el negocio artístico. Fue quien trajo a Enrico Caruso a la Argentina. Sin embargo, las contrataciones estelares tampoco le reportaron ganancias. ¿Y el Real de San Carlos? Se apoyaba principalmente en el casino del hotel. Hasta que en los años 20 un jugador empedernido se suicidó y terminó prohibiéndose la ruleta. Antes de este episodio trágico, Mihanovich, Felicitas Guerrero y los chicos se fueron a vivir a París, donde la vida era más económica. No se privaron de visitar los balnearios franceses, Niza y Biarritz. Los originales. El emprendedor murió en 1920. La viuda se casó con Pedro Mihanovich, el hermano moderado. En un capítulo previo (“Tres bodas y varios funerales”), conocimos la historia de los padres de Nicolás y Felicitas.

Sumamos, entonces, otra boda y otro funeral a la contabilidad de aquel relato.

STOECKEL, EL CICLISTA QUE VOLÓ

La acción de los aviadores pioneros en la Argentina del Centenario entusiasmó al resto de los países de la región y, al año siguiente, un piloto fue disputado por Brasil y Chile. Nos referimos al francés Edouard Stoeckel, discípulo del gran Louis Blériot. No era para menos: su maestro había sido el primero en atravesar el canal de la Mancha por los aires. Frente a las dos ofertas, el intrépido optó por Chile.

Arribó al puerto de Valparaíso en febrero de 1911 (acompañado por un mecánico también francés, llamado Müller) y desde allí se trasladó a Santiago, la capital, donde una multitud se reunió en la estación de tren para darle la bienvenida. Si bien antes se habían registrado algunas convocatorias de importancia, como la llegada del presidente argentino José Figueroa Alcorta en 1910, jamás una figura pública había tenido un recibimiento tan espléndido. El embajador de Francia, ministros chilenos, periodistas, referentes sociales, admiradores y curiosos. Todos confundidos en la recepción al as de la aviación. La sorpresa fue cuando descubrieron que el ilustre visitante era un viejo conocido.

El aviador Edouard Stoeckel había visitado la Argentina, Chile, Perú y Bolivia entre 1905 y 1907, haciendo acrobacias en bicicleta, bajo el seudónimo de Mephisto. Sí, el del desafío que se cobró la vida de Romero Dawis. Cuando regresó a Europa se entusiasmó con la aviación y terminó convirtiéndose en uno de los principales —por no decir, de los pocos— pilotos del mundo. Cambió la bicicleta por el aeroplano. De hecho, los primeros artefactos que se crearon eran bicicletas con alas. Más aún, Stoeckel había inventado en 1909 un prototipo de esas características, con un motorcito de doce caballos de fuerza que accionaba dos hélices, pero no logró superar otros modelos de mayores capacidades.

Se había convertido en figura estelar por su viaje a España, adonde

concurrió en marzo de 1910 con el propósito de ser el primer aviador en sobrevolar cielo madrileño. En cambio, fue noticia debido a la frustración de algunos vuelos cancelados y por un accidente que protagonizó y le provocó una herida en la frente; otra más, de las que ya venía acumulando desde los tiempos de las acrobacias ciclísticas. En cuanto reparó la máquina, el francés demostró su habilidad en los aires y logró el tardío reconocimiento. Con esos pergaminos viajó a Sudamérica.

En Chile, las expectativas por la visita del aviador eran altas. Como las partes del monoplano llegaban en otro barco que estaba demorado, la figura contaba con tiempo para diversas actividades que rápidamente se poblaban de seguidores. Cuando por fin luego de dos semanas arribó el aparato, fue depositado en el taller de César Copetta, francés que había llegado al país del Pacífico aconsejado por el ingeniero Gustave Eiffel. Copetta era un fanático de la aviación y desde 1910 ostentaba la distinción de haber sido el primero en volar en cielo chileno.

El armado requería mucha pericia, sobre todo la composición del motor. Mientras tanto, se anunció el vuelo para el 5 de marzo. No se llegó a tiempo y tampoco el 12. El monoplano se encontraba en Batuco, al norte, en las afueras de la ciudad. Sin embargo, la actividad debió cancelarse por problemas insuperables. El avión tosía, pero no encendía. Los chilenos se quedaron sin poder ver al as en acción. Una nueva cancelación tuvo lugar la semana siguiente, por cuestiones meteorológicas. Y luego sobrevino un hecho policial.

Exequiel Gamboa, contratado por Stoeckel para que cuidara el avión, inició una relación amorosa que fue de corta duración. La señorita, ofendida por tan breve intercambio, convenció a un frustrado galán que la cortejaba desde siempre para que se ocupara de vengarla. Todo terminó con el sicario del amor muerto, el cuidador del avión preso y el monoplano sin custodia. Al igual que en la capital de España, el intrépido francés también protagonizó un accidente aéreo en Chile, sin consecuencias graves.

Cumplida su actividad profesional, Edouard Stoeckel regresó a su país. Allí, el recordado Mephisto que amenizó las noches de Buenos Aires con “el círculo de la muerte”, conformó la incipiente fuerza

aérea que combatió en la Primera Guerra Mundial junto con Louis Blériot (su calificado instructor), Mülller (el mecánico que lo acompañó a Chile), Julien Mamet (el primer aviador que voló en Madrid y se le adelantó), César Copetta (el mecánico que lo asistió en Batuco) y, como yapa, el popular Roland Garros, quien voló en Buenos Aires en 1912.

VICTORIA OCAMPO: ROMANCE Y CASAMIENTO

El primer martes posterior a la Semana Santa de 1907, el exquisito Hotel Bristol de Mar del Plata, en la actual Entre Ríos y peatonal San Martín, se hallaba muy concurrido. En esos días comenzaba el éxodo de los veraneantes que solían pasar unas catorce o quince semanas de vacaciones, más aquellos que aprovechaban los feriados religiosos para disfrutar unos días del mar y el sol. Las crónicas de aquel tiempo hablan de trenes atestados de pasajeros.

Sin embargo, algunas familias aprovechaban un poco más los últimos días de la temporada. Así llegamos a la tarde del martes 2 de abril, cuando, una joven de dieciséis años volvió a ser aclamada en el Bristol por la elegancia de su voz y el talento de su recitado. Victorita —tal su apodo— Ocampo, que estudiaba dicción con una actriz parisina de renombre, Marguerite Moreno, ya era una celebridad en Mar del Plata por estas presentaciones *amateurs* en el Bristol. El cronista de *La Nación* escribió: "Posee un temperamento propio, gran entonación dramática, dicción perfecta y una voz admirablemente timbrada. Es imposible oírla sin emoción cuando imprime a los versos los acentos del dolor y la amargura o cuando describe escenas trágicas". El periodista se animó a vaticinar que la joven "será muy pronto una verdadera artista".

Lejos de coincidir, el ingeniero Manuel Ocampo, padre de Victoria y de otras cinco mujeres (Clarita murió joven), fue determinante: "El día en que una hija mía suba al escenario, en ese mismo momento, de un balazo me vuelo la tapa de los sesos", les dijo a las chicas con severidad.

Por su parte, Victoria advertía que la combinación de belleza y marcada personalidad eran un combo atrayente para los caballeros. Pero, por más esfuerzos galantes de los solteros, no había quien la

conmoviera. Solía hablar de estas cuestiones con su amiga Delfina Bunge. Pero ese mismo año, unos ojos la hipnotizaron.

A fines de septiembre de 1907, Victoria Ocampo (ya había cumplido los 17) sintió el flechazo. Fue una tarde en la que jugaba al tenis en la quinta de los Aguirre en San Isidro. Le escribió a Delfina: "He visto unos ojos irónicos e inteligentes. Me gustan. Ahora, ¡cuidado! Es posible que yo misma haya fabricado esa mirada y que los ojos a quienes la atribuya no la tengan. Desconfío de mi imaginación. De cualquier modo, es peligroso mirar dentro de esos ojos. Siempre he adorado los lindos ojos".

Volvió a verlos el 18 de noviembre. Al día siguiente le escribió a su amiga: "Ayer volví a ver a los ojos. No conozco otros iguales. Cálidos por el color, fríos por la expresión. De forma perfecta. Ignoro si el dueño lo es".

Esa tarde, con la sangre guaraní que le corría por las venas —entre sus ascendientes había conquistadores y nativas—, se olvidó de las formas, se desentendió de las normas de etiqueta, fue osada y tomó la iniciativa.

—Resultan graciosas esas miradas de olímpico desdén —le dijo con firmeza seductora.

Y el joven de los ojos respondió:

—Serán de olímpica admiración cuando la miro a usted.

El admirado era Luis "Monaco" Estrada. Pertenecía a una familia muy distinguida con ascendientes notables desde los tiempos del virreinato, Liniers entre ellos. Muy buen mozo, morocho, de ojos azules, mejillas hundidas y sonrisa pícara que agradaba. Todos valoraban la inteligencia de este simpático abogado y deportista. Cuando Victorita lo conoció, él tenía veintiséis años. Incluso la confidente Delfina Bunge había mostrado algo de interés por Monaco antes de iniciar su noviazgo con Manolo Gálvez, su futuro marido.

Estrada y Victoria se eligieron, aun cuando parecían incompatibles. Ella no quería un celoso que la enjaulara en su mundo. Él no aprobaba sus ansias de independencia. En una de las cartas a Delfina le comentó sobre Monaco: "Sufre de un amor propio desmedido".

Recordemos que estas observaciones partían de una mujer de dieciocho años que se mostraba inconforme con los parámetros

sociales de su tiempo. Ella, que poco antes de conocerlo había dicho: "Si alguien extraordinario no se presenta, prefiero ser solterona", percibía que no podía controlar sus impulsos frente a Monaco. En septiembre de 1908 le dijo a su amiga: "Yo deseaba saber cómo era enamorarse de veras. Parece que mis deseos se cumplen".

Al principio, la relación no pasaba más allá de un cruce de cartas y pequeños regalos o, en contadas ocasiones, de una conversación casi banal. Recién a fines de 1911 se puso de manifiesto para todos el interés sentimental que los unía. Monaco solicitó la autorización paterna para visitar a Victoria en su casa. Don Manuel Ocampo se encerró con el joven en su escritorio. Necesitaba averiguar cuáles eran sus intenciones con su hija. No bien supo que la relación terminaría en el altar, permitió que el candidato siguiera frecuentando la casa. Eso sí: los chicos podían conversar a solas, pero siempre delante de un pariente que los observara a corta distancia. Para Manuel Ocampo era todo un alivio que su hija se encarrilara en la vida.

Durante aquellas tardes de visita, Monaco le preguntó a Victoria si alguna vez había besado a un hombre. Ella le respondió que no, consciente de que le estaba mintiendo. Advertía que por la forma de preguntar, Estrada quería cerciorarse de que su novia no tenía pasado amoroso. Por ese motivo, Victoria le ocultó el inocente beso que se dio en París con Maurice Rostand —hijo del autor de *Cyrano de Bergerac*— durante un viaje familiar a Europa y en tiempos en que ya flirteaba con Monaco.

Por fin, en la primavera de 1912 Luis y Victoria fijaron fecha: viernes 8 de noviembre de ese año.

Para la novia, el casamiento tuvo mucho que ver con la necesidad de al menos un poco de libertad, ya que así podía desprenderse de los prejuicios que asolaban a las mujeres que aún no habían contraído matrimonio. Ahora podría asistir a otro tipo de reuniones, participar de conversaciones adultas y asistir a las funciones de ballet, donde estaba muy mal visto que una señorita mirase la ropa ajustada, los cuerpos y los movimientos en muchos casos provocativos. Siendo señora, ya no había censura.

Monaco organizó su despedida de soltero dando una comida en el Jockey Club de la calle Florida para cuarenta y dos invitados. Pocos

días después, el lunes 4 de noviembre, se celebró la despedida de soltera, consistente en un té en casa de Victoria, ubicada en Viamonte 550 entre San Martín y Florida, a metros del convento de las Catalinas. "La reunión estuvo animadísima", comentó una cronista social. Las anfitrionas fueron Ramona Aguirre, la madre de la novia, y Francisca Ocampo de Ocampo, conocida en la familia como la tía Pancha, que en realidad era tía del padre de la homenajeada y, para más datos, dueña del terreno donde se levantó Villa Ocampo en San Isidro. Una necesaria aclaración: varias biografías afirman que la dama murió en 1887. Sin embargo, participó del casamiento de su sobrina nieta, así como también en otras actividades sociales de la familia. Murió el 25 de julio de 1918.

El té de despedida reunió a la élite femenina de aquel tiempo. Además de sus cuatro hermanas (Angélica, Francisca, Rosa y Silvina), de su madre y de tía Pancha, acudieron cuarenta y nueve invitadas, entre quienes se encontraban las hermanas Del Carril (Adelina, que iba a casarse con Ricardo Güiraldes, y Delia, quien sería pareja de Pablo Neruda), Agustina y Clara Marcó Roca, sobrinas del general Julio Argentino Roca, y también Justa y Haydée, hijas del general Luis María Campos y nietas del general Justo José de Urquiza. Para la ocasión, la novia eligió un elegante vestido de brocato blanco con sutiles bordados de color rosa.

Unos días después, en la casa donde se llevó a cabo el concurrido té, se celebró la boda civil. El 8 de noviembre de 1912 por la tarde, Luis Bernardo del Corazón de Jesús Estrada Gondra contrajo matrimonio con Ramona Victoria Epifanía Rufina Ocampo Aguirre. Los testigos del civil del novio fueron su hermano Juan Bautista Estrada, su primo Eduardo Estrada y su amigo Joaquín Samuel de Anchorena, futuro intendente de Buenos Aires.

Los de la novia, Martín Ocampo, Diógenes Urquiza y Antonio Aguirre. En esa oportunidad, la novia lució un sencillo traje de gasa blanca con un cinturón liberty rosa.

Al día siguiente, también por la tarde, en la casa de la tía Pancha, en Florida y Viamonte —en la misma manzana de los Ocampo—, monseñor Miguel de Andrea consagró el matrimonio de la pareja. La madrina de la boda fue Augusta Gondra de Estrada, madre del novio,

mientras que el padre de la novia actuó como padrino.

Se improvisó un altar y una banda ejecutó la marcha nupcial más clásica, la de Mendelssohn, para acompañar el ingreso de Victoria, tomada del brazo de su abuelo Manuel Ocampo. El vestido, de liberty y gasa, era cruzado por un manto de encaje de Bruselas, sujeto por pequeños ramos de azahares. Apenas unos ciento ochenta invitados se dieron cita en la casona, porque las familias habían optado por tener una fiesta íntima. En el comedor, cientos de copas de espumante amenizaron el festejo.

Esa tarde, a Victoria le llamó la atención el olor a naftalina que emanaba del traje de Monaco. A su amiga Delfina Bunge, en cambio, le resultó encantador el altar de rosas blancas y le divirtió la palidez del joven, quien había abandonado su postura gallarda de soltero, aun frente a sus compañeros del rugby, y enfrentaba el matrimonio con aspecto de pollo mojado.

La novia se encargó de entregar porciones de la tradicional torta con fetiches entre sus amigas. Martita Leloir obtuvo el anillo y se cumplió el designio, aunque sin mucho apuro: se casó siete años después con Guillermo Udaondo. El clavo, que hacía que su poseedora pronto encontrara novio, tuvo su efectividad: María Luisa Peró contrajo matrimonio con Adolfo María Campos Urquiza en 1916, a los cuatro años de la boda de Victoria. Mientras que el dedal, que simboliza soltería, quedó en poder de Carmencita Hunter. Y así fue, nomás.

Mientras todos se divertían, Victoria se ausentó para cambiarse y regresó con un vestido estilo sastre de paño gris, ancho sombrero color topo y un coqueto tapado de paño azul con pieles. A las ocho de la noche, cuando comenzaban a retirarse los invitados, Victoria y Monaco ya estaban en camino a la quinta de San Isidro de la tía Pancha, donde pasarían tres semanas de luna de miel para luego embarcarse en el *Cap Finisterre* y seguir con los paseos por Europa, un par de años. Durante aquel viaje, asistió con su marido y un primo de él al teatro, donde tuvo oportunidad de ver actuar al gran Nijinsky. Y algo más: se enamoró perdidamente del primo de su marido.

Texto adaptado del capítulo “Esa mirada miraba mi boca”, del libro *Romances argentinos de escritores turbulentos*, publicado por el autor en 2013.

ADIÓS A UN ÍDOLO POPULAR

Este viaje por la historia nos llevará de Mendoza a Chacarita, con escalas en Palermo y Recoleta.

En febrero de 1914, el ingeniero Jorge Newbery, 38 años, director de Instalaciones Eléctricas de la Ciudad de Buenos Aires y eximio deportista idolatrado, se preparaba para cumplir una hazaña que lo situaría en lo más alto del pedestal de héroes contemporáneos en aquella década de aventureros: quería ser el primero en atravesar los Andes en avión.

Viajó a Mendoza para familiarizarse con el lugar, alternando entre los vuelos diurnos y los carnavales nocturnos.

El domingo 1 de marzo de 1914 era el día indicado para volver a casa. A media mañana, regresaba al Grand Hotel para preparar las valijas. En el vestíbulo había familias conocidas: los Escalada Ocantos y los Valiente Noailles. Merceditas Noailles le rogó a Jorge que volara esa tarde, antes de emprender el viaje en tren.

En un principio, Newbery se disculpó. Ya estaban organizando el regreso y no tenían en mente hacer más ascensiones. Pero la insistente Merceditas logró su objetivo: el galante aviador y cerca de un centenar de personas se dirigieron a Los Tamarindos, en las afueras de la ciudad.

Despegó a las 18:40, acompañado por su amigo Tito Jiménez Lastra. Newbery —quien por primera vez volaba sin el cabalístico retrato de su madre— hizo acrobacias asombrosas. Pero fallaron la máquina y el piloto: a solo quinientos metros de altura no logró enderezar el aparato que, recostado sobre su ala izquierda, se lanzó en picada hacia el fatídico centro de gravedad. Sus últimas palabras fueron: “¡Agarrate, Tito!”. Murió al instante. Jiménez Lastra se rompió un brazo pero salvó la vida. Un detalle: Merceditas Noailles, finalmente no concurrió a ver el vuelo que se concretó por su insistencia.

Con esfuerzo retiraron el cadáver del avión. Fue embalsamado y vuelto a vestir, reemplazando la ropa deportiva color caqui que había utilizado en el vuelo por uno de sus esmóquines. Alejandro Guerrero, el más puntilloso biógrafo del gran Newbery, cuenta que dos clubes de Mendoza se disputaban el honor de velarlo: por un lado, Gimnasia y Esgrima; por el otro, el Jockey Club. Como no se ponían de acuerdo, se lanzó una moneda al aire y el azar resolvió que el pionero de la aviación en la Argentina fuera velado en el Jockey.

El 2 de marzo al mediodía partió de Mendoza un tren especial. El furgón que contenía el féretro había sido cubierto por géneros negros. Fue imposible hacer el viaje directo. En cada estación, multitudes suplicaban despedirlo.

Durante la noche, viajando a toda marcha, se recuperó algo de tiempo. A las 8:15 arribaron a la estación José C. Paz, donde aguardaban los ocho hermanos de Newbery, cuñados, sobrinos, camaradas y amigos íntimos que habían salido temprano desde Retiro con la intención de incorporarse al tren fúnebre. Acotamos que Sara Escalante y el hijo de ambos se encontraban de paseo en Europa. En la estación El Palomar se engancharon vagones de carga con cinco aviones (hoy diríamos avionetas).

Por las demoras, se abandonó la idea de ir hasta Retiro y pusieron fin al viaje en la estación Palermo, en Puente Pacífico, cerca de donde se realizaría el velorio. Envuelto en una bandera argentina, el féretro fue bajado a pulso por las escaleras de la estación y depositado en una carroza tirada por cuatro caballos. La modificación del trayecto original provocó desmanes en Retiro, donde cientos aguardaban la llegada del tren, y al enterarse iniciaron una rápida peregrinación a Palermo en tren, tranvías, autos y también caminando.

Mientras tanto, en el salón de la Sociedad Sportiva (Dorrego y la actual Libertador) depositaron el cajón sobre un túmulo de nogal. A su lado, en la mesa donde, siguiendo la costumbre de la época se dejaban tarjetas personales, se colocó una gran foto del ídolo, cruzada en su extremo por un crespón negro.

Si bien el ingeniero y aviador se contaba entre las figuras más conocidas del país, nadie imaginó que la respuesta popular sería de tal magnitud. Se estableció que la familia y allegados dispusieran de una

hora y media para despedirse. Fue imposible cumplirlo por la presión de los manifestantes. El diario *La Nación* escribió que "todas las clases sociales de Buenos Aires han pasado sigilosamente junto al ataúd, dirigiendo una mirada de admiración y de dolor, como queriendo llegar, a través de aquella caja, hasta los restos del hombre que supo captarse en vida la simpatía de todos". En tanto, una tenue lluvia recibió a los cadetes que acomodaron las cinco avionetas en la avenida, entre el Hipódromo y la Sociedad Sportiva, agregando un marco emocionante. El desfile ante el féretro se extendió hasta la madrugada.

Al amanecer, cuatro de las avionetas fueron transportadas hasta la puerta del Cementerio de la Recoleta. Se daba inicio al traslado de Newbery. Al cargar el cajón en un carro, se soltaron dos mil palomas que tiñeron de blanco el cielo. El cortejo fúnebre inició la marcha escoltado por el quinto avión. Todo un símbolo porque se trataba del aparato con el que pensaba realizar la hazaña de atravesar los Andes. La marea humana se movilizó junto al deportista.

La misa de cuerpo presente en la iglesia del Pilar, vecina al cementerio, debió suspenderse por el desborde causado por los admiradores. El trayecto hasta la bóveda del doctor Juan A. Fernández (a quien un hospital porteño de Palermo evoca en su nombre) fue conmovedor por la lluvia de flores que se lanzaban desde los costados.

Aclaremos que solo se permitió el ingreso de mujeres y niños al cementerio, tratando de preservar a las señoras y a los pequeños de la marea humana. Se veía también a chicos vestidos con los colores del Club Huracán, tan relacionado con el globo aerostático y con Newbery. También el Racing Club hizo una convocatoria para que sus socios participaran del homenaje. Jamás, hasta la mañana del 3 de marzo de 1914, Buenos Aires había despedido a un ídolo deportivo.

Dos meses después de su muerte, el barrio de Belgrano ya contaba con una calle que lo recordaba. El club Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires (GEBA) bautizó Jorge Newbery a su sede de Palermo. En 1975, cuando se cumplieron cien años del nacimiento del ingeniero, se decidió darle su nombre al Aeroparque. Esta brevísima enumeración deja afuera más de un centenar de homenajes que se le han hecho y que incluyen nombres de plazas, plazoletas, escuelas, clubes y

canciones.

Luego de veintitrés años en la Recoleta, el 2 de mayo de 1937 los restos fueron trasladados a la Chacarita, su morada final. Ese año, en el mencionado cementerio, se inauguraron los mausoleos de los dos ídolos populares, Newbery y Gardel, ambos víctimas fatales de accidentes aéreos.

LOS COMPROMISOS LARGOS ENFERMAN

La afirmación del título de este capítulo corresponde a un texto de *La Razón*, del 30 de mayo de 1913. Es uno de esos escritos que no ha resistido el paso del tiempo, pero deseamos recuperar porque nos permite conocer puntos de vista que en otras épocas pudieron haber sido leídos con seriedad y hasta con preocupación. Hablamos del compromiso matrimonial y esto se decía entonces:

Nada hay en la vida de una joven que injurie más a su energía nerviosa, que un largo tiempo transcurrido entre su compromiso y su matrimonio. Hay de por medio razones físicas y psíquicas. Más de un médico sabe que a menudo el desastre del sistema nervioso se debe a esta sola causa. Sin embargo, no sabemos se haya dicho al público.

Desde el día en que una joven recibe su anillo de compromiso, su vida cambia totalmente en muchas cosas. Desde entonces, su fantasía y sus pensamientos adquieren una sana alegría, con la perspectiva de su próxima felicidad. Piensa constantemente en la compañía del hombre que ha prometido casarse con ella. Ve la vida por los ojos de él y su futuro, siempre asociado con el de aquel que será su esposo.

Hasta aquí todo va bien, y si se casara mientras se halla en ese estado de íntima alegría, entraría en el matrimonio siendo una mujer sana. El espíritu de la joven se ha desarrollado, su energía nerviosa se encuentra excitada en el punto máximo, y este debería ser el tiempo de casarse.

Pero si este estado se prolonga, no tardará en presentarse una reacción: la espera, la incertidumbre, las decepciones pequeñas y grandes afectan el sistema nervioso e inmediatamente al físico. La pérdida de sueño y de apetito son una consecuencia de este estado de ansiedad. En realidad, la fuerza nerviosa de la joven se debilita. Si no hay probabilidad de que el día del matrimonio esté cercano, y si a esta incertidumbre se agregan dificultades para realizarlo dentro de un término más o menos corto, la

joven cae en una depresión nerviosa que puede llegar a la neurastenia.

De acuerdo con la mirada del periodista, un traspié amoroso no se compara con un compromiso roto.

Las decepciones amorosas no son tan perjudiciales para la salud de una joven como los compromisos largos. Muchas muchachas olvidan un desengaño, pero se reponen difícilmente del desgaste nervioso ocasionado por una larga espera.
Un compromiso matrimonial obliga a una joven a mantenerse alejada de la libertad que tienen otras jóvenes para concurrir a las diversiones sociales y complacerse en la compañía de los hombres. Se ve, pues, dejada casi sola. Cuando una joven ha estado en esta situación durante dos o tres años, y luego su compromiso se rompe, sufre profunda e intensamente. Se considera como una vencida en la vida. En cambio el hombre, aun comprometido, goza de plena libertad. Su vida continúa como siempre y no sufre físicamente.
Cuando el hombre vive trabajando a muchas millas del lugar donde tiene a su novia y trabaja para asegurarse una posición y los medios para poder casarse, la cuestión no es tan grave. Ella espera y él trabaja. Una alegre esperanza conserva a los dos física y mentalmente bien pero una visita diaria, bajo la incertidumbre de un matrimonio próximo hace daño irreparable a la joven; y a veces este daño se manifiesta más tarde en la vida.

“Ella espera y él trabaja”. La Primera Guerra Mundial estaba a la vuelta de la esquina y conceptos como el resaltado perderían vigencia sin demora. ¿Cuál era, según el autor de la nota, el tiempo considerable para llevar adelante un compromiso?

Ninguna joven debería ser tenida en ese estado de tensión nerviosa más de un año. Muchos compromisos prolongados, y otros que sólo concluyen en decepciones, son culpables de graves e irremediables enfermedades mentales y físicas de gran número de mujeres. El amor verdadero y legítimo sabrá vencer todos los obstáculos. Una pasión momentánea o fingida levantará, en cambio, innumerables subterfugios y pretextos para

la prolongación del compromiso.
Esta actitud en el hombre revela que sólo quiere ostentar la posesión moral de una joven sin la resolución viril de ser responsable de sus acciones. No debería haber muchas excusas para los compromisos largos. El joven jamás debería comprometerse primero y luego esperar hasta que tenga los medios para casarse. La disculpa de que los compromisos cortos no dan a los novios tiempo suficiente para conocerse es absurda porque nunca dos jóvenes deberán comprometerse sin antes conocerse mucho mutuamente. No conociéndose, sería, pues, ridículo y vano un compromiso de matrimonio.

Por fin, en medio de tantas ideas y disparadores, rescatamos una frase que funcionaba —y funciona— como una energía superadora: “El amor verdadero y legítimo sabrá vencer todos los obstáculos”. Es un excelente punto de partida para los largos y sinuosos caminos de la vida. Y creemos que puede sostenerse, vigente, por cien años más.

EL ADIÓS A UNA ÉPOCA

Se apagaron los festejos del Centenario de la Patria y se terminó el negocio del alquiler de los balcones. Aquellas épocas de renta comenzaban a perderse hasta que un nuevo hecho —en esta oportunidad, desgraciado— los puso en valor.

Recurrimos una vez más a nuestra cronista de lujo, María Matilde Cabrera, quien en una evocación muy posterior reconstruyó un episodio que había quedado grabado en su memoria, ocurrido cuando tenía 12 años recién cumplidos. Contó que los grandes acontecimientos se preanunciaban con la sirena del diario *La Prensa*, ubicado en Avenida de Mayo y Perú. Según sus palabras "era un sonido que alarmaba a los porteños y llamaba a todo el mundo a la calle, para averiguar de qué se trataba". Este fue uno de esos casos:

> *La sirena de La Prensa había sonado dos veces esos primeros días de agosto de 1914; para avisar el estallido de la Primera Guerra Mundial, y para anunciar la muerte del Presidente de la República, doctor Roque Sáenz Peña, que se encontraba enfermo y había delegado el mando en el vice Victorino de la Plaza.*

Efectivamente, Sáenz Peña, quien había iniciado su mandato en 1910, no pudo completarlo por motivos de salud. Antes de asumir vivía en la avenida Santa Fe, en una propiedad de los González, su familia política, cerca de donde estuvo la cervecería Palermo (después "Alto Palermo"). Durante la presidencia se había mudado a la Casa Rosada, luego de realizar algunos cambios para hacerla habitable. Por ejemplo, la terraza se convirtió en jardín de invierno y fue uno de los sitios preferidos de la primera dama, Rosa González. Luego el presidente enfermó y fue a vivir a San Isidro, alejado del populoso centro y de los asuntos del poder. Pero no logró restablecerse. Regresó

para morir en la casa de Palermo, a pocas cuadras del hogar de los Cabrera que, como ya dijimos, también vivían en la avenida Santa Fe. Al respecto, el manuscrito de María Matilde ofrece su punto de vista.

> *En cuanto se conoció el deceso, la Municipalidad comenzó los preparativos para las ceremonias del entierro, que recorrería la calle Santa Fe; se adornó con banderas enlutadas y las farolas de las columnas del alumbrado que estaban en el medio de la calzada fueron envueltas en crespones negros e iluminadas. A la tarde de ese día* [se refiere al domingo 9 de agosto] *caminamos hasta la residencia para curiosear qué se veía.*
> *Muchas personalidades llegaban continuamente, todos de gran etiqueta o con los trajes regionales de su país de origen; recuerdo un señor con un gorro rojo con una borla, era el Emir Aslan, de Turquía. Me llamó la atención un hombre bajo, más bien grueso, de cara muy pálida y ojos muy negros. Era Rubén Darío. No parecía un poeta.*
> *Toda la servidumbre de la casa estaba vestida con pantalón corto, medias blancas y zapatos con hebilla de plata. En esa época la plata no valía nada, se compraba una bombilla para mate por dos centavos.*

Nos interesa abordar la revalorización de los balcones y nadie mejor que nuestra fuente contemporánea, Matilde Cabrera. Si bien ella recuerda el hecho como el día del sepelio, en realidad se trataba del traslado del cuerpo desde el hogar a la Casa Rosada para ser velado en el Salón Blanco. Sucedió el lunes 10, cuando la procesión se dirigió por Santa Fe hasta Callao y por Avenida de Mayo hasta la sede de gobierno, sitio donde aguardaba el vice en ejercicio de la presidencia, Victorino de la Plaza.

> *El día del sepelio llamaban a la puerta de casa infinidad de personas pidiendo permiso para presenciar, desde nuestro balcón, la pasada del cortejo; muchos ofrecían dinero e insistían de todas maneras. Con todo, se llenó la casa de parientes y amigos.*
> *¡Qué pocos espectáculos había en Buenos Aires! Horas antes de la pasada del féretro no había en las veredas un sitio libre; una verdadera multitud se había volcado a la calle para ver pasar por última vez a su*

presidente.
El desfile fue muy lento, todo el mundo se descubría (no hay que olvidar que en esa época todos los hombres usaban sombrero, desde el más humilde al más encumbrado) y se guardaba profundo silencio.
Cuando hubo pasado, la gente se dispersó, lentamente. Fue la primera vez que vi un entierro con tanta aparatosidad y quizá por eso me quedó tan grabado.

Los balcones habían sido adornados con crespones negros. De la misma manera, todos vestían de luto. Sin saberlo, los Cabrera, sus amigos y todos quienes poblaron las calles y balcones estaban presenciando el fin de una época. Como aclaró Matilde, fueron dos las veces que la sirena de *La Prensa* llamó la atención en esos días. La otra sirena, la que anunció la Guerra en Europa, también marcó un final: el de la Belle Époque, un período que mantuvo en vilo a nuestros inquietos abuelos de aquellas décadas.

AGRADECIMIENTOS

A Silvia, una vez más, por su compromiso y capacidad para ayudarme a sacar adelante estas historias.

A Lucía Tiscornia y Marina Macome, proveedoras de manuscritos interesantísimos. A Juan Sasturain, Bernardo Lozier Almazán, María Acuña, Mane Pérez del Cerro, Sebastián Freigeiro, Fito Barragán, Vanina Suárez, Nacho David, Daniela Borlenghi, Conrado F. Luján de Frankenberg, Juan Trenado, Patricia León, Liliana Paz, Juanita Gallardo y Sergio Etchart, por su colaboración valiosa y desinteresada.

A los recordados Elsie Krasting de Rivero Haedo y Enrique M. Mayochi, cuyas lecciones siguen dando frutos.

Al personal del Archivo General de la Nación, de la Biblioteca Nacional, de la Hemeroteca "José Hernández" de la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires, del archivo del diario *La Nación*, de la Biblioteca "Max von Buch" de la Universidad de San Andrés, del Museo, Biblioteca y Archivo Histórico Municipal de San Isidro (Quinta Los Ombúes), de la Dirección General Centro Documental de Información y Archivo Legislativo (CEDOM) y de la Biblioteca "Tornquist" del Banco Central de la República Argentina por su buena predisposición para facilitar el material a los que investigamos.

BIBLIOGRAFÍA

Colecciones de los diarios *Buenos Aires Herald*, *El Nacional*, *La Argentina*, *La Nación*, *La Prensa*, *La Razón*, *La Tribuna Nacional*, *La Unión, La Vanguardia* y *The Standard*, correspondientes al período investigado.

Colección de las revistas *Caras y caretas*, *El Hogar* y *PBT*, correspondientes al período investigado.

Diario manuscrito de Delfina Bunge. Memorias manuscritas de Matilde Cabrera.

Altgelt, Carlos A.: *El ancho camino de la mediocridad*, Buenos Aires, Edición privada, 1999.

Altgelt, Carlos A. y María Acuña: *El ancho camino se bifurca*, Edición privada, Buenos Aires, 2003.

Altgelt, Carlos A. e Inés Monsegur: *Los Madero Arteaga*, Edición privada, Buenos Aires, 2005.

Amadeo Lastra, Felipe: *Recuerdos del 900*, Buenos Aires, Huemul, 1965.

Asociación de Hoteles, Restaurantes, Confiterías y Cafés: *Un álbum para el recuerdo*, Buenos Aires, 1995.

Avellaneda, Julio: *Se fueron*, Buenos Aires, Emecé, 1991.

Balmaceda, Daniel: *Historias inesperadas de la historia argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

Balmaceda, Daniel: *Biografía no autorizada de 1910*, Buenos Aires,

Sudamericana, 2010.

Balmaceda, Daniel: *Historias de corceles y de acero*, Buenos Aires, Sudamericana, 2010.

Balmaceda, Daniel: *Historias insólitas de la historia argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2012.

Balmaceda, Daniel: *Romances argentinos de escritores turbulentos*, Buenos Aires, Sudamericana, 2013.

Balmaceda, Daniel: *Buenos Aires en la mira*, Buenos Aires, Sudamericana, 2014.

Balmaceda, Daniel: *Estrellas del pasado*, Buenos Aires, Sudamericana, 2015.

Balmaceda, Daniel: *Qué tenían puesto. La moda en la historia argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2018.

Balmaceda, Daniel: *Grandes historias de la cocina argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2021.

Barros y Arana, María Celina: "La vida íntima de una de las familias de los próceres de mayo, los Matheu (1844-1852)", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina*, Buenos Aires, 1961.

Benarós, León: "La celebración del Centenario de la Revolución de Mayo en Buenos Aires. El cometa Halley", en *Todo es Historia* nro. 85, Buenos Aires, 1974.

Berjman, Sonia y Daniel Schávelzon: *Palermo. El parque 3 de Febrero de Buenos Aires*, Buenos Aires, Edhasa, 2010.

Bucich Escobar, Ismael: *Historia de los presidentes argentinos*, Buenos Aires, s/e, 1934.

Bunge, Julia Valentina: *Vida. Época maravillosa 1903-1911*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1965.

Cárdenas, José Eduardo y Carlos Manuel Payá: *La familia de Octavio*

Bunge, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1995.

Castelli, Roberto Carlos y Vicente Bonvissuto: *Jorge Newbery y el legado de su genio luminoso*, Buenos Aires, Círculo de Suboficiales de las Fuerzas Armadas, 1988.

Centenario Argentino. Álbum historiográfico de Ciencias, Artes, Industria, Comercio, Ganadería y Agricultura, 1810-1910, Ediciones Cabral, Font y Cía., Buenos Aires, 1910.

Chirico, Gabriel Darío: *Las primeras damas de la historia argentina (de 1826 a 1952)*, Buenos Aires, Dunken, 2005.

Chueco, Manuel; *Los pioneers de la industria nacional*, Buenos Aires, Peuser, 1886.

Cócaro, Nicolás y Emilio: *Florida. La calle del país*, Buenos Aires, Fundación Banco de Boston, s/f.

Columba, Ramón: *El Congreso que yo he visto*, Buenos Aires, Columbia, 1978.

Córdoba, Alberto O.: *El barrio de Belgrano*, Buenos Aires, Planeta, 1998.

Cortés Conde, Ramón: *Historia de la Policía de la Ciudad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Biblioteca Policial, 1937.

Cresto, Juan José: *140 años de registros del progreso: patentes y marcas*, Jorge Rossi Casa Editorial, Buenos Aires, 2004.

Cutolo, Vicente Osvaldo: *Nuevo Diccionario Biográfico Argentino*, Buenos Aires, Editorial Elche, 1968.

Cutolo, Vicente y Carlos Ibarguren (h): *Apodos y denominativos en la historia argentina*, Buenos Aires, Elche, 1974.

Cutolo, Vicente Osvaldo: *Historia de los barrios de Buenos Aires*, Buenos Aires, Elche, 1998.

Cutolo, Vicente Osvaldo: *Novísimo Diccionario Biográfico Argentino*

(1930-1980), Buenos Aires, Elche, 2004.

Del Pino, Diego A.: *Historia del Jardín Zoológico Municipal*, Buenos Aires, Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, 1980.

Del Pino, Diego A.: *Palermo. Un barrio porteño*, Buenos Aires, Fundación Banco de Boston, 1991.

Dodero, Alberto e Inés Murat: *1889-1939. Argentina, los años dorados*, Buenos Aires, El Milagro, 2010.

Echazú, Esther Juana: *Cartas de Tana*, Salta, Mundo Gráfico, 2013.

Estrada, Laura de: *Así somos, Buenos Aires*, edición literaria a cargo de Laura de Estrada de Aguirre, 2013.

Etchegaray, Mariano: "Historia de la Sociedad Sportiva Argentina en Palermo", en *Jornadas de Historia del Pago de la Costa*, 2004.

Fernández Lalanne, Pedro: *Los Uriburu*, Buenos Aires, Emecé, 1989.

Fernández Lalanne, Pedro: *Los Álzaga y sus épocas*, Buenos Aires, s/e, 2005.

Fornieles, Josefina: *Los Cobo en Argentina. Más de 200 años en el país*, Buenos Aires, Latingráfica, 2010.

Fundación Standard Electric: *Historia de las comunicaciones argentinas*, Buenos Aires, Fundación Standard Electric Argentina, 1979.

Gallardo, Ángel: *Memorias para mis hijos y nietos*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia,1982.

Gallardo, Jorge Emilio: *Antes y después de La Chacra*, Buenos Aires, Idea Viva, 2008.

Gálvez, Delfina: *Nosotros tres*, Buenos Aires, Pasco, 2004.

Gálvez, Lucía: *Delfina Bunge. Diarios íntimos de una época brillante*, Buenos Aires, Planeta, 2000.

García Basalo, J. Carlos: *Historia de la Penitenciaría de Buenos Aires (1869-1880)*, Buenos Aires, Editorial Penitenciaria Argentina, 1979.

González Podestá, Aquilino: *Los tranvías de Buenos Aires*, Buenos Aires, Asociación Amigos del Tranvía, 1986.

Grassi, Juan Carlos: *Una historia del progreso argentino. Crónicas ilustradas de las exposiciones y congresos, siglos XIX-XX*, Buenos Aires, Editorial Ferias & Congresos, 2011.

Hanon, Maxine: *Diccionario de Británicos en Buenos Aires (Primera época)*, Buenos Aires, edición del autor, 2005.

Ibarguren Aguirre, Carlos F.: *Los Antepasados. A lo largo y más allá de la historia argentina*, Buenos Aires, s/f.

Ibarguren, Carlos: *La historia que he vivido*, Buenos Aires, Peuser, 1955.

Jasca, Adolfo: *Las iglesias de Buenos Aires*, Buenos Aires, Itinerarium, 1993.

Lafuente Machain, Ricardo de: *El barrio de la Recoleta*, Buenos Aires, Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, 1945.

Lainez de Estrada, Carlota: *Y la familia quería saber*, Buenos Aires, Ediciones del autor, 1982.

La Nación, *Edición del Aniversario de la Revolución de Mayo*, Buenos Aires, 1910.

La Razón, *Historia Viva*, 9 de julio de 1966.

Leiva, Alberto David: *Los días del Centenario de Mayo*, San Isidro, Academia de Ciencias y Artes de San isidro, 2000.

Lironi, Julio Víctor: *La aeroestación argentina y sus precursores*, Edición del autor, Buenos Aires, 1958.

Lorenzo, Ricardo: *Pedaleando recuerdos*, Buenos Aires, Borealux, 1951.

Lozier Almazán, Bernardo: *Reseña histórica del partido de San Isidro*,

Buenos Aires, Editorial Las Lomas, 1986.

Lozier Almazán, Bernardo: *El arcón de los recuerdos*, Buenos Aires, Carta Abierta, 1995-2000.

Luqui Lagleyze, Julio A.: "La aviación heroica", en *Todo es Historia* nro. 122, 1977.

Luqui Lagleyze, Julio A.: *Buenos Aires. Sencilla historia*, Buenos Aires, Librerías turísticas, 1998.

Magaz, María del Carmen: *Escultura y poder en el espacio público*, Buenos Aires, Acervo Editora Argentina, 2007.

Malvagni, Antonino: *Mis treinta años de vida artística en la República Argentina*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de la Editorial Italia, 1931.

Manrique Zago Ediciones: *Presencia alemana y austríaca en la Argentina*, Buenos Aires, 1985.

Manrique Zago Ediciones: *Judíos & argentinos*, Buenos Aires, 1988.

Mayochi, Enrique Mario: *Tres intendentes de Buenos Aires: Joaquín Samuel de Anchorena, José Luis Cantilo, Mariano de Vedia y Mitre*, Buenos Aires, Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, 1985.

Nogués, Germinal: *Buenos Aires, ciudad secreta*, Buenos Aires, Sudamericana, 2004.

Ocampo, Victoria: *Autobiografía II. El imperio insular,* Buenos Aires, Ediciones Revista Sur, 1983.

Oller, Raúl: *Breve historia del automovilismo*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971.

Onelli, Clemente: *Idiosincrasias de los pensionistas del Jardín Zoológico*, Buenos Aires, El Elefante Blanco, 1999.

Parapugna, Alberto: *Historia de los coches de alquiler en Buenos Aires*,

Buenos Aires, Corregidor, 1980.

Parise, Lidia y Abel González: *La fin del mundo*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1972.

Peers de Perkins, Carmen: *Crónicas del joven siglo. Cartas de Roca y Wilde*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1976.

Peers de Perkins, Carmen: *Éramos jóvenes, seguimos andando: el siglo y yo*, Buenos Aires, Letras de Buenos Aires, 1983.

Peña, Enrique: *El escudo armas de la Ciudad de Buenos Aires. Disquisición histórica,* Buenos Aires, Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, 1944.

Petriella, Dionisio y Sara Miatello: *Diccionario Biográfico Italo-Argentino*, Buenos Aires, Asociación Dante Alighieri, 1976.

Piñeiro, Gabriel: *Barrios, calles y plazas de la Ciudad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, 1997.

Priamo, Luis: *Imágenes de Buenos Aires. 1915-1940*, Buenos Aires, Fundación Antorchas, 2001.

Puccia, Enrique Horacio: *El Buenos Aires de Ángel G. Villoldo: 1860-1919*, Buenos Aires, Corregidor, 1976.

Puccia, Enrique H.: *Intimidades de Buenos Aires*, Buenos Aires, Corregidor, 1990.

Rodríguez, Adolfo Enrique y Eugenio Juan Zappietro: *Historia de la Policía Federal Argentina*, Buenos Aires, Editorial Policial, 1999.

Romay, Francisco: *Historia de la Policía Federal Argentina*, Buenos Aires, Biblioteca Policial, 1964.

Sáenz, Jimena: "Miedo y festejos en el centenario", en *Todo es Historia* nro. 71, Buenos Aires, marzo de 1973.

Sáenz Quesada, María: *Roque*, Buenos Aires, Sudamericana, 2014.

Salas, Horacio: *El Centenario*, Buenos Aires, Planeta, 1996.

Sambrizzi, Alejandro: *Crónicas de 1884*, Buenos Aires, Editorial Dunken, 2011.

Santa Coloma, Luz de: *Los Ortiz Basualdo*, Buenos Aires, Maizal Ediciones, 2012.

Santamarina, Ramón: *Los Hunter en la Argentina*, Buenos Aires, Verlap S.A., 2000.

Schávelzon, Daniel [et al.]: *Café de Hansen. Historias y hallazgos en Palermo*, Buenos Aires, Dirección General de Patrimonio e Instituto Histórico, 2010.

Sociedad Argentina Protectora de Animales: *Cuarto informe anual*, Buenos Aires, Imprenta de "El Nacional", 1885.

Sociedad Rural Argentina: *Tiempos de epopeya*, Buenos Aires, Establecimientos Gráficos EGLO, 1966.

Sosa Cordero, Osvaldo: *Historia de las varietés en Buenos Aires (1900-1925)*, Buenos Aires, Corregidor, 1978.

Sosa de Newton Lily: *Las argentinas de ayer a hoy*, Buenos Aires, Zanetti, 1967.

Sosa de Newton, Lily: *Diccionario biográfico de mujeres argentinas*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1980.

Tesler, Mario: *La telefonía argentina*, Buenos Aires, Editorial Rescate, 1990.

Uriburu, Julio V.: *Recuerdos de tiempos pasados*, Buenos Aires, edición del autor, 2007.

Uriburu de Lernoud, Mónica: *Palermo, los valores perdurables*, Anales de la Sociedad Rural Argentina, 1980.

Viale, César: *Estampas de mi tiempo*, Buenos Aires, Casa Editora Julio Suárez, 1943.

Villeco, Miguel: *Cronologías para una historia de la Ciudad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, 2000.

Vizoso Gorostiaga, Manuel: *Diccionario y Cronología Histórica Americana*, Buenos Aires, Editorial Ayacucho, 1947.

Wildner-Fox, Alberto A.: *Nupcias patricias*, Buenos Aires, s/e, 1987.

Este libro es una invitación a recorrer los espléndidos años dorados de la Belle Époque argentina. De las últimas décadas del siglo XIX al Centenario de la Revolución de Mayo, en 1910, y los años previos a la Primera Guerra Mundial. Una época de gran prosperidad, cuando el porvenir era esperanza y desarrollo. Tiempos de inmigración masiva; de inicio del ocio, de la gastronomía, del transporte y de mujeres que, por primera vez, se animaban a reclamar sus derechos.

Espiamos el diario de Delfina Bunge y sus observaciones sobre quienes iban a misa, asistimos a un baile de fin de año, presenciamos el primer llamado telefónico, la aparición de los autos eléctricos, el miedo frente al primer vuelo en avión y el caso cero de una temible vuelta de la fiebre amarilla. ¿Cómo eran los dandis por esos días? ¿Por qué liberaron a muchos presos cuando murió Mitre? ¿Cómo desbarató José Hernández una edición trucha del *Martín Fierro*? Decenas de casos de emprendedores que armaron un imperio con una máquina rudimentaria en un sótano: de Fort a Rigolleau. Historias nacidas de la incansable búsqueda que Daniel Balmaceda realiza desde hace años en periódicos, revistas y documentos inéditos de todo tipo, para descubrir

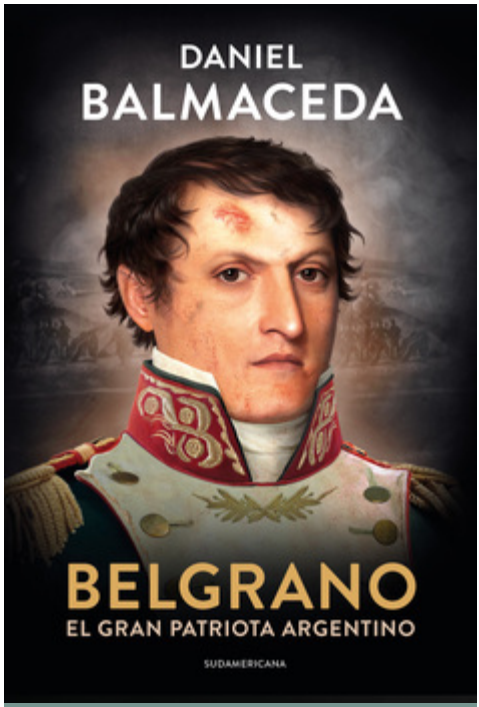
y rearmar las piezas perdidas de nuestra historia.

DANIEL BALMACEDA

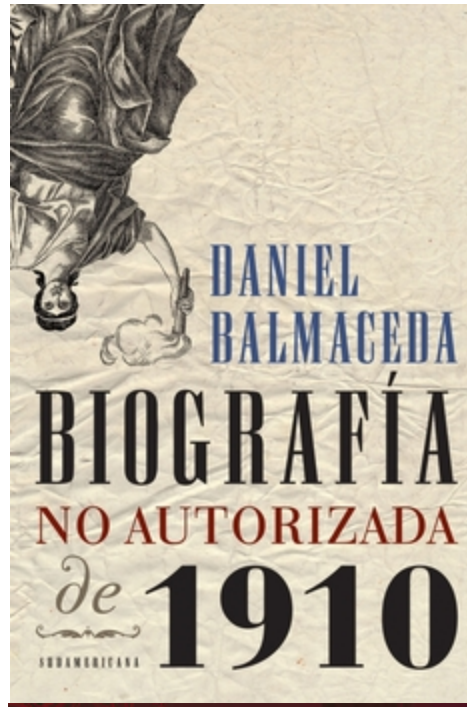
Es periodista por la Universidad Católica Argentina. Trabajó como editor de las revistas *Noticias*, *El Gráfico* y *Newsweek*, entre otras. Es miembro de número de la Academia Argentina de la Historia y del Instituto Histórico Municipal de San Isidro, y miembro titular y vitalicio de la Sociedad Argentina de Historiadores. Presidió la Fundación Cristóbal Colón. Escribe para medios gráficos y digitales, y se desempeña como consultor de historia en instituciones y en distintos medios. Trabajó en diversas radios y condujo el programa de televisión *Historias ricas*. Es uno de los divulgadores de historia más importantes de la Argentina. Algunos de sus libros publicados por Sudamericana son *Historias inesperadas de la historia argentina, Historias de corceles y de acero, Romances de escritores, Oro y espadas, Historias insólitas de la historia argentina, Romances turbulentos de la historia argentina, Estrellas del pasado, La comida en la historia argentina, Espadas y corazones, Qué tenían puesto, Belgrano, El apasionante origen de las palabras* y *Grandes historias de la cocina argentina*.

© Alejandra López

DANIEL
BALMACEDA
ESTRELLAS
DEL PASADO


DANIEL
BALMACEDA
BELGRANO
EL GRAN PATRIOTA ARGENTINO
SUDAMERICANA

DANIEL BALMACEDA
La comida
en la historia argentina


DANIEL
BALMACEDA
BIOGRAFÍA
NO AUTORIZADA
de
1910

DANIEL BALMACEDA
Oro y espadas
CURIOSAS HISTORIAS
DE LA ARGENTINA
CUANDO ERA ESPAÑOLA

DANIEL BALMACEDA
GRANDES HISTORIAS DE LA COCINA ARGENTINA
DOÑA PETRONA
SUDAMERICANA

DANIEL
BALMACEDA
QUÉ TENÍAN PUESTO
LA MODA EN LA HISTORIA ARGENTINA
Sudamericana

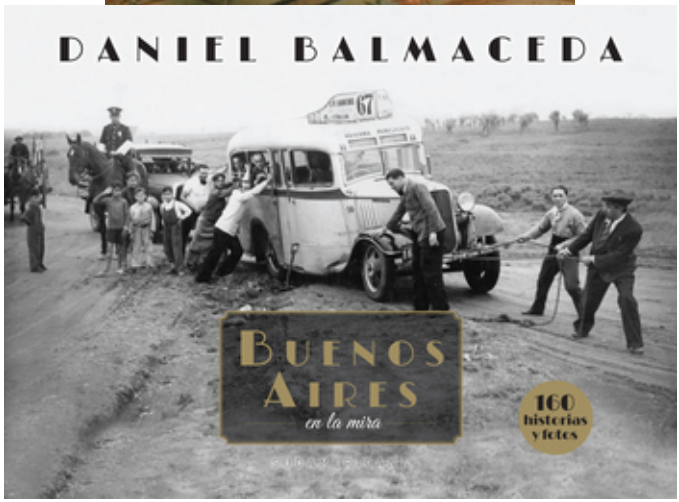
Daniel Balmaceda
ROMANCES ARGENTINOS DE ESCRITORES TURBULENTOS
SUDAMERICANA

DANIEL BALMACEDA
HISTORIAS DE CORCELES Y DE ACERO
DE 1810 A 1824
SUDAMERICANA

DANIEL
BALMACEDA
ESPADAS
Y CORAZONES
EL COSTADO HUMANO
DE LA HISTORIA ARGENTINA
SUDAMERICANA

Daniel Balmaceda
HISTORIAS
INSÓLITAS DE
LA HISTORIA
ARGENTINA
Edición actualizada • SUDAMERICANA

Daniel Balmaceda
ROMANCES TURBULENTOS DE LA HISTORIA ARGENTINA
Edición actualizada • SUDAMERICANA


DANIEL BALMACEDA
BUENOS AIRES
en la mira
160 historias y fotos

Otros títulos del autor en penguinlibros.com

Balmaceda, Daniel
Historias de la Belle Époque argentina / Daniel Balmaceda. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Sudamericana, 2022.
(Historia)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-07-6806-1

1. Ensayo Histórico. I. Título.
CDD 982

© 2022, Daniel Balmaceda
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
www.schavelzongraham.com

Diseño de tapa: Penguin Random House Grupo Editorial / Raquel Cané

Edición en formato digital: noviembre de 2022
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a

los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-950-07-6806-1

Conversión a formato digital: Libresque

Facebook: penguinlibrosar
Twitter: penguinlibrosar
Instagram: penguinlibrosar